

LAS POTENCIAS DEL CAMBIO

RUSIA, INDIA Y CHINA EN LA TRANSFORMACIÓN
DEL ORDEN INTERNACIONAL



JAVIER ALCALDE CARDOZA



IDEI
INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

**LAS POTENCIAS DEL CAMBIO.
RUSIA, INDIA Y CHINA EN LA TRANSFORMACIÓN
DEL ORDEN INTERNACIONAL**



IDEI
INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

**LAS POTENCIAS DEL CAMBIO.
RUSIA, INDIA Y CHINA EN LA TRANSFORMACIÓN
DEL ORDEN INTERNACIONAL**

Javier Alcalde Cardoza

*Las potencias del cambio. Rusia, India y China
en la transformación del orden internacional*
Tiraje: 300 ejemplares

1ª edición - Mayo 2017

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-05505
ISBN N° 978-9972-671-42-5

© Javier Alcalde Cardoza

© Pontificia Universidad Católica del Perú
Instituto de Estudios Internacionales (IDEI)
Plaza Francia 1164, Lima 1 – Perú
Email: idei@pucp.edu.pe
URL: www.pucp.edu.pe/idei
Telf: (51-1) 626-6170

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Todas las publicaciones del IDEI-PUCP pasan por revisión de árbitros pares.

Diseño de cubierta: Interactiva Studio

Se terminó de imprimir en mayo de 2017 en:
Equis Equis S.A.
RUC: 2011735525
Jr. Inca 130, Lima 34

Impreso en el Perú – Printed in Peru

ÍNDICE

Introducción	9
---------------------------	----------

Capítulo 1: El orden y la hegemonía internacionales

1.1. Introducción	11
1.2. Orden y Hegemonía.....	12
1.3. Órdenes internacionales desde 1648.....	15
1.4. El orden de la Guerra Fría, 1945-1990.....	17
1.5. Creciente importancia de los órdenes regionales.....	20
1.6. De la unipolaridad estadounidense a la emergencia de China.....	21
1.7. Perspectivas de la hegemonía y el orden internacionales	24
1.8. Evolución reciente y perspectivas de los órdenes regionales.....	27

Capítulo 2: La búsqueda rusa de dominio y hegemonía hasta el siglo XIX

2.1. Introducción	31
2.2. Emergencia de Rusia y primera expansión	32
2.3. Surgimiento del Imperio ruso: Pedro el Grande.....	37
2.4. Catalina la Grande	39
2.5. Alejandro I y la Santa Alianza	43
2.6. Intereses de Rusia, Gran Bretaña y Austria	45
2.7. Impacto internacional de Alejandro I.....	48
2.8. La Guerra de Crimea	50
2.9. El Gran Juego	53

Capítulo 3: El siglo corto soviético y el resurgimiento de Rusia

3.1. El Extremo Oriente y la Revolución de 1905	57
3.2. La Revolución bolchevique y la intervención aliada	59
3.3. El siglo corto soviético	62
3.4. Tragedia y resurgimiento de Rusia	65
3.5. El espacio post-soviético y la Unión Europea	67
3.6. Fortalezas y debilidades de Rusia.....	70
3.7. Relaciones con China	75
3.8. Idea y práctica de Eurasia.....	78
3.9. A manera de conclusión	81

Capítulo 4: La India: de colonia al umbral de gran potencia

4.1. Introducción	85
4.2. La dimensión política	86

4.2.1. Nehru y las grandes tareas de construcción de la India.....	86
4.2.2. Los liderazgos de Nehru e Indira.....	90
4.2.3. Rajiv y la declinación del Partido del Congreso.....	94
4.2.4. El avance del BJP y su alternancia con el Partido del Congreso.....	97
4.3. La dimensión económica.....	100
4.3.1. Los frutos del desarrollo.....	100
4.3.2. El salto de la liberalización.....	103
4.4. La dimensión externa.....	107
4.4.1. La política exterior hasta 1990: el no alineamiento, Pakistán, China y la URSS.....	107
4.4.1.1. El no alineamiento.....	107
4.4.1.2. Guerra con China (1962).....	108
4.4.1.3. Guerra con Pakistán (1965).....	110
4.4.1.4. La política exterior de Indira.....	111
4.4.1.5. Guerra con Pakistán (1971).....	112
4.4.1.6. La búsqueda de la bomba atómica.....	113
4.4.2. La política exterior desde la década de 1990: acercamiento con EE.UU.	114
4.5. Conclusiones.....	117

Capítulo 5: El ascenso global de la China

5.1. Introducción.....	121
5.2. Las reformas de Deng Xiaoping.....	122
5.3. El ingreso a la Organización Mundial de Comercio.....	126
5.4. Las inversiones mundiales de China.....	128
5.5. La búsqueda de materias primas y energía.....	129
5.6. Presencia en Asia y reacción estadounidense.....	132
5.7. Relaciones con Rusia y Alemania.....	136
5.8. Presencia en América Latina. ¿Una ofensiva estratégica china?.....	139
5.9. Las perspectivas de una hegemonía china.....	142
5.10. A manera de conclusión.....	144

Conclusiones. Las potencias del cambio

6.1. Rusia.....	147
6.2. India y China.....	148
6.3. China e India después de la Guerra Fría.....	150
6.4. Avances y perspectivas de las tres potencias.....	153

Bibliografía.....	157
--------------------------	------------

INTRODUCCIÓN

China y Rusia se vienen comportando como las mayores retadoras de las estructuras de un orden internacional de inspiración estadounidense. India es una tercera potencia, la cual, aunque de comportamiento menos activo y retador, por su peso y una especial circunstancia, se perfila como una protagonista privilegiada de las grandes transformaciones que se seguirán dando en el escenario internacional en las próximas décadas.

Estas tres potencias, que comenzaron en distintos momentos su protagonismo en el moderno sistema de Estados e impactan de diferente manera el orden internacional, encarnan hoy los mayores vectores de cambio frente a las fuerzas de continuidad representadas por las normas y el poderío de EE.UU. y de Occidente. China e India son potencias y civilizaciones asiáticas; Rusia es una potencia euroasiática.

La China muestra hoy un poder en ascenso irrefrenable; Rusia, una voluntad herida que empuja unas capacidades y un potencial extraordinarios; e India un potencial colosal en proceso de concreción, aupado por una configuración favorable del poder mundial.

En contraste con ellas, Alemania ha sido una perturbadora potencia de cambio, desde 1871 hasta 1945, pero hoy en día, aun siendo nítidamente la primera potencia europea, está desfavorecida por la declinación de esta región, con la que sigue estrechamente comprometida. En este sentido, Francia y el Reino Unido, se debaten en una heroica agonía en su condición de grandes potencias, en buena medida víctimas de las secuelas de su pasado imperial. Japón, por otro lado, ha caído en un prolongado impasse económico y tiene enfrente al gigante chino, que podría ser su némesis. Por último, Brasil no da todavía la talla de gran potencia, carente de la solidez institucional, el poder blando y el poderío militar que le permitan salir de una esfera de influencia estadounidense y realizar su ambición.

Este libro presenta una narrativa de sendos períodos de especial importancia en la trayectoria histórica de Rusia, India y China, cubriendo los momentos en que cada una comenzó a hacer sentir con fuerza su impacto en el orden internacional (que en el caso de Rusia abarca un espacio de tres siglos, desde 1709).

A nuestro juicio, el análisis de estos períodos en la literatura es más bien fragmentario, revela claros sesgos y proporciona visiones insuficientes (especialmente en los casos de India y China). Esto se aprecia, por ejemplo, con relación a la prominencia internacional que tuvo Rusia en el siglo XIX y a los logros económicos y sociales que exhiben el desarrollo indio y chino después de 1945.

En el plano interno, proponemos dos perspectivas teóricas como explicación principal del ascenso y dinamismo de las tres potencias del cambio: la persistencia de los principales propósitos e intereses de una gran nación a través del tiempo, en el caso de Rusia, y la capacidad de una sucesión de líderes excepcionales de reformar las estructuras básicas de una nación, que son los casos de India con Jawaharlal Nehru e Indira Gandhi y China con Mao Zedong (Mao Tse Tung) y Deng Xiaoping.

En una dimensión histórica y política, vemos a Rusia, desde el siglo XVIII, como un imperio en expansión, aunque con avances y reveses; a India, como un Estado de una envergadura inédita, pero con una mega-nación en proceso de consolidación; y a China como un imperio milenario autocentrado que resurge e intenta proyectarse al mundo después de un siglo y medio de postración.

La estructura de este libro, después de una breve excursión conceptual e histórica (capítulo 1), está planteada cronológicamente, de acuerdo con la sucesión de los momentos de alto impacto que cada una de las tres potencias tuvo sobre la evolución del orden internacional. Rusia, desde el ascenso del Imperio ruso a la categoría de gran potencia, en 1709 (capítulos 2 y 3). Dos y medio siglos más tarde, durante el período de la Guerra Fría, primero India (1947), con su tardía pero auspiciosa aparición como Estado (capítulo 4), y treinta años después China (1978), con la reorientación de su modelo económico hacia los mercados mundiales (capítulo 5).

Nuestra perspectiva pretende dar una idea sobre aspectos como de dónde vienen estas potencias, cuáles han sido los propósitos que las han guiado en su evolución interna e internacional, cuáles han sido sus principales logros y fracasos, y cuáles son sus fortalezas y debilidades actuales. Nuestro análisis llega básicamente hasta 2015.

Finalmente, es necesario mencionar que este libro se ha elaborado sobre la base de la revisión y ampliación de trabajos del autor publicados anteriormente, por la misma Pontificia Universidad Católica del Perú, principalmente por el Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) y también por la Escuela de Gobierno.

CAPÍTULO 1

EL ORDEN Y LA HEGEMONÍA INTERNACIONALES¹

1.1. Introducción

Hace un cuarto de siglo, con la caída de la Unión Soviética, terminó el que ha sido el período más prolongado del orden internacional desde los inicios del sistema internacional de Estados (con la Paz de Westfalia, 1648). Consideramos que hasta ahora no se ha reconstituido un orden estable en el mundo.

En esta perspectiva, la principal pregunta que se formula en nuestros días es si va a continuar la hegemonía estadounidense —en el sentido de dominio sobre el sistema—, que se acentuó inmediatamente después del colapso de su gran antagonista, o si va a ser desplazada por una hegemonía de su nuevo competidor, China.

En realidad, durante los casi cuatro siglos que se ha venido expandiendo el sistema internacional, hasta convertirse en un sistema universal de Estados, durante el siglo XX, podemos apreciar que ha existido un orden internacional, que ha sido gestado y mantenido por unos pocos Estados dominantes de Occidente.

Este orden ha transcurrido por una sucesión de períodos, en la mayor parte de los cuales ha subsistido, sin embargo, un grado de inestabilidad, básicamente en la distribución del poder, y por ello han tenido un carácter transitorio.

Estimamos que solamente se han dado dos períodos u órdenes consolidados, los cuales han dejado una perdurable impronta en el sistema: el Concierto de Europa (1815-1854) y el Orden de la Guerra Fría (1945-1990).

Los interrogantes en la actual etapa u orden de transición se hacen particularmente acuciantes porque el ascenso a nivel global y regional de China y de otras potencias no occidentales y de la periferia del sistema, entre las cuales destaca la India, plantea la posibilidad, pese a la gran fuerza inercial del orden precedente (el que llamamos de la Guerra Fría), de que en un mediano plazo puedan producirse cambios inéditos en la dinámica y la naturaleza del orden internacional.

Este primer capítulo pretende esclarecer en alguna medida las características de la hegemonía y el orden internacionales y las relaciones que guardan entre sí, para plantear luego un cuadro histórico de los mismos y a partir de este y de las principales tendencias que revela, señalar algunas líneas de probable evolución del orden internacional y de algunos órdenes regionales.

¹ El capítulo 1 se ha elaborado sobre la base de la revisión y ampliación del trabajo del autor publicado anteriormente: "El orden internacional: antecedentes, situación, prospectiva". En: NOVAK, Fabián y Jaime GARCÍA. *La política exterior peruana en el siglo XXI*. Lima: Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015.

Los conceptos de hegemonía y orden internacionales han sido mayormente planteados y tratados por separado en la literatura. No conocemos ningún trabajo que examine el desarrollo de ambos de manera consistentemente interrelacionada². Sin embargo, se trata de dos conceptos con un gran poder explicativo, poseedores de significados claramente relacionados y que creemos deben ser manejados de manera complementaria. En las siguientes páginas vamos a intentar vincularlos, con el fin de entender mejor la evolución del sistema internacional y reflexionar sobre sus perspectivas.

En este sentido, queremos dejar constancia de que las reflexiones a futuro que se formulen en el presente trabajo, dada la complejidad y fluidez de la escena global, solo aspiran a ser relevantes para un mediano plazo de algunas décadas.

1.2. Orden y hegemonía

Existe en las relaciones internacionales la noción básica de un sistema internacional, como un conjunto de entidades, predominantemente Estados, que mantienen relaciones regulares entre sí y cuyo funcionamiento muestra características de integridad.

La distribución de poder dentro de los Estados del sistema internacional es la categoría más importante que explica el funcionamiento y la estabilidad de este. Ha habido una tendencia constante a la concentración del poder.

Históricamente, el funcionamiento del sistema internacional ha dependido de manera crítica del rol jugado por ciertas grandes potencias, que han sido responsables en distintos períodos de la dirección y mantenimiento del sistema (a través de relaciones antagónicas o de antagonismo y colaboración).

De esta manera, el sistema internacional ha sido en distintos momentos históricos unipolar (dominado por un solo estado), bipolar o multipolar (con tres o más polos de poder). El equilibrio de poder entre varios Estados o polos de poder (los cuales se componen de alianzas y coaliciones) ha sido la norma histórica. Se estima que el sistema ha sido multipolar entre 1648 y 1945 y bipolar entre 1945 y 1990. La unipolaridad ha sido una situación breve y excepcional, por ejemplo, en la Era Napoleónica y después de la disolución de la URSS.

Se denomina hegemonía en sentido estricto a un grado de preponderancia plural, no solamente militar, que permite a un Estado, o a unos pocos Estados, ejercer una gran influencia sobre los arreglos y normas que conducen las relaciones internacionales. Puede afirmarse que las grandes potencias compiten históricamente por alcanzar una situación de hegemonía y que algunas se acercan, en distinta medida, a lograrla.

Los arreglos y normas resultantes acerca del funcionamiento del sistema, que muestran variaciones a través del tiempo y tienen momentos particulares de quiebre y

² A Robert Cox (1981), singularmente, hay que darle crédito por postular que la hegemonía, como un conjunto de normas, instituciones y mecanismos, es crucial para la estabilidad de los órdenes mundiales. Pero Cox no acomete la tarea de examinar las interrelaciones de ambos en situaciones históricas concretas.

renovación, constituyen el orden internacional. La hegemonía es el fenómeno que precede y explica la aparición y mantenimiento del orden internacional.

El orden consiste básicamente en arreglos de poder, inspirados o dirigidos por las grandes potencias, concebidos y plasmados dentro de un clima de ideas, en el cual se manifiesta la faceta más sugestiva del liderazgo hegemónico. El orden se refiere en general a grandes proyectos, normas, reglas y procedimientos que regulan las relaciones entre Estados.

La idea de orden internacional se contrapone a la noción de una anarquía internacional en el sentido de falta de gobierno y desorden, pero es por supuesto compatible con la ausencia de un gobierno central. No significa tampoco un ordenamiento completo ni de absoluta consistencia; es de naturaleza más bien fluida y, como hemos dicho, con instancias de marcadas transformaciones.

Las transformaciones del orden internacional se explican por las variaciones a través del tiempo en el poder relativo de las grandes potencias. Arthur Organski (1958), señalaba que las responsabilidades del rol hegemónico crean desgaste en las potencias líderes, lo cual permite a otras potencias desafiarlas y en una situación característica de transición de poder, provocar una gran guerra.

De una manera más precisa, se considera que la hegemonía es la preeminencia de una o varias grandes potencias simultáneamente en los planos militar, económico y sobre todo en el de las ideas, del cual se nutren los principios del orden (asumiéndose que el poder en el ámbito internacional es difícilmente divisible). La hegemonía se diferencia de la conquista, la pura dominación, el imperialismo y el imperio y se distingue por ser una forma de liderazgo que busca y consigue la legitimación y la emulación por parte de los demás Estados (Chase-Dunn et al., 1994).

En el plano económico, la hegemonía consiste en la habilidad de un Estado de centrar la economía mundial en torno a su economía. Pero su rasgo más importante es la capacidad de ejercer una gran influencia sobre las reglas y arreglos que conducen las relaciones económicas y políticas internacionales. Robert Cox la define como la capacidad de un Estado de conseguir una amplia aceptación de principios generales, los cuales aseguran su supremacía y al mismo tiempo ofrecen perspectivas de satisfacción para los Estados menos poderosos (Goldstein, 2004, p. 99; Chase-Dunn et al., 1994).

Hedley Bull (1977) fue un pionero en la teoría del orden internacional. Afirmó la existencia de una sociedad o asociación de Estados conscientes de ciertos intereses y valores comunes. Definió al orden como un patrón estable de acciones que sostiene las metas primarias de la sociedad internacional³, las cuales son las siguientes:

- a. Preservación del sistema internacional y de la sociedad internacional
- b. Mantenimiento de la independencia de los Estados

³ Bull utiliza el término “sociedad internacional”, pero nosotros preferimos denominarla “de Estados” en este trabajo, para ser más precisos.

- c. Mantenimiento de la paz
- d. Limitación de la violencia
- e. Respeto a los acuerdos y tratados
- f. Reconocimiento general de la soberanía y posesiones de los Estados.

A Bull le faltó quizás destacar un poco más el rol de las grandes potencias en la formación del orden, en el sentido que es una construcción que refleja en gran medida los valores e intereses de estas, los cuales se presentan como si fueran comunes a todos los Estados.

El orden internacional puede verse también como las sucesivas transformaciones de las normas y arreglos que rigen el sistema internacional. Estas transformaciones se dan, no obstante, la permanencia de las metas primarias de la sociedad de estados, debido a los cambios en las circunstancias que enfrenta esta en su evolución y también, como destacó Organski, a consecuencia de los cambios en el poder entre las grandes potencias más influyentes en el sistema. Estas consiguen incorporar sus intereses en el funcionamiento del orden.

En la literatura especializada es muy común la referencia a la hegemonía de un solo Estado, pese a que esto estrictamente parecería haber sido poco frecuente, si apreciamos el hecho de que el sistema ha tendido a ser multipolar. En otros casos, se suele presentar, en distintos períodos, a una gran potencia aspirante a la hegemonía y a otras grandes potencias que son sus principales oponentes (por ejemplo: Kegley, 2007, p.95).

Normalmente, podría considerarse que un Estado ha sido el portador de las ideas e iniciativas más influyentes para la formación o renovación del orden internacional, pero estas en realidad han estado en algún grado condicionadas o acompañadas, aunque con menos prominencia, por las ideas de otros Estados, o se han basado, en ideas precedentes de otros Estados.

Joseph Nye ha elaborado una relación de las grandes potencias que se estima han sido líderes o potencias hegemónicas del sistema. Dos particularidades de su apreciación son que, a diferencia de muchos autores, Nye arranca del siglo XVI y no de 1815, y que incluye a España y a Francia.

- España (siglo XVI)
- Holanda (siglo XVII)
- Francia (siglo XVIII)
- Inglaterra (siglo XIX)
- EE.UU. (siglo XX)

Los Estados líderes sobre los que ha recaído la mayor atención de la literatura son los de liderazgo más reciente, Inglaterra y EE.UU.

1.3. Órdenes internacionales desde 1648

Como hemos visto, existen pocos estudios que adopten una perspectiva histórica de la hegemonía y el orden internacionales. Hay varios autores que esbozan sucesiones parecidas de potencias hegemónicas desde el siglo XVII (Holanda, Inglaterra y EE.UU.). Pero se ha trabajado muy poco en la identificación más o menos precisa de los sucesivos órdenes internacionales. Los aportes son mayores cuando las apreciaciones arrancan del Congreso de Viena (1815) y de las hegemonías inglesa y estadounidense⁴.

Más claro es el panorama de los grandes conflictos y conflagraciones y de los principales acuerdos entre las potencias protagonistas que marcaron inflexiones históricas, constituyendo los hitos en las transformaciones del orden internacional. Estos hitos, desde el siglo XVII hasta el presente, han sido los siguientes:

- La Guerra de los Treinta Años (1618-1648), que enfrentó a Francia, Inglaterra y Holanda con España. La Paz de Westfalia (1648).
- Las Guerras de Luis XIV (1672-1713), con Inglaterra y Holanda frente a Francia y España. El Tratado de Utrecht (1713)
- La Guerra de los Siete Años (1756-1763), entre Francia, Austria y Rusia, por un lado e Inglaterra y Prusia en el otro. El Tratado de París (1763)
- Las Guerras Napoleónicas (1791-1815), con Inglaterra y Rusia frente a Francia. Los acuerdos del Congreso de Viena (1814-15).
- La Guerra de Crimea (1854-1856), que tuvo como contendores a Rusia contra Francia, Inglaterra y el Imperio otomano. El Tratado de París (1856)
- La Guerra Franco-Prusiana (1870-1871), de Prusia contra Francia. El Tratado de Fráncfort (1871)
- La Primera Guerra Mundial (1914-1918). El Tratado de Versalles (1919)
- La Segunda Guerra Mundial (1939-1945). La Conferencia de San Francisco (1945) que sentó las bases del orden posterior a la Segunda Guerra Mundial
- La sucesión de conflictos conocida como la Guerra Fría (1947-1990). La Paz de París (noviembre de 1990), suscrita por la Unión Soviética, EE.UU., Reino Unido, Alemania y Francia (Bobbitt, 2003, cap. 23).

Autores como Clark (1989) afirman que después de cada gran guerra, desde fines del siglo XVIII, las grandes potencias realizaron esfuerzos, cada vez más importantes, de reconfigurar el sistema internacional, de manera que les permitiera evitar una nueva conflagración.

Sin embargo, fue solo tras la derrota de Napoleón, en 1814, que las grandes potencias asumieron un rol claramente diferenciado, iniciando una fase más explícita de manejo del sistema, con el objeto de establecer una mayor medida de orden en las relaciones internacionales. Se trataba especialmente de prevenir cualquier nuevo intento de dominio imperial del sistema, así como de frenar los avances del liberalismo y el nacionalismo.

En realidad, la especial importancia que se da al Congreso de Viena en la evolución del orden internacional se relaciona con que el resultante Concierto de Europa, representa

⁴ Por ejemplo: Bull, 1977; Clark, 1989; Ikenberry, 2011; Alcalde, 2014a.

la adopción de una inédita tutela del sistema por las grandes potencias y de un deliberado proceso de concertación entre las mismas. Además, en el marco del Concierto de las grandes potencias, aparece en las décadas siguientes una nueva era de cooperación entre los Estados europeos.

Efectivamente, en el siglo XIX, al mismo tiempo que se descarta la posibilidad, secularmente acariciada, de un gobierno mundial, surgen mecanismos de concertación entre las grandes potencias y, en poco tiempo, hacen su aparición regímenes de cooperación (como las comisiones de navegación de los grandes ríos europeos) así como los primeros organismos internacionales de carácter tanto público como privado.

Pero todo esto no significa, a nuestro juicio, que antes de 1815 los arreglos entre las grandes potencias no hayan involucrado el establecimiento de pautas y mecanismos que significaron un importante ordenamiento de las relaciones entre estados y que estos procesos no puedan considerarse como parte de un orden internacional, que surge en 1648 con Westfalia. Estos órdenes, que podría argumentarse fueron forjados bajo la hegemonía francesa (varios autores encuentran una breve hegemonía holandesa en el siglo XVII), pueden, además ayudarnos a entender mejor, tal como veremos más adelante, la dinámica de la hegemonía y el orden.

De esta manera, podría considerarse que hubo hasta cuatro órdenes antes del Congreso de Viena, a saber:

- 1) El de Westfalia, de 1648 a 1713, que hace pasar a Europa de un agregado de Estados a un sistema de Estados y adopta las normas básicas del orden, que perduran en lo que se denomina “Sistema Westfaliano”⁵. Con él se inicia la hegemonía francesa;
- 2) el de Utrecht, de 1713 a 1763, que introduce de manera más explícita el elemento de equilibrio de poder, proscribiendo la posibilidad de unificación de Francia y España, y debilita la hegemonía francesa;
- 3) aquel posterior a la Guerra de los Siete Años (1756-1763) y que dura hasta las conquistas de Napoleón (1799), que podríamos llamar anglo-francés, en el cual Francia pierde gran parte de su imperio colonial, asciende Inglaterra y surge la Pentarquía de grandes potencias que se consolidará posteriormente en el Concierto de Europa;
- 4) el del Imperio napoleónico, de 1799 a 1814, que representa un último intento francés de consolidar la hegemonía.

Posteriormente, en el orden del Concierto de Europa (1815-1854), las cinco grandes potencias —Austria, Inglaterra, Prusia, Rusia y Francia—, se arrogaron responsabilidades y privilegios singulares para el mantenimiento de un orden internacional a través de dos pasos fundamentales: el establecimiento de un marco institucional de conferencias periódicas y el manejo de las normas que regían las interacciones diplomáticas.

⁵ Que son fundamentalmente, una sociedad de Estados asentada en la soberanía territorial, la independencia de estos y el respeto de sus derechos.

Los órdenes posteriores al Concierto de Europa serían los siguientes:

- 1) El orden de las guerras de unificación de Italia y Alemania (1856-1870), después de la Guerra de Crimea, en el cual se mantiene el sistema de conferencias del Concierto de Europa, pero las reglas del mismo dejan de funcionar (Clark 1989);
- 2) El orden de la emergencia de Alemania (1871-1914), entre la crucial ruptura del equilibrio de poder europeo por el triunfo de Prusia sobre Francia en 1871 y la Primera Guerra Mundial;
- 3) El fallido orden de Versalles, entre las dos guerras mundiales;
- 4) El orden de la Guerra Fría (1945-1990), después de la Segunda Guerra Mundial, donde aparece un sistema bipolar, aunque asimétrico, entre la que puede considerarse una potencia hegemónica, EE.UU., y la URSS, sobre todo una superpotencia militar.

Es posible observar que, a excepción de los órdenes del Concierto de Europa y el de la Guerra Fría, estos órdenes no se han caracterizado por una gran estabilidad y en algunos casos han tenido una duración relativamente corta. Podríamos considerar que han sido órdenes de transición.

1.4. El orden de la Guerra Fría, 1945-1990

Desde 1943, en la conferencia de Teherán, hasta 1950, tuvo lugar un proceso de negociación de un orden internacional de inspiración esencialmente estadounidense y financiado por Washington.

Dentro de esta negociación, en la cual la Unión Soviética asumió un rol de oposición a EE.UU., no solo quedaron en claro algunos temas de conflicto, sino también de consenso entre los dos polos. Tal fue el caso de los dos fines más importantes que en la práctica se persiguió en el orden: la descolonización y la extensión del progreso económico y técnico a todos los Estados, en la forma del desarrollo económico. Este último constituyó la gran promesa que aferró al orden a los países económicamente atrasados.

En el primer caso, intereses y expectativas un tanto diferentes motivaban el respaldo de las dos superpotencias a la independencia de las colonias⁶, mientras que en el caso del desarrollo económico pareció tratarse, desde el punto de vista político, de una aceptación implícita de los dos colosos de competir por la preferencia de los países económicamente atrasados, presentándoles el modelo capitalista el uno y el socialista el otro.

La preocupación estadounidense por promover el capitalismo y asegurar que su propia economía pudiera continuar creciendo se plasmó en los acuerdos de Bretton Woods, los cuales proveyeron un formidable marco de regulación y estímulo para los intercambios internacionales. Como consecuencia, entre 1950 y 1973 se dieron tasas internacionales

⁶ Ambas superpotencias veían positivamente la declinación de las potencias coloniales, Francia e Inglaterra, pero mientras que EE.UU., desde Wilson, defendía la libre determinación como un medio de asegurar la paz, la Unión Soviética, desde Lenin, veía en la caída del imperialismo el debilitamiento del capitalismo mundial.

de crecimiento que hicieron considerar al periodo como la era de oro de la economía mundial.

El fortalecimiento del Estado de bienestar, una nueva modernización económica en el Norte, y la prosecución del desarrollo en el Sur hicieron que los asuntos económicos ganaran una importancia sin precedentes para los Estados y que las economías nacionales se orientaran cada vez más al comercio y la inversión internacionales.

El mayor peso que adquirieron los factores económicos motivó en unos años un cambio trascendental en la naturaleza de las relaciones entre los Estados, así como un inédito nivel de participación de actores distintos a los Estados en la vida internacional, sobre todo en la forma de empresas multinacionales, burocracias de organismos internacionales y asociaciones gremiales.

Se multiplicaron los contactos y arreglos económicos entre los Estados y el avance internacional del comercio, la industria y la tecnología fueron las principales causas de la rápida expansión de una red de regímenes internacionales, que fueron regulando nuevas áreas de intercambio y cooperación y acentuando la interdependencia entre los Estados.

El orden de la Guerra Fría se va debilitando desde las décadas de 1970 y 1980, a través de fenómenos y procesos como el estancamiento y crisis de la ONU; la atenuación del liderazgo de Washington, que se convierte en un liderazgo colegiado (Grupo de los Siete); la disminución de la bipolaridad, con la *Détente*; el quiebre del Keynesianismo y la emergencia del neoliberalismo; y el fin de la era del desarrollo, con la Crisis de la Deuda de los años ochenta, que apaga el fervor y disminuye la cooperación relacionados con la transformación económica y social de los países materialmente atrasados.

Incorporando las innovaciones traídas por el orden de la Guerra Fría, encontramos que es posible identificar los componentes principales del orden internacional, a saber:

- 1) La voluntad de una o varias grandes potencias de emprender el establecimiento de un orden internacional, de acuerdo con sus principales intereses.
- 2) La capacidad de esta(s) potencia (s) de mantener un clima hegemónico, el cual significa:
 - a) preeminencia militar,
 - b) colocar su(s) economía(s) en el centro de la economía mundial, y
 - c) conseguir una amplia aceptación de principios generales, los cuales propician la supremacía de las potencias involucradas y al mismo tiempo ofrecen perspectivas de satisfacción para los estados menos poderosos.
- 3) Un mínimo de conformidad de todas las grandes potencias con el orden, en el sentido de que ninguna se encuentre tan insatisfecha con los arreglos políticos y económicos como para considerar al orden ilegítimo e intentar activamente subvertirlo.
- 4) Los fines específicos de la o las grandes potencias promotoras del orden.

- 5) Una organización internacional dentro de la cual los estados interactúan formalmente, sobre todo en el manejo de conflictos y desarrollo de la cooperación, facilitando la construcción y el funcionamiento del orden en la forma de un arreglo colectivo.
- 6) Ciertos regímenes sectoriales de alcance global, (como moneda, finanzas, comercio) que permiten a las grandes potencias regular áreas de interacción internacional de especial interés para ellas.
- 7) Una o varias ideologías que legitiman la construcción y preservación del orden, así como sus fines.
- 8) Una particular configuración del equilibrio de poder entre las alianzas o bloques de las principales potencias, que asegura la estabilidad del orden. (la alternativa a este requisito, sería la consolidación de un orden unipolar).
- 9) La definición geopolítica de grandes espacios mundiales y de las esferas de influencia de las grandes potencias y potencias regionales, que se materializa en la formalización de órdenes regionales.

El orden de la Guerra Fría acusa una creciente debilidad desde los años setenta y en 1990-1991 se desploma su sustento bipolar. Sin embargo, la organización internacional y los principales regímenes del orden se mantienen en las décadas siguientes, pese a que el sistema se vuelve primero unipolar y luego tiende a la bipolaridad (EE.UU.-China).

Esta permanencia de los rasgos del orden de la Guerra Fría lo pone, como hemos señalado en una situación parecida al orden del Concierto de Europa (1815-1854), el cual mantuvo sus mecanismos formales de concertación durante todo el siglo XIX, pese a que sus reglas básicas dejaron de funcionar después de la Guerra de Crimea y el equilibrio de poder que lo sustentaba se quebró con la victoria de Prusia sobre Francia en 1871.

Nos atrevemos a postular que ambos órdenes, los más duraderos en la evolución del sistema de Estados y los únicos que alcanzan a consolidarse, tienen algunos rasgos comunes que explican su excepcional condición.

- a. La gran magnitud de los desafíos que enfrentan las grandes potencias durante su construcción y desarrollo: el liberalismo y el nacionalismo para las monarquías e imperios europeos del siglo XIX, y el comunismo para las potencias liberales y capitalistas del siglo XX. Estos extraordinarios retos cohesionan a las potencias y las inducen a anteponer en gran medida los intereses de grupo a sus intereses individuales.
- b. El relativo éxito y eficacia de novedosos mecanismos de coordinación o cooperación: el sistema de conferencias y las estructuras y procedimientos de la ONU, respectivamente, los cuales continúan operando más allá de los propósitos que los inspiraron, la Reacción en el caso del Concierto, y la seguridad colectiva y el desarrollo en el caso de la ONU.
- c. El limitado número de Estados y de regiones con participación influyente en la gestión del funcionamiento de ambos órdenes.

- d. La larga duración que tuvo una distribución de poder con pocos cambios en el sistema internacional: multipolar en el Concierto hasta la emergencia de Alemania, y bipolar asimétrica y luego unipolar (en ambas, con la preeminencia de EE.UU.) hasta la emergencia de China en el siglo XXI.

1.5. Creciente importancia de los órdenes regionales

Aprovechando la declinación de la influencia europea y el surgimiento de nuevos Estados, EE.UU. participó activamente en la organización de arreglos regionales a partir de 1945. Estos arreglos incorporaron, en un rol subordinado, a nuevos Estados al orden internacional y se convirtieron en bastiones en la confrontación estadounidense con el bloque comunista.

De esta manera, EE.UU. contribuyó decisivamente a convertir el regionalismo en un aspecto importante de la política internacional, mas no para promover un sistema más descentralizado, sino como un instrumento de alineamiento de Estados⁷.

Los órdenes regionales no fueron organizados primordialmente para plasmar intereses referidos a la región *per se*, sino vinculados al posicionamiento de la región en el orden internacional bipolar (un caso emblemático fue el sistema interamericano).

La Comunidad Europea, el más logrado ejemplo de regionalismo, fue un caso un tanto diferente, pues ella estuvo formada exclusivamente por Estados europeos, inspirada en gran medida por la teoría funcionalista⁸ y tuvo un propósito de asegurar la paz con Alemania, que se sumó al de contener al comunismo.

Lo que ocurrió fue que las regiones se convirtieron en unidades fundamentales de la política internacional, pero su conformación y funcionamiento estaban poderosamente constreñidos por consideraciones políticas, ideológicas y de seguridad de naturaleza sistémica global.

Hasta finales de la década de 1980, cuatro órdenes regionales con una fuerte influencia estadounidense fueron elementos centrales del funcionamiento y el equilibrio de poder del orden de la Guerra Fría:

1. La Comunidad Europea, convertida en una superpotencia económica y “civil”, dirigida por Alemania, Francia e Inglaterra, dos de ellas estrechas aliadas de EE.UU., y dependientes de su protección militar.
2. El Este Asiático y Japón, región de extraordinario crecimiento económico y capacidad exportadora, bajo el liderazgo económico de Japón, aliado de primer orden de EE.UU. y también dependiente de su protección militar.⁹

⁷ Basado parcialmente en: Katzenstein, 2005.

⁸ De que la paz puede asegurarse a través de una cooperación material estrecha entre los Estados, presididos por agencias técnicas.

⁹ Katzenstein considera que Alemania y Japón tuvieron un rol clave como *core states* en sus respectivas regiones, actuando a la vez como líderes en ellas y como aliados principales de EE.UU. Por nuestra parte, pensamos que este autor subvalora el liderazgo de Francia en Europa.

3. El Medio Oriente —núcleo mundial de reservas y producción petrolera— que, desde la paz entre Israel y Egipto en 1979, estuvo virtualmente dominado por el entendimiento entre estos dos Estados, al mismo tiempo que acusaba un protagonismo del poder económico de Arabia Saudí. Estos tres Estados eran profundamente dependientes de la cooperación económica y militar de la gran potencia.
4. América Latina, proveedora de materias primas y recursos energéticos, en una relación tradicional de subordinación económica y política a través del sistema interamericano, lazos bilaterales y relaciones especiales con Brasil y México.

1.6. De la unipolaridad estadounidense a la emergencia de China

La implosión de la Unión Soviética hizo desaparecer finalmente el arreglo bipolar que sostenía el orden de la Guerra Fría.

En ese momento, el orden se volvió de facto unipolar. EE.UU. quedó solo en el liderazgo mundial, por lo menos en el terreno político-militar. El más claro antecedente que podemos hallar de esta situación internacional es el Imperio revolucionario de la Francia de Napoleón, entre 1799 y 1814.

En un segundo nivel de la jerarquía internacional se podía distinguir a Alemania, Inglaterra y Francia, que lideraban la integración europea, además de una Rusia declinante, Japón y China.

EE.UU. planteó el inicio de un nuevo orden internacional sobre la base de cuatro pilares: un decidido apoyo de Washington a las Naciones Unidas en la búsqueda de la paz; una asociación central de EE.UU. con la Unión Soviética para la democratización de esta última y el saneamiento y la inserción internacional de su economía; la preservación de la OTAN; y la prevención de la proliferación de armas de destrucción masiva.

Al finalizar el siglo XX, con la intervención de la OTAN en Kosovo al margen de la ONU, por un lado, y la reafirmación de los intereses nacionales de Rusia, por el otro, esta visión de un nuevo orden quedó en entredicho.

En lo económico, el principal propósito de EE.UU. para el nuevo orden, compartido con Europa y Japón, era la consolidación mundial del capitalismo en la forma de la globalización. Este proceso avanza impulsado por el auge del neoliberalismo, el cual presenta a la globalización como una fractura histórica convertida en una realidad inevitable e irreversible y llamada a beneficiar a todas las economías del planeta (Steger, 2002).

Los años noventa, que presencian la caída del bloque comunista y la reinsertión de América Latina a las finanzas internacionales, señalan una intensificación notable de los intercambios económicos a nivel mundial, así como de las tasas de crecimiento y el debilitamiento o caída de las barreras económicas nacionales.

China e India, comenzaron a abrirse parcialmente a la economía internacional en 1978 y 1991, respectivamente. En la década de los noventa ambas se van perfilando como los grandes —e inesperados— beneficiarios de la globalización, especialmente a través de su creciente exportación de manufacturas (China) y servicios (India).

Poco después de la elección de George W. Bush en EE.UU., el atentado de las Torres Gemelas vino a crear un clima nacional de alarma e indignación que catapultó el ascenso de los neoconservadores al control de la política exterior y la inmediata declaración de una singular guerra al terrorismo internacional.

En la estrategia de esta guerra se incorporaron los designios de desarrollar una avasalladora superioridad militar que asegurara la eliminación de los enemigos de los valores e instituciones democrático-liberales y capitalistas, y de presionar para la adopción de los mismos a nivel mundial.

Con la implementación de esta estrategia, invadiendo Afganistán e Irak y buscando el cambio de regímenes adversos en el Medio Oriente, en realidad, EE.UU. no tuvo el comportamiento esperado de un hegemon, de mantener el *statu quo*, sino más bien persiguió agresivamente alterarlo (Golub, 2010).

Las acciones estadounidenses y la dudosa veracidad de los argumentos que esgrimían dieron resultados claramente contraproducentes para el propósito de Washington de establecer una primacía duradera. Tal como señaló Brzezinski, EE.UU. dañó severamente su legitimidad global (citado en Golub, 2010, p.131).

En poco tiempo, el fracaso y el alto costo de las acciones desplegadas aumentaron el descrédito de Washington y erosionaron el apoyo de su propio pueblo. En 2004 comienza a notarse un serio deterioro en el orden unipolar. La causa principal fueron las acciones de EE.UU. y las reacciones que estas provocaron internamente y en otras potencias, entre ellas algunas que por ese momento alcanzaban una mayor visibilidad e influencia y que de distintas maneras comenzaron a coordinar acciones para crear un contrapeso a la influencia de Washington.

Se identifica en estos momentos a un grupo de grandes economías, fuera del G7, los BRICS, que acusan un gran dinamismo y que parecen llamados a ocupar un lugar expectante en la economía mundial en las próximas décadas¹⁰. Entre ellos, China se perfila como candidata a desplazar a EE.UU. como primera economía del planeta y Rusia, una potencia completamente distinta del resto de grupo, por sus antecedentes, muestra un comportamiento de especial significado para el futuro del orden internacional. El orden unipolar estadounidense es profundamente insatisfactorio para Moscú y por ello busca socavarlo y reemplazarlo por una situación de equilibrio de poder (Alcalde, 2015a).

Desde 2004 se puede percibir también otras señales que sugieren nuevas tendencias en la escena mundial. Comienzan a aparecer problemas en la economía de la potencia

¹⁰ Brasil, Rusia, la India y China, analizados en un estudio de Goldman Sachs en 2003.

hegemónica debido al alza de las tasas de interés y a los atrasos en los pagos de hipotecas inmobiliarias. A nivel internacional, entre 2004 y 2005 surgen medidas proteccionistas en el terreno de las inversiones y el comercio, inclusive en los Estados hasta entonces más comprometidos con la globalización: EE.UU. y China (Abdelal y Segal, 2007).

La ronda de negociaciones comerciales de Doha, emprendida para avanzar la implementación de los ambiciosos acuerdos de la Ronda Uruguay, se estanca, fundamentalmente como resultado de la aparición de una nueva correlación de poder en el comercio internacional.

Las economías emergentes, responsables aproximadamente de un tercio del comercio mundial, se agrupan en las negociaciones bajo el liderazgo de Brasil y la India en el G21 y forman una tercera fuerza que se opone a los designios de EE.UU. y la UE de continuar la liberalización pactada en la Ronda Uruguay. El G21 demanda el completo desmantelamiento del proteccionismo agrícola y una efectiva remoción de las barreras a sus exportaciones.

En 2007 toma cuerpo la crisis financiera en EE.UU., la cual provoca, en lo económico, un trauma tan fuerte en el público estadounidense como lo hizo el 11 de setiembre en el ámbito de la seguridad, haciendo que mire con aprensión acuerdos económicos e intervenciones externas.

Al año siguiente, en plena extensión internacional de la crisis, la convocatoria al Grupo de los 20, incluyendo a las principales economías emergentes, reveló claramente que se había producido una reconfiguración del poder político-económico en el mundo.

El G20 es responsable del 85% a 90% del PBI mundial. Los nuevos miembros del grupo (en realidad son once países, que se suman a los del G8), son los que tienen el mayor volumen de capitales de inversión, particularmente China.

A partir de 2009, al mismo tiempo que decae la influencia de EE.UU., aumentan los indicios de un retroceso del libre cambio, es decir, de un estancamiento de la globalización, la principal causa estadounidense. Se prolonga el proteccionismo y aparece la amenaza de guerras monetarias, con devaluaciones competitivas por parte de algunas potencias económicas¹¹.

China ha venido ganando aceleradamente peso económico y político, pese a que ha preferido privilegiar su accionar en el primer campo para no despertar sobresaltos con su rápido ascenso. Económicamente, ha logrado una presencia e impacto globales. Trascendentalmente, su demanda de materias primas y alimentos ha sostenido un prolongado crecimiento y un nuevo protagonismo de varias potencias y regiones

¹¹ La Unión Europea, Rusia, Argentina y Brasil se encuentran entre los mayores proteccionistas en comercio e inversiones. Este proteccionismo se expresa en medidas difíciles de detectar. En muchos casos, los países afectados no se quejan del proteccionismo por no atraer críticas a una práctica que ellos mismos ejercen.

emergentes (como América Latina). Las perspectivas de la economía mundial son relacionadas constantemente con la evolución de la economía china.

A nivel global, se habla de un G2 como un nuevo directorio para referirse a las conversaciones entre EE.UU. y China, y no son pocos los que ya divisan una transición hegemónica en el horizonte (Jacques, 2009).

Por estas razones, pensamos que a partir del año 2008 se puede ya vislumbrar un nuevo orden internacional de carácter transitorio —como lo fue antes la unipolaridad estadounidense—, condicionado principalmente por la emergencia de China.

China reafirmó en la crisis mundial de 2008, la cual disminuyó sus exportaciones, su propósito de pasar de una economía de exportación e inversión a otra apoyada en el consumo interno. Anteriormente, en 2005, había dejado un sistema de cambios de tasa fija del yuan frente al dólar, apreciando su moneda. Esto satisfizo en parte las demandas de EE.UU., que hablaban de un yuan subvaluado que favorecía injustamente las exportaciones chinas.

Sin embargo, en años recientes el crecimiento económico de China ha bajado, generando preocupación en Beijing y en el mundo, particularmente en las potencias emergentes. La situación ha dado un significativo viraje con la reciente devaluación del yuan, en agosto de 2015, avivando los temores de que se difunda una guerra de divisas.

En realidad, la medida cambiaria parece reflejar en buena medida un intento chino de lograr la transformación del modelo de su economía sin perder un buen ritmo de crecimiento. Este cambio de política, al lado de los nuevos problemas bursátiles y las medidas que provocan, revela que las autoridades económicas chinas se hallan en una activa búsqueda, hasta ahora infructuosa, de una nueva estrategia de crecimiento que suceda a la exitosa estrategia de 1994-2004, que estuvo acompañada por la estabilidad cambiaria.

Las alternativas de política económica que China ensaye en los próximos años tendrán repercusiones globales, no solo coyunturales sino también de mediano plazo, y en algunos casos podrían ser muy perturbadoras. Este será el terreno en el que con mayor propiedad podremos hablar de un orden internacional marcado por la emergencia de China, en el sentido que esta condicionará fluctuaciones en el poder económico de varios Estados, alineamientos entre los mismos y cambios en las reglas e instituciones económicas internacionales.

1.7. Perspectivas de la hegemonía y el orden internacionales

Mirando al futuro, la pregunta que más frecuentemente se formula es ¿Continuará la hegemonía y el orden estadounidenses o serán reemplazados por una hegemonía y un orden chinos? Sin embargo, nosotros hemos distinguido los fenómenos de la hegemonía y el orden y hemos visto que históricamente bajo una misma hegemonía, francesa, inglesa o estadounidense, se han sucedido varios órdenes.

Es que la evolución y transformación de las ideas y principios dominantes en el sistema internacional constituye un proceso más lento que el de los cambios en el poder militar y económico de los Estados. Y son estas capacidades, sobre todo, las que determinan la conformación de un nuevo orden.

En esta perspectiva, proponemos una sucesión histórica de hegemonías y sus correspondientes órdenes internacionales hasta el presente:

Hegemonía Francesa: 1648-1814	Orden de Westfalia (1648) Utrecht (1713) Anglo-francés (1763) Napoleónico (1799)
Hegemonía Inglesa 1815-1914	Concierto de Europa (1815) Unificación de Italia y Alemania (1856) Emergencia de Alemania (1871)
Hegemonía Estadounidense 1919-	Versalles (1919) Guerra Fría (1945) Unipolar estadounidense (1991) Emergencia de China (2008)

Creemos que, desde comienzos del siglo XXI, cuando disminuye el dominio estadounidense, en distintos planos internacionales se vienen debilitando o desintegrando estructuras y procesos y al mismo tiempo se viene negociando y conformando de distintas maneras un nuevo orden.

También vemos que los principios neoliberales pierden fuerza y que valores como los de la democracia y los derechos humanos reciben quizás menor atención en el funcionamiento real de los Estados. La globalización ya no se ve como un proceso inevitable y se critica la desigualdad de sus beneficios. Pero estos cambios, especialmente en los valores políticos, operan más lentamente.

Podríamos tal vez decir, en este sentido, que existe hoy una crisis hegemónica pero no un proceso de transición que nos haga anticipar un reemplazo hegemónico. Porque no hay sustitutos a la vista.

Es que las ideas liberales occidentales, asentadas en la tradición de la Ilustración europea y adoptadas en la modernidad propuesta por EE.UU., no tienen, por el momento, rivales. El marxismo, tanto en su concreción soviética como china, ha perdido vigencia y las tradiciones milenarias del islam, China e India, no han podido todavía madurar cuerpos de principios de coexistencia internacional que se reconcilien con la modernidad y tengan un atractivo universal.

Por otro lado, la experiencia histórica nos muestra que la hegemonía de una gran potencia no consiste en una sucesión de ideas con una notable afinidad a lo largo del tiempo, sino más bien en un vigoroso liderazgo en el cambio intelectual.

Así, por ejemplo, la hegemonía francesa enarboló consecutivamente a lo largo de dos siglos paradigmas absolutistas, liberales, revolucionarios e imperiales. Y los intentos hegemónicos de Rusia, desde el siglo XVIII, comprendieron consecutivamente ideales cristianos, de restauración conservadora, paneslavismo y revolución comunista mundial.

Tampoco significó la hegemonía francesa (1648-1814) que no hubiera en Europa, en algunos períodos, otros estados más fuertes, militar o económicamente (tales como Holanda e Inglaterra), ni que los principales arreglos internacionales estuvieran siempre dominados por Francia (Alcalde, 2015b).

Podemos concluir, entonces, que la transición actual en el ámbito internacional es una de poder, pero no de hegemonía. Otros Estados, además de la potencia hegemónica (algunas antiguas y nuevas potencias), son protagonistas en el proceso de conformación de un nuevo orden internacional. Pero en cuanto a la hegemonía, podemos prever que será predominantemente el mismo género de principios que orientará el orden. Y no se puede descartar tampoco, a mediano plazo, que la potencia hegemónica y sus aliados intenten desarrollar nuevos principios o ideas rectoras que busquen continuar inspirando la orientación del orden.

Sin embargo, en los arreglos concretos que conformen el nuevo orden estarán presentes los intereses de nuevos protagonistas, individuales o grupales, tanto modificando balances de poder como dando lugar a nuevas instituciones, gobernadas por reglas distintas a las del orden de la Guerra Fría. Y en el comportamiento de las potencias y los Estados, en la práctica, se volverá más permisible la influencia de principios distintos a los de la ortodoxia político-económica de Occidente.

Las potencias protagonistas centrales en la conformación de un nuevo orden son EE.UU. y China, por su poder, y Rusia, en un nivel inferior de poder, pero recientemente fortalecida y con una voluntad de pugna superior. Además, a mediano plazo, anticipamos una participación destacada de la India, la cual por sus dimensiones y por su dinamismo económico, diplomático y militar es percibida crecientemente como un posible contrapeso de China. La India será muy probablemente tratada de acuerdo con esta percepción tanto por EE.UU. y sus aliados como por la misma China.

En otro nivel visualizamos a Alemania, convertida nuevamente en una potencia desequilibrante en Europa, que podría, con independencia de la construcción europea, posicionarse como la segunda potencia occidental. Finalmente, la voluntad de poder de Japón, no acompañada por capacidades del mismo nivel que las anteriores potencias, podría llevarlo a una participación de impacto en la crucial región de Asia del Este, aunque probablemente signada por la confrontación.

A nivel grupal, estimamos que puede esperarse algún nivel de acción concertada de las potencias emergentes dentro del G20, así como dentro del foro BRICS. La OTAN seguirá confrontando a Rusia, aunque probablemente no siempre totalmente cohesionada.

La participación de EE.UU. se verá probablemente fortalecida por su ascenso al primer lugar en la producción de hidrocarburos, lo cual, en lo económico, traerá una mejora en la competitividad de ramas industriales y empresas asentadas en su territorio y, en lo político, perjudicará a su más tenaz antagonista, Rusia, al mismo tiempo que le permitirá asegurar aliados a través del suministro de energía y disminuir un tanto su involucramiento en el Medio Oriente.

Rusia, en contraste, seguirá viendo sometida a prueba su viabilidad como gran potencia por las sanciones económicas que le acarrea su enfrentamiento a la OTAN y por la disminución de sus ingresos de los hidrocarburos. Pero de salir airosa, superando las vulnerabilidades de su economía, podría aumentar su peso internacional.

Varias potencias emergentes, especialmente las de América Latina, verán afectada su situación internacional por el fin del ciclo de bonanza de las materias primas y deberán ensayar otras vías para impulsar su crecimiento económico y, tal vez, mirar con mayor interés la construcción hacia adentro de espacios regionales o subregionales. Al mismo tiempo, tendrán que reintroducir los cálculos y consideraciones políticos en sus políticas económicas externas habida cuenta de la creciente rivalidad entre sus grandes socios, EE.UU. y China.

1.8. Evolución reciente y perspectivas de los órdenes regionales

El fin de la bipolaridad, en los años noventa, favoreció la obtención de un mayor grado de autonomía por las regiones, debido al repliegue de las superpotencias, así como por la presencia de potencias extrarregionales que buscaban incrementar su presencia en ellas y de potencias regionales que habían obtenido una mayor cuota de influencia en su entorno.

Por otro lado, desde fines de los años ochenta, hubo un importante cambio en la actitud de EE.UU. hacia ciertas regiones, a partir de la percepción del peligro de fracaso del orden comercial mundial, debido a la culminación del mercado único europeo (hasta 1992) y a las dificultades en las negociaciones de la Ronda Uruguay (1986-1993). Washington procedió a promover y vincularse con esquemas de integración regional en los escenarios de Asia-Pacífico, Norteamérica, el hemisferio occidental y el Medio Oriente (con la iniciativa de la *Middle East Free Trade Area*).

Las mencionadas regiones habían funcionado, en conjunto, como aliadas de EE.UU., por lo cual, en el nuevo escenario, Washington se preocupa con mayor intensidad por ampliar, mantener o renovar los alineamientos tradicionales y contener los avances de potencias rivales o competidoras.

EE.UU. ha mostrado hasta ahora una capacidad singular de involucrarse en varias regiones del mundo sin fijarse en ninguna de ellas. Lo ha hecho siguiendo una estrategia de balanceo, en la cual ha variado el grado y carácter de su involucramiento con el propósito de utilizar su preferencia por una región para mantener el poder sobre otras regiones. Dado que distintas regiones han mantenido diferentes relaciones de dependencia de EE.UU., ha habido una suerte de competencia entre regiones para

mantener y asegurar la atención y el compromiso de Washington (Buzan y Waeaver, 2003, p.457).

Adicionalmente, EE.UU. ha tenido la capacidad de conseguir determinados equilibrios de poder dentro de las regiones y articularlos globalmente (Joffe, 2014, p.253). En este juego, muchas veces ha procedido dividiendo y operando tácticamente el apoyo que ha dispensado a distintos Estados o potencias regionales. A.S. Cooper ilustra, por ejemplo, la forma como Washington disminuyó su preferencia por Irán en beneficio de Arabia Saudí en el Medio Oriente en 1976 (Cooper, 2011)¹².

En la situación actual, en que algunas potencias emergentes (tales como China, Brasil, Irán y Turquía) ensayan o han ensayado importantes roles en la reconfiguración de sus órdenes regionales, Washington se esfuerza por lograr el establecimiento de equilibrios de poder regionales que permitan la prevalencia de sus propósitos sobre los de las nuevas fuerzas.

Según Mearsheimer, el propósito principal de la política exterior estadounidense al comenzar el siglo XXI consistía en mantener su hegemonía en las Américas y no permitir el surgimiento de un rival hegemónico en Europa ni en Asia del Noreste, aludiendo sin duda a los avances de Rusia y China (Mearsheimer, 2001, p.386).

Quince años después, podemos apreciar que Washington ha podido continuar su política hegemónica en las Américas y ha ampliado su política de contención en los límites de Europa (Eurasia)¹³ y sobre todo en Asia. A nuestro parecer, el Medio Oriente merece también ser considerado un área fundamental para Washington, donde por ahora parecería conformarse con buscar un equilibrio de poder congruente con sus intereses.

En el caso de las Américas, al comenzar el siglo XXI se produjo un intento brasileño de liderar las acciones en un nuevo teatro de integración, Sudamérica, dejando de lado a México y EE.UU. Este intento registró avances, pero perdió fuerza al terminar la presidencia de Lula. Surgió un nuevo esquema de integración de países vinculados comercialmente a EE.UU., la Alianza del Pacífico, que se asoció con México y dejó la orientación hacia adentro de la región apuntando a los intercambios con China y el Este Asiático. Brasil, por su parte, pareció haber disminuido su entusiasmo por la integración sudamericana y hallarse más interesado en mejorar su entendimiento económico con EE.UU.

Washington, sin embargo, más allá de una integración sudamericana, ve con aprensión la posible formación de un orden unipolar en la región y parece mirar con simpatía el ascenso de Colombia como contrapeso al liderazgo de Brasil. También indudablemente observa con disgusto el recientemente acercamiento de China a la región, aunque todavía no hace explícita su actitud.

¹² Debilitando así el régimen del Shah, de manera que facilitó su derrocamiento en 1979, según Cooper.

¹³ Sobre la política estadounidense de contención de Rusia véase: Alcalde, 2015a.

En el futuro de Europa, una variable más importante que la influencia estadounidense son los problemas de corto y mediano plazo de la Unión Europea y las perspectivas de que puedan deteriorar severamente el proceso de integración. De especial importancia es la situación de Alemania, cuyo liderazgo en el bloque europeo, por un lado, ha sido criticado por su excesivo peso y la poca solidaridad que exhibe y cuya población, por otro lado, expresa una creciente insatisfacción con la integración¹⁴. También es problemática la postura del Reino Unido de someter a una consulta popular su membresía en momentos particularmente difíciles para la Unión Europea¹⁵.

En el Medio Oriente, EE.UU., a partir del retiro de sus tropas de Irak, de los nefastos resultados de la “Primavera Árabe” y de los conflictos extremos del Estado Islámico y Yemen, parece mostrar una voluntad de repliegue parcial, dejando un mayor espacio para acciones conversadas con Rusia y potencias regionales como Turquía e Irán. El reciente acuerdo nuclear con Irán se inscribe en esta tendencia, donde además los intereses económicos occidentales tienen un importante rol¹⁶.

El llamado “eje hacia el Asia” (*Pivot to Asia*), una política de reorientación masiva (*rebalancing*) de EE.UU. hacia la macrorregión del Asia-Pacífico, ha sido un componente clave de la política exterior del presidente Obama en la que está clara la intención de contener los avances de China. Al 2020 Washington espera colocar en Asia-Pacífico un 60% de sus fuerzas navales y a partir de este hecho convertirla en el área principal de la estrategia global estadounidense. Parte integral de esta estrategia es el acuerdo económico TransPacific Partnership (TPP), del cual son signatarios nueve estados, incluyendo al Perú, pero sin la participación de China.

EE.UU. adquirió intereses económicos y de seguridad en el Asia-Pacífico desde que triunfó en la guerra con España (1898) y logró control de Filipinas. Posteriormente fue un protagonista central en la explotación de China por las potencias occidentales y fortaleció su presencia con la ocupación de Japón y la protección de Taiwán y Corea del Sur. Washington expresa el temor de que los avances de China en Asia del Este pongan en peligro estos intereses que ahora considera vitales.

EE.UU. cuenta para su estrategia con aliados de la región, como Japón, Corea del Sur, Australia, Filipinas, Tailandia y Taiwán. También posee especiales relaciones estratégicas con Singapur e India (en un escenario ampliado del Asia-Pacífico).

China, por su parte, percibe la estrategia estadounidense como un intento de frenar su ascenso regional y mundial y de limitar el creciente fortalecimiento de sus lazos con el Sudeste Asiático así como con la ASEAN y su nuevo papel en la construcción de la cooperación y la integración en el Asia (Muni y Chadha, 2014).

¹⁴ Sobre las relaciones de Alemania con Rusia véase: Alcalde, 2015a, pp. 77-78.

¹⁵ El pronunciamiento nacional a favor del Brexit en junio de 2016 determinó el inicio del proceso de salida del Reino Unido de la Unión Europea.

¹⁶ Sin embargo, el alegado involucramiento de EE.UU. en el fallido golpe de Estado en Turquía (julio de 2016) y la falta de avance de las ofertas estadounidenses en el acuerdo con Irán abren interrogantes sobre el cambio de postura de Washington en la región.

En realidad, China busca activamente consolidar en Asia del Este y en el Asia Central una plataforma que le permita sostener una proyección de gran potencia de alcance mundial. Y parece haber entrado en los últimos años en una nueva fase de afirmación de su posición dominante en la región, a través de una proactiva reclamación de sus límites marítimos, sin tomar en cuenta la irritación que pueda causar en sus vecinos ni en EE.UU.¹⁷.

La estrategia de EE.UU. de disputar la afirmación de China en sus espacios regionales inevitablemente traerá una dosis de conflicto en los próximos años, especialmente en el Asia.

En esta perspectiva de tensiones regionales, gana importancia el posible rol de la India, que está superando el dinamismo económico de China y, aunque no abandona su tradicional postura de no alineamiento, ha estrechado relaciones con Washington. Japón aparece también como una variable independiente de importancia, debido a sus tradicionales aspiraciones geopolíticas, sus difíciles relaciones con China y el resurgimiento del nacionalismo en Tokio.

¹⁷ Sobre la cooperación de China y Rusia frente a algunas acciones de EE.UU. véase: Alcalde, 2015a, pp.87-92.

CAPÍTULO 2

LA BÚSQUEDA RUSA DE DOMINIO Y HEGEMONÍA HASTA EL SIGLO XIX¹⁸

[La política de Rusia] ha seguido un ritmo propio a lo largo de los siglos, expandiéndose a través de un espacio que abarca casi todos los climas y civilizaciones, interrumpiéndose ocasionalmente por la necesidad de adaptar sus estructuras internas a la enormidad de su emprendimiento – solo para volver nuevamente, como la marea que cubre la playa. De Pedro el Grande a Putin [...] el ritmo se ha mantenido extraordinariamente consistente (Kissinger, 2014, p. 50).

2.1. Introducción

Ilustres estadistas e internacionalistas, como el general De Gaulle y Raymond Aron, han observado que, si se quiere entender el comportamiento internacional de los Estados, más importante que analizar sus regímenes políticos e ideologías resulta conocer sus tendencias históricas y los grandes intereses nacionales que ellas reflejan a lo largo del tiempo (Aron, 1960; Grosser, 1965).

Nosotros compartimos esta observación y además encontramos, coincidiendo de manera general con Henry Kissinger, que el comportamiento internacional de Rusia — desde la época de los zares, pasando por el régimen comunista y hasta la era de Putin— constituye uno de los procesos que mejor ilustra esta realidad.

La observación de Aron y De Gaulle alude a un rasgo central que poseerían con mayor claridad potencias que han desempeñado roles internacionales destacados: un particular estilo de ser y comportarse que persiste a través del tiempo. El gran historiador británico A.J.P Taylor se refería a las fuerzas profundas que impulsan a una nación por un determinado curso histórico. Muchos autores han denominado a este rasgo “espíritu nacional” o “carácter nacional” (Aron, 1966, pp.288-291; Morgenthau y Thompson, 1985, pp.146-153; Pyle, 2007, pp.33-34), el cual se mantendría, aunque no inalterable, a lo largo de generaciones y a través de la educación, especialmente de las elites.

¹⁸ El capítulo 2 se ha elaborado sobre la base de la revisión y ampliación del trabajo del autor publicado anteriormente: *De Pedro el Grande a Putin; un ensayo sobre la búsqueda rusa de dominio y hegemonía*. Lima: Escuela de Gobierno de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015.

Nación proverbialmente guerrera¹⁹, con su victoria sobre Napoleón en 1812, Rusia se convirtió en la “potencia dominante”²⁰ en el ámbito terrestre en Europa, posición que mantuvo hasta la Guerra de Crimea (1853-1856).

A través de la Santa Alianza, entre 1815 y 1825, intentó un liderazgo más amplio, de carácter hegemónico en Europa y el mundo, asumiendo brevemente un rol importante en el terreno de las ideas en la sociedad de Estados. Podría también argumentarse que durante la segunda mitad del siglo XIX Rusia fue la potencia terrestre dominante en el escenario ampliado de Eurasia, a juzgar por las percepciones que de ella tuvo Gran Bretaña en la contienda que ambas sostuvieron en el Asia Central.

A lo largo de tres siglos (1709-2015) los resultados de la búsqueda rusa de ascenso, dominio y hegemonía han sido extraordinarios, aunque desiguales, en un proceso jalonado tanto por triunfos y la consolidación de un imperio, como por reveses y la desintegración del mismo y donde han alternado períodos de rechazo como de emulación de Occidente. Rusia ha sido siempre una formidable potencia militar; además, ha buscado hegemonía enarbolando ideas de atractivo internacional con la Santa Alianza, la Revolución bolchevique y durante la Guerra Fría. También ha tenido un período de preeminencia económica mundial, en las décadas intermedias del siglo XX.

Nuestra percepción es que la hegemonía incluye crucialmente la capacidad de un Estado de ejercer liderazgo intelectual, no solo en la promoción y preservación de las ideas rectoras del sistema internacional sino especialmente en la habilidad de transformar las mismas. Rusia ha demostrado poseer esta habilidad.

En este capítulo y el siguiente buscamos destacar la persistencia de grandes tendencias e intereses nacionales en la evolución del Imperio ruso, por ejemplo, la centralidad de Ucrania. En este sentido, pensamos que, así como en Ucrania (en la batalla de Poltava), el Imperio zarista, bajo Pedro el Grande, ganó la categoría de gran potencia derrotando a Suecia en 1709, tres siglos más tarde la Rusia de Putin juega su rol de potencia de primer orden con su protagonismo en la violenta división de Ucrania, desafiando el poderío de Occidente.

Este capítulo reseña la expansión de Rusia desde el siglo XIV, bajo Iván I, hasta 1904, cuando Halford Mackinder, inspirado por la competencia de Rusia con Inglaterra en el Asia Central —el Gran Juego—, formuló su famosa teoría geopolítica en la que sostuvo que la potencia que controlara el Heartland asiático dominaría el mundo.

2.2. Emergencia de Rusia y primera expansión

En el siglo IX, en la ruta comercial entre Escandinavia y la ciudad de Constantinopla, capital del Imperio bizantino, los vikingos consiguieron dominar a un conjunto de tribus eslavas y las cohesionaron en una federación, que tuvo como centro la ciudad de

¹⁹ El sociólogo P. Sorokin encontró que en el último milenio Rusia solo tuvo una generación (25 años) de paz (Blainey, 1973, p.3).

²⁰ Equivalente a primera potencia militar en el vocabulario de Wight (1978).

Kiev, en las orillas del río Dnieper, en lo que es actualmente la república de Ucrania. Esta federación, que combinó las culturas escandinava y eslava dando origen a una vigorosa nueva identidad nacional, fue conocida como “Rus”, una primera germinación del Estado ruso. Kiev alcanzó un gran poderío militar, sacudiendo con sus victorias militares y su expansión la estabilidad de la región de los Balcanes, así como la del Imperio bizantino.

En el siglo XI, Kiev adoptó la religión ortodoxa de Bizancio (la cual considera que los católicos se apartaron de la Iglesia cristiana primigenia) y se convirtió al mismo tiempo en un gran centro cultural y político que llegó a rivalizar con Constantinopla. Sin embargo, a partir de la muerte de su soberano Yaroslav, en 1054, entró en un período de fragmentación y decadencia, hasta que fue destruido en 1240 por la invasión de los mongoles de la Horda de Oro, una coalición de tribus y clanes nómades articulada para la guerra y la conquista.

En el siglo XIII, el territorio que luego se transformaría en Rusia estaba compuesto por trece principados y entre 1237 y 1480 fue parte del Imperio mongol por más de 200 años, un hecho que contribuyó a su unificación política. Aunque los conquistadores mongoles se establecieron en la ciudad de Sarai, en el bajo Volga, ellos ratificaron a la ciudad de Vladimir como sede del gran principado de la región (función que esta ciudad desempeñaba desde fines del siglo XII). Los mongoles decidieron valerse de las autoridades locales para que realizaran funciones como la recolección del tributo y la conscripción de soldados.

Sin embargo, la ciudad de Moscú se fue distinguiendo gradualmente entre las ciudades rusas, en gran medida gracias a su colaboración con los mongoles. En 1310 obtuvo la sede de la Iglesia Ortodoxa. Unos lustros después, en 1327, tras una pugna que le fue exitosa con la ciudad de Tver, Iván Danilovich asumió el gobierno de Moscú y el título de Gran Príncipe, pasando a ser Iván I de Rusia.

En las décadas siguientes, Iván I y Moscú fueron creciendo en autoridad y tierras, gracias a las extraordinarias habilidades políticas y económicas del príncipe y en retribución por su especial subordinación a los conquistadores.

A partir de 1360 entró en disolución la Horda de Oro. Con la decadencia y caída de los mongoles, Moscú aprovechó para ir dominando a los demás principados rusos buscando completar la unificación del territorio de los Rus. En 1380 el Gran Duque Dimitri de Moscú infligió una derrota a los mongoles que aceleró el ocaso de estos.

Empero, al sur de la incipiente Rusia cobraba fuerza en estos momentos una formidable fuerza, que destruiría a Bizancio y con la que el nuevo Estado rivalizaría de manera constante en los siglos venideros: el Imperio turco otomano. Precisamente, la toma de Constantinopla por los otomanos, en 1453, vino a propiciar un nuevo rol para Moscú, que se proclamó como una “Tercera Roma”, defensora suprema de la fe cristiana.

Unos años más tarde, en 1480, Ivan III (1462-1505), completó en el norte la unificación de Rusia y acabó definitivamente el pago del tributo a los mongoles.

El territorio primigenio de Rusia posee, singularmente, varios ríos navegables que van hacia el mar Báltico, el mar Blanco, el mar Caspio (el Volga) y el mar Negro (el Don y el Dnieper). Esta realidad geográfica vendrá a inducir y a favorecer notablemente el avance y la expansión de Rusia, después de la unificación del territorio bajo el dominio de Moscú. El nuevo Estado buscó, en una primera dilatada fase, controlar estos ríos en toda su extensión, así como sus salidas al mar.

Cuando Ivan III, el Grande, subió al trono en 1462, tenía como vecinos al norte el principado ruso de Nóvgorod; al noroeste el reino de Suecia; al suroeste el Gran Principado de Lituania; por el sur, estaban las fértiles tierras negras de las estepas, donde se encontraban, en el sureste, el kanato de Kazán, al pie de los montes Urales y más al sur el kanato de Astrakán, en las orillas del mar Caspio; al oeste de Astrakán, se hallaba el kanato de Crimea, cuyo territorio incluía la península del mar Negro que hoy lleva su nombre.

En 1477, Iván III dio un primer gran paso en sus avances territoriales, al conseguir la anexión del principado ruso de Nóvgorod, el cual había tenido una existencia independiente de varios siglos de poderío y prosperidad. Medio siglo más tarde, a la muerte de su hijo Basilio III, en 1533, encontramos que estos dos soberanos habían multiplicado seis veces la extensión del territorio de Rusia: de 430.000km² a 2.800.000km².

Al ascender Ivan IV, el Terrible (nieto de Iván el Grande), en 1533, el territorio de Rusia era igual a la extensión de Inglaterra, Francia y España combinadas. Sin embargo, los historiadores consideran que la expansión imperial rusa empieza recién con este soberano, el primer príncipe moscovita en llamarse Zar (César) de Rusia, en la década de 1550, y quien adoptaría el absolutismo, degradando a la nobleza y a las instituciones tradicionales de gobierno.

Los designios imperiales de Rusia contaban con el apoyo de un formidable aparato militar cuyos soldados tenían sangre de los conquistadores vikingos y tártaros y contaban con armas decisivas, como el cañón y el mosquete, importados de Europa; con ellas se enfrentaban con los pueblos del este, relativamente poco avanzados y organizados.

La razón que Rusia invocaba para sus afanes expansionistas era la conversión de los infieles. En este sentido, como hemos visto, se proclamaba comprometida en una lucha en pos de liberar a la Segunda Roma (Constantinopla) de los otomanos.

Iván el Terrible realizó, también, importantes avances en la dirección del Volga, hacia el mar Caspio. Conquistó los kanatos de Kazán (1552) y Astrakán (1556), los cuales eran Estados tártaros musulmanes relativamente bien organizados y poderosos. Estas conquistas demostraron un nuevo nivel de poderío de Rusia y al mismo tiempo le abrieron auspiciosamente las puertas de Siberia, de las estepas y del Cáucaso.

Desde el ascenso de Iván el Terrible (1533) hasta fines del siglo XVI, el territorio ruso se duplicó en tamaño, de 2.800.000km² a 5.400.000km². En la primera mitad del siglo

XVII, la rápida ocupación de Siberia llevó a Rusia a alcanzar el océano Pacífico, convirtiéndose en el Estado más grande del mundo.

A la muerte de Iván el Terrible (1584) sigue un período de anarquía y guerra civil, propiciado por la incapacidad de su hijo y heredero, Fedor. Polonia aprovecha esta coyuntura e invade Rusia (1609), hecho que unifica a las fuerzas rusas, que finalmente rechazan al invasor (1612).

Una asamblea de nobles elige como zar a Miguel Romanov en 1613, con quien se inician tres siglos de reinado de esta dinastía, hasta su caída con la Revolución bolchevique de 1917. La nueva dinastía tiene como principales propósitos enfrentar la amenaza del poder polaco y conseguir la liberación de Rusia occidental y Ucrania del poder de Polonia y de los kanatos musulmanes.

Los reinados de Miguel (1613-1645), Alexis I (1645-1676), Teodoro III y la regencia de Sofía se desarrollaron en una Rusia precariamente estable pero todavía relativamente débil y pobre, con el problema fundamental de una burocracia gubernamental dominada por la antigua nobleza, los boyardos.

Aparecerá luego la figura señera de Pedro I (1696), gran reformador, considerado el fundador del Estado moderno ruso y de su imperio.

Antes de las reformas de Pedro el Grande, entre mediados del siglo XVI y fines del siglo XVII, en un lapso de 150 años, el ritmo de expansión territorial de Rusia había sido extraordinario, a un promedio de 35.000km² al año, equivalentes a la extensión de Holanda, como señala Richard Pipes (1995, p.83). Sin embargo, había absorbido territorios con muy baja densidad de población.

A fines de este período, Nashchokin, ministro del zar Alexis Romanov (1654-1676), quien tomó Kiev de la posesión de Polonia, definió elocuentemente los fines de la política exterior rusa como “la expansión del Estado en todas direcciones” (Kissinger, 2014, p.52).

El Estado ruso se había formado bajo la influencia del Estado mogol y de Bizancio. Del Estado mogol adquirió elementos de una monarquía militar centralizada, con una organización de las fuerzas sociales encaminada a desarrollar la guerra. De Bizancio recibió los principios de una eficiente administración, así como una persuasiva diplomacia que sabía hacer uso óptimo de incentivos pecuniarios. Pero fundamentalmente, Rusia habría emulado de Bizancio la cercanía del Estado a la iglesia adquiriendo una disposición a dirigir las masas a base de la utilización de sus sentimientos religiosos (Bozeman, 1994, pp.342-343).

Miremos por un momento la expansión rusa por regiones durante este período, hasta fines del siglo XVII, en vísperas del reinado de Pedro el Grande. Rusia había crecido principalmente en tres regiones, Siberia, las estepas, y también en Europa; en una segunda etapa, en los siglos XVIII y XIX, además de continuar su expansión en estas regiones, realizará avances en el Cáucaso, Asia Central y el Extremo Oriente.

La búsqueda de pieles llevó a los rusos a Siberia desde las primeras décadas del siglo XVI. Inmediatamente al otro lado de los montes Urales, se hallaba el kanato de Siber, el cual va a dar el nombre a esta inmensa región. Los primeros avances de los cazadores rusos a través Siberia se irán dando a medida que van extinguiendo o ahuyentando la fauna que sostiene su actividad. Encontraban poca resistencia por parte de una población nativa, escasa y mayormente primitiva.

De manera oficial, Iván el Terrible auspició una expedición más allá de los Urales, encabezada por quien se convertiría en un gran líder en este emprendimiento, Yermak. Este célebre personaje, quien vive hasta 1585, es el que dirige los inicios de la ocupación formal de Siberia. Medio siglo después de las pioneras acciones de Yermak, en la década de 1630, los avances rusos llegan al mar de Okhotsk y Kamchatka, alcanzando el océano Pacífico.

Por estos años Rusia tiene sus primeros encuentros con el Imperio chino. En 1635, algunos grupos de cosacos se asentaron en el valle del río Amur, zona rica en granos, pero fueron expulsados por las tropas imperiales chinas en 1658 (Landers, 2009, p.121).

La ocupación del Amur por el Imperio ruso dura entre 1650 y 1686, cuando devuelve a China la zona. En 1686, Moscú firma con China el tratado de Nerchinsk, que traza la frontera entre los dos imperios y marca el repliegue ruso de la que había sido su zona de máximo avance, Manchuria, de regreso a Siberia. En la segunda mitad del siglo XIX, Rusia reactivará sus avances en esta región, suscitando, como veremos más adelante, fricciones y conflictos con China y Japón en el Extremo Oriente.

Otra región en la que Rusia inicia su expansión en este período son las estepas, ubicadas al sur de Moscú y Kiev. Las estepas se extienden desde los montes Cárpatos, en Hungría, hasta Mongolia y constituyen una gran franja de seis mil kilómetros de longitud que une el Asia y la Europa del Este, que se ubica al sur de Siberia. En ellas no crecen espontáneamente árboles ni arbustos, solo cierto tipo de pastos naturales. Sin embargo, poseen, excepcionalmente, una extensa zona de fértiles tierras negras, sobre todo en el territorio de Ucrania.

Desde el siglo VII antes de la era cristiana hasta el siglo XVII varias tribus nómades dominaron las estepas, aterrorizando a los pueblos sedentarios colindantes. Ni siquiera las poderosas fuerzas del Imperio chino fueron capaces de derrotarlas. Además de estas tribus, numerosas bandas de cosacos, originalmente campesinos rusos que habían huido de la explotación feudal a las fronteras de la estepa, incursionaban periódicamente para robar y saquear las ciudades rusas.

Como hemos visto, los kanatos de Kazán y Astrakán fueron las primeras conquistas de Rusia, que le abrieron la puerta de las estepas, en la década de 1550. Luego, a comienzos del siglo XVII, Rusia pasó a controlar el kanato de Crimea (aunque no a anexarlo formalmente), cuyas fuerzas habían incendiado Moscú en 1571. Los cosacos, en cambio, solo pudieron ser controlados en el siglo XVIII por Pedro el Grande.

En este sentido, recién en el reinado de Catalina, Rusia va a lograr pleno control de las estepas. Y a partir de 1850, se expandirá más allá de estas llanuras, enfrentándose con Estados organizados en el Asia Central y provocando, a raíz de sus conquistas, una gran pugna geopolítica con el Imperio británico, inquietado por la amenaza a su posesión de la India, la cual fue denominada el Gran Juego y que veremos más adelante.

En el caso de Europa, Rusia incursiona en este período en los dominios territoriales de Polonia y Lituania, las cuales se habían unido en 1386, constituyendo una gran potencia que abarcaba desde el mar Báltico al mar Negro. Ivan III (1462-1505), convierte a Rusia en el gran rival de este reino unido y trata de arrebatarle los territorios que actualmente corresponden a Ucrania y Bielorrusia.

Enfáticamente, Iván el Grande expresa al Gran Príncipe de Lituania que Kiev y otras partes de Ucrania —las cuales habían sido recuperadas por Lituania del yugo mogol— “por la voluntad de Dios eran parte de Rus, habiéndola heredado de sus ancestros” (Landers, 2009, p.129). La obsesión secular rusa por retomar Kiev se satisface en 1667, cuando el zar Alexis efectúa la conquista de Ucrania del Noreste, incluyendo esta ciudad, que estaba en manos de Polonia (por entonces la potencia dominante en su unión con Lituania).

Los deseos rusos de obtener una salida al mar Báltico y de poseer territorio en este litoral se vieron frustrados de manera continua desde el siglo X, primero por el constante avance de conquista y colonización hacia el este por parte de tribus germánicas y luego por Suecia, la tierra de los normandos que, en 1621, como Estado, controlaría el Báltico y que después de la Guerra de los 30 años (1618-1648) se convertiría en la gran potencia de Europa del norte.

2.3. Surgimiento del Imperio ruso: Pedro el Grande

Pedro el Grande (1696-1725), considerado el fundador del Estado moderno ruso y de su Imperio, fue el primer Romanov célebre y gobernó de facto desde 1689, siendo coronado zar en 1696.

Pocos gobernantes han tenido tanta influencia en la historia de un país como Pedro I en Rusia. Poseedor de un extraordinario físico, intelecto y energías, desarrolló un gobierno implacablemente autoritario que occidentalizó Rusia. Remodeló las instituciones centrales, reformando sobre todo el ejército, y cambió las costumbres y el vestido en el reino, especialmente en la nobleza. Fundó San Petersburgo en 1703 (una “ventana a Europa”), desde donde gobernó una “nueva Rusia” que emulaba a Occidente. Con su victoria sobre Suecia hizo ingresar a Rusia al círculo de las grandes potencias europeas.

Pedro buscó directamente aprender de las instituciones y prácticas europeas, particularmente en lo militar. Creó una Academia de Ciencias y promovió el desarrollo de la economía, teniendo en mente sobre todo fortalecer la influencia de la monarquía y el poderío militar del Estado. Fomentó la inmigración de artesanos y trabajadores especializados europeos e inició la industria del hierro en los Urales, que en unas décadas volvería a Rusia el primer productor de hierro de Europa.

La reorganización que hizo Pedro del gobierno, incluyó decisivamente la asimilación de la nobleza (boyardos) a la administración pública y el ejército. Estableció la conscripción obligatoria y elaboró personalmente un manual de operaciones del ejército.

Casi todo su reinado transcurrió en guerra. Pero también, como anticipo de los problemas de un gran imperio, tuvo que enfrentar (y aplastó despiadadamente) una serie de rebeliones internas de pueblos y grupos, descontentos con su férreo y opresivo gobierno, que algunas veces se aliaron con potencias enemigas.

Bajo Pedro, Rusia va a desarrollar un segundo motivo de expansión territorial: ya no se trataba solamente de obtener una salida al mar, sino de poseer un puerto sobre aguas templadas. El único puerto de Rusia, en el mar Blanco, Arcángel (desde 1584), estaba cubierto de hielo parte del año. Los importantes avances de Rusia hacia el Báltico y el mar Negro buscaron solucionar este problema.

En busca de puertos de agua templada, Pedro luchó contra Turquía (1700) e hizo retroceder a las fuerzas otomanas desde el mar de Azov hasta el Mediterráneo.

Hacia Occidente, realizó avances a expensas de Suecia y de Polonia. En este caso, ganó territorios también por razones de seguridad, para proteger el centro del Imperio.

Rusia fue la potencia que más se benefició de la Gran Guerra del Norte (1700-1721), la cual la enfrentó —conjuntamente con Dinamarca y Polonia— a Suecia, la gran potencia de Europa del norte.

En esta guerra, después de haber derrotado a Turquía, Pedro invadió territorio sueco en 1700. Tras varios años de combates y algunas derrotas y frustraciones, consiguió destruir al poderoso ejército sueco en la batalla de Poltava (1709), en Ucrania. Unos años más tarde, impuso a Suecia el Tratado de Nystadt (1721) logrando un gran triunfo diplomático que ratificó la condición rusa de gran potencia, causando cierta sorpresa en las demás potencias europeas.

Sobre el Báltico, Rusia se anexa Karelia, Estonia, Livonia y parte de Finlandia (donde Pedro construirá San Petersburgo). El monarca estableció una industria naval, así como una poderosa fuerza marítima para consolidar estos avances, lo que significó que en su reinado se llegara a tener navíos comparables a los de la armada inglesa (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p.212).

Pedro incorporó a Siberia como provincia en 1710, mostrando especial interés por estudiar a los pueblos de Asia Central y el Japón. Desarrolló las relaciones con China y Mongolia. Auspició la expedición del explorador danés Vitus Bering a Siberia en 1725, quien llegó a navegar el estrecho que luego recibiría su nombre. Una nueva expedición de Bering, en 1731, intentó llegar hasta México con reclamos territoriales para Rusia, pero Bering murió en 1741 en Alaska, antes de lograr su cometido.

Con Pedro el Grande, la elite rusa adquirió una mentalidad europea, progresista, la cual consideraba atrasados a los pueblos no europeos y otorgaba al Estado ruso una misión civilizadora frente a ellos.

Como un indicio muy elocuente de las grandes expectativas y temores que causaron los logros, intereses y ambiciones internacionales de Pedro, es interesante mencionar que en Europa se dio publicidad a un supuesto testamento suyo en el que expresaba su propósito de conquistar el mundo (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p.208; Meyer y Brysac, 1999, p.117).

Tras la muerte de Pedro (1725) sobrevinieron más de tres décadas de inestabilidad política en Rusia, debido a que el monarca falleció sin señalar heredero y a la subsiguiente ausencia de sucesores capaces de mantenerse en el trono. En 1762 asume la corona Catalina II, princesa alemana que se había casado con Pedro III y que se convierte en zarina a través del derrocamiento de su inepto esposo.

2.4. Catalina la Grande

Catalina la Grande gobernó por 34 años, hasta 1796. Se considera que ningún monarca ruso encarnó mejor que ella el designio de expandir el territorio y difundir el espíritu de Rusia (Landers, 2009, p.181). Bajo su reinado, Rusia fue completamente aceptada como una gran potencia europea y se convirtió en el Estado más influyente del continente. Personalmente, junto con Federico el Grande de Prusia, tuvo una de las más escuchadas voces de su época en temas de gobierno (Watson, 1984, p.71). Como Pedro, se mostró particularmente cercana a Occidente especialmente a la Francia ilustrada, adonde apuntaban sus simpatías intelectuales, aunque no su estilo de gobierno.

Catalina continuó varias reformas internas iniciadas por Pedro, entendiendo que eran indispensables para consolidar el status de gran potencia. Eliminó las barreras internas al comercio y promovió las exportaciones, sobre todo de granos y pieles. Rusia se mantuvo hasta 1800 como la tercera economía del mundo por el volumen de su producción manufacturera (Bairoch, según Kennedy, 1987, p.149).

Pero los mayores logros de la emperatriz fueron en el frente externo. Medio siglo después de que Pedro el Grande consiguiera derrotar a Suecia, Catalina —mediante impresionantes campañas militares— pudo sacar adelante los intereses rusos frente a otros dos grandes rivales, el Imperio otomano y Polonia. Estos triunfos elevaron a Rusia a un nuevo nivel de preeminencia en Europa.

Después de una primera guerra con Turquía (1768), que le dio una decisiva victoria frente a su tradicional rival, Rusia logró acceso a las aguas templadas del mar Negro, en la península de Crimea y en el puerto de Odesa. Aunque no intentó capturar el estrecho del Bósforo, consiguió el derecho de libre tránsito de navíos comerciales al Mediterráneo. Este fue un significativo avance en la nueva fase de expansión en pos de aguas templadas, que se impulsaba desde Pedro el Grande.

Rusia logró también el derecho de representar los intereses de la población ortodoxa del Imperio otomano en Constantinopla. A partir de este triunfo diplomático, Catalina

comenzó a acariciar un “proyecto griego”, que consistía en conquistar las posesiones otomanas en Europa y convertirlas en un gran imperio cristiano centrado en Constantinopla. Austria llegó a aceptar el proyecto ruso, provisto que el nuevo imperio fuera una entidad independiente, pero el estallido de una segunda guerra con Turquía truncó el proyecto (Riasanovsky y Steiner, 2005, p.247).

En una segunda guerra, muy dura pero finalmente exitosa, frente a Turquía (1787), en la cual la mayor parte de potencias europeas apoyó al Imperio otomano, Rusia obtuvo el reconocimiento otomano de la anexión de Crimea.

Con la adquisición formal de Crimea, Rusia pudo finalmente controlar las tierras negras de las estepas y con ello obtener la tranquilidad de explotar una riqueza agrícola suficiente para alimentar a su imperio.

La explotación de los campos de Ucrania críticamente aumentó la disponibilidad de granos en Rusia. Junto con los productos agrícolas subtropicales, que vendrían luego de Georgia, en el Cáucaso, los cereales de las tierras negras ucranianas pudieron sostener el extraordinario crecimiento demográfico que tendría el Imperio en el siglo XIX. Esta autosuficiencia alimentaria sería otro gran logro del avance territorial consistentemente impulsado durante los reinados de Pedro y Catalina.

Con respecto a Polonia, junto con Prusia y Austria, Catalina participó ventajosamente en tres sucesivas particiones del territorio polaco (1772-1795), que hicieron finalmente desaparecer del mapa a esta otrora potencia y rival de Rusia hasta el fin de la Primera Guerra Mundial.

En 1772 Rusia invade Polonia, interviniendo en una guerra civil. En gran medida como un expediente para frenar el expansionismo ruso, que venía de aplastar a Turquía, Federico el Grande propuso a Rusia y Austria la partición de territorio polaco. Rusia recibió Bielorrusia y Latvia, esta última parte de Lituania.

Veinte años más tarde, Rusia vuelve a intervenir —invitada— en un conflicto interno en una Polonia que había quedado convulsionada desde la partición. En este caso, Prusia, decide también invadir suelo polaco, pero Austria se abstiene. Se produce en 1793 la segunda partición de Polonia, entre Prusia y Rusia, en la cual Rusia recibe territorio adicional de Lituania, así como Ucrania occidental.

En 1794 surge un gran levantamiento nacionalista en Polonia, liderado por Thaddeus Kosciuszko, que es debelado por las fuerzas rusas, precipitando una tercera partición. En esta fase final del proceso, Rusia recibe las partes restantes de los territorios de Lituania y Ucrania.

Con las particiones de Polonia, tres grandes potencias Austria, Prusia y Rusia asestaron un golpe sin precedentes al tablero militar y diplomático europeo, eliminando literalmente a una antigua potencia competidora, al mismo tiempo que se enriquecían sustancialmente en territorio, población y recursos. El descargo moral particular de

Rusia fue que se trataba de territorios que históricamente le habían pertenecido (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p.251).

Como señala Paul Kennedy (1987, p.94), en el terreno militar Rusia había tenido un notable ascenso en la jerarquía internacional desde su conversión en gran potencia en la batalla de Poltava (1709). Durante el reinado de Catalina, las fuerzas armadas del imperio habían asombrado en Europa occidental por su ferocidad y tenacidad en la Guerra de los Siete Años (1756-1763), cuando llegaron a ocupar Berlín. Después de esta guerra, Rusia pasó a formar parte de la Pentarquía que regía los destinos de Europa (Inglaterra, Francia, Austria, Rusia y Prusia)

Cuando, en 1772, Catalina propició la primera partición de Polonia, las potencias imperiales (Inglaterra, Francia y Austria) reconocían a Rusia y a Prusia como grandes potencias, aunque de menor rango. Sin embargo, el subsiguiente reparto del territorio polaco empezó a hacer que estas potencias cambiaran significativamente su parecer respecto a Rusia (Landers, 2009, p.195).

Después de haber ganado el litoral Báltico y gran parte de Polonia, durante el siglo XVIII, los celos que Rusia suscitó en las grandes potencias europeas contribuyeron a dificultar la continuación de su expansión hacia el oeste y hacia el sur y a moverla a orientar su poderío militar, en el siglo XIX, hacia el Cáucaso y el Asia.

La anexión de Crimea en 1783 fue el trampolín para la conquista rusa del Cáucaso.

El muy rápido desarrollo alcanzado por lo que se denominó la Nueva Rusia (Ucrania del sur y sureste) durante el reinado de Catalina y bajo Potemkin y otros virreyes destacados, creó una base formidable de poder ruso en el mar Negro, frente a los otomanos

En buena medida, Rusia decidió entrar al Cáucaso, a fines del siglo XVIII, para ayudar a la Georgia ortodoxa, que se hallaba constantemente asediada por fuerzas otomanas y del Imperio persa. Pero también pesaron consideraciones geopolíticas frente a estos imperios rivales, así como los ya mencionados intereses económicos relacionados con la producción agrícola de Georgia.

En la conquista y colonización del Cáucaso, que se desarrollaría sobre todo en el siglo XIX, resultó particularmente arduo someter a los pueblos de las montañas de Cáucaso del norte, como chechenos y daguestanos, que mantuvieron desde entonces un extraordinario espíritu de resistencia.

En el terreno diplomático del reinado de Catalina, es de destacar la histórica Declaración de Neutralidad Armada que Rusia formuló en febrero de 1780, la cual contribuyó a reafirmar vigorosamente los poco respetados principios de neutralidad en el derecho internacional, así como a fortalecer la estatura diplomática de Catalina y la reputación de la armada rusa.

Según esta declaración, los barcos de Estados neutrales podrían navegar libremente por las costas, inclusive de Estados en situación de guerra y su carga no podría ser confiscada, aunque perteneciera a Estados enemigos de las potencias interventoras (excepto armas y municiones). La declaración —formulada inmediatamente después de que España apresara dos buques cargueros rusos— se produjo durante la Guerra de la Independencia Americana (1775-1783) en la cual las grandes potencias marítimas beligerantes (Gran Bretaña, Francia y España), ignorando los principios de neutralidad del derecho internacional, no respetaban a las embarcaciones de los Estados neutrales.

Rusia despachó tres poderosas escuadras al Atlántico, al Mediterráneo y al mar del Norte para hacer cumplir su declaración.

Por otro lado, Rusia señaló que otros Estados neutrales podían adherirse a la declaración y suscribió con Dinamarca una Convención de Neutralidad Armada en julio de 1780. Suecia, Holanda, Prusia, Austria, Portugal y EE.UU. suscribieron también esta convención, conformando lo que se denominó una Liga de Neutralidad Armada (Landers, 2009, p.195; Riasanovsky y Steinberg, 2005, p.252; Wheaton, 1862, pp.352-354).

En suma, se puede apreciar que las acciones externas de Catalina culminaron y enriquecieron las tendencias de fortalecimiento, expansión y ascenso internacional emprendidas por Pedro el Grande y dejaron a Rusia en posición de desempeñar un rol continental expectante en el siglo XIX. Pedro transformó fundamentalmente las instituciones políticas, el ejército, la economía y la disposición de Rusia hacia la ciencia y la tecnología occidentales. Por su parte, Catalina fortaleció sobre todo las capacidades militares y diplomáticas del Estado y le dio una importante reputación política en Europa.

Sin embargo, como apunta Kennedy, en el momento que acaba el reinado de Catalina, no era fácil establecer con precisión la posición jerárquica de Rusia en el continente. Además de los logros militares y diplomáticos mencionados, el ejército ruso era el más numeroso de Europa; el país era el más poblado del continente y mostraba avances en algunas áreas de la producción industrial (como textiles y hierro); además, era casi imposible de conquistar desde Occidente. No obstante, tenía todavía muchas debilidades estructurales y sectores económicos y sociales atrasados o aun arcaicos. En el terreno de las ideas, Rusia era básicamente un dedicado pero tardío consumidor de las ideas seculares de Occidente, las cuales coexistían con sus tradicionales convicciones religiosas dificultándole aspirar a un rol claro de liderazgo en el plano político-intelectual en Europa. Catalina va a introducir a Rusia, aunque todavía débilmente, al plano rector de las ideas continentales, con el prestigio ganado por sus reflexiones personales sobre temas de gobierno y, en el terreno de los principios para la acción, con la Declaración de Neutralidad Armada de 1780.

Después de la muerte de Catalina, asume el trono su hijo Pablo, a quien ella había mantenido postergado y que tuvo un reinado muy corto (1796-1801). Pese a la inclinación de Pablo a desviarse de las tendencias del gobierno de su madre, en el

campo externo realizó algunas acciones notables que contribuyeron a fortalecer aún más la reputación internacional de Rusia, a la que Catalina había dado lustre.

Pablo fue en gran medida el organizador de la segunda coalición contra Napoleón. En la campaña marítima de esta, las fuerzas rusas, sobrepasando el Bósforo, llegaron al Mediterráneo, a tomar las islas del mar Jónico que habían estado en poder de Francia y a controlar la isla de Malta. En las acciones terrestres, las fuerzas rusas y austriacas, bajo el mando del extraordinario general ruso Aleksandr Suvórov, derrotaron a los franceses en tres batallas entre 1798 y 1799 y estuvieron a punto de invadir Francia.

Desencantado por la falta de apoyo de Gran Bretaña y Austria en la campaña en Holanda, el zar Pablo abandonó la coalición en 1800 y pasó al lado de Francia. Es interesante destacar que, como una reacción a la pérdida rusa de Malta frente a la armada de Gran Bretaña, Pablo despachó una fuerza de cosacos a invadir la India, una acción que fue detenida por su trágico derrocamiento y por la decisión de su sucesor, Alejandro I (Riasananovsky y Steinberg, 2005, pp.254-255).

2.5. Alejandro I y la Santa Alianza

Alejandro I (1801-1825) fue criado por su abuela, Catalina, quien tuvo por él una extraordinaria predilección, al punto que llegó a pensar en hacerlo su sucesor, dejando de lado al heredero, Pablo, hijo de la emperatriz y padre de Alejandro. Esto solamente se habría frustrado por la repentina muerte de la emperatriz (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p.281).

Catalina transmitió a Alejandro sus convicciones y lo familiarizó con las ideas de la Ilustración y, más prácticamente, con las habilidades necesarias para desenvolverse diestramente en la corte.

La personalidad de Alejandro fue compleja e inescrutable. Contemporáneos e historiadores muestran un amplio desacuerdo respecto a sus inclinaciones: liberal o reaccionario, pacifista o militarista, diplomático avezado o místico alejado de la realidad (Riasanovsky y Steinberg, 2005, p.281).

En cualquier caso, puede afirmarse que Alejandro fue el último gran zar (Landers, 2009, p.205) y que como sus extraordinarios predecesores determinó en su época el comportamiento de Rusia. Además, consiguió influir poderosamente sobre el destino de Europa, primero al derrotar a Napoleón y luego como un actor central cuando, entre 1814 y 1815, se decidió el futuro del continente.

Veamos brevemente los antecedentes inmediatos de la invasión francesa de Rusia (1812), que en pocos meses opacaría la estrella de Napoleón y encendería la de Alejandro. Francia y Rusia tenían designios antagónicos respecto a Polonia. Alejandro quería reunificar Polonia y hacerla parte de su imperio. Napoleón también la ambicionaba y contaba con recursos provenientes de la venta de Luisiana a EE.UU. para financiar esta ambición. Alejandro fue derrotado por Napoleón y se acercó a Francia firmando el Tratado de Tilsit en 1807.

Sin embargo, después de Tilsit, Rusia sostuvo muchas discrepancias con la política francesa en distintas áreas de Europa y el Cercano Oriente. En particular, estuvo en desacuerdo con el llamado “sistema continental”, un embargo impuesto por Napoleón a la compra de bienes ingleses, el cual Rusia no respetó.

Napoleón inició la invasión de Rusia en junio de 1812 con 600.000 hombres. Seis meses después, solo 5.000 soldados franceses fueron capaces de llegar en penosa retirada a Vilnius, Lituania, culminando uno de los más grandes desastres militares de todos los tiempos.

Napoleón triunfó en la batalla de Borodino y llegó a entrar a Moscú en setiembre de ese mismo año. Pero Alejandro no se rindió y rechazó negociar la paz mientras no se retirasen las tropas francesas del suelo ruso. Se replegó de Moscú, lo incendió y continuó retirándose, empleando una táctica de tierra arrasada. Napoleón pronto quedó sin alimentos. La *Grande Armée* debió enfrentar en estas condiciones al invierno y a las tropas de Alejandro que volvieron al ataque.

Así, Alejandro se transformó en un extraordinario líder, fortalecido por una singular fe religiosa e impulsado por el deseo de cobrarse la revancha con Napoleón. Rehusó la oferta de paz de este y continuó luchando después de expulsarlo de territorio ruso. Encabezó una cuarta coalición contra Francia (1812-14), obteniendo un triunfo decisivo en la Batalla de Leipzig en 1813, pero no cejó hasta lograr la rendición de París en marzo de 1814. Luego, Alejandro presidió la procesión de los triunfadores en París.

Como señala Landers, en estos momentos, la autocracia de los Romanov parecía haber probado ser el más exitoso régimen del mundo. Al haber derrotado al imperio francés, Rusia aparecía como la única superpotencia mundial, solo medio siglo después de haber entrado formalmente al esquema del equilibrio de poder europeo, en la Guerra de los Siete Años²¹. Así, Kissinger observa que los europeos veían con “temeroso respeto y anticipación” a un Estado cuyo territorio y fuerzas empujaban a todos los del continente juntos (Kissinger, 2014, pp.49-50; Landers, 2009, p.211).

Alejandro llegó a París y luego a Viena como el triunfador sobre la gran amenaza que había pendido sobre Europa y con un gran proyecto para asegurar la paz universal, la Santa Alianza. Es difícil resistirse a ensayar un paralelo con lo que pasaría cien años más tarde, en 1919, cuando el presidente Woodrow Wilson, después de haber definido la victoria contra Alemania, llegó a París con el proyecto de la Sociedad de Naciones.

A ambos se les aclamó en Europa. Alejandro era apuesto, joven y carismático y pasó al centro del escenario europeo; incluso, la Universidad de Oxford le dio un grado honorario (Landers, 2009, p.205). Alejandro, como Woodrow Wilson, estaba investido de un aura mesiánica y también, como el presidente estadounidense, parecía creer que él y su nación habían sido encargados de señalar al mundo una ruta de salvación (Landers, 2009, p.211).

²¹ A pesar de haber sido considerada, como ya indicamos, una gran potencia desde 1721.

La idea central de Santa Alianza contenía una premisa radical: los príncipes debían sublimar sus intereses nacionales en una búsqueda común de paz y justicia, dejando de lado el equilibrio de poder por principios cristianos de fraternidad (Kissinger, 2014, p.59). Esta premisa, aunque basada en principios diferentes, se parecía al planteamiento idealista de Wilson de abandonar el equilibrio de poder por un mecanismo de seguridad colectiva, en el cual, para cada Estado la seguridad del conjunto de Estados poseía el mismo valor que su seguridad individual.

Habría que observar, sin embargo, que en el caso de Alejandro y la Santa Alianza, existían además otros propósitos y condicionamientos de naturaleza política, como veremos más adelante.

Como evidencia del considerable poder “blando” que Alejandro consiguió ejercer en este momento histórico (al igual que Woodrow Wilson en 1919), el zar ruso era visto como el principal promotor de la idea de una suerte de confederación europea, lo cual hizo que algunos lo llamaran el “emperador de Europa”. Alejandro empujó como ningún otro estadista la cooperación y la unidad de Europa, llegando a proponer el desarme de las potencias y la creación de un ejército permanente europeo (esto último fue expresamente rechazado por Austria y Gran Bretaña) (Riasanovsky y Steinberg 2005, pp.296 y 298).

Kissinger afirma que la tarea de los negociadores en el Congreso de Viena (1814-1815) fue la de transformar la visión mesiánica de Alejandro en una realidad compatible con la continuación de la independencia de los demás estados, dando así la bienvenida a Rusia al diseño del orden internacional, pero sin verse asfixiados por su participación (Kissinger, 2014, p.59).

En este sentido, podemos identificar los siguientes principios que guiaron a los negociadores más importantes en Viena (Alejandro de Rusia, Castlereagh de Gran Bretaña, Metternich de Austria, Hardenberg de Prusia y Talleyrand de Francia): 1) Asegurar la legitimidad de las monarquías; 2) Restaurar a las dinastías derrocadas; 3) Prevenir revoluciones liberales y nacionalistas; 4) Asegurar la contención de Francia; 5) Establecer compensaciones territoriales para los países perjudicados por las guerras con Francia, y 6) Restaurar y preservar el equilibrio de poder en Europa.

2.6. Intereses de Rusia, Gran Bretaña y Austria

Si queremos, sin embargo, entender mejor la dinámica central y los resultados principales de las negociaciones en Viena, para los propósitos de este capítulo, debemos ir más allá de la afirmación general de Kissinger y tratar de conocer, en primer lugar, cuáles eran los antecedentes y cuál fue la interacción de los intereses de Gran Bretaña y Rusia.

Gran Bretaña, que era la indiscutible potencia marítima y comercial de Europa, tuvo, desde principios del siglo XIX, dos propósitos fundamentales en su política exterior: que no se obstaculizara su comercio en Europa y que no surgiera ninguna coalición marítima que pudiera amenazar su supremacía naval. Concretamente, temía la posibilidad de una supremacía continental de Francia o de Rusia.

La realidad era que frente a la supremacía marítima de Inglaterra se perfilaba la tendencia dominante de Rusia, de naturaleza terrestre pero que, como la supremacía británica, pretendía también ir más allá de Europa.

Como observa Henri Pirenne, estas dos voluntades de dominio, rusa y británica, se van a expresar en dos políticas que no cesan de enfrentarse y que van a constituir la trama sobre la que se dibujará la orientación no solo de Europa sino del mundo en el resto del siglo XIX.

Londres, para mantener su preponderancia marítima fuera de toda discusión, pretende organizar el equilibrio de poder entre las potencias continentales. Rusia, en cambio, busca establecer su supremacía sobre Europa y Asia e imponer un equilibrio de poder entre las potencias marítimas (Pirenne, 1961, pp.280-281).

En 1804 Rusia había propuesto una alianza a Gran Bretaña, buscando crear una suerte de supremacía compartida que asegurara la paz mundial. Esta propuesta no se cristalizó debido, sobre todo, al entendimiento al que llegó Rusia con Napoleón en 1807 (Tratado de Tilsit), después de que este la derrotara en dos oportunidades.

Cuando Rusia y Gran Bretaña llegaron a pactar una alianza, en 1811, fue básicamente para el propósito de combatir a Napoleón. Después de la firma del primer Tratado de París (1814), que selló la derrota de Napoleón, quedó en evidencia la oposición entre las políticas rusa e inglesa. Se deshizo la alianza de 1811 y Alejandro intentó contrarrestar en todos los dominios la política británica (Pirenne, 1961, pp.278, 286 y 288).

Cuando se reanudan las negociaciones en Viena, después de haber sido interrumpidas por el retorno de Napoleón (1815), la preeminencia de Rusia había disminuido y aumentado la inglesa, a causa del triunfo del duque de Wellington en Waterloo.

Al final, Inglaterra consiguió sacar adelante un doble sistema de alineamiento de las potencias que la erige como árbitro del Congreso:

- a. Originalmente contra Francia, organiza, junto con Metternich, la Cuádruple Alianza (1814), integrada por Rusia, Austria y Prusia. Sin embargo, Francia se une a ella en 1818. Esta alianza, en tanto que mecanismo de seguridad colectiva, también servía al propósito de prevenir una hegemonía rusa (Pirenne, 1961, pp.291, 383 y 384).
- b. Contra Rusia, Inglaterra logra un entendimiento secreto con Austria y Francia.

Por su parte, Alejandro, ante la creación de la Cuádruple Alianza, establece formalmente la Santa Alianza en 1815 (con Austria, Francia y Prusia), intentando sacudirse de la tutela británica. Su idea era constituir una sociedad de naciones, liderada por Rusia, que le facilitara formar un bloque de Estados marítimos opuesto a Gran Bretaña (Pirenne, 1961, p.299).

Al final, Gran Bretaña salió del Congreso de Viena como la primera potencia mundial.

Alejandro, por su parte, consiguió formar la Santa Alianza y hacerla operar, por unos años, de acuerdo a sus designios y a los del primer ministro del Imperio austriaco Klemens von Metternich. También ganó casi todo el territorio que solicitó, aunque debió aceptar una menor extensión de Polonia.

En segundo lugar, es importante examinar la vinculación de los intereses de Austria y Rusia y el rol de Metternich en los acuerdos de Viena.

Alejandro y Metternich estuvieron de acuerdo en hacer de las alianzas —la Cuádruple Alianza y sobre todo la Santa Alianza—, en la práctica, órganos de reacción e intervención contra los avances del nacionalismo y la democracia.

Por su situación interna e internacional en Europa, Austria era la enemiga principal del liberalismo y el nacionalismo. Metternich diseñó el célebre sistema conocido por su nombre, el sistema de Metternich, como un plan maestro para la preservación de los dominios de los Habsburgo, básicamente a través de una política de fomentar la división dentro de ellos, incluso dentro de la confederación alemana (Thomson, 1966, pp.130-131).

Alejandro compartía la idea fundamental de Metternich de que los asuntos internos y externos de los Estados eran inseparables y que estos se debían preocupar por lo que ocurriera en el interior de otros Estados y aun, si fuera necesario, intervenir en ellos. En este sentido, Alejandro quería crear una alianza que permitiera aplastar las revoluciones en cualquier Estado europeo. Metternich se oponía a esta versión extrema, porque le preocupaba lo que ella podía implicar para el imperativo de mantener el equilibrio de poder en Europa.

Por otro lado, Metternich no solo deseaba establecer medidas para evitar el resurgimiento de una amenaza francesa; también quería crear un mecanismo que permitiera resolver cualquier intento de Francia de explotar las discrepancias que ciertamente surgirían en el futuro entre las potencias europeas, por ejemplo, entre Austria, Rusia y Turquía. Estas discrepancias deberían poder resolverse prontamente y de la manera menos perturbadora, para lo cual era necesario poner en funcionamiento un *Concierto de Europa*, de alguna manera similar al que había funcionado exitosamente para los fines de derrotar a Napoleón.

Metternich ideó un sistema de congresos periódicos en los que las grandes potencias se pondrían de acuerdo para arreglar todas las disputas que pudieran amenazar la paz de Europa. Este sistema revelaba la prevalencia de los propósitos y métodos de las fuerzas conservadoras en el Concierto (Thomson, 1966, pp.134-135).

El sistema de congresos funcionó adecuadamente hasta 1823 (Congreso de Verona), en tanto resolvió conflictos y preservó el equilibrio de poder, pero trajo un abuso de la intervención conjunta en muchos Estados de Europa, de acuerdo con los intereses de la Santa Alianza, sobre todo de Austria y Rusia. Después de 1823 se acentuó la división entre las potencias que apoyaban la intervención y Gran Bretaña, que la resistía. Más aún, la revolución por la independencia de Grecia, a lo largo de la década de 1820, vino

a dividir a las mismas potencias conservadoras, con Alejandro, sorprendentemente, oponiéndose a los griegos en su lucha contra los otomanos por considerarlos “revolucionarios”.

Gran Bretaña, a través de su nuevo ministro de relaciones exteriores, George Canning (por el suicido del vizconde de Castlereagh) se retiró del sistema de Viena en 1823. Continuó la política de no intervención que desde un principio había seguido Castlereagh y adquirió una reputación de simpatía por el liberalismo. Finalmente, la intervención británica en Portugal (1826), que evitó una invasión española, puso a Londres en una posición de facto contra las demás potencias.

La Santa Alianza, el gran proyecto de Alejandro, se debilita no solamente por el abuso reaccionario que se hizo de ella, sino también por la división entre sus miembros respecto a Grecia y por la oposición política de Gran Bretaña a la intervención grupal. La armada británica se le presenta también como un poderoso elemento disuasivo para emprender acciones conjuntas en ultramar, particularmente en las Américas, donde la Doctrina Monroe de EE.UU. se sumó, en diciembre de 1823, a la oposición británica.

Es interesante percibir la forma en que, por un lado, la intención de la Santa Alianza de intervenir en América pareciera relacionarse con los avances rusos en el continente y, por otro lado, la Doctrina Monroe constituye también una respuesta a la creciente presencia rusa en el Nuevo Mundo.

Pedro el Grande había auspiciado, como hemos visto, la expedición de Vitus Bering a Alaska, así como el fallido intento de este explorador de llegar a territorios del actual México como representante del Imperio ruso en 1731. Cincuenta años más tarde (1784) Rusia ocupó la isla de Kodiak en Alaska y en 1804, con Alejandro en el trono, ocupó Nuevo Arcángel (Sitka) cerca del actual Canadá. Así, en 1812, se produjo el primer asentamiento ruso en suelo americano, al sur de Alaska, denominado Fort Ross (derivado de Russiya), en las costas de California.

En 1821, Alejandro decretó que todo el territorio de la costa pacífica de Norteamérica hasta los 51 grados de latitud norte pertenecía a Rusia (cubriendo gran parte de lo que sería después el estado de Oregón). Empero, el Imperio ruso carecía en esos momentos de los medios para hacer respetar este reclamo territorial.

Alejandro buscó con la Santa Alianza, como bien sabemos, recuperar las colonias españolas en América. El deseo de retornar estos pueblos a sus “legítimos dueños” era efectivamente manifestación de una intención de reestablecer el imperio europeo en América, pero esta vez con un nuevo y pujante componente ruso.

2.7. Impacto internacional de Alejandro I

El liderazgo de Alejandro se truncó por problemas domésticos, por su transformación personal y por su temprana desaparición. Entre 1820 y 1825, el monarca tuvo serias dificultades en su gobierno, que menguaron su estatura internacional y volvieron más notorio su fundamentalismo cristiano y más rígido su conservadurismo. Se manifestaron fuertes presiones, incluso revolucionarias, en Rusia por plasmar reformas

liberales que él había largamente postergado. En este trance, el gran monarca falleció inesperadamente de neumonía, en 1825, a la edad de 47 años.

Poniendo en una perspectiva histórica el impacto internacional de Alejandro, podemos apreciar que él heredó de Pedro el Grande y Catalina una Rusia que contaba ya con un poderío militar y económico suficiente para tentar la supremacía europea. Personalmente, poseía una acentuada vocación de liderazgo internacional, inculcada por su abuela, Catalina, que era muy superior a su interés por los asuntos internos de Rusia.

Después de derrotar a Napoleón, Rusia se erigió en realidad en la potencia terrestre dominante en Europa (aunque importantes autores como Martin Wight (1978) no le otorguen este sitio). En pos de conseguir una verdadera posición hegemónica para Rusia, Alejandro quiso sumar a la supremacía militar un liderazgo en el plano de las ideas. Logró convertirse en abanderado continental de poderosas ideas religiosas y reaccionarias, consustanciales Estado ruso y su evolución. Tales ideas, aunque generaron inicialmente una fuerte resonancia y empuje, iban básicamente contra la corriente intelectual y política dominante del siglo (de manera similar lo que ocurrió con el liderazgo imperial de España en el siglo XVII).

Señaladamente, Alejandro, al lado de Metternich, fue paladín de tres causas: la preservación y aun la restitución de imperios frente al nacionalismo; la defensa de la autocracia frente al liberalismo y la democracia; y la exacerbación del componente religioso de la política, frente al secularismo. Pero, además, Alejandro impulsó, aunque sin éxito final, el ambicioso propósito de una suerte de confederación de los Estados europeos, dotado de una racionalidad tanto religiosa como política.

Hasta el reinado de Catalina, como hemos visto, en el terreno de las ideas, Rusia había sido básicamente un dedicado consumidor de las doctrinas seculares de Occidente, las cuales coexistían difícilmente con sus tradicionales convicciones religiosas, sin permitirle lograr un rol de liderazgo en el plano político-intelectual en Europa.

Sin embargo, en la coyuntura contrarrevolucionaria que le toca vivir a Alejandro, después de la derrota de Napoleón, algunas de las ideas tradicionalmente más caras al Estado ruso adquieren un poderoso atractivo para las fuerzas del statu quo en el continente.

En ese momento, Alejandro concreta un entendimiento con Metternich, que les permite a ambos conducir una ola de intervenciones contrarrevolucionarias mediante la Santa Alianza. Pero Austria se distancia de Rusia, porque entran en fricción los intereses imperiales de las dos potencias y porque las aspiraciones y capacidades austriacas son distintas a las de Rusia y la limitan a preservar el equilibrio de poder europeo. Rusia, por el contrario, anhela trastocar este equilibrio a través del establecimiento de una hegemonía arropada en una unión de Estados.

Las políticas que Alejandro inspiró para Rusia y la Santa Alianza hacia las Américas permiten apreciar la extraordinaria ambición que tuvieron sus designios hegemónicos.

Al final, Gran Bretaña consigue prevalecer frente a Rusia y las demás potencias reaccionarias en el plano de la acción inspirada en ideas, a través de sus actitudes y acciones frente al liberalismo y al nacionalismo. Desarrolla estas en un juego hábil, sirviéndose de intereses comunes con las potencias imperiales y a la vez siguiendo pragmáticamente sus intereses nacionales (como la construcción de su propio imperio), defendiendo ciertas grandes ideas políticas, inherentes a su propia evolución como Estado (liberalismo, democracia, secularismo) y aceptando otras ideas (nacionalismo) cuyo atractivo y potencial internacional sagazmente reconoce.

EE.UU. se suma a Gran Bretaña para oponerse a los propósitos de intervención en suelo americano de la Santa Alianza. Washington recelaba particularmente de los avances de Rusia en Norteamérica.

Después de la caída del intento hegemónico de Alejandro, Rusia, sin embargo, va a mantener su predominio militar en Europa, el cual animó al sucesor de Alejandro, Nicolás I, a lanzarse a realizar un gran intento de mejorar por la fuerza la posición rusa en la jerarquía internacional, en la Guerra de Crimea (1853).

Pese a la derrota en Crimea, Rusia será capaz luego de sostener contra Gran Bretaña, un “Gran Juego” en el Asia Central, con tal pujanza y habilidad militar y diplomática que pasará a ser vista, dentro de una influyente doctrina geopolítica británica, como la principal potencia candidata a dominar el mundo.

2.8. La Guerra de Crimea

La Guerra de Crimea fue consecuencia de un intento ruso de mejorar por la vía militar su posición en el sistema mundial, treinta años después de su frustrada tentativa hegemónica de 1814-1825. Concretamente, Rusia buscaba acceso al mar Mediterráneo y control sobre las provincias cristianas del Imperio otomano.

Del lado de sus principales oponentes, Gran Bretaña actuó fundamentalmente por un propósito de destruir, amparada en una alianza, el creciente poderío y avances de la potencia a la que percibía como su mayor rival a nivel mundial. Francia, por su parte, lo hizo por acercarse a Gran Bretaña, por un propósito de Napoleón III de fortalecer su posición interna, y, sobre todo, por volver al primer nivel de las grandes potencias, desplazando de este a Rusia.

Desde 1812, como hemos visto, Rusia era considerada la mayor potencia militar de Europa. Su rol como “gendarme” del continente se mantuvo con la sucesión de Alejandro I por Nicolás I (1825-1855), quien vio incrementado el respeto al poderío ruso con su papel contra las revoluciones de 1848 en Hungría y Francia (Kennedy 1987, 172). En este momento, el ministro británico Palmerston afirmó: “solo Rusia y Gran Bretaña, entre las grandes potencias, se pueden mantener erguidas (frente a la marea revolucionaria)”. El ejército ruso era considerado, dentro de Europa, tan superior en tierra como lo era en el mar la armada británica (Kennedy, 1987, 173).

Confiada en esta percepción, cuando Rusia encontró resistencia de Gran Bretaña y Francia a sus avances en el Imperio otomano, evaluó que tenía suficiente poderío

militar como para lidiar con las dos potencias que se le enfrentaban (Kagarlitsky, 2008, p.192).

De manera particular, entre los intereses principales de la política exterior británica se encontraba, desde hacía más de medio siglo, la defensa del declinante Imperio otomano de las pretensiones territoriales de Rusia, con el objeto de evitar que esta se pudiera convertir en potencia dominante en el Cercano Oriente²². En 1853, el zar Nicolás I había realizado una propuesta secreta a Londres de dividirse entre ambos el Imperio otomano, “el hombre enfermo de Europa”, donde Rusia tomaría bajo su control las provincias cristianas del Imperio y ocuparía Constantinopla. Londres no aceptó la propuesta rusa (Hayes y Moon 1940, 552).

En realidad, Gran Bretaña peleó en Crimea, al lado de Francia, más que para frenar a Rusia, para reducir decisivamente su amenazante poderío. Planeaba hacer retroceder a Rusia y quitarle la mayor parte de los territorios que esta había ganado desde mediados del siglo XVIII en el mar Negro y el Cáucaso, así como negarle un acceso irrestricto al Mediterráneo.

Francia, por su parte, que en población era la segunda entre las grandes potencias, detrás de Rusia, había experimentado un resurgimiento de su poder bajo Napoleón III. El monarca habría visto en la guerra contra Rusia la ocasión para que esta cayera de su posición expectante entre las grandes potencias y su lugar pudiera ser ocupado por Francia (Treitschke 1963, 291).

La razón inmediata de la guerra fue una disputa más bien trivial que no justificaba el conflicto. Se trató del rechazo de Turquía a la demanda del zar de asumir la protección de los cristianos en el Imperio otomano, en el mismo momento que a Francia le hacía concesiones en este terreno. Como reacción, evidentemente exagerada, Rusia ocupó las provincias de Moldavia y Valaquia (Rumania). Turquía le declaró la guerra y a continuación Rusia hundió la flota turca en el mar Negro (en el combate de Sinope, 1853).

En este caso, la amenaza que Rusia planteaba al resto de Europa no era muy grande, pero Gran Bretaña y Francia parecieron no entenderlo así. Respaldada por una fuerte opinión pública, Gran Bretaña declaró la guerra en 1854; al mismo tiempo lo hizo Francia. Por otro lado, Austria y Prusia decepcionaron a Rusia decidiendo permanecer como neutrales.

En realidad, Gran Bretaña sabía que carecía del poderío terrestre necesario para derrotar a Rusia; Francia, por su parte, prefería no emprender sola este considerable esfuerzo.

²² Otros intereses fundamentales de Londres eran: regular el equilibrio europeo de poder, mantener una supremacía naval y comercial, y proteger las rutas marítimas de Gran Bretaña a la India.

Después de la caída de Sebastopol, en 1855, que selló la derrota rusa en la Guerra de Crimea, Palmerston, buscando infligir un daño mayor a Rusia, quiso continuar la guerra, pero la renuencia de Francia determinó que no fuera así. Al final, la gran potencia rusa fue derrotada por una coalición de potencias (también participó Piamonte).

El Tratado de París (1856), que cerró la guerra de Crimea, logró negar a Rusia que ejerciera la protección del mar Negro. Rusia respondió a esta barrera en los años siguientes optando por fortalecer su avance en el Asia Central, como veremos enseguida.

Tendrían que pasar veinte años (en una nueva guerra con Turquía en 1877) para que Rusia volviera a intentar ganar acceso al Mediterráneo a expensas del Imperio otomano.

En la Guerra de Crimea, Rusia mostró grandes deficiencias y perdió casi medio millón de hombres, pero para Francia y Gran Bretaña la guerra no fue una empresa fácil (Kennedy 1987, 177). Los malos resultados para los aliados al promediar la guerra motivaron un cambio de gobierno en Gran Bretaña, cuando Palmerston asumió la jefatura.

A consecuencia de Crimea, se afirma que Rusia perdió autoestima. Vio bastante disminuida la preeminencia que había tenido en 1815 y 1848. La derrota demostró que habían quedado atrás los días en que Rusia era considerada la superpotencia europea (Landers 2009, 238). Utilizando los términos de Martin Wight (1978) (aunque, como hemos dicho, no su apreciación de Rusia), Rusia dejó de ser la potencia terrestre dominante en Europa.

En realidad, un tanto paradójicamente, a partir de 1815, cuando Rusia era más temida y respetada entre las grandes potencias, al mismo tiempo que Europa estaba siendo silenciosamente transformada por la industrialización, la situación rusa resultaba bastante diferente a su apariencia: su territorio y su ejército eran enormes pero su economía y sociedad más bien débiles y vulnerables. La agricultura de Rusia era primitiva, su industria avanzaba lentamente y la estructura de clases de su sociedad era asfixiante. La producción manufacturera rusa declinó relativamente de 1800 a 1860, pasando del tercer lugar al sexto lugar en el mundo por el volumen de su producción manufacturera (Bairoch, según Kennedy, 1987, p.149).

La disposición del zar a aceptar que su ejército y su pueblo sufrieran colosales privaciones para lograr sus objetivos internacionales hacía que su poderío pareciera más grande de lo que era. La reputación y el tamaño del ejército ruso no habían dejado percibir los problemas de capacitación de sus oficiales y de logística de los que adolecía.

Precisamente, como reacción frente a la derrota de Crimea, Rusia emprendió importantes reformas internas, entre ellas, la abolición de la servidumbre y el impulso a la industrialización del país.

La economía de Rusia se recupera significativamente a partir de 1860, a base del crecimiento industrial, y en 1872, por su tamaño, es la segunda de Europa, detrás de Gran Bretaña²³. En esta década Europa vivía la declinación del apogeo de la hegemonía británica (1815-1865). Pese a que la influencia de Gran Bretaña en la diplomacia europea había menguado debido al ascenso de la *realpolitik* de Bismarck y a que la confederación alemana era el actor más dinámico en el continente, Londres continuaba sintiendo más temor hacia Rusia y Francia que hacia Alemania. Rusia era la única gran potencia europea cuyos intereses imperiales rivalizaban en escala geográfica con los de Gran Bretaña.

2.9. El Gran Juego

En este contexto de recuperación de Rusia y de un incipiente debilitamiento de la hegemonía británica, examinaremos a continuación el progreso de la expansión territorial rusa, más allá de las estepas, hacia las comunidades agrarias y urbanas del Asia Central, que la llevó a enfrentarse con Gran Bretaña, especialmente durante la segunda mitad del siglo XIX.

Esta contienda fue denominada el “Gran Juego” y ha sido considerada la rivalidad imperial más dramáticamente definida en la época moderna²⁴. Se trató de una lucha, a veces opaca, por el control de Asia Central que según John Seeley (Seeley 1883) era para la Inglaterra del siglo XIX lo mismo que la competencia con Francia por el Nuevo Mundo en el siglo XVIII y que tuvo tal impacto en la intelectualidad británica que inspiró la gran teoría geopolítica de Halford Mackinder de que el control del “Corazón del Mundo” por una gran potencia le aseguraría a esta el dominio del mundo.

En efecto, diplomáticos y generales ingleses percibían un paralelo entre las grandes conquistas de Gengis Kan en el siglo XIII, a partir de las estepas, y la expansión rusa del siglo XIX, auxiliada decisivamente por las innovaciones del ferrocarril y el telégrafo.

Rusia y Gran Bretaña nunca llegaron a un conflicto directo en la región, pero causaron dos guerras en Afganistán (1839-1842 y 1869-1879). El Gran Juego provocó también el control de Egipto por Gran Bretaña (1882) y la división informal de Persia, entre rusos e ingleses, en sendas esferas de influencia.

Gran Bretaña protegía celosamente sus intereses en todos los países que se encontraban en la ruta que tenía hacia la India y quería mantener un indisputado control del subcontinente.

En 1800, el Imperio británico y el ruso estaban a 3.200km de distancia en el Asia Central; en 1876, por los avances rusos, la distancia entre ellos se había reducido a 1.600km; a fines del siglo XIX, estaban a solo 30km de distancia en la meseta de Pamir (Landers, 2009, p.xxii).

²³ De acuerdo con las tablas de distribución de las capacidades económicas y militares de las grandes potencias que presenta, a base de P. Kennedy y A. Maddison: Ikenberry, 2011, cap. 2.

²⁴ La expresión se habría originado en el capitán inglés Arthur Connally, en Afganistán en 1841, quien dijo que “quería jugar un papel importante en el gran juego”, en Asia Central) (Meyer y Brisac, 1999, p.xxiii).

Después de que Rusia derrotó a los tártaros en las estepas, entre mediados del siglo XVI y el siglo XVIII, los kazaks (o kirguiz para los rusos) se convirtieron en una segunda línea de resistencia a su avance en esta vasta región, la cual recién pudo doblegar a partir de 1850.

Las nuevas conquistas rusas en la región, a expensas principalmente de los kanatos de Kiva y Kokand y del emirato de Bujará, ocurrieron entre 1850 y 1880. En estas acciones fueron prominentes fines económicos, que aprovecharían la construcción de un ferrocarril transiberiano para captar el comercio entre Europa y Asia.

Mientras que los europeos se dedicaban a conquistar el África, Rusia, recuperada de Crimea y viendo bloqueados sus avances hacia el oeste y el sur, se concentró en el Asia Central.

Cuando las tropas rusas llegaron cerca de Taskent, en 1864, hubo gran alarma en Europa, especialmente en Gran Bretaña (Harris, 1926, p.85). Rusia, sin embargo, afirmaba que solo buscaba crear una frontera segura, defendible, en el Asia Central, avanzando hasta tener contacto con comunidades organizadas como Kiva y Bujara.

En 1868, el ejército ruso se enfrentó y derrotó a una coalición de todas las fuerzas del Asia Central y a partir del año siguiente Rusia negoció con Gran Bretaña (1869-1870) una serie de acuerdos sobre un sistema de Estados tapón en la región. Kiva, Bujara y Kokand, al norte, estarían bajo protección rusa, en tanto que el kanato de Kelat, Afganistán y Yarkand, al sur, quedarían bajo control de Gran Bretaña.

Sin embargo, poco después Rusia se anexó formalmente Kiva y Bujara, y luego Samarcanda en 1873, dejando en claro que no respetaba los acuerdos y que avanzaba hacia Afganistán.

En 1878, Londres demandó que Afganistán aceptara la presencia de un representante británico en su territorio, que pudiera contrapesar la influencia rusa. Ante la negativa afgana, estalló una segunda guerra de Gran Bretaña con este país (la primera, también por temores británicos a la influencia rusa, había sido en 1839-1842).

Por su parte, Rusia, después de haber conseguido la cesión por China de territorio en el Turquestán (1881), avanza hacia Herat (Afganistán) en 1885. Ante la amenaza de una guerra con Gran Bretaña, sin embargo, Rusia acepta una negociación que determina la frontera de Persia con Afganistán en 1887. En 1895 acuerda con Londres el establecimiento de sendas esferas de influencia en Afganistán.

A partir de 1890, tras los éxitos militares, avanza la colonización rusa del Asia Central, hasta quedar, en 1910, conectada por ferrocarril con Rusia.

Las ganancias territoriales rusas en el Asia Central se realizaron a base de una diplomacia y acuerdos de carácter secreto, fomentando la división de las tribus y volviendo necesaria, en última instancia, en distintos casos, la intervención militar rusa.

Desde la década de 1850, muchos ingleses veían con extrema preocupación las ambiciones de Rusia en el Asia Central. Dudaban de que Rusia realizara grandes esfuerzos solamente para ocupar Turquestán y temían que buscara disputar la posesión de la India.

En realidad, Rusia se valió en gran medida de la región para proveerse de algodón, fomentando significativamente su cultivo. Por otro lado, en el plano político los avances de Rusia parecían estar encaminados a obligar a Gran Bretaña a colocar más fuerzas en la India disminuyendo su presencia militar cerca de Constantinopla, lo cual facilitaría a Rusia su viejo anhelo de dominar el Bósforo y conseguir un acceso soberano al Mediterráneo (Harris, 1926, p.152).

En este sentido, es pertinente recordar que en 1877 Rusia invadió una vez más el Imperio otomano, alegando como motivo la represión que este hacía del nacionalismo en los Balcanes. En 1878, sitió Constantinopla y logró la suscripción del tratado de San Stefano, en términos muy favorables. Consiguió acceso al Mediterráneo a través de un Estado satélite, Bulgaria.

Gran Bretaña, alarmada por este hecho, despachó la flota hacia Constantinopla y obligó a Rusia a aceptar los acuerdos del congreso europeo que se celebró en Berlín (1878) donde el primer ministro británico Disraeli fue la figura central. Bulgaria fue dividida y así se negó, una vez más, el acceso ruso al Mediterráneo.

La importancia que atribuía Gran Bretaña a su consistente posición de mantener a Rusia sin disponer de un puerto de aguas templadas se refleja en 1892 en una declaración de Lord Curzon (que llegó a ser virrey de la India), en el sentido de que Londres contemplaría el otorgamiento a Rusia de un puerto en el golfo Pérsico como una provocación de guerra (Meyer y Brysac, 1999, p.555).

Para otros observadores, Rusia parecía buscar políticamente con sus avances en el Asia Central el logro de una alianza con Gran Bretaña. Según esta visión, Rusia asumía que Londres, afligido por los gastos que le significaba mantener fuerzas en la India para contenerla, eventualmente concertaría un gran acuerdo con ella que pudiera resultar beneficioso para ambas partes (Harris, 1926, p.152). Dando fuerza a esta visión, en agosto de 1907 se logra un importante entendimiento entre los dos imperios con la suscripción de un tratado anglo-ruso. En estos momentos, Rusia, como Gran Bretaña, tenían razones para preocuparse por un nuevo rival: Alemania. Berlín, a través de una creciente amistad con el Imperio otomano, amenazaba la influencia rusa en el Cercano Oriente.

La contienda con Rusia por el Asia Central tuvo un intenso impacto en Gran Bretaña, el cual parece haber perdurado hasta nuestros días en ciertas doctrinas y percepciones anglo-americanas referidas a una contienda por el dominio mundial y al comportamiento internacional de Rusia.

En la década de 1850, muchos ingleses, temerosos de las ambiciones rusas en el Asia Central, creían que era esencial que Londres se opusiera firme y sistemáticamente a los

avances rusos en distintos puntos de la región (Meyer y Brysac, 1999, p.555). Conceptualizaban de alguna manera una suerte de “doctrina de contención” análoga a la que EE.UU. plantearía 100 años después frente a la Unión Soviética.

La “grandiosa” teoría geopolítica de Mackinder y el designio secular de frenar los avances y el ascenso de Rusia, según Meyer y Brysac (1999) habrían tenido también su origen en la expansión rusa en el Asia Central. Señalan estos autores que en 1888 Lord Curzon decidió viajar en un nuevo ferrocarril ruso que avanzaba más allá del mar Caspio; a su regreso, dio una conferencia en Londres, a la cual asistió Mackinder.

Curzon afirmó en ella que la nueva movilidad que adquiriría Rusia en el Asia Central le daba una fortaleza interna que asumía amenazantes perspectivas para el poder marítimo británico. Los ferrocarriles transcontinentales estaban transformando las posibilidades del poder terrestre y en ninguna parte de manera tan importante como en el cerrado “Heartland” de Asia, donde el dominio de Rusia reeditaba ventajosamente el del imperio mogol, cinco siglos atrás, a través de la movilidad que le daban el ferrocarril y el telégrafo. Podemos percibir en las apreciaciones de Curzon que él, como muchos británicos, consideraba en ese momento que Rusia era la potencia terrestre dominante, si no en Europa, en el escenario ampliado de Eurasia.

Inspirado por las apreciaciones de Curzon, Mackinder, en 1904, formuló su célebre teoría y se refirió al área de expansión de Rusia como el *Pivot area* o *Heartland* del mundo. Predijo que el control de la Heartland le daría un poder extraordinario al Estado que lo tuviera y que facilitaría su expansión hacia la periferia inmediata y al mundo entero. En la terminología de Mackinder, quien controla la Heartland, controla la “Isla del Mundo” (Eurasia) y quien controla la Isla del mundo, controla el mundo.

Unos lustros más tarde, Haushofer, el teórico geopolítico del nazismo, se habría basado en esta teoría para justificar una alianza de Alemania con Rusia; asimismo, el estadounidense James Burnham en 1945 (en su artículo *Lenin’s Heir*) habría considerado a Stalin como heredero de los grandes conquistadores mogoles (Meyer y Brysac 1999, 565-569). Debemos agregar que la teoría de la “*Rimland*” de Nicholas Spykman (1942) y los planteamientos contemporáneos de Brzezinski (1998) se derivan también de la gran teoría de Mackinder (tal como veremos más adelante).

CAPÍTULO 3

EL SIGLO CORTO SOVIÉTICO Y EL RESURGIMIENTO DE RUSIA²⁵

3.1. El Extremo Oriente y la Revolución de 1905

La expansión de Rusia en el Extremo Oriente se reactiva a partir de 1848 y se intensifica en la última década del siglo, llevándola a fricciones y conflictos con China y Japón.

En 1686, como vimos, Rusia había firmado un tratado de límites con el imperio chino que formalizaba su repliegue del valle del Amur y de Manchuria. Esto se dio en un período de fortaleza militar de China y consiguiente prudencia de Rusia. Durante el siglo XVIII, China, manteniendo relaciones amistosas y aun de cooperación con Rusia, pudo concentrarse en conquistar Urumchi y Yarkand, hasta el oeste del lago Baikal, así como el Tíbet (1780). La dinastía Qing retuvo Mongolia, parte de Siberia al noreste de Mongolia y la cuenca del Amur hasta mediados del siglo XIX, cuando Rusia aprovecha la declinación de su poderío para volver a la ofensiva.

Entre 1848 y 1857 las fuerzas rusas incursionan nuevamente en el valle del Amur, ocupando su zona baja. En 1860, Rusia consigue la cesión china del norte del Amur.

Al mismo tiempo, de manera unilateral se anexa territorio chino, a lo largo del mismo río, al norte de Manchuria, incluyendo Khabarovsk y hasta el océano Pacífico, donde establece Vladivostok como una base militar.

En la guerra sino-japonesa de 1894-1895, el triunfador, Japón, captura la península de Liaodong y obliga a China a que le conceda esta en alquiler. La triple intervención diplomática de Rusia, Alemania y Francia, sin embargo, fuerza a Japón a renunciar a esta concesión y es Rusia la que obtiene en 1898 el alquiler de la península de Liaodong.

Rusia convirtió la base naval china de Puerto Arturo, el primer puerto que consiguió en el Pacífico, en el cuartel general de su flota en este océano, ocupando una ubicación estratégica y sin problemas de congelamiento. Esto aumentó las tensiones con Japón.

Después de detener los avances japoneses, Rusia emprendió una activa política expansionista en los diez años siguientes, controlando Manchuria y discutiendo incluso la división de China con Gran Bretaña (Gilbert, 2002, p.67), de manera parecida a como lo había hecho respecto al imperio otomano en 1853.

Rusia se expandió hasta la frontera con Corea, llegando a ganar por un momento control de gran parte del país, utilizando tácticas comunes del imperialismo de la época: entrenando a las tropas coreanas, administrando las aduanas y estableciendo un

²⁵ El capítulo 3 se ha elaborado sobre la base de la revisión y ampliación del trabajo del autor publicado anteriormente: *De Pedro el Grande a Putin; un ensayo sobre la búsqueda rusa de dominio y hegemonía*. Lima: Escuela de Gobierno de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015.

banco ruso-coreano. Sin embargo, en 1898, por la convención Rosen-Nissi, Rusia debió ceder su posición dominante en Corea a Japón (Landers, 2009, pp.325-326).

Pese a este retroceso ruso, Londres, alarmado por los progresos de Rusia en la región y ante la renuencia de Alemania a oponerse a estos, concertó una alianza defensiva con Tokio en 1902. Este mismo año, mientras que Japón completaba un programa de expansión naval, asistido por Gran Bretaña, Rusia efectuaba mejoras en su flota del Pacífico. Al año siguiente, Rusia anunció que no cumpliría con el compromiso que había asumido de retirarse de Manchuria y más bien fortaleció su posición en ella.

En 1904 Japón inicia la guerra con Rusia destruyendo por sorpresa dos barcos de guerra rusos en Puerto Arturo. Ante la envergadura de la flota japonesa, la vulnerabilidad de depender solamente del ferrocarril transiberiano, y la imposibilidad de disponer de su flota del mar Negro (por tratados internacionales), Rusia decide improvisadamente despachar una flota de refuerzo desde el mar Báltico en octubre de 1904.

Esta flota recién pudo llegar al escenario de la guerra en mayo de 1905 (cuando Puerto Arturo ya había caído ante la ofensiva japonesa), porque Gran Bretaña le negó el paso por el canal de Suez y debió emprender la ruta del Cabo de Nueva Esperanza. La débil flota rusa fue sorprendida y destruida por la armada japonesa en los estrechos de Tsushima (entre Japón y Corea).

La guerra terminó por la intervención del presidente Teodoro Roosevelt. Rusia tuvo que renunciar a sus aspiraciones a Puerto Arturo, Corea y Manchuria. Un acuerdo secreto entre EE.UU. y Japón dejó las manos libres a este último en Corea, mientras que Tokio, a su vez, aceptaba la ocupación estadounidense de Filipinas (Landers, 2009, p.328).

En 1905 frente a Japón, como en 1854 en Crimea, Rusia volvió a mostrar sorpresivamente debilidades militares de preparación y planeamiento. Estuvo lejos de sufrir una derrota total o concluyente; podemos decir que, en gran medida, la derrota fue consecuencia de factores circunstanciales, tales como una eficaz colaboración británica con Japón, un escenario remoto y las decisiones apresuradas de Rusia, como hemos visto. El revés con Japón ocurrió en un período, desde el último cuarto del siglo XIX, que estuvo más bien marcado por éxitos militares y diplomáticos de Rusia, aunque con algunos fracasos.

De cualquier manera, la derrota en 1905 de esta gran potencia occidental por un Estado asiático representó el momento de quiebre de los intentos hegemónicos de la Rusia zarista (ciertamente sobre extendida en sus recursos en Europa, el Cercano Oriente, Asia Central y el Extremo Oriente). Al mismo tiempo creó una coyuntura que fortaleció significativamente el descontento y los movimientos revolucionarios internos que se habían venido incubando, con gran empuje y diversidad en el país (por campesinos, intelectuales, y proletarios).

La revolución rusa de 1905, efectuada por elementos liberales y socialistas, debilitó decisivamente al antiguo régimen y estuvo a punto de derribar al zar, quien se vio obligado a aceptar reformas liberales, aunque de limitado impacto. Trajo consigo el establecimiento de una Duma o parlamento y la aparición de los soviets, los consejos del pueblo, que serían el actor decisivo en la revolución de octubre de 1917. Significó también el nacimiento de la desconfianza de los radicales socialistas hacia sus aliados liberales, que los defraudaron y su aprendizaje de la importancia de comprometer sólidamente a los soldados para una revolución exitosa. Estos elementos vendrían a asegurar el triunfo de la Revolución bolchevique en 1917.

3.2. La Revolución bolchevique y la intervención aliada

Dando un vuelco de ciento ochenta grados en su trayectoria conservadora y aun reaccionaria, con el triunfo de la Revolución bolchevique Rusia adopta como ideología de Estado el Marxismo, adaptado por Lenin.

Invocando la perspectiva marxista de la historia, persigue extender la revolución socialista por el mundo, buscando derrotar al capitalismo, establecer la supremacía política de los trabajadores y la abolición de la propiedad privada. El Estado que fuera baluarte de la iglesia ortodoxa abraza la doctrina del materialismo histórico y el ateísmo.

Si bien parecía improbable que tal revolución triunfara en Rusia, debido a su incipiente desarrollo capitalista, no era que Rusia careciera de movimientos revolucionarios ni de pensadores sociales reformistas. Ambos fenómenos, aunque sin mayores éxitos, fueron notables en Rusia durante el siglo XIX.

Lo que resulta llamativo es la manera cómo los nuevos gobernantes rusos utilizaron prontamente esta revolución para dar un nuevo contenido a la secular búsqueda de liderazgo mundial de su Estado.

Apenas llegado al poder, Lenin lanzó al mundo una declaración en la cual no solamente se refería a las condiciones deseables para lograr una paz inmediata sino también denunciaba el imperialismo e invitaba, especialmente a los trabajadores de todas las naciones, a crear un nuevo orden socialista planetario. Este orden de carácter idealista planteado por la otrora gran potencia militar contemplaba, entre otras medidas, el fin de las anexiones, el destierro de la diplomacia secreta y el desarme mundial.

Dos meses después, en enero 1918, el presidente de la nación que ascendía a la vanguardia del sistema capitalista y parecía llamada a liderar al mundo después de la guerra, Woodrow Wilson, presentaba al Congreso estadounidense una propuesta para establecer un orden liberal internacional (los Catorce Puntos), que podía verse como una alternativa y una respuesta al mensaje de la Rusia soviética y que al mismo tiempo incorporaba varios puntos de la declaración de Lenin.

Hemos apreciado que, hasta el reinado de Catalina, Rusia era un imperio respetable y una gran potencia, aunque carecía de influencia internacional en el campo de las ideas, más allá de sus proclamas de propagación y reivindicación cristianas. Catalina comenzó

a hacer influyentes las ideas rusas. Luego, con Alejandro, la gran potencia pudo asumir brevemente un rol de liderazgo intelectual, pero las ideas que enarboló defendían básicamente un statu quo que se estaba desmoronando inexorablemente. En el resto del siglo XIX, el principal estandarte para el expansionismo ruso fue el paneslavismo, esto es la búsqueda de unificación de los eslavos de los imperios otomano y austro-húngaro bajo el gobierno ruso. En cambio, con la Revolución bolchevique, Rusia propone a las naciones del mundo sacar adelante una visión ideal y progresista de transformación que, siendo adversa al capitalismo occidental, es potencialmente atractiva, sin distinción de razas, para las mayorías de la humanidad.

Los bolcheviques negocian la paz con Alemania, en 1918 y al hacerlo se ven obligados a desintegrar el imperio ruso. Poco después, vuelven una mala palabra el imperialismo. La Internacional Socialista se convierte en 1919 en la Internacional Comunista (Comintern) y comienza a servir al propósito de avanzar una revolución mundial desde el Estado soviético, contando entre sus adeptos más entusiastas a los movimientos nacionalistas de las colonias de los imperios occidentales, que veían en ella la mejor herramienta para sacudirse del yugo imperial. Los partidos comunistas miembros estaban llamados a cumplir una doble función: promover la revolución en sus países y ayudar a la Unión Soviética a superar el acoso de las fuerzas contrarrevolucionarias. Como lo manifestó Lenin a la Comintern en 1920:

La Internacional Comunista tiene la tarea de liberar a los trabajadores de todo el mundo. Los trabajadores blancos, amarillos, y de piel oscura del mundo están fraternalmente unidos en esta tarea (Rich, 2003, p.75).

Comprensiblemente, la Revolución bolchevique suscitó intensas reacciones internas y externas. Rusia se vio agitada por movimientos contrarrevolucionarios desde fines de 1917 y atacada por fuerzas extranjeras entre 1918 y 1921, en lo que fue la segunda gran invasión del suelo ruso en la época moderna. Se trató de una intervención concertada, principalmente, de Francia, Gran Bretaña, Italia, Japón, EE.UU., y la restaurada Polonia.

Desde los últimos meses de la guerra, en tanto que los alemanes agitaban Ucrania y Bielorrusia para que buscaran su independencia, los aliados expresaban su enojo atacando a los bolcheviques por haber hecho una paz separada, haber repudiado la deuda a las potencias capitalistas y predicar una revolución socialista mundial.

Los aliados impusieron un bloqueo económico a Rusia, desembarcaron en los puertos de Vladivostok y Murmansk y alentaron a fuerzas del pueblo checoslovaco (que todavía no era un Estado) a tomar una región del Volga. Estos hechos estimularon a los enemigos internos de la Revolución y aumentaron los levantamientos en distintos puntos de Rusia, iniciando una guerra civil.

Tras la derrota alemana, en noviembre de 1918, los aliados ocuparon territorios en las inmediaciones del mar Blanco, Siberia del este y Crimea. Asociados con los contrarrevolucionarios rusos, formaron los ejércitos denominados "blancos", para destruir al régimen bolchevique.

Los blancos establecieron un gobierno rebelde en Omsk. A fines de 1918, sus fuerzas avanzaban desde el este y el sur hacia Moscú. Dada la debilidad del régimen bolchevique, con los recursos del país agotados por cuatro años de guerra y revolución, la supervivencia del régimen parecía poco probable (Rich, 2003, p.70).

Sin embargo, los bolcheviques pudieron asombrosamente organizar la defensa y en 1919 y 1920 destruyeron primero al ejército blanco que avanzaba desde Siberia y, luego de apaciguar a Polonia con un tratado muy generoso, lograr victorias decisivas en el Báltico, Ucrania y el Cáucaso.

El más importante activo de los bolcheviques fue el Ejército Rojo, en gran medida creación del genio de Trotsky. Como secretario de Guerra, Trotsky reintrodujo la conscripción y en un año formó una fuerza de tres millones de hombres, comandada por oficiales del ejército zarista, que fueron brutalmente obligados a participar, en muchos casos reteniendo a sus familiares como rehenes.

Una fanática unidad de propósito y el liderazgo supremo de Lenin permitieron a los bolcheviques imponer una feroz disciplina en el esfuerzo bélico. En este sentido fue muy importante el uso de una nueva policía secreta (la Cheka) que implacablemente vigilaba las áreas bajo control bolchevique

También fueron factores importantes las habilidades oratorias de Trotsky y la propaganda contra la invasión extranjera, la superioridad numérica del ejército rojo, y el uso que este pudo hacer de las líneas férreas del país. Las fuerzas blancas, por su parte, mostraron una escasa coordinación. Les perjudicaron las grandes distancias entre sus teatros de operación, así como el temor del campesinado ruso de que ellas restaurarían el antiguo régimen.

Cuando se hizo evidente para los aliados que no podrían sacar a los comunistas del poder, levantaron el bloqueo y evacuaron los territorios ocupados. Uno a uno los aliados fueron reconociendo al gobierno soviético hasta que, en 1925, EE.UU. era la única nación importante que no había hecho esto.

La intervención de 1918-1921, al mismo tiempo que creó sentimientos profundos y duraderos de desconfianza y temor hacia los aliados, sirvió para demostrar una vez más la capacidad militar de Rusia y consolidar la Revolución bolchevique.

No fueron solamente la guerra civil y la intervención extranjera las que pusieron a dura prueba a la naciente república soviética. La paz con Alemania, en 1918, significó para Rusia enormes pérdidas territoriales. Rusia perdió la cuarta parte de su población y de sus tierras cultivables, la tercera parte de su industria, y tres cuartas partes de sus minas de carbón y hierro. Su territorio quedó reducido prácticamente a lo que era antes del reinado de Pedro el Grande (Hayes y Moon 1940, 805). Fue la primera desintegración del imperio ruso. Siete décadas después, con la disolución de la Unión Soviética (1991), vendría la segunda, en la que perdería la mitad de su población.

Con la derrota alemana, Rusia recupera Ucrania y una parte de los territorios que había cedido en el tratado de Brest-Litovsk (Finlandia, Polonia y las repúblicas bálticas eligen la independencia). Al constituirse la URSS (1922), Rusia es la más grande de las cuatro repúblicas soviéticas, seguida por Ucrania.

3.3. El siglo corto soviético

Con el ascenso de Stalin al poder (1924), la Unión Soviética pone una mayor atención a su desarrollo interno (“la construcción del socialismo en un Estado”), considerando, sin embargo, que la consolidación de la revolución rusa es el prerrequisito esencial para el triunfo de la revolución mundial. Stalin logra transformar a Rusia en una potencia industrial, a base de sus planes quinquenales, en solo diez años (desde 1928 hasta fines de los años 1930), aunque privilegiando la industria pesada y militar y sacrificando las demás áreas de la economía, como los bienes de consumo, el comercio minorista y la maquinaria y producción agrícola.

La Rusia soviética se convierte en objeto de admiración internacional, no solamente por sus avances industriales sino también por los estándares de salud y educación que alcanza, comparables a los de los estados más avanzados de Europa. Para los países económicamente atrasados funge como un nuevo modelo de industrialización no capitalista.

Su política exterior es desconcertantemente pragmática, procurando básicamente proteger la continuidad de su proceso revolucionario. En Rapallo (1922) se acerca a la aislada Alemania, que había aplastado una revolución comunista, y en 1939 acuerda con Hitler un pacto secreto de no agresión (1939) que da a este la confianza necesaria para iniciar la guerra por el oeste. La diplomacia soviética mantuvo el llamado a la revolución mundial, pero privilegió en la práctica la defensa de la seguridad nacional de la URSS.

En la Segunda Guerra Mundial, ciento treinta años después de haber derrotado a Napoleón, el ejército ruso volvió a demostrar, esta vez con ribetes épicos, que era la primera fuerza militar del mundo. Hitler traiciona el acuerdo de no agresión y decide invadir el territorio soviético (junio de 1941), pero Rusia es capaz de frenar y doblegar a la formidable maquinaria bélica alemana.

Después de seis meses de fieros combates cuerpo a cuerpo en Stalingrado, en enero de 1943, el ejército soviético aniquila al sexto ejército alemán (el mismo que había avanzado incontenible en Holanda y Bélgica en 1940). En los siguientes meses del año las fuerzas soviéticas recuperan dos terceras partes del territorio invadido por Alemania y en abril de 1945 llegan a Berlín.

Al acabar la guerra quedan dos colosos, EE.UU. y la Unión Soviética, a la cabeza de la sociedad de estados. Desde 1941, EE.UU. asume plenamente un rol hegemónico con la plataforma ideológica de Paz y Prosperidad, planteando la búsqueda del bienestar de todos los pueblos con el objeto de asegurar la paz. En las conferencias de Bretton Woods y San Francisco se convierte en el organizador de un nuevo orden internacional.

Por su parte, la URSS, cofundadora del nuevo orden y promotora de un nuevo clima hegemónico, hace sentir su liderazgo en la lucha contra el colonialismo y en la propuesta del bienestar económico para las masas, buscando a la vez configurar un segundo polo de influencia planetaria. Organiza su propia esfera de poder, en Europa del Este, parcialmente al margen de los arreglos promovidos por Occidente y fortalece vínculos con partidos comunistas y socialistas a nivel mundial. Stalin crea la Kominform (Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros) en 1947, reuniendo a los partidos comunistas europeos.

Las ideas de descolonización y desarrollo económico, que inspiran los más importantes proyectos del nuevo orden internacional, son producto de un tácito consenso entre Washington y Moscú, cada uno atento a las ventajas que ambos procesos podían deparar a sus intereses.

Desde los días de Wilson y Lenin, las dos potencias, por razones distintas, habían atacado al colonialismo. Por otro lado, con el éxito de sus planes quinquenales, la URSS se había perfilado como un atrayente modelo de modernización económica rival del modelo estadounidense (Alcalde, 2014a, pp.33-35).

Contando con un nuevo conjunto de naciones subordinadas (Europa del Este) y una nueva gran aliada (China), la URSS reaviva la contienda por el liderazgo mundial frente a un rival que tiene un área de influencia bastante mayor (que incluye a las antiguas potencias europeas) y es mucho más poderoso en el terreno económico y de elaboración y difusión de ideas. La contienda, bautizada como la Guerra Fría, se define por el propósito que adopta EE.UU. de contener sistemáticamente los avances políticos y militares de la Unión Soviética en todo el mundo.

Desde el bloqueo ruso de Berlín (1948-1949) hasta la Crisis de los Misiles en Cuba (1962) se dio la fase más intensa de enfrentamiento entre Washington y Moscú. Unos años después de la muerte de Stalin (1953), Nikita Jrushchov (1958-1964) emergió como un fuerte líder, bajo cuyo mandato la URSS alcanzó la paridad militar con EE.UU. y lo superó en la competencia por la conquista del espacio sideral (1958).

Sin embargo, la URSS pierde terreno en la competencia económica e ideológica. En esta última, pese al atractivo de los elementos “socialistas” del desarrollo, no llega a producir ideas que puedan competir con las teorías de la modernización de las ciencias sociales occidentales ni con las estrategias de desarrollo económico propuestas por organismos internacionales dominados por Occidente.

La retórica de la URSS sobre su falta de responsabilidad por el “subdesarrollo”, causado por la explotación de los países imperialistas, resulta poco eficaz frente a la importancia de la asistencia económica y la inversión de los países capitalistas. Además, surge la competencia del comunismo chino como modelo de revolución y desarrollo.

Jrushchov, al comenzar la década de 1960, estima que, a continuación de sus avances militares en defensa y tecnología espacial, a la URSS le queda solamente por alcanzar los niveles de vida de la sociedad estadounidense para mostrar la superioridad de su

modelo económico y político. Y al trazarse este objetivo comete, a nuestro juicio, un error fatal que va a contagiar a la generación siguiente de líderes rusos y a dañar insanablemente la ideología del comunismo soviético.

La economía de la URSS no había sido establecida para generar opulencia ni diversidad. Privilegiaba estructuralmente a las industrias pesadas y de la defensa; no tenía mayor lugar para las industrias de consumo. Estaba diseñada para producir masivamente hacia la satisfacción de las necesidades básicas de la población.

La incapacidad de la economía comunista de proporcionar los bienes que conspicuamente mostraba la industria capitalista fue creando un equivocado y pernicioso sentimiento de insatisfacción e inferioridad en las elites y la población del bloque soviético, el cual se acentuó notablemente gracias a los contactos más estrechos propiciados por la *Détente* (1971-1979) entre las economías y sociedades del oeste y el este.

La *détente*, el acercamiento de los bloques capitalista y comunista, fue consecuencia de la reorientación de los propósitos estadounidenses y rusos en la Guerra fría a fines de los años 1960. EE.UU. quería disminuir los gastos en seguridad con el objeto de aumentar la capacidad competitiva de su economía frente a sus aliados, Europa y Japón. La URSS quería fortalecer su capacidad industrial y el bienestar de la población a través de la cooperación con Occidente. El proceso acabó abruptamente a causa de la intervención soviética en Afganistán (1979), la cual reanudó la Guerra Fría e inició en el Asia Central una guerra que resultó tan devastadora para la URSS como la guerra de Vietnam para EE.UU.

Además, la Unión Soviética trató de resolver los problemas de funcionamiento de su economía a través de una mayor inserción en la economía capitalista mundial, sobre todo mediante la venta de petróleo desde los años setenta. Este proceso adquirió un carácter de dependencia y trajo problemas muy serios a la URSS con la baja del precio del crudo en la década de 1980, que fue favorecida por EE.UU., según algunos autores como Norman (2009).

Finalmente, al promediar la década de 1980, Mijaíl Gorbachov —un cuadro de la generación influenciada por las ideas de Jrushchov— asciende a ostentar el poder casi absoluto propio de los líderes supremos soviéticos. En esta capacidad, intenta cambiar la orientación esencial del comunismo en el sistema internacional, así como las estructuras básicas de la economía y el gobierno de la URSS.

Gorbachov considera básicamente que la competencia geopolítica de la URSS con EE.UU. y la búsqueda global de una revolución socialista deben ser reemplazadas por la cooperación y que la Unión Soviética debe volverse una economía de mercado y una democracia liberal.

Entre los aplausos, más bien insidiosos, de los líderes del mundo occidental, Gorbachov ensaya reformas económicas poco realistas o mal concebidas e intenta desarrollar dimensiones liberales prácticamente inexistentes en la economía y la política soviética.

Las consecuencias del fracaso de estas reformas (sobre todo el recurso a subsidiar los alimentos) son más dañinas para el sistema soviético que el elevado gasto en armas o el costo de la guerra en Afganistán. El intento de desterrar el alcoholismo, por ejemplo, priva al Estado soviético de los tributos sobre las bebidas alcohólicas en momentos de crisis fiscal.

El error fundamental de Gorbachov es que a través de la *Glasnost* fomenta la crítica a las estructuras de autoridad del sistema, particularmente el Partido Comunista, socavando crucialmente su legitimidad. Al mismo tiempo, intenta cambiar radicalmente la economía, con la *Perestroika*, sin contar más con la influencia del actor que podía imponer orden en el cambio (el Partido Comunista). El resultado es una aguda crisis económica y una profunda insatisfacción en la población. Al tratar de reformar drásticamente un sistema que ya funcionaba mal, Gorbachov lo quebró irreparablemente²⁶.

Europa del Este se había mantenido alineada con la URSS en buena medida por los beneficios que esta le proporcionaba a través de la integración socialista del CAME y por un ocasional uso de la represión. Cuando la URSS, agobiada, por la crisis económica, afloja los vínculos con sus satélites, Europa del Este, ampliamente sensibilizada por la *détente*, no vacila en acabar un hiato de varias décadas y reintegrarse a Occidente.

Mirando en retrospectiva, llama la atención que Gorbachov, en su búsqueda de cambios al modelo soviético, no decidiera tomar en cuenta la dinámica de la gran transformación que se venía realizando en esos años en el modelo más afín al de la URSS, el del comunismo chino, en el cual se reformaba la economía, pero no la política. La razón para esta omisión podría estar relacionada con factores como la formación personal de Gorbachov, la influencia que tuvieron sobre él algunos líderes occidentales, y una actitud soviética de superioridad sobre China.

3.4. Tragedia y resurgimiento de Rusia

La URSS se desintegra en 1991, siendo sucedida por 15 estados, el más grande la Federación Rusa. Después de un breve período marcadamente pro-occidental, entre 1991 y 1993, Rusia comenzó a reconsiderar su alineamiento con Washington por los pésimos resultados de las reformas económicas liberales para el Estado y la sociedad y por la percepción de su marginación en la discusión de los grandes asuntos internacionales (tales como la primera Guerra del Golfo y la desmembración de Yugoslavia). Rusia se sintió maltratada como si hubiera sido un país derrotado en la contienda.

Podría ensayarse un paralelo entre la situación de Alemania en la entreguerra y la de Rusia en la post Guerra Fría. Alemania, sin haber sido terminalmente vencida en el campo de batalla, se sintió injustamente tratada en las negociaciones de paz conducidas por los triunfadores en Versalles. En ellas fue considerada responsable de la guerra,

²⁶ Entre las explicaciones que hallaba el Partido Comunista Chino para explicar la sorprendente caída de la URSS figura prominentemente la de que Gorbachov fue un tonto, seducido por los encantos de EE.UU. y por su propio ego para dejar al pueblo soviético indefenso frente a la explotación extranjera (Westad, 2012, p.427).

gravada con reparaciones exorbitantes y severamente degradada de su estatus internacional. En esta situación, Alemania, que nunca aceptó la legitimidad de Versalles, en pocos años se volcó a reorganizar su base de poder, buscar aliados y lanzarse a una nueva pugna hegemónica (Alcalde, 2009, pp.9-10).

Rusia, por su parte, no perdió su estatus de superpotencia (esto es, una gran potencia diferenciada de las demás por sus superiores capacidades) debido las acciones de sus rivales, sino principalmente por ciertas debilidades estructurales, exacerbadas por percepciones y políticas equivocadas y a consecuencia de un liderazgo político inepto. Tras la implosión de la URSS, Rusia fue nominalmente recibida como un socio de igual nivel por Occidente, pero en la práctica tratada como un socio menor o como un adversario. Internamente fue devorada por la corrupción de políticos y nuevos oligarcas que saquearon al Estado y empobrecieron al pueblo.

Moscú no se resignó por mucho tiempo a lo que parecía ser un deslucido rol de potencia regional. Presionado por el reagrupamiento de sectores nacionalistas y comunistas, el mismo Yeltsin, empezó en 1995 a reafirmar los intereses nacionales de Rusia y a demandar una efectiva participación en foros internacionales como el G8 y en la asociación OTAN-Rusia. Luego de haber sido brevemente un complaciente socio menor de EE.UU., Rusia —bajo la dirección del canciller Primakov— inicia una política exterior más ambiciosa e independiente, promoviendo la idea de un mundo multipolar.

A partir de 1998, se inicia el ascenso de Putin, que lo convierte en presidente en 2000. Pese a la expansión hacia el este de la OTAN (desde 1999), los primeros planteamientos de Putin son de un reacomodo negociado en sus relaciones con EE.UU., con los cuales no encuentra acogida: en 1999 ofrece a Washington su ayuda en la lucha contra el terrorismo internacional, lo cual reitera después del 11 de setiembre de 2001. En ambas oportunidades implica que aceptaría el liderazgo global estadounidense si Washington consintiera sin cortapisas la influencia rusa en el espacio post-soviético.

No obstante, la transformada actitud que revela esta propuesta de Putin, se considera que la declinación que Moscú sufrió desde 1985 recién tocó fondo en 2004-2005, con el trágico desenlace del atentado terrorista checheno en la escuela de Beslan (Osetia del Norte).

Al mismo tiempo que el alza de los precios del petróleo revitalizó su economía, a partir de 2006, Rusia decide entonces volver a comportarse como una gran potencia: conduce ejercicios militares con China y luego con la India; al lado de China, pide la retirada de las tropas estadounidenses del Asia Central; conversa con la administración palestina de Hamas, rechazada por EE.UU. y la UE, y le ofrece ayuda; rechaza las sanciones a Irán por sus programas nucleares y anuncia la continuación de su cooperación y venta de armas a Teherán.

La guerra de Georgia (2008) y el reconocimiento de las repúblicas secesionistas de Abjasia y Osetia del Sur, marcan el resurgimiento de Rusia y su incursión en un escenario de política de poder que hasta entonces había estado reservado para las

acciones de Washington. Rusia muestra que, si bien su capacidad podía no ser la de una superpotencia, su voluntad de reivindicación sí era superlativa.

Las aspiraciones de Rusia bajo Putin son las de consolidar su estatus de gran potencia (cuya pérdida, según Putin, fue la más grande catástrofe geopolítica del siglo XX) y al mismo tiempo alejar la posibilidad de un orden unipolar de EE.UU. Para este propósito, en general, parece intentar desarrollar un contrapeso plural, esbozando un juego político-económico en concierto con los BRICS, un entendimiento con China y la configuración de un bloque de Eurasia. Las posibilidades de establecer una posición hegemónica para Rusia se limitarían por ahora a este escenario macrorregional. La prosecución de estas aspiraciones, sin embargo, se convertirá en un factor preponderante de inestabilidad global.

3.5. El espacio post-soviético y la Unión Europea

Con referencia a los propósitos estratégicos de Rusia, Emmanuel Todd observa que esta se había propuesto dos grandes metas con miras a recuperar el sitio soviético de la Guerra Fría: reestablecer su influencia en el espacio post-soviético y estrechar lazos con la Unión Europea (Todd, 2003).

Podemos apreciar que el logro de lo que sería la primera meta rusa ha tropezado con una férrea resistencia de EE.UU., aparentemente anclada en una antigua preceptiva geopolítica: impedir a toda costa que la potencia que controla el territorio de Rusia (el “corazón del mundo”) extienda su control a la “rimland” o espacio colindante con mares de aguas templadas, para así prevenir que logre el control de Eurasia (y del mundo). Esta preceptiva hemos visto se origina en el británico Mackinder, fue reformulada por Spykman, poco antes de la Guerra Fría, y ha sido reiterada por Paul Wolfowitz, prominente asesor en las presidencias de Bush padre e hijo, y por Z. Brzezinski (1998).

Un designio estadounidense basado en esta premisa parece ser un elemento central en las contiendas que Washington, la OTAN y Moscú libran en el espacio post-soviético y especialmente en Georgia y Ucrania, ribereñas del mar Negro.

Desde 2003, con las llamadas *Revoluciones de colores*, se puede percibir claramente la intención de EE.UU. de impedir que la Rusia de Putin recupere su influencia en las ex repúblicas de la URSS. Entre 2003 y 2005, las acciones subrepticias de EE.UU. contribuyen a sacar del poder a los gobiernos pro-rusos de Georgia, Ucrania y Kirguistán (en las denominadas revoluciones “de las Rosas”, “Naranja” y “de los Tulipanes”, respectivamente) y a reemplazarlos con gobiernos simpatizantes de Occidente.

En los tres casos, ONG financiadas y dirigidas por el gobierno de Washington, como Freedom House y el Albert Einstein Institute²⁷, figuran destacadamente entre los actores que preparan el terreno para el descontento y la organización de la oposición, profesando la defensa de la democracia y el fortalecimiento de la sociedad civil. Los

²⁷ También participan el National Democratic Institute, dirigido por Madeleine Albright, el International Republican Institute, dirigido por John McCain y la misma USAID. Se distribuye profusamente un manual de Gene Sharp, “De la Dictadura a la Democracia”, sobre acciones de desobediencia civil no violentas.

momentos culminantes se dan a través de protestas masivas desatadas por elecciones manipuladas (práctica habitual en estos países), después de las cuales las ONG referidas asisten de distintas maneras a grupos pro-estadounidenses para que triunfen en nuevas elecciones. Los nuevos regímenes se distancian de Rusia pero, no obstante la retórica que los elevó, mantienen las prácticas corruptas y autoritarias de sus predecesores (González Villa, 2012).

En el caso particular de Ucrania, el que abordaremos con mayor detenimiento, hemos apreciado que ella tuvo un rol de primer orden en la expansión y consolidación históricas de Rusia como gran potencia. Durante el reinado de Catalina la Grande, a fines del siglo XVIII, la mayor parte de una Ucrania multiétnica (bielorrusos, ucranianos y rusos) pasó a ser dominada por Rusia, excepto Ucrania occidental que era parte del Imperio Austriaco. En 1940, en la Segunda Guerra Mundial, Stalin tomó Ucrania occidental y unificó por primera vez el país.

En la península de Crimea, desde 1783, Rusia tuvo una base naval en Sebastopol. En 1954, Jrushchov entregó la península a Ucrania, que era entonces una república de la URSS. En 1978, Ucrania asumió el control de Sebastopol pero la armada rusa continuó en posesión de la base en virtud de un arreglo de alquiler de largo plazo.

Contraviniendo las seguridades dadas a Gorbachov después de la unificación de Alemania de que la OTAN no se expandiría hacia el Este, entre 1999 y 2004, diez repúblicas ex integrantes del bloque soviético se plegaron a la alianza, ante la preocupación e impotencia de Moscú. En 2008, EE.UU. abogó por la incorporación a la alianza de Georgia y Ucrania, frente a la resistencia de Francia y Alemania, temerosas de la posible reacción rusa.

No obstante, la fuerte reacción rusa en el caso de Georgia, EE.UU. continuó financiando actividades de “promoción de la democracia” en Ucrania, que permitieran la elección de grupos que facilitaran el ingreso de esta a la UE y a la OTAN. En noviembre de 2013, el presidente ucraniano Yanukovich se negó a firmar un acuerdo con la UE, haciendo eco a la oposición de Moscú, quien extendió un préstamo de quince mil millones de dólares a Ucrania.

Inmediatamente se intensificaron las protestas contra el gobierno en Kiev, con la participación de autoridades de la UE y de la Subsecretaria de Estado Victoria Nuland y del senador estadounidense John McCain. En febrero de 2014, Yanukovich cedió, aceptando suscribir un compromiso, ante representantes de potencias de la UE y Rusia, en el que reducía sus poderes y acortaba su período presidencial. EE.UU., sin embargo, saboteó este arreglo promoviendo protestas aún más violentas que provocaron la huida de Yanukovich. El gobierno de Ucrania cayó en manos de grupos pro-occidentales.

A renglón seguido, Rusia incrementó sus tropas en Crimea y favoreció un referéndum que declaró la independencia de la península, la cual fue seguida por un pedido de anexión a Rusia. La base naval de Sebastopol quedó así asegurada y con ella el único puerto libre de congelamiento con que cuenta la armada rusa.

Los movimientos separatistas se extendieron al este de Ucrania, poblada mayormente por rusos étnicos, y ciudades importantes como Donetsk y Lohansk proclamaron su independencia. El gobierno de Kiev envió tropas y se inició una guerra civil que hasta ahora se desarrolla intermitentemente. Rusia ayuda activamente a las fuerzas rebeldes, por lo cual se le ha hecho objeto de fuertes sanciones económicas de parte de EE.UU. y la UE, que afectan considerablemente a la economía rusa. En tanto que Occidente defiende la integridad territorial de Ucrania y la pertenencia integral a Europa del más extenso Estado de la región, el principal objetivo ruso es evitar que este país pase a formar parte de la OTAN (Fabian, 2014).

En la región este del mar Mediterráneo, Rusia ha conseguido incrementar su presencia regional y mundial desde 2013, a través de su participación en la guerra civil siria, promoviendo primero el inicio de negociaciones de paz y luego intensificando la ofensiva contra el llamado Estado Islámico y, al mismo tiempo, tornando el balance de fuerzas a favor del régimen de Bashar ál-Asad.

El acercamiento de Rusia a la Unión Europea, que según Todd sería una segunda gran meta de Moscú, se ha vuelto problemático en los últimos años por las desavenencias respecto a Ucrania. Tal aproximación, sobre la base de una complementariedad económica, esto es la energía rusa y la inversión y tecnologías europeas, perseguiría obtener los elementos que permitan a Rusia desarrollarse como una genuina potencia industrial y como una economía competitiva, superando finalmente una fatal limitación de su sesgada industrialización de los años 1930 y asegurando su viabilidad de largo plazo como gran potencia.

En efecto, las serias deficiencias de las industrias ligeras y de toda la organización industrial soviética han significado un fuerte hándicap que, como hemos apreciado, culminó en un trágico desenlace cuando los dirigentes del Kremlin intentaron emprender las transformaciones que creían permitirían alcanzar a su pueblo niveles materiales de vida similares a los de los países capitalistas.

Entre las potencias europeas destaca el papel actual y potencial de Alemania como el socio comercial más importante de Rusia que depende en gran medida de la importación de gas y petróleo de esta. Al mismo tiempo, existe un claro interés de los empresarios alemanes por los mercados rusos y por las ingentes oportunidades que les presenta la modernización de la industria rusa.

El primer ministro antecesor de Angela Merkel, el socialdemócrata Gerhard Schroeder (1998-2005), estrechó los vínculos entre ambas potencias, estableciendo una asociación estratégica con Rusia. Schroeder, quien pasó a integrar el directorio de Gazprom al dejar el premierato (y no oculta su simpatía hacia Rusia y Putin), representa en alguna medida los puntos de vista del partido socialdemócrata, favorables a un acercamiento germano-ruso. En este sentido, es de destacar que en el actual gobierno de coalición de Merkel ha habido discrepancias en cuanto a la imposición de sanciones a Rusia, con el ministro de exteriores, el socialdemócrata Frank-Walter Steinmeier, inclinándose por la rebaja de las mismas (El País, 28 de noviembre de 2014).

En realidad, el acercamiento entre Alemania y Rusia, lejos de constituir una anomalía histórica, como parecería serlo si se mira el enfrentamiento de ambas en las dos guerras mundiales (sin prestar atención al acuerdo de Rapallo de 1922 ni al pacto de no agresión de 1939) ha sido recurrente en las relaciones bilaterales desde fines del siglo XVIII, cuando Catalina II y Federico el Grande organizaron la partición de Polonia. La Santa Alianza y la sólida relación germano-rusa durante el gobierno de Bismarck fueron después rasgos centrales del equilibrio de poder continental (Johnson, 2002, p.201).

Después de la segunda guerra mundial, por su reputación en cuanto al origen y desarrollo del conflicto, la actitud de Alemania hacia Rusia, refleja, más que en ningún otro país europeo, el dilema de seguir los intereses nacionales o mantenerse leal a una posición de bloque (la UE y la OTAN). El desenlace de este dilema en el caso alemán, estimamos que dependerá en gran medida del éxito que pueda acompañar la marcha futura de la UE y la OTAN.

A las grandes metas rusas que señala Todd, habría que añadir un propósito de alcanzar una interdependencia económica con China, a base fundamentalmente del suministro de energía y de un común propósito de disminuir el poder estadounidense. Esto lo examinaremos más adelante.

3.6. Fortalezas y debilidades de Rusia

Rusia es el protagonista más visible y activo entre los Estados oponentes de Washington en el momento actual, no solamente por su motivación de haber sido hasta hace poco una superpotencia sino también porque en su caso se encuentran ausentes las líneas de interdependencia que conectan a los demás actores principales con EE.UU. Este fenómeno hace relativamente menos perturbadoras para Washington y Moscú las tensiones que surgen en la relación bilateral y al mismo tiempo les otorga una mayor latitud para maniobrar en sus conflictos.

Sin duda el activo más importante con que cuenta Rusia para realizar sus aspiraciones y metas es el liderazgo de Putin, que ha mostrado poseer las claves para controlar, movilizar y volver a colocar al país en una senda ascendente. La explotación intensiva de recursos del petróleo y el gas constituye el principal instrumento del régimen de Putin para perseguir sus intereses internacionales. A este se suma su gran poderío militar, basado en un mayúsculo arsenal nuclear y sobre todo en la extraordinaria capacidad de lucha y sacrificio de las fuerzas armadas rusas, potenciada por un régimen autoritario.

El liderazgo de Putin se asienta sólidamente en cuadros militares y de la ex KGB y en grandes empresarios allegados al gobierno, así como en los sentimientos de reivindicación del pueblo ruso, nutridos por sus percepciones de la caída y maltratos sufridos por la nación.

Putin es un líder de poco carisma que no destaca por su empatía. Se le atribuye un gran coraje y una férrea voluntad y se cultiva en el público esta figura. La plataforma básica de ideas de Putin consiste en un nacionalismo encendido, pero no extremo (pues existe en Rusia otro sector nacionalista extremo), que plantea el retorno del histórico poderío

de su pueblo y la aceptación por Occidente del espacio post-soviético como una esfera rusa de influencia. La percepción de Putin es que Occidente ha practicado durante siglos una política de contención de Rusia y que después de la Guerra Fría, contra lo que proclama, ha mantenido la iniciativa en el conflicto, provocando reacciones rusas. Así, por ejemplo, habría habido un “descarado apoyo” occidental a los rebeldes de Chechenia en los años noventa, y la salida de Yanukovich fue resultado de un golpe de Estado inspirado por la OTAN y la UE (El País, 5 de diciembre de 2014).

La popularidad de Putin se ha nutrido por mucho tiempo del rendimiento de la economía. Durante sus gobiernos se duplicó el producto nacional de Rusia y surgió una clase media conspicuamente consumidora. En 2011, por ejemplo, Rusia se convirtió en el mercado automotor más grande de Europa (O’Neill, 2011, p.4).

El régimen de Putin controla la economía a base de la intervención directa en algunos sectores y de la influencia que ejerce sobre empresarios políticamente cercanos. En este sentido, Rusia es un caso extremo de traslape entre las elites económicas y políticas. El Estado permite a los oligarcas que adhieren a sus reglas básicas de comportamiento que conserven y desarrollen la riqueza que amasaron bajo Yeltsin. En realidad, Putin restableció el control del Estado sobre los oligarcas, fomentando el clientelismo, pero al mismo tiempo tratando de disminuir la corrupción.

La convicción de Putin parece ser que solo el capitalismo —dirigido por el Estado— servirá a los propósitos de ascenso de Rusia. Grandes segmentos de la economía están, en principio, abiertos el capital privado y aun extranjero, sobre todo los de bienes de consumo.

Las reglas para los empresarios son la abstención de participar de manera independiente en política y la subordinación de sus intereses a los grandes designios del Estado. A fin de cuentas, según Bremmer (2010), el hecho de que los oligarcas manejen algunas grandes compañías permite al régimen conducir un capitalismo de Estado sin asumir plena responsabilidad cuando la economía funciona mal para los trabajadores.

El liderazgo de Putin se ha mostrado hasta ahora altamente eficaz y ha tenido un impacto histórico, revirtiendo la tendencia declinante de la URSS-Rusia desde la década de 1980 a 2000. Por los retos que enfrenta como por sus éxitos iniciales, podría tal vez pensarse en compararlo con el liderazgo de Stalin, que logró la recuperación de la nueva Rusia soviética de las penurias de la revolución, la guerra y la pérdida de un imperio. Sin embargo, tanto Stalin, como luego Jrushchov y Brézhnev fracasaron al concebir o al tratar de realizar la transformación de Rusia en una gran potencia económica; este sería el desafío que Putin tiene por delante,

Continuando un somero examen de las fortalezas y debilidades de Rusia, tenemos, en el lado negativo, que la población rusa (estimada en 142 millones en 2014) representa la mitad de la que tuvo la URSS en 1990 (287 millones), cuando era el tercer Estado más poblado del mundo, por encima de EE.UU. Su crecimiento demográfico ha mostrado una

tendencia declinante hasta hace pocos años (O'Neill 2011, p.58). No obstante, por su extensión, Rusia sigue siendo el mayor Estado del planeta.

El poder económico integral de Rusia se halla muy distante del que llegó a tener la Unión Soviética. A 1978 una evaluación de la capacidad económica de la URSS la colocaba en segundo lugar mundial, detrás de EE.UU. (Cline, 1980). En 2010, Rusia ocupaba el décimo lugar en el mundo por el monto de su PBI, aunque el sexto puesto tomando en cuenta la paridad de poder adquisitivo. Sin embargo, los recursos minerales y energéticos del subsuelo ruso son los mayores del mundo y su población posee un excelente nivel educativo, especialmente en ciencia y tecnología, lo cual permite al gobierno desarrollar una destacada política tecnológica (O'Neill, 2011, p.62).

Podría argumentarse que la segunda desintegración del imperio ruso (1991), aunque ocurrió sin mayor agencia externa, tuvo un impacto más severo que la primera (1918) sobre el peso internacional de Rusia.

El estancamiento y retroceso económicos que sufrieron, primero la URSS y luego Rusia, entre la década de 1980 y comienzos del siglo XXI, fueron decisivos para determinar una nueva posición de la potencia en la escena mundial. En este período, valiéndose de la liberalización de sus economías, un masivo flujo de capitales y la apertura internacional de los mercados, una serie de potencias, entonces bautizadas como "emergentes", ganaron espectacularmente posiciones en la jerarquía económica mundial. Entre estas potencias destacó especialmente la China, que se convirtió en la gran fábrica del mundo.

En estos dos capítulos hemos podido apreciar el extraordinario y consistente esfuerzo que ha realizado Rusia en los tres últimos siglos por tentar la hegemonía mundial, así como el impactante resurgimiento que ha experimentado en la última década, tras una generación de desmembramiento territorial y profunda crisis. Sin embargo, al salir de la crisis de la disolución de la URSS, Rusia ha encontrado un entorno regional y un escenario mundial que han evolucionado de manera desfavorable para ella.

Rusia ha pasado de ser la segunda potencia mundial, luchando por la hegemonía, durante la Guerra Fría, a pugnar por afirmarse en un tercer nivel (detrás de EE.UU. y China), con un peso económico parecido al de otros gigantes, como la India y Brasil, que se han puesto de pie en el último cuarto de siglo. En esta situación, Rusia, sin embargo, actúa con el estilo, la voluntad y la ambición propios de una gran potencia imperial.

La pertenencia de Rusia a los BRICS, las economías de mayor expansión en la escena contemporánea, oculta en realidad marcadas diferencias de ella con el resto del grupo²⁸. Aparte del dinamismo económico que los singularizó, los BRICS son un conjunto heterogéneo de países, lo cual dificulta cualquier intento de cohesión.

²⁸ Vamos a referirnos solamente a los miembros originales, Brasil, Rusia, India y China, pese a que Sudáfrica se unió al grupo en 2010.

Rusia es el único miembro del grupo que ha sido una gran potencia desde el siglo XVIII y una superpotencia hasta la década de 1980. Sin embargo, en lo económico su crecimiento comenzó a descollar solo en el siglo XXI y esto se debió a la exportación de hidrocarburos. Rusia tiene la mayor dotación de recursos del grupo, pero menor capacidad industrial, población, tamaño de mercado y diversidad de exportaciones que sus tres grandes compañeros de grupo (China, India y Brasil).

En el otro extremo, por sus características económicas, China destaca nítidamente en el conjunto, habiéndose convertido en una superpotencia en este terreno. En 2010, en términos de PBI, China (con 5.365 miles de millones de dólares) era aproximadamente tres veces más grande que Brasil (1.910 miles de millones de dólares), Rusia (1.508 miles de millones de dólares) y la India (1.367 miles de millones de dólares). Estas distancias se acortaban si se adoptaba la paridad del poder adquisitivo como método de comparación, especialmente con la India, a la que China aún duplicaba holgadamente, y Brasil y Rusia, cuyos productos triplicaban.

Observando el proceso de resurgimiento de Rusia, es importante, pues, tomar en cuenta que los BRICS actúan algunas veces coordinadamente (a partir del Foro BRICS) compartiendo el propósito de Rusia de contrapesar el poder económico de EE.UU. (como en el caso de la reciente creación del Banco de Desarrollo de los BRICS). Pero en otro nivel, estos países compiten con Rusia y entre ellos en la búsqueda de mercados y de oportunidades de mejorar su inserción económica individual.

De esta manera, los BRICS representan colectivamente para Rusia una ancha avenida para potenciar sus propósitos contrahegemónicos; al mismo tiempo, individualmente, constituyen fuertes competidores en la senda económica del ascenso ruso.

Los BRICS fueron menos afectados que las potencias industriales por la crisis de 2008 y aumentaron su ventaja de crecimiento, hasta el punto que se buscó su estímulo financiero para la recuperación global. En el caso de Rusia, Jim O'Neill estimaba en 2011 que Moscú solamente necesitaría evitar la ocurrencia de crisis y crecer con tasas modestas para conseguir superar a lo largo de la década del 2020 el tamaño de Francia, el Reino Unido y Alemania (O'Neill, 2011, p.60).

Este fue el momento en que EE.UU. se convirtió en el más dinámico productor de hidrocarburos en el mundo (fundamentalmente gas de esquisto) con la mira geopolítica de posicionarse al 2020 como un líder global en la exportación de gas natural, bajando los precios y cambiando los patrones mundiales de intercambio del sector energía (Morse, 2014). Todo esto en detrimento de los ingresos y el manejo político de los hidrocarburos por parte de Rusia (y de otros grandes exportadores de hidrocarburos como Irán y Venezuela).

Como resultado de la caída de los precios del petróleo, además de las sanciones occidentales por Ucrania, en 2015, Rusia ha visto disminuir significativamente su PBI a 1.175 mil millones de dólares, quedando notoriamente a la zaga de China (10.355 miles

de millones de dólares), Brasil (2.703 miles de millones de dólares) y la India (2.308 miles de millones de dólares)²⁹.

Las sanciones económicas por Ucrania y la caída de los precios del petróleo son dos grandes obstáculos, instrumentados de distinta manera por EE.UU. y sus aliados, para contener el desafío ruso sin llegar a una confrontación militar.

Las sanciones constituyen una prueba de mediano plazo para la capacidad del régimen de soportar el descontento popular frente a la penuria económica. La baja de los precios de los hidrocarburos es, en cambio, un reto a la viabilidad misma del resurgimiento de Moscú, que desnuda la vulnerabilidad de una economía todavía insuficientemente desarrollada.

Rusia se prepara para una prolongada confrontación con Occidente, que pretende frenar sus avances con las sanciones. En abril de 2015 ya se han producido huelgas y protestas por atrasos en los pagos de salarios. Los mayores peligros serían que se pudiera resquebrajar seriamente el arreglo de los oligarcas con el régimen; que núcleos de agitadores capitalizaran el malestar social, o que grupos políticos o militares intentaran tomar acción contra el gobierno. Las dificultades económicas darán una pauta de la fortaleza del liderazgo de Putin y del grado de control del régimen sobre los oligarcas y sobre la sociedad. En este sentido, la más reciente estrategia militar del gobierno (diciembre de 2014), previendo la intensificación de la crisis, prioriza medidas para prevenir la desestabilización del país (Roy, 2015).

Superar la vulnerabilidad material de Rusia es un problema mayor para el régimen de Putin, que tendría que intentar transformar la economía nacional, en una escala tal vez comparable a la que logró Stalin en la entreguerra ante un desafío similar.

Putin ha hablado de una época difícil que puede ser un estímulo para el desarrollo nacional (El País, 5 de diciembre de 2014). Algunos piensan que la respuesta a la crisis económica sería profundizar lazos con Oriente. Pero la respuesta requiere ser más diversificada para ser exitosa. De otra manera, Rusia podría convertirse en un socio menor de China, sin alterar el predominio de sus exportaciones primarias.

La estrategia que Rusia parece estar desarrollando, de naturaleza diplomática y económica y de alcance global, busca concertar acuerdos de comercio y cooperación que incluyen bienes y servicios rusos de alto valor agregado. En este sentido, recientemente ha renovado o realizado acuerdos con Sudáfrica (2013) y con países latinoamericanos como Argentina, Perú, Ecuador y Nicaragua. Al mismo tiempo, consideramos que Rusia debería realizar un esfuerzo sostenido para potenciar la atracción de inversiones y tecnologías que le permitan desarrollar la oferta —nacional e internacional— de bienes y servicios propios de una sociedad industrial.

²⁹ Según cifras del FMI a abril de 2015.

3.7. Relaciones con China

Hemos visto que las relaciones entre los imperios ruso y chino fueron amistosas entre 1686 y 1840, mientras China fue militarmente fuerte. Durante la segunda mitad del siglo XIX, con la decadencia del poder chino, Rusia ocupó una gran extensión de territorio de su vecino, mayormente en Siberia, que los chinos han calculado hasta en un millón y medio de kilómetros cuadrados³⁰.

En el siglo XX, la Rusia bolchevique extendió su ayuda a los revolucionarios nacionalistas chinos a través de la Internacional Comunista (*Komintern*), en 1922, preparándolos militarmente y en técnicas de propaganda y alentando la cooperación del recién formado Partido Comunista Chino con el Kuomintang o Partido Nacionalista. La ayuda soviética duró hasta 1927, cuando Chiang Kai Shek, nuevo líder del Kuomintang, rompió cruentamente con el Partido Comunista.

Al comienzo de la Revolución Comunista, en los años cincuenta, China recibió también una importante ayuda soviética en sus esfuerzos de industrialización, pero el cambio de modelo de desarrollo por Mao, con la estrategia del Gran Salto para Adelante (1958) y las diferencias ideológicas del jerarca chino con Jrushchov, motivaron la suspensión de la asistencia de Moscú (1960) y trajeron pronto un fuerte deterioro en las relaciones bilaterales. El clima entre las dos potencias comunistas se volvió hostil y China afirmó que todas las cesiones de territorios a Rusia habían ocurrido a través de “tratados desiguales” idénticos a los conseguidos por las potencias coloniales occidentales (Beardson 2013, 317).

A comienzos de 1969 estalló un conflicto entre fuerzas rusas y chinas, en un río tributario del río Amur, el cual se extendió intermitentemente por dos años hasta el Asia Central, produciéndose cientos de bajas en ambos bandos. Al mismo tiempo que se desarrollaba este conflicto mejoraban las relaciones de EE.UU. con China (avanzando hacia la reconciliación entre ambos que ocurriría en 1971).

En Asia del Sudeste, la guerra entre China y Vietnam (1979) fue en realidad un conflicto sino-soviético. En los años ochenta continuaron las tensiones militares entre las dos potencias hasta que en 1988 quedó claro para China que Gorbachov manejaba una estrategia de repliegue de fuerzas. La distensión sino-soviética cristalizó en 1989 con la visita de Gorbachov a Deng en Beijing, acordándose la normalización de relaciones a base de los criterios de China (Westad, 2012, p.427).

La caída de la URSS, aunque sorpresiva para Beijing, no altera el proceso de distensión y acercamiento. Las dos potencias firman un acuerdo de cooperación militar en 1993, que renuevan en 1998 y 2003. Este instrumento viene acompañado de sendos acuerdos de no agresión y de no iniciación de un ataque nuclear, en 1994. Este mismo año inician la cooperación en el Asia Central, con el propósito de frenar los avances estadounidenses, creando una *zona de estabilidad*, la cual lleva luego al acuerdo de *los Cinco de Shanghái* con los estados de la región y finalmente al establecimiento de la Organización de Cooperación de Shanghái.

³⁰ Mao Zedong señaló esta cifra en 1969 (Beardson, 2013, p.317).

En 1994 Rusia y China suscriben un acuerdo de *asociación constructiva*, que en 1996 se convierte en el primer acuerdo de *asociación estratégica amplia* suscrito por China. La coronación de los arreglos de cooperación se da en 2001 con la suscripción de un *Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa*, el cual incluye algunas cláusulas características de un acuerdo de alianza militar.

A partir de 1991, más del 90% de las armas convencionales importadas por China ha provenido de Rusia. Sin embargo, desde 2005 ha declinado un tanto la demanda china, debido a factores como la sustitución de importaciones china y al descontento de Beijing por la venta de armas rusas a la India con tecnologías más avanzadas.

Las controversias pendientes en la delimitación de la extensa frontera ruso-china fueron resueltas entre 2005 y 2008 y derivaron en dos acuerdos, en los cuales Rusia devolvió 174km² que había tomado por la fuerza en 1929.

Curiosamente, en este período pareció que los dos pilares materiales de la relación bilateral, comercio de armas y energía, estaban declinando. Sin embargo, en 2009 se concluye la construcción de un oleoducto transfronterizo de mil kilómetros y se suscribe un acuerdo de crédito chino por el equivalente a 25 mil millones de dólares a ser pagado con 300 millones de toneladas de petróleo ruso. Este mismo año, el presidente Medvedev declaró que las relaciones bilaterales habían llegado a “su punto más alto en la historia”.

En efecto, podemos apreciar que en el plano comercial los intercambios entre los dos grandes vecinos se habían mantenido en el orden de los cinco mil millones de dólares anuales durante los años 1990 y que en el nuevo siglo escalaron hasta los 83.500 millones de dólares en 2011, con lo cual China superó a Alemania como el mayor socio comercial de Rusia. En 2012, en la visita de Putin a Beijing, las partes expresaron el compromiso de llevar el comercio bilateral a 100 mil millones de dólares en 2015 y a duplicar este valor al 2020.

En 2014 Gazprom y CNPC suscriben un megacontrato de suministro de gas natural por 30 años, el cual constituye hasta ahora el más significativo avance en la construcción de una interdependencia estratégica ruso-china.

Este instrumento, concluido tras 10 años de negociaciones, es de gran importancia no tanto por el volumen involucrado ni porque signifique un viraje dramático en los intereses rusos. Representa aproximadamente un 16% de las exportaciones de Gazprom y en su nivel de mayor suministro (38.000 metros cúbicos de gas anuales) constituiría un 35% de las actuales exportaciones rusas a Europa (133.000 metros cúbicos) y alrededor del 60% de los suministros que hasta ahora pasan a través de Ucrania (65.000 metros cúbicos). Por otro lado, no es fácil pensar que el régimen de Putin esté descartando su propósito estratégico de llegar a establecer una relación estrecha con Europa a base de un intercambio de energía rusa por tecnologías europeas.

En diciembre de 2014, Moscú y Beijing concretaron un acuerdo de canje de moneda, en virtud del cual China proporcionó a Rusia 24 mil millones de dólares para aliviar sus problemas derivados de las sanciones occidentales y la baja del precio del petróleo.

Todos estos acuerdos revelan su mayor importancia cuando se les ubica en la perspectiva del progreso de la cooperación ruso-china y en la actual actitud desafiante de las políticas de Rusia y China en sus áreas privilegiadas de acción, Europa y el Asia oriental, respectivamente.

En el plano diplomático, Rusia y China son aliados de primer orden y coordinan posiciones en una serie de temas globales, oponiéndose a las iniciativas de EE.UU., invocando un común propósito de avanzar hacia un orden multipolar. Así, en el Consejo de Seguridad de la ONU, vetaron las propuestas de la potencia hegemónica sobre Siria en 2012 y anteriormente vetaron o quitaron fuerza a iniciativas de esta sobre Irak, Corea del Norte y Sudán.

Rusia y China se oponen a la expansión de la OTAN. El caso más visible es el de Rusia, la cual, como hemos visto, percibe a la OTAN como una alianza adversaria que pretende absorber a sus antiguos satélites europeos. Pero también en China muchos consideran a la OTAN como parte de una estrategia amplia de EE.UU. de contener a sus rivales a través de alianzas, asociándose, por ejemplo, con Corea del Sur y Japón y tratando de ganar a la India, frente al ascenso de China.

Beijing y Moscú rechazan las críticas a sus acciones en materia de derechos humanos, considerándolas injerencias en sus asuntos internos. También defienden el derecho soberano de los Estados a determinar el estatus y trato concedido a grupos étnicos y minorías dentro de sus territorios. China no critica las acciones rusas en Chechenia y Rusia no se pronuncia sobre las acciones chinas frente a las minorías tibetana y uigur.

No puede concluirse, sin embargo, que las relaciones ruso-chinas sean óptimas ni que vayan a estar libres de percances en el futuro. En particular, sus diferencias en peso demográfico y económico y el recuerdo chino de las ganancias territoriales rusas resultan problemáticas. Del lado ruso, hay temores en cuanto a las presiones chinas en la vasta zona limítrofe del Extremo Oriente, donde existe un amplio desequilibrio demográfico favorable a China. En el caso chino, la interdependencia económica con EE.UU. es mucho mayor que con Rusia y esto marcaría límites para la cooperación con esta.

Pero en el momento presente sucede que tanto Rusia como China necesitan fortalecer y privilegiar su entendimiento como un importante respaldo para las nuevas políticas que han emprendido en sus zonas naturales de influencia, reclamándolas frente a la presencia estadounidense o de la OTAN.

Rusia, como hemos visto, volvió en 2008 a comportarse como una gran potencia y a reafirmar su injerencia en el Cáucaso. Mantuvo luego una posición firme defendiendo su influencia y apoyando al régimen de Assad en Siria y cosechó triunfos con el inicio de negociaciones de paz en el conflicto y con una decisiva intervención militar. Continúa la

disputa por el control de otro de sus baluartes de la Guerra Fría, Ucrania, que estuvo a punto de ser ganado por la Unión Europea y la OTAN.

China, por su parte, busca consolidar en el Extremo Oriente una plataforma firme que le permita sostener su proyección de gran potencia de alcance mundial. Para ello ha entrado a una nueva fase de afirmar su posición dominante en la región sin importarle la irritación que pueda causar en sus vecinos ni en EE.UU., la gran potencia intrusiva o invitada en la región.

A decir del presidente Xi Jinping, China busca un “nuevo modelo de relaciones entre grandes potencias”, en este caso, interpretamos, a través de los efectos de relativamente pequeños incidentes o provocaciones protagonizados con estados como Japón, Vietnam y Filipinas, a sabiendas de que EE.UU. no está interesado en el estallido de un gran conflicto en la región. Beijing intentaría socavar el statu quo regional, quebrando la preferencia de sus vecinos de hacer pasar los diferendos por la intermediación estadounidense (Alcalde, 2014a).

Las maniobras conjuntas que en 2014 y 2015 han realizado las fuerzas navales de Rusia y China tanto en el Pacífico como en el Mediterráneo oriental son un elocuente testimonio de la nueva actitud de las dos grandes potencias contestatarias.

3.8. Idea y práctica de Eurasia

El concepto de Eurasia ganó importancia a fines del siglo XIX, como una afirmación identitaria del Imperio Ruso frente a la amenaza que le planteaba el Pan-Turquismo del Imperio Otomano en Asia Central³¹. Posteriormente, la idea fue adoptada por intelectuales rusos que emigraron a Europa occidental en los años 1920. Como lo habían hecho antes los promotores del pan-eslavismo, estos intelectuales postulaban que Rusia constituía una civilización diferente de Europa. Además, sostenían, profundizaba su singularidad con la adopción del comunismo (Pryce, 2013). No vinculaban a los rusos solo con los eslavos sino también con los turanios de las estepas del Asia Central, cuyo origen ubicaban en Persia (Lukin, 2014).

En ambos casos, el concepto de Eurasia era el de una civilización que sintetizaba principios asiáticos y europeos, desarrollada por Rusia, que podía contrastarse con las ideas occidentales. Occidente aparecía tratando de socavar la unidad y la pujanza de la Rusia eurasiática.

En este sentido es pertinente recordar que, en distintos momentos, el pueblo, así como muchos intelectuales rusos, vieron a los europeos, y a Occidente en general, como enemigos de Rusia, ya fueran los polacos, Napoleón, o los capitalistas occidentales. Nikolai Danilevsky (*Rusia y Europa*, 1871), quien se adelantó a Spengler al anunciar la decadencia de Europa, predijo una larga guerra entre Rusia y Europa de la que

³¹ Cabe recordar, además, que Mackinder, como hemos visto, utilizó el término en su célebre teoría geopolítica (1904).

resultaría una gran confederación de naciones, sobre todo de Europa central, liderada por Rusia (Kohn, 1966, pp.92 y 106).

La noción de Eurasia reaparece de manera más práctica a fines del siglo XX, cuando Nazarbayev, presidente de Kazakstán, propone la creación de una Unión Euroasiática que emule a la Unión Europea y abarque el espacio pos-soviético, desde la frontera con Polonia hasta la frontera con China (1994). La intención política de Nazarbayev era equilibrar con Rusia la influencia china en la región.

Entre 1996 y 2005, Rusia, Kazakstán, Bielorrusia, Kirguizia, Tayikistán y Uzbekistán firmaron tratados que avanzaron esta propuesta con la Comunidad Económica Euroasiática. El proyecto, sin embargo, perdió cierta fuerza y no avanzó más allá de un área de libre comercio (Pryce, 2013).

En el terreno de las ideas, Aleksandr Dugin, quizás el mayor expositor de la visión contemporánea de Eurasia, publicó en 2001-2002 una serie de ensayos (*Eurasian perspective*) que definen ampliamente la noción. En la visión de Dugin es notable que la oposición a Eurasia pase a centrarse en EE.UU., el Atlantismo y el intento estadounidense de establecer un orden unipolar en el mundo. Rusia, a su vez, aparece como llamada a convertirse en una potencia líder en el forjamiento de un orden mundial alternativo. Este orden se basaría en la asociación de cuatro macrorregiones: Euráfrica, Asia-Pacífico, América, y Eurasia (Bassin, 2008).

Es digno de destacar que Dugin conecta la noción regional de Eurasia con la idea de un nuevo orden internacional y un rol mundial de Rusia. En este orden Europa, uno de los soportes del actual orden y protagonista de la Alianza Atlántica, desaparece como componente para subsumirse en Eurasia.

Pryce (2013) considera que en 2008 los rasgos centrales de la visión de Dugin son largamente adoptados por la elite política rusa.

Vladimir Putin, en su cargo de primer ministro en octubre de 2011, reactiva el esquema práctico de Eurasia, afirmando que la Unión Euroasiática “creará las condiciones reales para cambiar la configuración geopolítica y geo-económica de todo el continente y alcanzar un positivo efecto global” (citado en Pryce, 2013). Un mes más tarde, Rusia suscribe un tratado con Kazakstán y Bielorrusia para fijar la meta de establecer una Unión Euroasiática en 2015. A esta se suman Armenia y Kirguistán configurando una unión aduanera con una población de más de 200 millones de personas (El País, 24 de diciembre de 2014).

Según Pryce (2013), la actual presidencia de Putin, que durará hasta 2018, representa la institucionalización del euroasianismo como ideología de Estado, así como un intento por dotar de una identidad diferenciada a la Rusia pos-soviética. Casi dos tercios del electorado respaldó a Putin en 2012 (63,6%); cabe destacar que la segunda fuerza política, el comunismo (17,2% de los votos), comparte elementos de la visión euroasiática, además de un fuerte nacionalismo.

En la ideología del Euroasianismo Pryce (2013) distingue tres pilares: la noción de una “democracia soberana”, la Doctrina Karaganov sobre la defensa de las minorías rusas, y unos estrechos lazos entre el Kremlin y la Iglesia Ortodoxa (retomando un elemento central de la Rusia zarista).

Rusia reivindica el derecho de desarrollar una versión de democracia diferente a la democracia liberal de Occidente, que apoye la cohesión social a través de la centralización de la autoridad política. Por otro lado, Moscú asume la defensa de los derechos de las minorías rusas en las ex-repúblicas soviéticas, lo cual encierra un fuerte potencial de conflicto. Finalmente, el acercamiento de la Iglesia Ortodoxa al Estado ruso se apreció claramente en 2012, cuando el Patriarca de Moscú respaldó la candidatura presidencial de Putin y consideró a su liderazgo “un milagro de Dios” (Pryce, 2013).

A la luz de las características enunciadas de la idea y la práctica de Eurasia, no es difícil pensar en algunas dificultades que podría encontrar esta plataforma de Rusia para impulsar su resurgimiento internacional.

En primer lugar, los distintos esquemas que vertebrarían la entidad geográfica de Eurasia muestran distintas membresías y pocas conexiones y complementariedad entre ellos. Tal es el caso de la Unión Euroasiática, la Comunidad Económica Euroasiática, el Espacio Económico Euroasiático, la Comunidad de Estados Independientes (CIS), la Organización de Cooperación de Shanghái, la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva y la Organización para la Democracia y el Desarrollo Económico.

En segundo lugar, el hecho de que el eurasianismo posee también el propósito de cohesionar y proteger a los componentes del Estado nación ruso explica la existencia de elementos como la entronización de la Iglesia Ortodoxa y la clara exclusión de civilizaciones adyacentes. Esto podría fomentar un escenario de “choque de civilizaciones” que dificultaría la colaboración con los Estados islámicos, y, sobre todo, con los Estados europeos, llamados, en la visión de Dugin, a acercarse o sumarse de alguna manera a Eurasia. Atentaría también contra las relaciones con China, aliado estratégico de Rusia y aun con la India, dentro de los BRICS, poseedora de un fuerte partido fundamentalista, el BJP.

En tercer lugar, las acciones que pudiera desencadenar el derecho que reclama Moscú de proteger de la discriminación a las minorías rusas en países vecinos, podrían dañar también las relaciones con Europa.

En cuarto término, el Asia Central podría convertirse a mediano plazo en una zona de fricciones y conflicto dentro de Eurasia. En la Organización de Cooperación de Shanghái participa China como gran socio de Rusia y hasta ahora parecen estar de acuerdo en disminuir la influencia estadounidense en la región. Más allá de este propósito, sin embargo, China tiene sus propias pretensiones de influencia que colisionarían con el designio ruso de hacer del Asia Central una parte integral de su esquema de Eurasia.

En este sentido, China ha lanzado la iniciativa de construir una Franja Económica de la Ruta de la Seda, financiada por el Banco Asiático de Infraestructura e Inversión, la cual

es una ambiciosa red de proyectos que en su primer tramo unirá a la provincia china de Xinjiang con las repúblicas de Uzbekistán, Kirguistán y Kazajstán.

3.9. A manera de conclusión

En este capítulo y el anterior hemos tratado de esbozar una perspectiva histórica para entender el actual resurgimiento de Rusia, proyectándonos más allá del apogeo y la caída de la Unión Soviética e intentando mostrar que existen ciertas tendencias y rasgos de continuidad en el comportamiento nacional que ofrecen un mayor poder explicativo que los distintos regímenes e ideologías que ha tenido Rusia en los tres últimos siglos.

Después de las notables reformas y acciones externas de Pedro el Grande y Catalina, en el siglo XVIII, el fortalecimiento interno y la expansión y ascenso internacionales de Rusia la dejaron en posición de desempeñar un rol continental expectante en el siglo XIX.

La Rusia que recibió Alejandro I poseía ya un poderío militar y económico suficiente como para tentar la hegemonía en Europa; sin embargo, en el crucial plano de las ideas rectoras del orden internacional era todavía un seguidor de Occidente, pese a la prominencia de Catalina como pensadora política y a su exitosa iniciativa diplomática sobre el respeto de la neutralidad en la navegación marítima.

Alejandro, quien tenía una acentuada vocación de liderazgo internacional, convirtió a Rusia en la primera potencia militar de Europa, con su victoria sobre Napoleón. Al mismo tiempo la llevó, a través de sus habilidades diplomáticas y la conducción de la Santa Alianza, a ejercer por primera vez un liderazgo no solo político sino también en el terreno de las ideas, volviendo a Rusia un paladín de la contrarrevolución europea y una abanderada de los ideales de la monarquía, el imperio y la supremacía de los valores religiosos. Él mismo fue una suerte de profeta de la unificación europea. Las políticas que Alejandro inspiró para Rusia y la Santa Alianza en el caso de las Américas, aunque fallidas, permiten apreciar la extraordinaria ambición y fuerza que tuvieron sus designios hegemónicos.

La Guerra de Crimea, una generación después de la Santa Alianza, fue un intento de Rusia de mejorar decisivamente, esta vez por la fuerza, su posición en el sistema internacional, persiguiendo un acceso al mar Mediterráneo y control sobre una parte del Imperio Otomano. El intento ruso solo pudo ser frenado por una coalición liderada por Francia y Gran Bretaña.

Pese a su derrota en Crimea, Rusia fue capaz, pocos años después, de sostener frente a la potencia hegemónica, Gran Bretaña, un “Gran Juego” diplomático y militar, en el Asia Central. Las habilidades desplegadas por Rusia motivaron que fuera considerada en la célebre teoría geopolítica de Mackinder, con fuerte resonancia hasta el presente, como la principal potencia terrestre. Rusia fue vista desde entonces como una seria candidata a doblar a las potencias marítimas y dominar el mundo, que debía ser “contenida” en sus avances.

Más adelante en el siglo XIX, el principal estandarte para el expansionismo ruso fueron las ideas del paneslavismo, es decir la unificación de los eslavos de los imperios otomano y austro-húngaro bajo el gobierno ruso.

Con la Revolución bolchevique, Rusia da un gran salto en su protagonismo internacional en el terreno de las ideas y un vuelco radical en su trayectoria reaccionaria, adoptando como ideología de Estado el marxismo. Propone, esta vez a todas las naciones del mundo, sacar adelante una visión ideal y progresista de cambio que es potencialmente atractiva, sin distinción de razas, para la mayoría de la humanidad. Postula un orden socialista global, que desafía las premisas del orden liberal, emblema de la naciente hegemonía estadounidense, y promueve una revolución mundial, movilizandando particularmente a las naciones de la periferia. Pierde el imperio zarista, pero se recupera formando una gran federación socialista. Asume un nuevo rol paradigmático internacional, asentado en los niveles básicos de bienestar que alcanza su población y como un modelo de modernización no capitalista. Se transforma en una singular potencia industrial, muy débil en sus industrias ligeras.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la URSS actúa como potencia fundadora de un nuevo orden internacional, presidido por EE.UU. Tiene la capacidad de construir un polo rival de poder mundial, pero al mismo tiempo se muestra de acuerdo con EE.UU. en impulsar los dos grandes procesos que van a definir este período histórico: la descolonización y el desarrollo económico de las economías atrasadas.

La URSS consigue igualar el poder de EE.UU. en lo militar y sobrepasarlo en las fronteras del avance tecnológico. Sin embargo, pese al atractivo de sus valores y logros, la Unión Soviética no es capaz de superar a EE.UU. en la lucha por la mente de los pobres del mundo y de las naciones menos desarrolladas. Este hecho marca los límites de su avance hegemónico. Para romper esta limitación, la URSS intenta competir con el Occidente capitalista en el terreno del consumo de masas, sin tomar en cuenta las limitaciones intrínsecas de su economía.

La distensión de los años setenta vincula peligrosamente a la economía y a los consumidores soviéticos con el sistema capitalista. La economía se vuelve vulnerable a las fluctuaciones de la economía mundial y el pueblo soviético pierde la fe en un sistema socialista incapaz de producir los frutos que ofrece el libre mercado.

Finalmente, el líder supremo de una nueva generación, Gorbachov, pretende superar los problemas del sistema soviético a través de una serie de reformas, mal concebidas, que derriban el pilar central de autoridad del sistema al mismo tiempo que buscan cambiar la naturaleza misma de sus juegos político y económico.

El colapso que sobreviene del sistema comunista no significa, sin embargo, la extinción del espíritu nacional de Rusia. En importantes sectores de las elites sobrevive con fuerza el ethos de la gran potencia histórica rusa. De las ruinas de la URSS, que sufre en 1991 una disminución material mayor que la de 1918, resurgen en el siglo XXI el nacionalismo y la vocación de grandeza del Estado ruso.

Rusia, conducida por un eficaz liderazgo que aprovecha su extraordinaria dotación de recursos, busca, ante todo, evitar que se consolide una supremacía mundial estadounidense, la cual cancela sus posibilidades de recuperar estatus. Persigue activamente reconstituir sus dominios asegurando gobiernos aliados en su periferia y buscando consolidar una hegemonía en la macrorregión de Eurasia, con designios mundiales.

En tanto que EE.UU. y la OTAN perciben en el comportamiento ruso una expansión imperialista (con visible influencia de la teoría de Mackinder) y la resisten por medios diplomáticos y económicos, Rusia denuncia ser objeto de una política de contención de las potencias occidentales que viene de siglos atrás.

Esta contienda ha llegado a su punto más intenso en Ucrania. Rusia persiste en la defensa de su tradicional esfera de influencia soportando las consecuencias de las sanciones económicas occidentales, así como la baja de los precios de los hidrocarburos.

Rusia se ha trazado una ruta con dos destinos. La pronta recuperación de su estatura geopolítica y el más gradual incremento de su estatura económica. La presente crisis en la disputa por Ucrania, al mismo tiempo que prueba severamente la solidez de su nuevo régimen, la está forzando a priorizar la marcha hacia su segundo destino —la transformación de su economía— en condiciones subóptimas, de una manera que haría evocar la magnitud de los desafíos y de la senda de transformación que escogió Stalin en la entreguerra.

Entre varias opciones de socios que pueden facilitar la reconexión y transformación de la economía rusa, China, en particular, presenta a Moscú una gran oportunidad para superar la presente crisis, pero también, por su pujanza, dimensiones y vecindad, un riesgo de largo plazo. Por otro lado, de manera menos clara e inmediata pero más atractiva, asoma la opción histórica de un acercamiento con Alemania que opere la modernización de la economía rusa. Para este acercamiento subsisten fuertes intereses a favor como importantes barreras. Factores clave serán la fortuna electoral de la socialdemocracia alemana y el grado de vitalidad que pueda mantener la Unión Europea en los próximos años.

CAPÍTULO 4

LA INDIA: DE COLONIA AL UMBRAL DE GRAN POTENCIA³²

4.1. Introducción

La India, una de las grandes civilizaciones del mundo, consiguió a mediados del siglo XX adoptar la forma de un Estado moderno. Desde su creación, en 1947, prevaleció una imagen externa de la India como un Estado pobre y “subdesarrollado”, internamente dividido por conflictos étnicos y religiosos y por ello con una limitada capacidad para influir sobre el orden internacional.

Se trata en realidad del Estado más heterogéneo del planeta, donde más de mil doscientos millones de personas hablan quince lenguas y mil seiscientos dialectos regionales, profesan una fe mayoritaria, el hinduismo (82% de la población), pero también el islam (12%), el cristianismo, el sijismo y otras religiones. Dentro del hinduismo, pertenecen a castas y subcastas que los diferencian y, especialmente en el ámbito rural, condicionan todavía sus ocupaciones y tipos de vida.

Sin embargo, hoy en día, por el crecimiento económico, capacidad tecnológica y estatus nuclear que ha logrado en las últimas décadas, muchos observadores consideran que la India es una potencia emergente a las puertas de convertirse en una gran potencia, aunque subsiste la opinión de quienes sostienen que las contradicciones y los problemas estructurales de este Estado hacen que su avance económico y su poder sean poco consistentes, pues ambos se hallan socavados por una difundida corrupción pública, una pobre infraestructura, una creciente desigualdad y pocas mejoras materiales para las mayorías.

En este sentido, los internacionalistas Buzan y Waever afirman que después del fin de la Guerra Fría, la India “tocaba fuertemente la puerta” del círculo de las grandes potencias, pero carecía de las capacidades necesarias y el reconocimiento formal de los titulares del mismo. Adicionalmente, consideraban que estos Estados no veían en la India el potencial para convertirse en una gran potencia en el corto o mediano plazo (2003, p.36). Estas apreciaciones fueron formuladas antes del acuerdo nuclear de EE.UU. con la India, en 2005, que cambió definitivamente la posición internacional de esta última.

La evolución de la India representa un caso poco común en la historia contemporánea porque sus gobernantes desde el inicio intentaron impulsar simultáneamente los procesos políticos y económicos de formación de un Estado moderno, así como una ambiciosa estrategia de posicionamiento internacional.

En tanto que Mahatma Gandhi fue el gestor de la independencia de la India, la visión de Jawaharlal Nehru fue la que determinó la forma del Estado indio como su lugar en el concierto internacional. Y los gobiernos de Nehru y de su hija, Indira, se encargaron de plasmar, en buena medida, esta visión.

³² El capítulo 4 se ha elaborado sobre la base de la revisión y ampliación del trabajo del autor publicado anteriormente “El ascenso de la India”. En: *Revista Agenda Internacional*, Año XXIII, número 34 (2016).

Nehru e Indira —y tal vez también Manmohan Singh, el conductor de la liberalización económica— encarnan, a nuestro parecer, un ejemplo histórico de lo que Renouvin y Duroselle consideran la capacidad de los líderes políticos de modificar, a través de una acción sostenida, las estructuras básicas de una nación (Renouvin y Duroselle, 1967, pp.320-329)³³.

Los grandes procesos de cambio ciertamente no han concluido en la India, estando en ascenso, por ejemplo, las fuerzas de un nacionalismo hinduista; pero la dinámica y varias de las direcciones impuestas por Nehru e Indira están claramente en la base de la nueva fortaleza y estatus logrados por esta potencia.

En 1885 la India inició sus esfuerzos por obtener la independencia con la creación del Partido del Congreso, en gran medida como reacción a las nocivas políticas británicas de desindustrialización y exportación de cereales en la colonia (Rosser y Rosser, 2004, pp.462-465).

Gandhi dirigió la resistencia pacífica con eficaces resultados desde 1920 hasta 1934. En 1935 Londres concedió el autogobierno y una constitución a la India, pero el movimiento hacia una independencia total se volvió incontenible después de la Segunda Guerra Mundial.

Nehru intentó llegar a un acuerdo con Jinnah, líder del órgano de la minoría islámica, la Liga Musulmana, para establecer un gobierno compartido en el futuro Estado, mas las negociaciones fracasaron a mediados de 1947. Londres decidió entonces que la independencia traería a la existencia dos Estados (uno de ellos, Pakistán, dividido en un territorio occidental y otro oriental). Tres cuartas partes del territorio quedaron para los hindúes y Nehru optó por conservar el nombre de la India para su Estado, contra las objeciones de Jinnah.

La partición demandó la separación de comunidades, arreglos económicos e instituciones de administración y fuerza armada, pero sobre todo un cruento proceso de desplazamiento de grupos que deseaban residir en el Estado donde su religión era mayoritaria. En unos pocos meses, diez a doce millones de personas dejaron sus lugares de residencia; en medio de un colapso total del orden, un millón de personas murieron por enfrentamientos, masacres e inanición. La partición dejó heridas difíciles de curar en la India y Pakistán.

4.2. La dimensión política

4.2.1. Nehru y las grandes tareas de la construcción de la India

Con la independencia, el Partido del Congreso decidió adoptar un sistema democrático de carácter federal como la mejor fórmula para asegurar la tolerancia y el disfrute de iguales derechos para todos los indios, por encima de sus distintas religiones, lenguas o castas. Triunfó la visión de Nehru de un Estado laico, sobre la visión de Sardar Patel, el

³³ Renouvin y Duroselle ponen el ejemplo de la transformación de México gracias a las acciones de líderes políticos desde Benito Juárez hasta Lázaro Cárdenas (1858-1940).

viceprimer ministro, de un Estado hindú³⁴. En esos momentos, solo Japón en el Asia había adoptado efectivamente la democracia: al hacerlo contaba con las ventajas de un tamaño bastante menor que la India, una población homogénea y una unidad histórica.

La responsabilidad de dar forma al nuevo Estado recayó en Nehru (por el asesinato de Gandhi). A la cabeza del Estado, Nehru asumió el extraordinario reto de ejercer con moderación una autoridad que formalmente tenía pocos límites. En la práctica, desde la muerte de Sardar Patel, quien encabezaba el ala derecha del Partido, el liderazgo de Nehru no encontró mayores contrapesos. Nehru ganó tres elecciones consecutivas (1952, 1957 y 1962), sin una mayoría absoluta, pero enfrentando siempre a una oposición dividida.

Entre las grandes tareas prácticas que conlleva la formación de un Estado moderno sobresalen la construcción del aparato institucional del mismo, así como la promoción de una identidad común y la cohesión entre los individuos que constituyen la nación. También es muy importante la búsqueda de una adecuada distribución de recursos entre los distintos sectores de la población³⁵.

Nehru, el arquitecto de la India, acometió las tareas de construir el Estado y dotar de recursos básicos a una población en la que grandes sectores se hallaban en una pobreza absoluta. Después del gobierno de Nehru, su hija, Indira, profundizó, a veces de manera controversial, las colosales tareas que requería la distribución.

Se puede afirmar que tanto Nehru como Indira consiguieron en sus respectivos gobiernos movilizar a la población hacia el abordaje de fundamentales problemas comunes y dieron en este empeño a los indios suficientes motivos para fortalecer su orgullo como nación.

Sin embargo, se puede decir también que estos dos excepcionales estadistas no avanzaron mucho más en la construcción de la nación. Nehru creía profundamente en la unidad de la diversidad y pensó que, con una mínima interferencia de un Estado laico, los diferentes elementos culturales de la India encontrarían por sí solos la complementariedad.

En la práctica, más allá de las ventajas administrativas ofrecidas por el federalismo, la extraordinaria diversidad de la población planteó a ambos gobernantes los agudos problemas de una nación compuesta por grupos con distintas lenguas, castas y religiones. Los problemas acabaron por rebasar —en distintos momentos— la capacidad de los dos líderes así como la del Partido del Congreso abrieron el camino para el fortalecimiento del nacionalismo hindú, el cual se alejaba de las premisas del Estado laico y se volvió, en la década de 1980, un nuevo gran actor en el desarrollo político de la India.

³⁴ Fue precisamente un seguidor de una organización nacionalista hindú de carácter extremista quien asesinó a Gandhi en 1948.

³⁵ Una distribución que resultase adecuada a las concepciones y designios de los estadistas acerca del Estado en cuestión. Sobre las teorías del desarrollo político, véase C. Dodd, *Political Development* (1972) y D. Rustow, *A World of Nations* (1967).

En efecto, después de tres décadas de logros en la construcción del Estado y de notables avances en el terreno de la distribución, a cargo de Nehru, Indira y el Partido del Congreso, cobró fuerza a partir de los años ochenta, un poderoso y a veces violento movimiento político-religioso orientado, en principio, a la construcción de una nación hindú.

El Partido del Congreso —que hasta entonces solo había perdido una elección en 1977— dejó de ser el partido dominante. El nacionalismo hindú vendría posteriormente, con su ascenso, a contribuir con nuevas energías a definir un trascendental proceso de cambio en la conducción política de la economía dando una mayor libertad a las fuerzas del mercado.

Al asumir como primer ministro, en agosto de 1947, la primera tarea en la construcción práctica del Estado que abordó Nehru fue la incorporación de los cientos de principados que formaban parte de la India colonial a la estructura federal del nuevo Estado. Este fue un proceso laborioso que se realizó hasta 1949 de manera pacífica, con dos excepciones.

En octubre de 1947, en uno de estos principados, Cachemira —donde un príncipe hindú gobernaba a súbditos mayoritariamente musulmanes—, se produjo una rebelión instigada por Pakistán. El gobernante pidió ayuda a Delhi y las tropas indias se enfrentaron a las fuerzas pakistaníes. El conflicto escaló hasta convertirse en una guerra, que fue la primera entre la India y Pakistán, escasos meses después de la creación de ambos Estados.

La guerra fue detenida por un cese del fuego logrado a través de la mediación de la ONU entre 1948 y 1949, dejando a la India en posesión de dos tercios del territorio de Cachemira. Delhi e Islamabad aceptaron que el destino de Cachemira fuera resuelto por un plebiscito, pero no acordaron la mecánica. Posteriormente, la India dejó de apoyar el plebiscito, movida por la determinación de evitar la posibilidad de mayores pérdidas territoriales por las preferencias de poblaciones musulmanas³⁶. La partición de Cachemira intensificó la animadversión entre la India y Pakistán, que finalmente protagonizaron, como veremos, otras tres guerras más, esto es en 1965, 1971 y 1999.

Por el contrario, en el caso del principado musulmán de Hyderabad, con una mayoría de población hindú, el príncipe resistió la incorporación a la India hasta que el ejército indio ocupó Hyderabad, en 1948, en lo que fue considerado por Delhi como una mera intervención policial.

La estructura federal de la India se vio pronto amenazada por la emergencia de movimientos étnicos que planteaban la reorganización de los Estados en aras de privilegiar la integración de sus respectivas comunidades. La respuesta positiva del gobierno a estas demandas, en 1956, efectuando cambios en la configuración de los Estados a base de las lenguas predominantes, contribuyó a aumentar la agitación

³⁶ Muchos hindúes vieron la creación de Pakistán como un cercenamiento del territorio de la India.

étnica. Todo esto ocasionó que en algunos momentos se revivieran los temores de la partición.

Una segunda tarea en la construcción del Estado requirió la creación de una administración pública y un ejército nacionales. Nehru sancionó la continuidad de los indios que trabajaban en la administración y el ejército de la India británica en las nuevas instituciones nacionales, optando así por aprovechar la valiosa experiencia de estos y evitando incurrir en los esfuerzos y riesgos de formar nuevos cuadros. En esta misma línea, Nehru decidió mantener el inglés como segunda lengua oficial, al lado del hindi, lo cual tendría una gran importancia para el desarrollo tecnológico del país.

El Partido del Congreso junto con la burocracia estatal, el ejército y la policía, fueron elementos decisivos para consolidar la centralización de la India.

En el campo de la distribución, una tercera tarea fundacional para Nehru —la más importante de cara al futuro del país— fue la prosecución del desarrollo económico y la introducción de reformas sociales con miras a mejorar el bienestar de las masas y lograr el diseño estratégico de una autosuficiencia nacional.

En 1950, la mitad de la población india vivía en la pobreza absoluta. Para afrontar esta situación, Nehru no propuso un programa directo de redistribución de la riqueza sino un esquema de economía mixta en el cual el Estado tendría considerables poderes para encauzar el crecimiento económico atendiendo a fines políticos y sociales.

La herramienta fundamental del Estado fue una planificación de carácter indicativo, a través de la cual ejercía un papel de guía de la economía. El modelo que Nehru tenía en mente, aunque con reparos por la falta de democracia, era la URSS, potencia que en menos de dos décadas había podido transformarse en una economía industrial.

En contraste con el consenso existente respecto a la democracia, la adopción del socialismo —entendido ampliamente como la mejora de la situación de los pobres y la reducción de las desigualdades— fue activamente contestada por el ala derecha del partido y Nehru solo pudo desarrollar sus políticas sociales después de la repentina muerte del líder conservador, Patel, en 1950, lo que le permitió controlar el partido.

En el campo, se realizó una reforma agraria y se lanzó en 1952 los primeros planes de desarrollo de la comunidad y desarrollo rural, que fueron pioneros en el mundo. De manera más amplia, el desarrollo industrial se impulsó a base de una forma propia de sustitución de importaciones (Little, 1982, p.51), teniendo como protagonistas al Estado y al empresariado nacional. En este caso, en gran medida como consecuencia del trauma que había producido la manipulación que Londres hizo de la economía india, se adoptó el proteccionismo. En 1954 el Partido del Congreso se fijó formalmente la meta de establecer una sociedad de corte socialista (Wolpert, 1997, p. 362).

Por otro lado, Nehru fue un apasionado promotor de la educación. Además de establecer la instrucción primaria universal y de extender la educación al campo, alentó la educación superior, especialmente en los terrenos de la medicina, la administración y

la tecnología. Emuló la política soviética de establecer centros de investigación en ciencias físicas y escuelas de ingeniería de primer nivel, los cuales, junto con el uso del inglés, serían piezas clave para los avances materiales de la India.

La economía india bajo el gobierno de Nehru, entre 1950 y 1965, creció a un 4% anual, lo cual estaba por debajo de las tasas de expansión de “milagros” económicos como los de Alemania y Japón y de los “tigres” asiáticos, pero por delante de las de EE.UU. y Gran Bretaña. El desarrollo de la India ocurrió sin programas de reconstrucción ni auspicios externos y consiguiendo sacudir de una inercia milenaria a estructuras sociales y económicas de dimensiones colosales.

4.2.2. Los liderazgos de Nehru e Indira

Nehru ejerció con notable moderación el considerable poder que le daba la Constitución, así como la ventajosa situación política de la que disfrutaba el Partido del Congreso entre el electorado; este fue uno de los principales rasgos de su grandeza como líder.

Sin embargo, durante su gobierno tuvo lugar un hecho que fue clave para desarrollar una tendencia que vendría a despertar opiniones encontradas sobre su legado: el ingreso de su hija a la dirección del gobierno, el cual llevaría ulteriormente a la creación de una “dinastía”³⁷.

En 1952, Indira se había convertido en la más cercana colaboradora y consejera de su padre. Siete años más tarde, en 1959, consiguió ser elegida presidenta del Partido del Congreso. No quedó clara la posición de Nehru frente a este suceso. Dada las profundas convicciones democráticas de Nehru y el hecho de que después de la elección de Indira no le ofreciera a ella un cargo en el gabinete ministerial, podría pensarse que no estuvo de acuerdo con lo sucedido.

Sin embargo, un célebre periodista indio, Durga Das, presenta una diferente historia, aseverando que desde 1957 se podía percibir un designio de Nehru de convertir a Indira en su sucesora y que la elección de esta en el partido fue un arreglo sospechoso de último momento (Das, 2015, pp. 368-372, 400 y 401).

Nehru nunca habló de su posible sucesor. A su muerte, en 1964, un grupo de líderes — conocido como el “Sindicato”— que Nehru había posicionado en el partido, colocó a Lal Bahadur Shastri en el premierato, por la facilidad que esperaba tener para trabajar con él.

Luego de que Shastri falleciera en 1965, al finalizar la segunda guerra con Pakistán, el Sindicato escogió a Indira como Primera Ministra (enero de 1966), por encima de Morarji Desai, un político mucho más experimentado, prestigiado y con peso propio. La selección de Indira, que era una ministra “junior” en el gabinete, se habría debido en alguna medida a la creencia del Sindicato de que la hija de Nehru sería muy débil para resistir sus influencias. Sin embargo, en los seis años siguientes, hasta 1971, Indira

³⁷ Esto habría sido facilitado también por el bajo nivel educativo del electorado, propenso al culto del “gran líder”.

demonstraría una insospechada fortaleza y habilidad, no solo para imponerse sobre el Sindicato sino también sobre Desai y lograr el control del partido.

La mala situación económica después de la guerra con Pakistán de 1965 (que veremos más adelante) y dos años consecutivos de sequías hicieron que el gobierno de Indira, a instancias de EE.UU., devaluara la rupia en 1966 y entrara en un breve proceso de liberalización de la economía, apoyado por ayuda económica y alimentaria de EE.UU.

Las elecciones del año siguiente, 1967, significaron el cierre de la era de oro del Partido del Congreso, al mantener estrechamente una mayoría en el plano nacional, pero perdiendo en varios estados importantes. La declinación del partido fue vista como una señal amenazante para el futuro del Estado indio. Como primera ministra, Indira decidió entonces, estratégicamente, inclinarse a la izquierda, siguiendo la tendencia que percibía dominante en el sistema político. Realizó una serie de nacionalizaciones y desarrolló una creciente regulación del sector privado.

A raíz del resultado de las elecciones de 1967 se intensificó también la lucha por el control del partido. En la elección de un nuevo presidente de la república en el parlamento, en 1969, Indira respaldó a un candidato propio, Varahagiri Venkata Giri, contra el Sindicato, y consiguió imponerse. También destituyó a Morarji Desai del cargo de ministro de Finanzas, quien, como consecuencia, se unió al Sindicato y juntos consiguieron expulsar a Indira del partido.

La crisis culminó cuando Indira decidió separarse del partido con sus seguidores y formó el Nuevo Partido del Congreso (R), con un mayor número de parlamentarios que la facción restante, a la que se denominó Partido del Congreso de Organización (O). Se produjo así un cisma en la principal agrupación política del país, el cual favorecería la gestión de Indira.

En el Cuarto Plan Quinquenal, que Indira lanzó en 1969, se reflejó claramente una posición adversa a la dependencia alimentaria del país. El plan consolidó un mayor control del Estado sobre la economía y buscó avanzar hacia la satisfacción de las necesidades básicas de las masas, impulsando el desarrollo rural, así como un gran aumento de la productividad agrícola con miras a la autosuficiencia³⁸.

En la campaña para las elecciones de 1971, Indira lanzó como elemento central un programa de erradicación de la pobreza, políticamente encaminado a ganar el apoyo de los pobres de la ciudad y el campo. Una orientación socialista caracterizaría a su gobierno hasta 1975.

En 1975 el poder judicial determinó la anulación de la elección de Indira al parlamento en 1971, por malas prácticas electorales y le prohibió ejercer cargos políticos por seis años. Se produjeron grandes manifestaciones para pedir la renuncia de Indira. La

³⁸ Este proceso de incremento de la productividad de varios cereales se denominó *Revolución Verde* a nivel internacional.

Primera Ministra hizo declarar un estado de emergencia, sustentado en la necesidad de restablecer el orden, conduciendo luego el gobierno por decreto. Aplicó drásticas medidas no solo para restaurar el orden, sino también para debilitar a sus opositores y mejorar la situación de la economía, que era otra de las causas del descontento popular.

Durante la emergencia el hijo menor de Indira, Sanjay, quien había entrado al partido en 1971 sin ninguna experiencia, ejerció un enorme poder, utilizando métodos autoritarios y aun violentos y adquiriendo un aura de heredero político de su madre que despertó reacciones adversas del público.

El estado de emergencia, el papel de Sanjay y algunas políticas impopulares del gobierno, como las de esterilizaciones forzosas y demolición de barrios pobres (dirigidas por Sanjay), contribuyeron a la primera derrota del Partido del Congreso en las elecciones de 1977 y el triunfo del Partido Janata, el cual pudo gobernar hasta 1980.

En 1980, Sanjay sufrió un accidente fatal, estrellándose en su avioneta particular. Rajiv, su hermano mayor, postuló a la curul que Sanjay dejó en la cámara baja del parlamento (Lok Sabha) y fue elegido. En este momento trágico se hicieron patentes los designios dinásticos de Indira.

Rajiv era un piloto de Air India que no había mostrado ningún interés por la política, pero fue lanzado por su madre al ruedo político y convertido en el nuevo heredero del poder. En los años siguientes se iniciará una glorificación de la dinastía en el partido y en el gobierno y, por otro lado, este mismo comportamiento dinástico se verá replicado en otros estados de la unión, con los cargos de primer ministro y de líder del partido transformados en patrimonios familiares (McLeod, 2002, p.161).

En el diseño del sexto plan quinquenal (1980-1985) a Indira le cupo un rol pionero en la liberalización de la economía india, introduciendo medidas para reducir el gasto público (Diro, 2010, p.193). Por ello fue acusada de traicionar al socialismo.

En junio de 1984, la primera ministra decidió ordenar un asalto al Templo de Oro de los sijs en Amritsar, donde extremistas que buscaban crear un Estado propio en el Punjab se habían hecho fuertes. Cuatro meses más tarde, en octubre, Indira murió asesinada por dos de sus guardaespaldas sijs que quisieron vengar la profanación del templo.

Podemos afirmar, con Flavoni (2003), que en la era de Indira, la India de Nehru se convirtió en un país más moderno, pero más agitado y dividido. Se habla así de dos eras, la de Nehru y la de Indira, que reflejarían las personalidades diferentes del padre y la hija, pero también distintos contextos sociales y políticos.

La primera era habría estado caracterizada por la búsqueda del consenso y una relativa moderación de los intereses en competencia; en la segunda, los contrastes se intensificaron y el poder se personalizó en Indira. Al mismo tiempo, sin embargo, se debilitó la centralización del poder en Delhi y ganaron influencia las regiones.

Bajo Nehru, el Estado y el partido del Congreso operaban como factores de transformación y tenían una gran capacidad para afrontar y resolver los problemas del gobierno. Con Indira, las presiones y problemas llegaron a un clímax y desnudaron los límites de las instituciones indias y de sus capacidades para responder a las demandas populares y a los conflictos políticos (Flavoni, 2003, p.71)

Para apreciar la magnitud de los desafíos y dificultades que tuvo que superar Indira en su gobierno, recordemos que varios observadores pronosticaban que a la muerte de Nehru y la pérdida de su liderazgo seguiría la desintegración de la India³⁹.

Coincidentemente, después de la muerte de Nehru (1964) la situación externa vino también a complicarse para la India. Se dio una alianza de China con Pakistán (1963) y una segunda guerra entre este y la India (1965). Debido a la guerra, la economía india quedó en mala situación y empeoró aún más con dos años consecutivos de sequía (1965 y 1966). Estos problemas se sumaron a las pugnas que enfrentaba Indira en su propio partido, en el parlamento y en su gabinete.

Nehru e Indira son las dos figuras políticas más importantes de la India independiente. Gobernaron por más de tres lustros cada uno, volviendo sus liderazgos consustanciales al Estado. A la muerte de Indira, como ante la muerte de su padre se pensó en la posible desintegración de la India.

A partir de las reflexiones de Ramachandra Guha, compararemos brevemente a estos dos gigantes políticos (Guha, 2007, pp.572-574):

Nehru ideó a la India como Estado y sacó su proyecto adelante, particularmente en los planos del desarrollo económico y las relaciones internacionales. Echó las bases de la industria y la lucha contra la pobreza y creó una auspiciosa imagen internacional para la India, consiguiendo utilizar las credenciales de esta como civilización para impulsar las aspiraciones nacionales de potencia mayor, asentadas en el no alineamiento y el anticolonialismo.

Indira no tuvo una gran visión original, como la tuvo su padre, pero supo mantenerla y hacerla avanzar en momentos adversos. Al considerarlo necesario, consiguió radicalizar con éxito la visión de Nehru en el desarrollo y las relaciones internacionales y fue superior a su padre como líder militar. Como Nehru, fue una líder que buscó representar los intereses de todos los indios, sin preferencias de clase, etnicidad o religión.

En lo que Nehru fue superior a su hija fue en el respeto de las normas y procedimientos de la democracia. Indira manejó a discreción el partido y el gobierno, contribuyendo así a quebrar la prohibición del uso del Estado para fines privados y a fomentar la división política.

³⁹ Por ejemplo, Selig Harrison en 1960 y Neville Maxwell en 1966 (Chadda, 2015, p.242).

Nehru, por su parte, fue criticado por descuidar la defensa nacional, por desarrollar un moralismo quizás excesivo en su política exterior y por no anticipar las intenciones de China y Pakistán hacia la India.

Podemos decir que Indira, como líder, se caracterizó por la dureza de su comportamiento político y por una escasa tolerancia hacia sus opositores, que la llevó a conseguir un aumento sin precedentes del poder del primer ministro en el gobierno.

Algunos autores, como Flavoni, consideran que Indira fue una líder que buscó una relación directa con el pueblo y que en su intento de cambiar las injusticias del sistema no vaciló en pasar por encima de rivales políticos y aun de instituciones (Flavoni, 2003, p.79).

Otros autores la ven como uno de los líderes más fuertes del siglo XX. Su biógrafo, Inder Malhotra⁴⁰, afirma que ningún otro líder de un gobierno democrático del siglo XX, excepto quizás De Gaulle, se identificó tan completamente con los destinos de su país (Flavoni, 2003, p.70).

Nehru fue un líder de extraordinario carisma y visión que pudo poner a una India enorme y heterogénea en un camino de formación y preeminencia como Estado. Contó con la singular fortuna de tener un mentor como Gandhi que le confirió una gran autoridad para conducir el partido del Congreso y luego desapareció, dejándolo solo en la dirección del mismo. Igualmente, su proyecto laico y socialista del Estado indio pudo prevalecer por la temprana ausencia de su rival en el partido, Patel. Del triunvirato que dominaba el partido —Gandhi, Nehru y Patel—, en 1950 solo quedaba Nehru.

Pero Nehru fue poseedor de un idealismo que en alguna medida limitó su uso de las herramientas políticas que hubieran podido combatir eficazmente las amenazas que planteaban a su proyecto nacional poderosas fuerzas internas.

Indira, en cambio, por su temperamento y experiencias políticas tempranas, pudo desarrollar la energía y habilidades que le permitieron enfrentarse exitosamente a estas fuerzas. Las combatió de una manera pragmática, sin dar siempre importancia a las formas democráticas, inclusive a la alternancia en el poder, buscando asegurar con sus descendientes la continuidad del proyecto de Nehru.

La versatilidad de Indira en su propósito de permanecer en el poder y gobernar con eficacia se puede percibir cuando se inclina, primero, a un reformismo de izquierda y luego hacia la liberalización de la economía. También, en los años ochenta, cuando corteja al ascendente nacionalismo hindú, con el objeto de capturarlo para seguir impulsando su proyecto nacional.

4.2.3. Rajiv y la declinación del Partido del Congreso

Inmediatamente después del asesinato de su madre, en noviembre de 1984, Rajiv Gandhi fue nombrado primer ministro por el partido del Congreso. En la campaña de

⁴⁰ Véase: Malhotra. *Indira Gandhi, a personal and political biography*. Londres, 1989.

las elecciones generales que se programaron, Rajiv resultó ser un candidato muy popular por su energía, juventud y atractiva apariencia, así como por su condición de recién llegado a la política. Derrotó concluyentemente al partido BJP, representante del nacionalismo hindú, debido a que supo ganar el voto hindú, que su madre había estado persiguiendo, incorporando matices nacional-religiosos en su gestión (Flavoni, 2003, p.180).

Rajiv aparecía como el líder indicado para emprender la tarea de reformar la economía, rompiendo estructuras político económicas que parecían haberse esclerosado. Al asumir el cargo de primer ministro denunció la corrupción, que era la mayor traba para el crecimiento. Más adelante, en su gestión económica, se encargó de debilitar el régimen de licencias, los controles a las importaciones y las restricciones para las inversiones conjuntas de indios y extranjeros.

Rajiv se preocupó por la modernización de las fuerzas armadas. También mostró un fuerte interés personal por acelerar el desarrollo de la industria informática, que consideraba crucial para el futuro del país, para lo cual promovió la innovación tecnológica y decretó la liberalización del sector. Ambas medidas serían decisivas para el despegue informático de los años noventa.

El primer ministro buscó adquirir la supercomputadora Cray X-MP-24 de EE.UU., pero Washington vetó la adquisición por temor a que fuera utilizada en el programa nuclear del gobierno. Entonces optó por crear un centro de investigación avanzada sobre computación en la ciudad de Pune (1988) que logró construir una supercomputadora de bajo costo en solo tres años (Rothermund, 2008, pp.112-113).

Pero las reformas económicas que realizó Rajiv —quien se mantenía distante de las masas y tenía fama de tecnócrata— pronto fueron percibidas como sesgadas en favor de los ricos. Por otro lado, su gabinete era débil y muchos de sus asesores amigos suyos del colegio, formando un entorno que se prestaba a suspicacias.

Surgieron varias protestas, especialmente de grupos campesinos en 1985 y 1986 y las reformas se detuvieron. Además, en 1986 estallaron graves conflictos entre hindúes y musulmanes relacionados con un templo de la localidad de Ayodhya, como veremos más adelante.

Asimismo, el problema de la corrupción apareció con fuerza en el gobierno a comienzos de 1987, cuando uno de los ministros de Rajiv, con especial fama de honradez, Vishwanath Pratap Singh⁴¹, salió de la cartera de Finanzas a consecuencia de los problemas que creó al investigar casos de corrupción en su sector. Singh tuvo que salir luego del Ministerio de Defensa, al provocar un escándalo por la revelación del caso Bofors; poco después sería expulsado del partido.

⁴¹ El apellido Singh es común a todos los que profesan el sijismo, pero también existe fuera de esta religión. V.P. Singh, por ejemplo, no es un Sij.

El escándalo Bofors —de corrupción por una firma sueca a allegados de Rajiv en la venta de material militar— dañó al gobierno y a la imagen de limpieza del primer ministro. Provocó un enfrentamiento de Rajiv con el presidente de la república, Gyani Zail Singh, quien aparentemente buscaba destituirlo.

Por su parte, V.P. Singh, después de su salida del partido del Congreso, creó un movimiento contra la corrupción e ingresó al parlamento. Organizó un nuevo partido, el Janata Dal y este consiguió triunfar en las elecciones generales de 1989, llevándolo al cargo de primer ministro.

El nuevo gobierno del Janata Dal experimentó dificultades y se fragmentó rápidamente. Rajiv ideó una maniobra que forzó a la convocatoria de elecciones en 1991⁴². Entró luego en campaña, pero —siguiendo la suerte trágica de su familia— fue asesinado en un atentado de un grupo tamil, allegado a los tamiles de Sri Lanka que habían sido combatidos por el ejército indio en la intervención en este país decretada durante el gobierno de Rajiv en 1987.

Después del asesinato, la dirección del partido fue ofrecida a Sonia Gandhi, viuda de Rajiv —nacida italiana y nacionalizada india—, pero ella prudentemente declinó. Narashima Rao, quien había sido ministro de Indira y Rajiv, fue nominado jefe del partido. Esta fue solo la segunda vez (la primera vez fue Shastri en 1964) que la dirección del partido recayó en un individuo que no era miembro de la dinastía Gandhi.

Tras las elecciones de 1991 el Partido del Congreso pudo formar una coalición que permitió a su nuevo líder, Narashima Rao, ser nombrado primer ministro. Al asumir Rao, el gobierno mantenía impagos sus compromisos de servicio de deuda a organismos multilaterales. Estos se negaban a dar un nuevo financiamiento a menos que Delhi debilitara el sistema de licencias, admitiera la inversión extranjera y redujera el gasto público.

En la cartera de Economía, Rao nombró a Manmohan Singh, un académico y funcionario de prestigio, quien devaluó la rupia y aumentó inmediatamente los ingresos por exportaciones. A continuación, Rao y Singh emprendieron un programa de liberalización que en los años noventa fue desmantelando varios de los elementos esenciales de la política económica de las cuatro décadas previas, como veremos más adelante.

Al presentar el presupuesto anual, en julio de 1991, Singh citó a Víctor Hugo, expresando: “Ningún poder en la tierra puede detener una idea cuyo momento ha llegado”, refiriéndose al surgimiento de la India como una potencia económica con una presencia global (Rachman, 2011, p.83).

El gobierno de Rao efectuó un importante repliegue de la presencia del Estado en la economía y aflojó la regulación de la misma, pero no subsanó el descuido de la política económica en áreas clave como la educación y la salud. Como consecuencia de este

⁴² Retiró al partido del Congreso de la coalición de gobierno a la que había entrado recientemente.

descuido, del agravamiento del conflicto religioso de Ayodhya (que veremos en la próxima sección) y de acusaciones de corrupción, la coalición del Congreso fue derrotada en las elecciones de 1996.

4.2.4. El avance del BJP y su alternancia con el Partido del Congreso

El Partido Popular Indio o BJP por sus siglas en inglés (Bharatiya Janata Party), representante del nacionalismo hindú, fue el partido más votado en las elecciones de 1996. Entre 1996 y 1998 consiguió formar dos coaliciones de gobierno que tuvieron una breve duración. En 1999 organizó la Alianza Democrática Nacional y pudo mantenerse en el gobierno por un período completo.

Miremos brevemente los antecedentes. El BJP, creado en 1980, es un partido dirigido por las clases medias hindúes que se ubica en la derecha del espectro político, por sus posiciones frente a la intervención del Estado en la economía y las medidas redistributivas.

La suerte del partido cambió mucho en los años ochenta, a medida que avanzaron las dificultades del Partido del Congreso en el gobierno, pero esto no se reflejó inmediatamente en las urnas. El ascenso del BJP se hizo notable en las elecciones de 1991, coincidiendo con la declinación de la dinastía Gandhi, cuando duplicó su votación de la elección anterior, ascendiendo al 20% y situándose como una fuerza nacional. La mejora del BJP fue impulsada por la exacerbación del nacionalismo hindú, sobre todo debido al conflicto hindú-musulmán en torno al templo de Ayodhya.

En el ámbito social, fue muy importante para el ascenso del hinduismo el hecho que desde mediados de los años ochenta la televisión estatal efectuó la transmisión de versiones de los dos poemas épicos más importantes del hinduismo, Mahabharata y Ramayana, generando un fervor extraordinario (Flavoni, 2003, p. 57).

El BJP mantiene estrechos vínculos con la RSS, Asociación Nacional de Voluntarios, que es un paraguas de asociaciones nacionalistas hindúes. Los principios del BJP se resumen en el concepto de *Hindutva*, que significa ser hindú y mantener la cultura india por encima de la occidental. El eje RSS-BJP persigue, abiertamente en el caso de la RSS, hacer de la India una nación hindú.

La RSS nació para proteger los derechos de los hindúes frente al gobierno colonial británico y a las minorías hindúes en regiones de mayoría musulmana. Se convirtió en el motor del nacionalismo hindú, destacando la lucha histórica de la India contra el dominio de musulmanes e ingleses. En este sentido, se encarga de difundir los valores del nacionalismo y promover la educación y el adoctrinamiento de cuadros, así como su adiestramiento físico y militar. Se halla en el centro de una vasta familia de organizaciones en los medios de comunicación, universidades, sindicatos, y en el ámbito rural.

El nacionalismo hindú va mucho más allá del *Swadeshi* del Partido del Congreso, que consistía en promover la industria y los productos nacionales planteando volver a hacer grande a la India recuperando los principios que la engrandecieron y que después,

según percibe, fueron abandonados haciendo posible el sometimiento del país al dominio extranjero.

Es un nacionalismo de derecha, como hemos precisado, pero no conservador ni esencialmente religioso; por ejemplo, rechaza el sistema de castas viéndolo como una barrera a la unidad nacional. Busca crear un Estado industrializado y fuerte, homogéneo, unido por una lengua, una cultura y una religión comunes. Aspira a forjar una identidad hindú más amplia que la que proporciona la pertenencia a una casta (Flavoni, 2003, pp.256 y 276).

En los años ochenta los gobiernos del BJP, en varios estados, impulsaron reescribir los textos de historia de la India con un sesgo nacionalista y cambiar los nombres de grandes ciudades a su versión vernácula, como en los casos de Bengaluru (Bangalore), Chennai (Madras), Kolkata (Calcuta) y Mumbai (Bombay).

La disputa por el templo de Ayodhya fue el centro de la política india entre 1986 y 1993. En Ayodhya, en el norte de la India, se cree que nació Rama, el héroe del Ramayana, encarnación de Vishnu y una de las deidades más populares del hinduismo. Allí se construyó en el siglo XVI una mezquita, según los hindúes demoliendo un templo a Rama. Este hecho originó por mucho tiempo disputas entre hindúes y musulmanes, hasta que tras la independencia se optó por cerrar el lugar al culto de ambas religiones.

En 1986, un tribunal decretó la reapertura al culto hindú del lugar. Ese mismo año, el VHP, Consejo Mundial Hindú, asociado a la RSS, inició una campaña para demoler la mezquita y construir un templo a Rama, proclamando que con esto se afirmaría la identidad hindú de la India. El BJP, por su parte, aumentó significativamente su volumen electoral a través del apoyo a esta causa y se plegó formalmente a ella en 1989.

En 1992, los hindúes conducidos por el BJP destruyeron la mezquita en Ayodhya provocando el estallido de la violencia religiosa en todo el país. El gobierno federal, a cargo del Partido del Congreso, destituyó a los gobiernos de varios estados que apoyaron la violencia del lado hindú e incluso encarceló brevemente a algunos líderes nacionales del BJP por su alineamiento abierto en el conflicto.

Como hemos señalado, después de dos gobiernos breves, de coaliciones débiles lideradas por el BJP, este logró formar una coalición fuerte, la Alianza Democrática Nacional en 1999. Atal Behari Vajpayee asumió como primer ministro y fue el primer estadista que sin ser del partido del Congreso pudo completar un periodo de cinco años. Dentro de esta coalición de centro, el BJP se vio obligado a moderar las posturas del nacionalismo hindú. Sin embargo, volvió a encenderse el conflicto de Ayodhya.

En 2002 se produjo una batalla campal entre hindúes que regresaban de Ayodhya y musulmanes en el estado de Gujarat, de la que se culpó a los musulmanes. En los días siguientes, en toda la India la violencia de los hindúes, lanzando proclamas de la derecha, acabó con las vidas de unos dos mil musulmanes y arrojó una mancha sobre el gobierno de Vajpayee.

En lo económico el gobierno del BJP, que unos años antes preconizaba la auto-suficiencia económica, optó decididamente por plegarse a la globalización, priorizando la apertura y el crecimiento sobre el bienestar. Lanzó un gran proyecto carretero para unir las principales ciudades de la India (Cuadrángulo Dorado)⁴³, atacando las deficiencias de la infraestructura vial; prosiguió una agresiva campaña de privatización de empresas públicas y mejoró la acogida a la inversión extranjera, la cual aumentó significativamente.

La política económica del BJP ganó el apoyo de las clases medias y de la juventud, pero despertó acusaciones de descuidar a los pobres y favorecer a las empresas. Asimismo, al igual que el partido del Congreso, el BJP fue dañado por un gran escándalo de corrupción en el sector defensa en 2001.

El BJP puso atención en la inserción internacional de la India, pero descuidó las responsabilidades del gobierno en los servicios públicos. El crecimiento vino acompañado de un aumento de la desigualdad. Las ganancias fueron al 5% más rico de la población mientras que los demás grupos se estancaron.

Una coalición liderada por el Congreso ganó las elecciones de 2004. Sonia Gandhi, jefa del partido, sorpresivamente declinó el premierato y eligió a Manmohan Singh para el cargo, un impecable tecnócrata, acreditado por las reformas que hiciera como ministro entre 1991 y 1996. Este fue el primer Jefe de Gobierno que pudo cumplir dos periodos completos, apoyado por una coalición del partido del Congreso.

Bajo su mandato se registró un alto crecimiento, que llegó a 9% en 2007. La India quedó como la segunda gran economía de más rápido crecimiento en el mundo, detrás solamente de China. Se realizó avances en salud, especialmente rural, y en educación rural, así como en educación superior técnica y en la promoción del empleo rural.

Singh supo mantener una consistente imagen de honradez en su gobierno (conducía un Maruti 800, uno de los autos más económicos del mercado) y por la calidad de su gestión como primer ministro se le comparaba con Nehru.

En las elecciones de 2009, la coalición del Congreso obtuvo una contundente victoria apoyando un segundo periodo de Singh, por encima de una alianza dirigida por el BJP. En la campaña, Rahul Gandhi, hijo de Sonia y Rajiv, representante de la dinastía, fue la figura central.

En su segundo periodo, desde 2009, a Singh se le acusó de tolerar la corrupción y se le criticó haberse dedicado a preparar el camino para el ascenso de Rahul Gandhi a la jefatura del gobierno (retribuyendo los esfuerzos de este en 2009).

Después de once años de gobierno de la coalición del Congreso (liderada por Singh), en 2014 se impuso nuevamente una alianza encabezada por el BJP y su líder Narendra Modi. Ganaron las elecciones prometiendo profundizar las reformas liberales, pero

⁴³ Uniendo las ciudades de Delhi, Kolkata (Calcuta), Chennai (Madras) y Mumbai (Bombay).

hasta ahora no han podido colmar las expectativas que generaron. Esto se ha debido, aparentemente, a la oposición del Partido del Congreso en el parlamento como a cálculos del propio Modi en el sentido de no alienar a los votantes pobres y del campo que determinaron la derrota del BJP en 2004. Por otro lado, el gobierno muestra rasgos de autoritarismo, de la mano con el fomento del nacionalismo hindú (Dhume, 2016).

Afirma Maya Chadda que los nuevos gobiernos de coalición que han dirigido la India desde 1991 —se refiere a los conducidos por Rao, Vajpayee y Singh— han tenido un desempeño general bastante superior a los gobiernos a cargo solamente del partido del Congreso hasta 1989 y han conseguido mejores resultados frente a los principales desafíos que enfrenta el Estado indio, entre ellos los del avance económico, el nacionalismo hindú y las nuevas clases medias (2015, pp.246-247). Estas coaliciones han sido lideradas hasta ahora por el partido del Congreso (dos de ellas) y el BJP (dos también, si incluimos la del actual gobierno de Modi) e incluyen un importante componente de partidos regionales.

4.3. La dimensión económica

4.3.1. Los frutos del desarrollo

Tal como lo señalan Hardgrave y Kochanek, la experiencia de desarrollo de la India desde la independencia ha puesto en dificultades a postulados centrales de las teorías de la modernización, el desarrollo y la dependencia (1993, p5). Esto ha ocurrido porque la India ha logrado grandes avances no solo en institucionalidad política sino especialmente en desarrollo económico siguiendo una vía propia, ecléctica, audaz y flexible. En este último terreno ha resistido en muchos casos las prescripciones de *think tanks* y organismos internacionales impartiendo, en cambio, lecciones prácticas con sus logros. En su avance ha conservado muchos rasgos de la situación social que algunos denominan “subdesarrollo”, poniendo en entredicho, con los contrastes y contradicciones de su situación, la convencional tipología de los países de acuerdo con su grado de desarrollo.

La India es un país agrícola y rural (72% de población en el campo), con un vasto sector tradicional de estructuras arcaicas y economías de subsistencia, con una deficiente infraestructura y sectores urbanos en decadencia. A la vez es una gran potencia económica, generadora y exportadora de servicios y alta tecnología, con una formación anual de tecnólogos e ingenieros varias veces superior a la de EE.UU. y con una enorme clase media medianamente educada y vorazmente consumidora.

Durante la primera mitad del siglo XX, de 1900 a 1946, como colonia británica, el producto nacional de la India creció a una tasa de 0,7% anual en tanto que la población lo hizo a una tasa de 0,8%, manteniendo así estancado el ingreso per cápita.

Desde la independencia, en cambio, entre 1950 y 1991, el crecimiento económico promedio fue de 3,9 % y la población se incrementó a razón del 2,2%, con lo cual se consiguió una mejora del 1,7% anual en el ingreso per cápita. Sin embargo, por sus avances en educación y salud, la India se situaba en una posición internacional bastante mejor que la que le daba su ingreso per cápita (Hardgrave y Kochanek, 1993, pp.21-22).

Nehru convirtió al Partido del Congreso a la idea de la planificación. En 1938 formó un Comité Nacional de Planificación. El modelo de desarrollo que habría de adoptar la India se debatió intensamente entre 1947 y 1956. La tendencia socialista que prevaleció tuvo notable fuerza hasta la década de 1970. En los años ochenta el socialismo se debilitó un tanto y desde la década de 1990 se fortalecieron las fuerzas liberalizadoras, aunque se mantuvieron elementos estatistas.

El proceso de desarrollo se inició en 1951 cuando se creó la Comisión de Planificación. También se promulgó una primera ley de regulación de la economía a base de un sistema de licencias y permisos que demandaba autorización del gobierno para numerosas operaciones de comercio exterior, inversión y producción.

Así, el Primer Plan Quinquenal de Desarrollo (1951-1956) tuvo objetivos relativamente modestos, básicamente de reconstrucción de los daños causados por la Segunda Guerra Mundial y la partición del país a la agricultura y la infraestructura. La ocurrencia de fenómenos climáticos adversos obligó a recurrir a la asistencia alimentaria estadounidense, pero hubo un incremento en la producción de granos.

El Segundo Plan (1956-1961), dirigido por el célebre economista indio Prasanta Chandra Mahalanobis, marcó el inicio de una fase de entendimiento y acomodo del gobierno con el capital nacional. Se considera que Mahalanobis estableció el modelo de desarrollo del país, sin la influencia de ningún economista occidental (Little, 1982, p.50) y propició una década dorada de desarrollo hasta 1966.

El plan dividió los sectores de la industria entre el Estado, las empresas mixtas y la inversión privada. Definió el rol del Estado y los objetivos de autosuficiencia nacional, así como el equilibrio entre los sectores público y privado, este último a través de un sistema revisado de licencias, cuotas y de control sobre la inversión extranjera. Siguiendo el modelo soviético, se privilegió la producción de acero y de bienes de capital. Al mismo tiempo, se incrementó la producción de granos en más de 10%, aunque no se pudo superar la condición de la India de importadora de alimentos.

Una de las razones para privilegiar el sector de bienes de capital era un “pesimismo respecto a la exportación” (*export pessimism*) que asumía que los mercados mundiales crecerían lentamente, que los términos del intercambio perjudicarían a las exportaciones primarias de la India y que el país no podría volverse competitivo en la producción de manufacturas sin haber pasado por un largo período de proteccionismo. Las visiones del sector de bienes de capital, así como de la función del Estado se mantuvieron consistentemente en la India hasta mediados de la década del ochenta (Griffin, 1999, p.118).

El Tercer Plan Quinquenal (1961-1966) representó la más alta expresión de la planificación india y acabó de dotar al país de un sector industrial moderno y lo convirtió rápidamente en la séptima potencia industrial del mundo (Wolpert, 1997, p.362). Al mismo tiempo, se estableció en 1962 los requerimientos nutricionales mínimos para la población.

Se considera que la Revolución Verde, un espectacular aumento de la producción de cereales, comenzó en la India a mediados de la década de 1960, después de la fase de reformas estructurales en el campo y debido a la experiencia de duras sequías en 1965 y 1966. En realidad, ya en 1953 se había introducido variedades de cereales de alta productividad y nuevas técnicas agrícolas. En los años sesenta, con la ayuda de la Fundación Ford, estas mejoras se intensificaron, en tanto que en la década de 1970 los frutos de la Revolución Verde se hicieron palpables cuando la India se volvió autosuficiente en alimentos.

La aplicación del Cuarto Plan se retrasó por los estragos económicos causados por las guerras con China (1962) y Pakistán (1965). Indira lo lanzó en 1969, mostrando una nueva orientación de crecimiento y estabilidad, hacia el logro de la autosuficiencia a través de un mayor control del Estado sobre la economía.

Después de incrementar la producción de alimentos, se comenzó a buscar la satisfacción de las necesidades básicas de las masas rurales. En la campaña para la elección de 1971, Indira lanzó un programa de erradicación de la pobreza, que dio origen a esquemas para aumentar el ingreso de los pobres ofreciéndoles trabajo y pago en alimentos.

En este periodo la economía sufrió los impactos del alza mundial de los precios del petróleo (1973). En lo interno, el gobierno emprendió una ola de nacionalizaciones y una mayor regulación del sector privado, en particular del capital extranjero a través de la ley FERA (*Foreign Exchange Regulation Act*), la cual internacionalmente se convirtió en un modelo para el tratamiento a la inversión externa en los años setenta. Pese a los problemas mencionados, la economía india creció a un ritmo de 3,4%, aunque sin alcanzar la meta propuesta.

El Quinto Plan (1974-1979) buscó realizar amplias reformas económicas y sociales, en particular mejorar el consumo de los pobres, a través de la estrategia de las necesidades básicas. Dentro de la estrategia, se estableció las necesidades calóricas mínimas de la población en los medios rural y urbano.

Pese a los problemas políticos de la emergencia decretada por Indira y a que entre 1977 y 1980 gobernó otro partido, el Janata, la economía superó la tasa de crecimiento prevista, registrando un 5,2% anual, permitiendo resolver los problemas derivados de las crisis mundiales de la primera mitad de la década del setenta. Fue el primer quinquenio desde la independencia en el que se consiguió elevar el ingreso per cápita de la población. Al mismo tiempo, los buenos resultados de la Revolución Verde, animaron al gobierno a ensayar desde 1975 algunas medidas de liberalización de la economía (Chadda, 2015, p.102).

El Sexto Plan (1980-1985), el último bajo la administración de Indira, fue el más sofisticado en su diseño y el más exitoso en sus resultados. Partiendo de una economía muy débil, por la recesión mundial de 1980, arrojó una tasa de crecimiento anual de 5,7%.

En este plan ya se hizo evidente un cambio de orientación en la acción económica del Estado. Se disminuyó el énfasis a los programas sociales, limitándose el gasto público; se desreguló y liberalizó el mercado de capitales; y se aflojó las restricciones a las importaciones de insumos para las industrias de exportación de alta tecnología. En el sector rural, se fomentaron el empleo y la redistribución, así como la creación de activos para la producción.

El Séptimo Plan (1985-1990) fue lanzado en la administración de Rajiv Gandhi, tras el asesinato de su madre (1984). Rajiv siguió la tendencia desreguladora del plan anterior pero no se atrevió, por razones políticas, a emprender un proceso de privatización de empresas públicas. El plan aumentó el financiamiento externo, con el cual expandió notablemente las exportaciones. Esto potenció visiblemente la tasa de crecimiento y consiguió que por primera vez la producción industrial excediera las proyecciones de un plan quinquenal, con una tasa de 8,5%.

Se apreció que las inversiones en infraestructura de los gobiernos de Nehru e Indira comenzaban a generar beneficios. Al mismo tiempo, sin embargo, un excesivo endeudamiento provocó la histórica crisis de 1991, la cual motivó un radical giro en la política económica del gobierno y el inicio de una nueva fase de crecimiento.

Bajo la dinastía Gandhi, la India adoptó la que era tal vez la única herramienta que podía llevarla al desarrollo, la planificación estatal. Gracias a ella se convirtió muy rápidamente en una potencia industrial y echó las bases para una adecuada provisión de recursos humanos en ciencia y tecnología. También consiguió importantes avances en el alivio de la pobreza y la expansión del empleo. Sin embargo, el aumento de la población (2,2% anual entre 1950 y 1991) anuló muchas veces los beneficios del crecimiento económico y la corrupción de las burocracias estatales mermó los beneficios de los programas económicos del gobierno.

Un hecho notable en los años ochenta fue la aparición de nuevos sectores de la clase media india, que demandaban una mayor y más diversificada producción de bienes y servicios, la cual resultaba problemática por la limitada inversión nacional y la planificación y regulación de la economía.

4.3.2. El salto de la liberalización

Entre 1989 y 1991, la crisis del bloque soviético y la Guerra del Golfo causaron desajustes severos en la economía india que demandaron un financiamiento externo para el presupuesto nacional⁴⁴. Al asumir Rao, en 1991, con el Partido del Congreso, el gobierno mantenía impagos sus compromisos de servicio anual a organismos multilaterales, por lo que estos se negaban a dar un nuevo financiamiento a menos que Delhi debilitara el sistema de licencias, admitiera la inversión extranjera y redujera el gasto público.

⁴⁴ Más específicamente, los desajustes fueron causados por la caída del comercio con el bloque soviético y la ayuda de la URSS, así como el alza de los precios del petróleo en 1991 y la repatriación de 130.000 indios que trabajaban en los países del Golfo y eran una fuente importante de remesas.

Rao nombró a Manmohan Singh en la cartera de economía, un académico y funcionario público que tenía además una amplia experiencia internacional y conocía de cerca las exitosas políticas económicas de los “dragones” asiáticos. Singh devaluó la rupia aumentando inmediatamente los ingresos por exportaciones. A continuación, Rao y Singh emprendieron un programa de liberalización que en los años noventa fue desmantelando varios de los elementos esenciales de la política económica de las últimas cuatro décadas⁴⁵.

Se abolió las licencias en casi todas las ramas industriales, incluyendo los topes de producción en automóviles y artefactos domésticos. Los derechos de importación cayeron del 71% del valor de las mercaderías, en 1993 al 35% en 1998. Los inversionistas extranjeros fueron autorizados a tener hasta un 51% del accionariado de empresas.

Uno de los cambios más dramáticos ocurrió en el sector automotor, así mientras en 1991 tres compañías produjeron 190.000 vehículos, en 2001 diez fabricantes (la mayor parte con inversiones conjuntas) produjeron 500.000 automóviles. En el sector público, se permitió que los inversionistas privados pudieran ser propietarios de hasta el 74% del accionariado de empresas no estratégicas. Al mismo tiempo, la inversión privada fue autorizada a competir con las empresas públicas en sectores como transporte aéreo de pasajeros, telecomunicaciones, banca y producción de acero y de carbón, rompiendo los monopolios gubernamentales (McLeod, 2002, pp.180-181; Rachman, 2011, p.83).

La tasa de crecimiento económico se disparó en la década de 1990, superándose la moderada “tasa hindú de crecimiento” de décadas previas. Se habló de un “milagro” indio con tasas de 8,5% entre 1992 y 1995 (Ortiz, 2010, p.31).

La crisis asiática de 1997-1998 no afectó fuertemente a la India, haciendo bajar dos puntos el crecimiento en 1997 (Rosser y Rosser 2004, p. 475). Las exportaciones se expandieron a una tasa de 27% hasta mediados de la década. Sin embargo, la contribución de la industria de software se desarrolló consistentemente hasta alcanzar a representar el 2000 el 15% del total de exportaciones del país. Entre 1996 y 1998 la India desplazó a Alemania para convertirse en la cuarta economía del mundo, detrás de EE.UU., Japón y China (McLeod, 2002, pp.180-181).

Sin embargo, las reformas de los años noventa no liberalizaron ni modernizaron completamente la economía india. La inversión extranjera quedó todavía muy por debajo de la registrada en otras economías emergentes, notablemente la china. En muchos casos los gobiernos de estados manejados por el nacionalismo hinduista cancelaron las inversiones extranjeras autorizadas por el gobierno federal⁴⁶. También subsistían algunas restricciones a la exportación de materias primas, con el objeto de mantener bajos los precios de estas para el consumo interno, así como restricciones al comercio agrícola a nivel de estados y aun de distritos.

⁴⁵ Las reformas continuaron en el gobierno del BJP (1999-2004).

⁴⁶ Rosser y Rosser mencionan los casos de compañías como Kentucky Fried Chicken, Coca Cola, Pepsi Cola, Bechtel y Enron (2004, p.474).

La privatización tenía un largo camino por avanzar, con millones de burócratas en la administración y supervisión de empresas públicas, que eran destinatarias a su vez de importantes subsidios. La flexibilización laboral era una reforma pendiente, que recién comenzaría a plantearse en el gobierno del BJP, en 2001. La infraestructura del país, particularmente carreteras, puertos y energía eléctrica, era muy deficiente. Finalmente, la reforma tributaria aparecía como un desafío inmenso, con solo 12 millones de contribuyentes al impuesto a la renta⁴⁷, una gran dosis de evasión, ingresos agrícolas exonerados y una masa de pobres que simplemente no podían tributar. Con las reformas de los años noventa, la pobreza disminuyó de 35% a 30% en las ciudades, pero se mantuvo inalterada en el campo (Rosser y Rosser, 2004, p. 475).

En el siguiente gobierno, de la alianza del BJP (1999-2004), que representaba los intereses de las prósperas clases urbanas, las reformas continuaron y el crecimiento se centró en las tecnologías de información y los servicios de procesamiento de negocios (*Call centers*). El gasto público se redujo en las sensibles áreas de salud y educación.

En lo económico el gobierno del BJP optó por la globalización, priorizando el crecimiento sobre el bienestar. Lanzó un gran proyecto carretero para unir las principales ciudades de la India (el "Cuadrángulo Dorado"). Llevó a cabo también una agresiva campaña de privatización de empresas públicas, y dio una mayor acogida a la inversión extranjera, que aumentó considerablemente.

Bajo el gobierno de M. Singh, 2004-2014, se dio un elevado crecimiento que llegó a 9% en 2007, lo que significó que la India quedase como la segunda gran economía de más rápido crecimiento en el mundo, detrás solamente de China. Se realizó la reforma de los sistemas financiero y bancario y del sector de empresas públicas. Se continuó el ambicioso programa de carreteras del BJP, pero también se registró logros en salud, especialmente rural y en educación rural, así como en educación superior técnica; se promovió también el empleo rural. Se decretó que parte de las ganancias de las compañías debían invertirse en proyectos sociales.

El actual gobierno indio, a cargo del BJP desde 2014, pese a sus promesas electorales de profundizar las reformas liberales, hasta la fecha no ha podido concretar mayores cambios en la política económica. Ha aumentado el aliento a la inversión extranjera pero no ha logrado cambios significativos en el trato burocrático de la misma. Impulsó la flexibilización de las regulaciones laborales pero la implementación viene siendo lenta a nivel de los estados. Por último, no ha derogado controvertidas medidas de la administración de Manmohan Singh, tales como los impuestos retroactivos a las empresas ni la reinversión de las ganancias corporativas en proyectos sociales. Por el contrario, ha incrementado los fondos para la promoción del empleo rural, consciente del caudal de votos que está en juego (Dhume, 2016).

Entre 1992 y 2011, la economía india registró un crecimiento promedio de 7% anual y los servicios pasaron a representar 50% del PBI, el doble que la industria. Entre 2000 y

⁴⁷ En 1997 según McLeod (2002, p.182).

2006, las exportaciones se incrementaron en 200%, subiendo de 22% a 35% del PBI (Purcelli, 2008, p.21).

Un fenómeno saltante es que en los años ochenta surgió una llamada “nueva clase media” en la India, de 200 a 250 millones de personas⁴⁸. En realidad, por sus ingresos, este sector está dentro del 20% superior de la población. Sus miembros no pertenecen a las clases más altas tradicionales, pero tienen un nivel de vida más elevado que estas. Exhiben hábitos de consumo y preferencias por ciertas modas y películas; hablan lenguas regionales, pero utilizan el inglés por razones de moda. No solo tienen un consumo muy alto sino también una fuerte tasa de ahorro.

A manera de ilustración, el 20% superior recibe 46% del ingreso nacional, el segundo quintil recibe 20% del ingreso, y el tercer quintil —que sería realmente el de la clase media— recibe el 15% del ingreso nacional, con lo cual es un sector desfavorecido en la distribución.

A esta “nueva” clase media se le diferencia de la “antigua” clase media, la cual mantiene los valores nehrudianos, posee educación universitaria y maneja habitualmente el inglés, siendo sobre todo profesionales o funcionarios públicos. Esta antigua clase media desdeña a la nueva clase media, a la que considera vulgar y sin educación.

El crecimiento económico de la India, especialmente después de la liberalización, ha creado una división Este-Oeste del país, con un Oeste más moderno y próspero cuyos límites van en una línea Norte-Sur desde Delhi hasta Chennai (Madras), incluyendo a los grandes centros de Mumbai (Bombay), Hyderabad y Bengaluru (Bangalore).

Por su producto nacional, de acuerdo con la paridad de poder adquisitivo, la India es hoy la tercera economía del mundo, detrás de China y EE.UU. En cambio, por su índice de desarrollo humano (0.609), la India ocupa el puesto 130, en tanto que China se halla en el puesto 90 y EE.UU. en el puesto 8 (CIA, 2015).

El desarrollo humano de la India (sus indicadores de expectativa de vida, educación, e ingreso per cápita) la coloca en un nivel internacional que el PNUD considera intermedio. En comparación, Pakistán muestra un índice (0.538), que lo sitúa en el puesto 147 y en un nivel bajo; el promedio de Asia del Sur en su conjunto (0.588) está por debajo de la India (UNDP, 2015).

En cuanto a pobreza, la India tiene a un 12,4% de su población bajo la línea internacional de pobreza (2012) frente a China con 11,18% (2010)⁴⁹. En contraste, la desigualdad económica en la India es bastante moderada, ocupando el puesto 48 en el mundo, con un índice Gini de 0.368. EE.UU. exhibe una mayor desigualdad, situándose

⁴⁸ Esta reseña de la nueva clase media se basa en Rothermund 2008, capítulo 15.

⁴⁹ Esta línea es de US\$.1.90 al día utilizando la paridad de poder adquisitivo (2011), según el Banco Mundial (World Development Indicators).

en el puesto 77 con 0,45, mientras que el Estado comunista de China es el más desigual de los tres, en la posición 89 con 0.473⁵⁰.

La expansión demográfica de la India —que en el pasado significó muchas veces la cancelación de los beneficios del crecimiento económico— parece haber cambiado de signo a partir del siglo XXI. Los jóvenes que entran a trabajar tienen que hacerse cargo de la manutención de un menor número de dependientes que sus padres, con lo cual pueden incrementar su ahorro.

En 2001, un 60% de la población estaba en el grupo laboralmente activo de 15 a 64 años de edad, mientras que un 35% tenía menos de 15 años. Para el 2026, se estima que la gente en edad de trabajar será un 69% de la población mientras que los de edad dependiente habrán disminuido a 23%. De esta manera, el llamado “bono demográfico” beneficiará a la economía india por un buen tiempo, hasta que llegue el momento que la población mayor de 64 años crezca y el bono se torne negativo (tal como sucede actualmente en Europa occidental y Japón) (Rothermund, 2008, capítulo 13).

4.4. La dimensión externa

4.4.1. La política exterior hasta 1990: El no alineamiento, Pakistán, China y la URSS

4.4.1.1. El no alineamiento

En las décadas previas a la independencia, Nehru estuvo a cargo de las relaciones internacionales en el Partido del Congreso. Se hallaba convencido de que la obtención de la independencia de la India se vinculaba estrechamente con la evolución política internacional y dedicaba especial atención a esta. Así, por ejemplo, en 1927 asistió en Bruselas al Segundo Congreso de la Liga contra el Imperialismo y unos meses antes de la independencia, en 1947, convocó en Nueva Delhi a una Conferencia sobre Relaciones en el Asia, a la que asistieron veinticinco naciones.

Después de la independencia, Nehru pensó fundamentalmente que la India debía desarrollar una política exterior autónoma. El marco conceptual que encontró para sustentar este curso en la primera década de vida de la India fue el no alineamiento, es decir el mantenimiento de una posición general de distancia de las dos superpotencias y sus bloques antagónicos, que se acababan de definir con el inicio de la Guerra Fría. El no alineamiento no impedía inclinarse a uno u otro bando en temas específicos pues no era equivalente a neutralidad.

Nehru temía que, de tomar partido la India por uno de los dos bloques, provocaría la hostilidad de la superpotencia contraria y al mismo tiempo correría el riesgo de volverse cliente y ser eventualmente dominado por la superpotencia cuyo bando escogiera. Igualmente, en caso de una gran conflagración, la India se vería envuelta en

⁵⁰ A base de CIA, World Factbook 2014-15, donde se considera cifras de 115 países en orden descendente de desigualdad. Nosotros hemos invertido el orden, poniendo primero a los países menos desiguales. Recordemos que el índice Gini refleja a menor valor menor desigualdad. Las cifras corresponden a India (2004), EE.UU. (2007) y China (2004).

ella. Estas posibilidades atentaban contra el interés principal de la India que era el de dedicar sus esfuerzos al desafío mayúsculo de convertirse en un Estado nación moderno e influyente (Chakraborty, 2016, p.26).

Apropiadamente para la que había sido la primera colonia en obtener la independencia después de la Segunda Guerra Mundial, Nehru asoció esta posición con la lucha contra el colonialismo y el imperialismo, la cual era una de las corrientes morales con mayor fuerza en ese momento en la escena internacional. En este sentido, planteó la democratización de las relaciones internacionales, en procura de revertir el predominio de las potencias occidentales. También colocó a la India en una posición de vanguardia en una cruzada de búsqueda de la paz internacional y el desarme nuclear, invocando el legado de Gandhi (quien alcanzó a conocer los horrores de Hiroshima y abogó por la erradicación de la bomba atómica) y ganando el apoyo en esta causa de figuras mundiales como Bertrand Russell y Albert Einstein. En este sentido, algunos autores afirman que en los años cincuenta la prominencia internacional de la India se debió más a Nehru que al peso mismo de la India (Rose, 1976, p.218).

La Conferencia de Bandung (1955) marcó el comienzo de un movimiento de solidaridad afro-asiática, del cual surgiría el no alineamiento. Un año después, la reunión de Nehru, Nasser y Tito en la isla Brioni (1956) sentó las bases del NoAl. En tanto que el primer movimiento implicaba un grado de coordinación entre los Estados, el segundo solamente exigía la abstención de alineamiento militar con una de las dos superpotencias.

La Conferencia de Belgrado (1961) fue el comienzo formal del Movimiento de Países No Alineados. Pero el año siguiente, el ataque chino a la India (1962) acabó tempranamente con la solidaridad afro-asiática.

El movimiento No Alineado se sustentó en la conducción de Nehru, Nasser y Tito además de Sukarno de Indonesia, dando a estos líderes una gran visibilidad internacional y una fuerte presencia moral, alentando las luchas de liberación nacional, así como el desarme nuclear. Nasser representaba el renacer del mundo árabe, Tito una forma de comunismo independiente de la URSS y Sukarno un baluarte de la lucha antiimperialista y nacionalista, muy cercano a Nehru desde los años veinte.

Pese a su formal rechazo a la violencia, Nehru llevó a la India a una importante intervención militar en el enclave de Goa en el subcontinente (1961) expulsando a los portugueses de su posesión colonial después de infructuosas negociaciones. Rothermund señala que Nehru actuó ante cierta presión de las naciones africanas que reclamaban de la India, en su rol de liderazgo, un ejemplo de lucha antiimperialista (2008, p.47).

4.4.1.2. Guerra con China (1962)

La temprana guerra con Pakistán por Cachemira había dejado a la India con un vecino en pie de guerra. Pakistán se alineó con EE.UU. para contrapesar la mayor capacidad bélica de la India y Washington le dio ayuda militar desde 1954, exacerbando la

percepción india de una amenaza a su seguridad. Además, Pakistán se sumó al Pacto de Bagdad en 1955 y tres años después a CENTO⁵¹.

En esta situación, la India puso cuidado en la relación con China, evitando tener otro vecino hostil. Por lo demás, Delhi sabía que en caso de un conflicto le sería difícil repeler un ataque chino por sí sola y tendría que recurrir a Occidente y renunciar al NoAl.

En 1954, al suscribir un acuerdo con China sobre comercio en el Tíbet, la India aceptó la ocupación china de este territorio. En el acuerdo se incluyó los principios de coexistencia pacífica (*Panchshila*) que ambos esperaban difundir en el Asia.

Sin embargo, en los años posteriores, se fueron haciendo evidentes diferencias y tensiones entre los dos grandes vecinos. China, a través de la extraordinaria figura de su canciller Zhou En-lai, competía con la India por lograr el liderazgo del no alineamiento buscando convertirlo en un bloque opositor a EE.UU. La India, por su parte, se interesaba por acercarse a la URSS con el fin de contrapesar la incorporación de Pakistán en alianzas con EE.UU.

De esta forma, entre 1956 y 1959, China se sintió mortificada por la ayuda que Moscú ofrecía a Delhi y por la nueva relación que se perfilaba de la URSS con la India, la cual no incluía a China.

China objetaba los límites de la India con el Tíbet, que habían sido establecidos por Gran Bretaña en 1914 (la Línea MacMahon), una discrepancia que no fue resuelta en el tratado de 1954. Desde mediados de los cincuenta se produjeron escaramuzas en la frontera y varias conversaciones entre los dos vecinos quedaron trucas.

La India alentó a los tibetanos que se levantaron contra Pekín en 1956, despertando el enojo de China (Diro, 2010, p.200). Cuando estos fueron derrotados, en 1959, Nehru aceptó el exilio del Dalai Lama, aunque no la creación de un gobierno tibetano en el exilio.

Zhou En-lai visitó la India en 1961 para negociar el tema fronterizo y ofreció un arreglo a Nehru: China respetaría la Línea MacMahon si la India le cedía el Paso Karakórum y la zona de Aksai Chin en el Himalaya. El paso era esencial para el acceso de China a sus provincias occidentales y este país ya había ocupado hacia unos años secretamente Aksai Chin, de manera que la India no tendría sino que aceptar el hecho.

Nehru rechazó la propuesta. Las escaramuzas fronterizas entre las dos potencias siguieron, hasta que en setiembre de 1962 la India movilizó un número mayor de tropas a la frontera. En octubre, cuando la URSS y EE.UU. estaban enfrascados en la Crisis de los Misiles en Cuba, China —distrayendo a la India con una invasión previa en Assam— montó una masiva operación y capturó, sin mayores dificultades el paso

⁵¹ CENTO por sus siglas inglés (Central Treaty Organization) es la Organización del Tratado Central que sucedió al Pacto de Bagdad y que vincula a EE.UU., Reino Unido, Irán, Irak, Pakistán y Turquía.

Karakórum. El canciller indio Vengalil Krishnan Krishna Menon renunció a su cargo por esta aplastante derrota.

Ambos contrincantes mantuvieron en secreto los detalles de la guerra. La India no quería admitir sus pérdidas y China no deseaba, por su parte, revelar sus ilegítimas ganancias (Rothermund, 2008, p.46).

La guerra comenzó y terminó de manera un tanto sorpresiva. China se retiró rápidamente de Assam, cuando la India se preparaba para una guerra prolongada en ese escenario. El rotundo triunfo chino trajo consigo una actitud de superioridad de Pekín sobre Delhi (Rothermund, 2008, p.46).

En realidad, puede pensarse que un importante propósito de China en esta guerra fue disminuir el prestigio de la India entre los NoAl. Y en efecto, la guerra de 1962 debilitó las pretensiones de liderazgo de la India, tanto del NoAl como regional (Chadda, 2015, p.140).

Además de esto, la derrota ante China desmoralizó a Nehru, desnudó las debilidades de su política exterior y disminuyó su popularidad como líder, inclusive en su partido y en el parlamento. Para mantener el poder, Nehru recurrió a empoderar en estos dos ámbitos a un grupo de influyentes líderes de varios estados que le eran incondicionalmente leales y que fueron denominados el “Sindicato” (McLeod, 2002, p.144).

4.4.1.3. Guerra con Pakistán (1965)

Una de las primeras medidas que adoptó Delhi después de la derrota con China fue aumentar su gasto en armas. Esto preocupó a Pakistán, que había tomado nota de la vulnerabilidad del ejército indio. Aparentemente, Pakistán vio entonces una breve oportunidad para atacar a la India antes de que esta consiguiera fortalecerse. En este propósito, Islamabad concluyó en 1963 una alianza con China, cediéndole territorio al oeste del paso Karakórum.

La muerte de Nehru en 1964 facilitó los propósitos de Pakistán, quien quiso probar la resolución del nuevo líder, Shastri, penetrando territorio indio en junio de 1965. La débil reacción india, solicitando un arbitraje británico, fortaleció la determinación bélica de Pakistán, el que, habiendo conversado con China, lanzó una ofensiva en setiembre que cortó el acceso de la India a Cachemira.

Esta vez, sin embargo, la reacción india fue rápida y decisiva pues invadió Pakistán por la importante zona de la ciudad de Lahore y se apoderó de territorio. China lanzó un ultimátum amenazando atacar a la India por Sikkim, pero Delhi lo desatendió y China se abstuvo de actuar, dejando de abrir el segundo frente que había convenido secretamente con Islamabad. China, en realidad, quiso alentar un ataque de Pakistán contra India, pero no tenía interés en involucrarse en una guerra pues ya había conseguido en 1962 sus propósitos estratégicos en Karakórum.

Finalmente, la URSS organizó una conferencia de paz, en la cual Pakistán —para obtener la devolución del territorio ocupado por la India— debió asumir el compromiso de no volver a usar la fuerza en el litigio por Cachemira. Fue un triunfo indio, aunque no totalmente convincente, que pudo levantar el espíritu de la derrota con China en 1962.

4.4.1.4. *La política exterior de Indira*

La guerra con China, la muerte de Nehru y la guerra de 1965 con Pakistán señalaron un período de transición en la política exterior india.

Con Indira Gandhi, desde 1966, comenzó una nueva fase en la que se dio igual peso a la fuerza que a la diplomacia, se estrechó lazos con la URSS y se puso más énfasis en los asuntos regionales que en los mundiales, tratando de mejorar la capacidad de la India de influir sobre su propia región por encima de las potencias externas, señaladamente EE.UU., URSS y China (Chadda, 2015, pp.143-144).

En la fase anterior, la política de Nehru había dado a la India trascendentales ganancias en autonomía y prestigio internacional con su liderazgo del NoAl, pero las acciones de Pakistán y China, sobre todo en el terreno militar, frustraron las pretensiones de Delhi de convertirse en portavoz de los nuevos Estados en el orden internacional.

Después de la guerra con Pakistán, la India pasó por una mala situación económica, incluyendo dos años de grandes sequías, 1965 y 1966, cuyas consecuencias solo pudieron paliarse con una fuerte ayuda alimentaria de EE.UU. y contribuyeron a crear la imagen internacional de un país plagado por la pobreza.

Indira visitó EE.UU. en 1966 y pidió un incremento de la ayuda alimentaria, pero encontró reticencia por parte del presidente Johnson, por las críticas que ella hacía a la intervención estadounidense en Vietnam y por las compras de armamento soviético que el gobierno había emprendido desde 1963.

Este hecho llevó a Indira a pensar en fortalecer no solo militarmente sino también económicamente a la India y en la necesidad de consolidar un cuadro más diversificado en las relaciones del país, robusteciendo las relaciones con la URSS.

En lo económico, hemos visto que Indira optó por la Revolución Verde. En lo militar, aumentó las compras de armas a la URSS, para fortalecerse sin caer en la dependencia militar de EE.UU. A diferencia de Washington, Moscú no le demandaba un alineamiento militar sino solamente abstenerse de aliar al bando contrario.

Bajo Indira se dio un importante acercamiento con la URSS, quien brindó a la India ayuda económica y militar a través de acuerdos de largo plazo que incluían transferencia de tecnología y arreglos de coproducción de equipo y armamento militares, satisfaciendo así las intenciones de autosuficiencia de Delhi (Chadda, 2015, p.141). Así, la URSS se convirtió en el mayor proveedor de armas de la India. Para muchos, esta proximidad comprometió la postura no alineada de la India, aunque no involucró ni una alianza ni un acercamiento ideológico.

En agosto de 1971, Delhi y Moscú suscribieron un importante acuerdo de paz y cooperación que consolidó el acercamiento entre ambos. Moscú había estado presionando por la firma de este acuerdo, pero Indira solamente aceptó hacerlo cuando se encontró en una delicada situación por la secesión de Bangladés de Pakistán (marzo de 1971). El acuerdo dio a la India acceso a avanzadas tecnologías militares y, en lo inmediato una promesa de la URSS de neutralizar a China en caso de que esta decidiera intervenir en el conflicto en defensa de Pakistán. Sin embargo, Moscú aconsejó a la India no intervenir en el conflicto.

4.4.1.5. *Guerra con Pakistán (1971)*

Una larga cadena de descontento y protestas de los habitantes de Pakistán Oriental, aduciendo un trato abusivo por parte de las autoridades de Islamabad, llegó a su clímax con el triunfo en las elecciones parlamentarias de 1970 de la Liga Awami en el este, que representaba las aspiraciones nacionalistas del territorio.

Islamabad rechazó las demandas autonomistas que formuló Pakistán Oriental y anuló las elecciones, arrestando a los líderes de la Liga Awami. Esta reaccionó declarando la independencia de Pakistán Oriental como la república de Bangladés el 26 de marzo de 1971.

Pakistán envió su ejército al Este, enfrentando con extrema dureza la secesión y ocasionando el éxodo de millones de personas a la India. Delhi, por su parte, se dedicó a desplegar una activa diplomacia para conseguir que la comunidad internacional frenara los excesos del ejército pakistaní; también decidió intervenir indirectamente en el conflicto entrenando guerrillas de Bangladés en su territorio.

Pakistán lanzó un ataque aéreo contra la India en diciembre, iniciando la tercera guerra entre ambos. Portando el estandarte de una intervención humanitaria, la India respondió con una rápida ofensiva terrestre en el Este que hizo capitular a las tropas pakistaníes en menos de quince días, capturando 93.000 prisioneros de guerra.

La rapidez y efectividad de la ofensiva india canceló una amenazante posibilidad de que EE.UU. interviniera en el conflicto, a través de un portaaviones que había apostado en la bahía de Bengala. En efecto, Nixon planeaba usar esta nave provista de armas nucleares, si es que la URSS decidía intervenir en el conflicto a favor de la India (Rothermund, 2008, p.48).

A partir de esta guerra, que acabó de revertir los efectos psicológicos de la derrota de 1962, la India quedó como potencia regional en el sur de Asia. Pakistán perdió una buena parte de su territorio, que le daba una valiosa situación estratégica frente a la India y vio debilitadas sus pretensiones de paridad militar con esta.

A los pocos años de haber cambiado la orientación de su política exterior, la India —a base de su destreza diplomática y militar— lograba mejorar sustancialmente su posición regional, aunque sin llegar a un acuerdo de límites con Pakistán⁵².

⁵² En el Acuerdo de Simla (1972), que cerró la guerra, el presidente Bhutto argumentó que resolver entonces el problema de la frontera en Cachemira le costaría perder el gobierno.

Sin embargo, las ganancias del reconocimiento de la India como potencia regional se vieron disminuidas cuando ocurrió la invasión soviética de Afganistán en 1979 y el gobierno estadounidense tomó la decisión de convertir a Pakistán en un aliado de primer orden en la reanudación de la Guerra Fría.

Entre 1982 y 1987, EE.UU. proporcionó a Pakistán 3.200 millones de dólares en ayuda económica y militar, a pesar de las advertencias indias sobre los peligros de esta relación y el evidente rol que Pakistán había decidido jugar promoviendo insurgencias contra Delhi en Cachemira y Punjab (Chadda, 2015, pp.148-150).

En el lado positivo del nuevo liderazgo regional de India debe contarse la creación, en 1985, de la Asociación Sudasiática para la Cooperación Regional (SAARC, por sus siglas en inglés, South Asian Association for Regional Cooperation). Surgida por una iniciativa de Bangladés buscando un trato multilateral en las relaciones de la India con sus vecinos, Delhi supo acoger inteligentemente la propuesta.

4.4.1.6. *La búsqueda de la bomba atómica*

Nehru tuvo una actitud ambivalente hacia la bomba atómica. Por un lado, la condenaba —como lo había hecho Gandhi— y preconizaba el desarme nuclear, pero, por otro lado, pensaba que la India debía poseer la capacidad de producirla⁵³.

De esta manera, Nehru creó en 1948 la Comisión de Energía Atómica, dirigida por un brillante físico cercano a él, Homi Bhabha. La Comisión, dotada de amplios recursos, operó con poca transparencia. Aunque gran parte del propósito de la Comisión era el desarrollo de usos pacíficos de la energía nuclear, Nehru no quiso vincularse al programa estadounidense de Átomos para la Paz por los controles que conllevaba.

En 1956, la India construyó un reactor nuclear y en 1965 logró producir plutonio para su abastecimiento, quedando así en capacidad de producir una bomba, sustentada en sus propios medios. Bhabha anunció a EE.UU. que la India podría tener una bomba a corto plazo, en la creencia que tanto Washington como Moscú aceptarían la consumación de este hecho, tomando en cuenta la reciente conversión de China en potencia nuclear (1964).

La falta de anuencia de Washington, sumadas a la desaparición de Nehru, la indecisión del nuevo líder indio, Shastri, de realizar una prueba nuclear y la subsiguiente muerte trágica de Bhabha (1966) contribuyeron a cerrar este capítulo del desarrollo nuclear indio sin un fruto culminante.

Los deseos de los científicos indios de completar los avances que lograra Bhabha se vieron acogidos varios años después, en 1974, cuando Indira Gandhi decidió mejorar su alicaída imagen interna, por los problemas que afligían a su gobierno, autorizando una prueba nuclear. Se habló oficialmente de la prueba de un “artefacto nuclear” para “fines pacíficos”. Pero la reacción internacional, liderada por EE.UU., ante la evidente

⁵³ La reseña del desarrollo nuclear de la India se basa en: Rothermund, 2008, capítulo 5.

capacidad de la India de manejar la fisión nuclear, fue la de negar acceso al país a la tecnología que le pudiera permitir continuar su progreso⁵⁴.

Pese a sus inclinaciones, Indira se abstuvo de realizar nuevas pruebas nucleares en los años ochenta, por el temor de que la reacción internacional resultara contraproducente. Sin embargo, en 1983, inició un programa integrado de misiles guiados que era fundamental para instrumentar el lanzamiento de la bomba.

La India alcanzaba de esta manera un nivel de capacidad militar que contribuía a mejorar su estatus a nivel mundial, aunque encontraba dificultades para consolidar su progreso.

Mientras tanto, a partir de 1974, Pakistán le pisaba los talones a la India en su desarrollo nuclear, a base de la apropiación de tecnología holandesa y de la colaboración de China. Así, en 1987, dejó entrever que tenía ya la capacidad de producir armas atómicas.

4.4.2. La política exterior desde la década de 1990: acercamiento con EE.UU.

El fin de la Guerra Fría en 1989 trajo para la India el beneficio de disminuir la importancia de Pakistán a los ojos de Washington, debido al retiro soviético de Afganistán. Sin embargo, la caída de la URSS dejó a Delhi en la urgente necesidad de redefinir los rumbos de su política exterior. La Guerra del Golfo (1991) —en la cual la India respaldó al derrotado Irak, por sus afinidades seculares y la común cercanía a la URSS— vino a hacer aún más difícil el panorama.

El primer cambio que adoptó la India fue el establecimiento de relaciones con Israel en 1992, rompiendo una tradición de apoyo a la causa árabe en el Medio Oriente. Israel ya había venido ganando importancia como socio comercial de la India y como proveedor de armas.

Empero, en el plano regional, la situación de Cachemira, donde aumentó la insurgencia alimentada por grupos de muyahidines (que habían acabado de combatir a la URSS en Afganistán y eran apoyados por Pakistán) demandaba acciones represivas del ejército indio, las cuales eran mal vistas por Washington e impedían una mejora de las relaciones de Delhi con la única superpotencia restante.

A pesar de la liberalización de la economía india y de una creciente conexión en el sector de tecnologías de información entre empresas indias y estadounidenses, en lo político, las relaciones Delhi-Washington llegarían a su punto más bajo en 1998, con la realización de pruebas nucleares por parte de la India.

En 1998 subió un gobierno de coalición, encabezado por el BJP y nombrando a Vajpayee como primer ministro. Este gobierno, relegó un tanto las preocupaciones regionales intentando buscar un rol para la India en la formación de un nuevo orden

⁵⁴ El mismo secretario de Estado estadounidense Henry Kissinger organizó en 1975, en Londres, el Grupo de Proveedores Nucleares para este fin.

internacional (Chadda, 2015, p.248). En el curso de su mandato, hasta 2004, Vajpayee abrazó el nacionalismo, realizando ensayos atómicos y practicó el realismo, acercándose a EE.UU. a la vez que a Rusia y a China⁵⁵.

En mayo de 1998, el gobierno del BJP —que había criticado una política de “ambigüedad nuclear” del Partido del Congreso— autorizó la realización de cinco pruebas atómicas, que ocurrieron en absoluto secreto (Rothermund, 2008, pp.64-65); dos semanas después, Pakistán realizaría seis pruebas nucleares, por lo que Washington y la ONU impusieron fuertes sanciones económicas a ambos Estados. La economía pakistaní se vio seriamente golpeada por el corte de la ayuda estadounidense, pero la economía india apenas fue afectada, por la bonanza que vivía. Esta particular condición de la India comenzó a hacer pensar a Washington en la vía de las negociaciones políticas.

La relación política entre Washington y Delhi mejoró a raíz de la tercera guerra entre la India y Pakistán en 1999, en la cual el comportamiento de Islamabad enajenó el apoyo estadounidense. El jefe de las fuerzas armadas pakistaníes, general Pervez Musharraf, determinó penetrar secretamente territorio indio en la zona de Kargil, Cachemira, aprovechando el invierno. Un temprano deshielo permitió a la India descubrir a los invasores y hacerlos retroceder, aunque sin entrar en la zona pakistaní, para evitar un escalamiento del conflicto entre las que eran dos potencias nucleares.

Presionado por el general Anthony Zinni, jefe militar estadounidense, Musharraf accedió al retiro de las tropas pakistaníes, pero ideó una temeraria estratagema en el plano diplomático, con el objeto de evitar el descrédito personal de hacerse responsable del repliegue. Señaló a su primer ministro, Nawaz Sharif, que el presidente Bill Clinton tenía un interés personal en el asunto y consiguió su visita a Washington. Después de esta visita, el retiro de tropas quedó, aparentemente, como un resultado de la entrevista de los dos jefes de gobierno (Rothermund, 2008, pp.52-53).

La estratagema de Musharraf quedó pronto en evidencia y debilitó la confianza estadounidense en Pakistán, convirtiéndose en un factor decisivo para la histórica visita que realizó el presidente Clinton a Delhi en marzo de 2000. En ella, Clinton expresó su deseo de que la India se convirtiera en el mayor socio de EE.UU. en Asia, marcando una extraordinaria inflexión en la relación bilateral. Significativamente, la visita incluyó a la ciudad de Hyderabad, uno de los centros de la industria informática india.

La “Alianza contra el Terror” propuesta por Washington en 2001, después del ataque a las Torres Gemelas, fue un nuevo motivo para acercar a la India y EE.UU. Delhi tenía expectativas de que tal cooperación la ayudaría en su lucha contra el terrorismo en Cachemira.

⁵⁵ Como consecuencia de estos acercamientos, Rusia reactivó la venta de armas a la India en 2000 al renovarse un acuerdo de cooperación técnica y militar, y pasó a ocupar el tercer puesto entre sus proveedores, detrás de EE.UU. y el Reino Unido. Similarmente, el comercio entre ambos países se duplicó entre 2004 y 2008. Por otro lado, el comercio de la India con China se multiplicó seis veces entre 2002 y 2005, cuando el primer ministro chino visitó Delhi. Poco después Delhi y Beijing decidieron establecer una asociación estratégica.

Pero los ataques terroristas continuaron en la India, llegando a causar una aguda crisis con Pakistán en 2002, que no se convirtió en guerra por la mediación de EE.UU.⁵⁶. Esta participación de Washington fue determinante para la iniciación de conversaciones con Delhi, el mismo año, en el campo de la cooperación en seguridad militar.

Los primeros resultados fueron la autorización de Washington de la venta de un sistema antimisiles israelí con tecnología estadounidense (dejando entrever un proceso de entendimiento entre EE.UU., Israel e India), así como la cooperación de EE.UU. para la modernización y fortalecimiento de la marina de guerra india, con miras a defender las críticas rutas del océano Índico. En 2004, el gobierno del BJP extendió la cooperación a la esfera civil, específicamente a actividades nucleares, programas espaciales y comercio de alta tecnología.

Estos acuerdos prepararon el camino para la visita del nuevo jefe de gobierno indio (del Partido del Congreso), Manmohan Singh, a Washington en 2005. En ella se hizo un primer esbozo de un acuerdo nuclear que coronaría el acercamiento entre las dos potencias. Se acordó que la India, pese a no ser signataria del Acuerdo de No Proliferación Nuclear, sería considerada como una potencia nuclear responsable y tendría acceso a tecnología estadounidense para el uso civil de este tipo de energía. Ese mismo año, EE.UU. consiguió que los países del Grupo de Proveedores Nucleares hicieran una excepción admitiendo a India en sus filas sin haber suscrito el tratado de no proliferación. Así, la India fue aceptada como la sexta potencia nuclear del mundo.

En 2006, el presidente George W. Bush visitó la India y avanzando en la línea marcada por su predecesor, el presidente Clinton, declaró que su país establecería una asociación global con India y que ayudaría a esta a convertirse en una potencia mundial en el siglo XXI (Chadda, 2015, p.161).

El acuerdo nuclear fue suscrito durante la visita de Bush, pero recién pudo ser aprobado en el parlamento indio en octubre de 2008, superando una serie de objeciones. La Cámara de Comercio de EE.UU. estimó que el acuerdo produciría cien mil millones de dólares en contratos a empresas de su país (Chadda, 2015, p.162). En lo político, Washington avanzó hacia convertirse en un socio de confianza para la India en busca de ganar un aliado de primer nivel en Asia que pudiera servir de contrapeso al ascenso de China.

La India, por su parte, cosecha los beneficios de su acercamiento con EE.UU. sin que este hecho limite su política exterior. Desde 1998, como hemos anotado, ha venido mejorando las relaciones con Rusia y China; además, ha formado el foro de los BRICS (el cual incluye también a Brasil y Sudáfrica), que persigue aumentar el peso de estos países en la economía mundial.

Recientemente, bajo el gobierno del BJP, la India ha dado dos pasos importantes que traen a la mente su tradicional política de no alineamiento y fortalecen su posición en el

⁵⁶ Se trató de un frustrado ataque de terroristas pakistaníes al parlamento indio en Delhi que causó la movilización de tropas indias a lo largo de la frontera con Pakistán (Rothermund, 2008, p.56).

mundo en desarrollo. Ha sido cofundadora en 2014 de un Banco de Desarrollo de los BRICS con un fondo de cien mil millones de dólares, que da una nueva dosis de poder a este grupo en el Sur. Asimismo, se perfila como un nuevo miembro de la Organización de Cooperación de Shanghái, fundada por Rusia y China, con un enfoque primordial en el Asia Central, aunque para muchos como un naciente contrapeso de la OTAN⁵⁷.

Por otro lado, el gobierno de Modi continúa la inserción de la India en el movimiento de integración regional en el Asia, centrado en la ASEAN, consolida la presencia del país en el África, e intenta diversificar las relaciones económicas con América Latina —que ya son importantes con Brasil—, aprestándose a iniciar la negociación de un TLC con el Perú.

4.5. Conclusiones

En poco más de medio siglo de existencia, la India se ha transformado en un Estado poderoso e influyente a nivel mundial, conducida fundamentalmente por el liderazgo de Nehru e Indira Gandhi. Este liderazgo, guiado por un propósito sostenido, consiguió modificar las estructuras de la sociedad india. Para ello contó con el apoyo del Partido del Congreso y de una burocracia estatal, heredada de la época colonial.

Por un largo período se mantuvo una imagen externa de un país pobre y atrasado que subestimaba los avances del modelo de desarrollo indio, el cual combinaba una fuerte intervención económica del Estado con la democracia liberal. Por esta misma subestimación, hoy se destaca únicamente el papel de las reformas de los años noventa en la transformación de la India.

En realidad, el país comenzó tempranamente a formar mano de obra técnica de primera calidad, se convirtió en una potencia industrial a mediados de los años sesenta y logró la autosuficiencia alimentaria en los años setenta. La tasa de crecimiento desde 1950 hasta el momento de las reformas económicas (1991) había sido de 4% y en verdad comenzó a elevarse desde 1975, quince años antes de las grandes reformas liberales.

En sus relaciones exteriores, la India consiguió una posición prominente de autonomía y prestigio cultivando el no alineamiento de Nehru. Bajo el liderazgo de Indira se consolidó como potencia regional (1971) y culminó una primera fase de su ascenso a potencia nuclear (1974).

Con el fin de la Guerra Fría, la caída de la URSS contribuyó en distinta medida, por un lado, al cambio del modelo de crecimiento que la convirtió en potencia económica, y, por otro, a una reorientación de la política exterior, gracias a la cual mejoró sus relaciones con la única superpotencia restante.

En tanto que la construcción y el posicionamiento externo del Estado indio han tenido un notable progreso, la formación de su identidad como nación ha registrado menos avances. Nehru quiso edificar un Estado laico que permitiera a los diversos elementos

⁵⁷ La OCS aprobó en su cumbre de 2014 los procedimientos para admitir nuevos miembros. Entre los candidatos se hallan la India y Pakistán, así como Irán y Afganistán.

culturales de la India encontrar por sí solos la unidad, pero en los años ochenta adquirió gran fuerza una corriente política que busca crear una nación hindú. Desde fines de los años noventa, esta fuerza lidera coaliciones que se alternan en el gobierno con coaliciones dirigidas por el Partido del Congreso.

La prueba de una bomba atómica en 1998, por el gobierno nacionalista del BJP, fue un punto de inflexión en el ascenso de la India. Tras un período de sanciones, las oportunidades que ofrecían su economía y la conveniencia de una eventual alianza frente al ascenso de China, llevaron a Washington a una negociación política del tema y a un arreglo bilateral (2005-2008).

Después del acuerdo nuclear con EE.UU., la India aparece hoy como la sexta potencia nuclear y la tercera economía del mundo. Se proyecta que su economía superaría en unos años a la economía china, atrayendo creciente inversión extranjera, experimentando el impulso del bono demográfico y aprovechando su especialización en tecnologías de información.

¿Puede hablarse de India como una gran potencia en el corto o en el mediano plazo?

Subsisten en ella problemas estructurales, tales como la corrupción pública, una infraestructura todavía insuficiente y un porcentaje significativo de pobreza rural y urbana. Pero dos décadas y media después de su parcial apertura al mundo, la India ha demostrado la viabilidad y beneficios de un nuevo modelo económico y de un sistema partidario ampliado.

Lo que ha cambiado decisivamente en el siglo XXI es que ya no es India la que “toca fuertemente la puerta” al círculo de las grandes potencias, sino que la potencia hegemónica, así como varias potencias económicas la eligen para asociarse con ella, anticipando las eventualidades que puedan darse en relación con la evolución del gigante chino. La India se beneficia así de una estrategia de ayuda de otras potencias en el ascenso, que históricamente se ha mostrado eficaz en el sistema internacional.

Delhi, por su parte, consecuente con su tradición de no alineamiento, despliega también una estrategia de enriquecimiento de sus vinculaciones con China, Rusia y el conjunto de los BRICS que la impulsan en su escalamiento. Sin embargo, no puede soslayarse el escollo que significa para la India el aparentemente insoluble conflicto con su vecino Pakistán, un Estado militar que posee capacidad nuclear⁵⁸. También nubla un tanto el horizonte el potencial de conflicto en las relaciones de la India con China, el cual se hizo evidente desde el recelo chino por el liderazgo indio de los No Al, la guerra de 1962 y la percepción de Mao⁵⁹ y que hoy podría haber crecido por las características y circunstancias del ascenso indio.

⁵⁸ La disputa por la región de Cachemira cuya mayor extensión hoy es parte de la India.

⁵⁹ Mao consideraba que la falta de espíritu revolucionario de la India sumada a su colosal tamaño la convertían en una posible amenaza para China en el futuro (Westad, 2012, p.432).

En lo interno, a partir de las tendencias del nacionalismo hindú y del comportamiento del actual régimen del BJP, pensamos en la posibilidad de un escenario relativamente poco previsto que pudiera darse en los próximos años: que las fuerzas políticas llevaran a avanzar el proceso de construcción nacional hacia el objetivo de un Estado nación hindú, sin un necesario menoscabo de la dinámica modernizadora pero sí, tal vez, de la democracia y de la paz social.

CAPÍTULO 5

EL ASCENSO GLOBAL DE LA CHINA⁶⁰

5.1. Introducción

El espectacular ascenso internacional de la China, desde 1978, se ha dado fundamentalmente en el plano económico, pero ha llevado a esta potencia a lograr una presencia global con importantes aristas políticas y aun culturales. El impacto del ascenso chino se ha sentido con mayor fuerza en sus regiones adyacentes, especialmente el Este y el Sudeste asiáticos, donde ha conseguido reinsertarse auspiciosamente con aspiraciones hegemónicas.

El milenarismo imperio chino —unificado por primera vez en el siglo III a. C.— brilló con particular esplendor en el siglo XVIII y hasta las primeras décadas del siglo XIX, bajo la dinastía Qing, de origen manchú, que lo hizo alcanzar su mayor extensión territorial y lo puso en el mismo nivel económico y político que las primeras potencias europeas (Hudson, 1960, p.685).

Sin embargo, desde fines del siglo XVIII sobrevinieron profundos desajustes internos en el imperio, debido básicamente a un crecimiento demográfico que superó a la producción agrícola. Estos desajustes ocasionaron masivas migraciones y sobre todo frecuentes, extendidas y cruentas rebeliones en distintas partes del territorio.

Por otro lado, la derrota de las tropas imperiales chinas frente a Inglaterra en la primera Guerra del Opio (1839-1842), marcó el punto de quiebre del secular acoso europeo al imperio y a sus Estados tributarios, empujando a aquel, a fines de siglo, a una situación semi-colonial de penetración y dominio extranjero, principalmente a través del control de un gran número de puertos y sus áreas circundantes.

Después del fracaso de varios intentos de reformas modernizadoras y tras una sucesión de nuevas rebeliones, la decadente dinastía Manchú cayó finalmente en 1911. El partido nacionalista Kuomintang proclamó la república en 1912, pero en las décadas siguientes una lucha casi constante entre las fuerzas nacionalistas y las del nuevo Partido Comunista, por períodos reconciliadas para enfrentar conjuntamente a los jefes militares de las provincias y a los invasores japoneses, impidió desarrollar de manera consistente las tareas de construcción de un Estado moderno.

Poco después del fin de la Segunda Guerra Mundial y de la expulsión de los japoneses del territorio chino, vino el triunfo definitivo de las fuerzas comunistas sobre el Kuomintang (1949) y se proclamó la República Popular China. A través de una radical revolución de carácter comunista, durante el gobierno de Mao Zedong (1949-1976),

⁶⁰ El capítulo 4 se ha elaborado sobre la base de la revisión y ampliación del trabajo del autor publicado anteriormente: "La presencia global y regional de China". En: *China, América Latina y el Perú: retos del ferrocarril interoceánico*. Lima: Sociedad Peruana de Derecho Ambiental (SPDA) e Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú (2016).

China se convirtió en un Estado nación moderno, centralizando el Estado, aboliendo arcaicas estructuras de explotación en el campo y creando un mercado nacional.

En menos de tres décadas, China dejó de ser una nación agraria para llegar a un nivel intermedio de industrialización. Gracias a su tamaño, este nivel le permitía ocupar el sexto lugar mundial en producción industrial. En una verdadera revolución industrial, este sector creció 38 veces mientras que la industria pesada 90 veces, logrando tasas más altas que las que tuvieron otros países de industrialización tardía como Alemania, Japón y Rusia (Meisner, 1999, pp. 415-417).

Efectivamente, en los años setenta, la economía china cubría las necesidades básicas de la población y el país contaba con un sistema educativo moderno. El desarrollo se había alcanzado, además, sin problemas de inflación ni deuda externa. Sin embargo, la agricultura se mantenía bastante rezagada de la industria, aunque alcanzando a superar el crecimiento de la población.

El mismo sector industrial —que se había desarrollado de manera autónoma— padecía problemas similares a los de otros sistemas comunistas, tales como desperdicio, ineficiencia, inercia burocrática, atraso tecnológico, baja productividad y corrupción en pequeña escala. Un modelo de desarrollo estatista había privilegiado la acumulación de capital y la expansión industrial con descuido del consumo y de la elevación de los niveles de vida de la población.

De esta manera, a mediados de los años setenta, China era una potencia atómica y producía aviones supersónicos y modernos navíos, pero no había desarrollado la industria automotriz. El desarrollo de su economía se había basado desde 1949 en consideraciones estratégicas de autosuficiencia que se sustentaban en la percepción de un mundo hostil. Esta percepción comenzó a perder fuerza en 1971, cuando China fue invitada a ocupar, como gran potencia, un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU.

En el plano interno, el régimen maoísta había abolido la propiedad privada y beneficiado a la población acabando con la pobreza absoluta y disminuyendo drásticamente el desempleo, pero su carácter socialista fallaba al negar los intereses y la participación de las masas en la conducción de la economía, tarea que era reservada a una cúpula en el Partido Comunista.

5.2. Las reformas de Deng Xiaoping

El año de 1976 fue crucial en la historia moderna de China. En enero falleció Zhou Enlai, lugarteniente de Mao Zedong (Mao Tse-Tung) desde la fundación del Estado comunista y artífice de la diplomacia de Beijing. Apenas acababa la pugna por el cargo de primer ministro, que recayó en Hua Guofeng, cuando en setiembre murió Mao, el fundador y conductor de la China Popular. Con su desaparición se cerraba definitivamente una de las grandes revoluciones de la historia.

Hua Guofeng quedó formalmente a la cabeza del Estado, aunque en realidad se estableció un liderazgo colectivo, donde Hu Yaobang condujo el Partido mientras que

Zhao Ziyang manejó el gobierno. Pero fue Deng Xiaoping, un veterano militante opuesto al dogmatismo económico —alguna vez acusado de inclinarse a la vía capitalista⁶¹— quien se convirtió, en julio de 1977, en viceprimer ministro y desde este cargo comenzó a desarrollar las reformas que abrirían una nueva etapa en la evolución de China. Su ambicioso programa de las “Cuatro Modernizaciones”, dirigido a la agricultura, la industria, la ciencia y la defensa, buscaba hacer de China una potencia industrial moderna a la vuelta del siglo.

El ascenso de Deng fue impulsado por elementos militares, así como por activistas que querían democratizar el Partido Comunista y el Estado. Pero una vez que se consolidó como hombre fuerte del partido, en diciembre 1978, Deng reafirmó su adhesión a la dictadura del proletariado y denunció y reprimió a los partidarios de la democracia considerándolos anarquistas.

No obstante, Deng conservó su propósito de reformar la economía, observando que el fin del socialismo era hacer próspero al pueblo. Expresó que el fortalecimiento de la economía y su apertura externa debían ser direcciones de largo plazo y que, si bien se permitiría la iniciativa individual, así como las inversiones conjuntas, con capital privado chino como extranjero, la propiedad pública de carácter socialista sería la modalidad predominante (Lynch, 1998, p. 69). A nivel político, la descentralización del Estado estaba llamada a ser un elemento esencial de la reforma económica empoderando a diferentes niveles a los gobiernos locales, tanto en la toma de decisiones como en materia fiscal (Jacques, 2009, p.154). Deng entendía la vía china como una de socialismo reformado y no de adopción del capitalismo⁶².

En el frente político externo, significativamente, el primer paso de Deng fue reestablecer formalmente relaciones diplomáticas con Washington, una acción consistente para un régimen que se sentía amenazado por la rivalidad soviética y que había dejado de percibir al resto del mundo en una relación antagónica, por lo cual podía optar por proyectar su economía al exterior. En este sentido, EE.UU. otorgó a China el estatus de nación más favorecida, lo que abrió las puertas del mercado estadounidense a sus exportaciones. Deng veía además en EE.UU. la principal fuente de suministro de la tecnología que vigorizaría a la economía china.

Las reformas económicas se iniciaron en el campo, buscando elevar la productividad agrícola a través de un sistema de incentivos que permitía a los campesinos disponer de una parte de la producción para venderla en el mercado.

Después de lograr un marcado incremento en el valor de la producción agrícola, entre 1978 y 1984, y reducir las diferencias entre las ciudades y el campo, las reformas se concentraron en la industria, el sector urbano y la educación técnica.

⁶¹ Junto a Liu Shaoqi, a comienzos de los años sesenta, lo que costó a Deng ser purgado del Partido Comunista.

⁶² En este sentido, véase las observaciones de Arrighi, glosando a James Galbraith, acerca de si el crecimiento chino de los noventa sería producto de la adopción de las medidas del Consenso de Washington (2007, p.354).

Las empresas industriales fueron autorizadas a vender una parte de su producción en el mercado. Se dio impulso a zonas económicas especiales en el sureste del país, con una importante participación del capital extranjero en industrias de exportación. Se empezó con la ciudad de Shenzhen, frente a la colonia británica de Hong Kong, uno de los “dragones” asiáticos. En efecto, muchas empresas de Hong Kong se mudaron a Shenzhen —donde los salarios eran más bajos— en tanto que seguían aprovechando el financiamiento de la banca de Hong Kong. Frente a la isla de Taiwán, otro “dragón” asiático, se creó las zonas especiales de Shantou y Xiamen.

A través del funcionamiento de estas zonas especiales, durante los años ochenta la inversión externa creció cuatro veces y las exportaciones chinas se quintuplicaron (Lynch, 1998, pp.70-72). Esta inversión provenía sobre todo de comunidades chinas residentes no solamente en Hong Kong, sino también en Taiwán, Indonesia, Tailandia y otros países de Asia del Este y el Sudeste.

Es digno de destacar que el gobierno fomentó también las “empresas de villas y pueblos” (conocidas en inglés por sus siglas TVE de la expresión *Township-Village Enterprises*), herederas de las comunas de la época de Mao, propiedad de gobiernos locales que operaban en libre competencia y en muchos casos se dedicaban a la exportación (Rosser y Rosser, 2004, p.418; López Villafañe, 2012).

El crecimiento de los años ochenta vino acompañado de un proceso de ajuste, el cual, sin asumir las características de un shock, vio disminuir la intervención del Estado en la economía, reformando particularmente las grandes empresas públicas. A mediados de la década, era claro el descenso de los ingresos de la mayor parte de obreros y funcionarios medios, al cual se sumó el problema de la inflación creando considerable malestar social. Este malestar se difundió y se asoció con demandas de cambio del autoritario régimen político. En 1987 el propio secretario general del Partido Comunista, Hu Yaobang, apoyó la creación de un debate público que incluyera los temas políticos, lo cual le valió ser destituido por Deng.

Hu Yaobang murió en desgracia en 1989 y grupos de estudiantes levantaron su figura y salieron a las calles a pedir la apertura del sistema político. El gobierno impuso la ley marcial. Después de seis semanas de protestas y manifestaciones de diversos grupos en todo el país, especialmente en Beijing, las autoridades aplicaron una brutal represión en la Plaza Tiananmén, el 4 de junio de 1989, dejando cientos de muertos.

Los líderes veteranos del partido miraban con horror los estragos que la liberalización política había provocado recientemente en la URSS y algunos veían los sucesos como una rebelión contrarrevolucionaria; Deng, en particular, que había presenciado la Revolución Cultural, conocía bien los padecimientos que traía consigo el quebrantamiento del orden público (Hutton, 2006, pp. 26-28; Sieff, 2009, p.66; Westad, 2012, pp.380-382).

Contra lo que muchos esperaban, después de los sucesos de Tiananmén, el gobierno no perdió legitimidad (Sieff, 2009, p.66) y optó por acelerar la instauración del mercado y la apertura externa. Deng proclamó una “economía socialista de mercado” en 1993, tras

haber realizado una publicitada gira por las zonas económicas especiales de las prósperas provincias de Guangdong y Fujian.

En ese año, la inversión extranjera dio un espectacular salto y, en el resto de la década del noventa, la inversión europea, japonesa y estadounidense fluyó masivamente, sumándose al capital de la diáspora china. Grandes empresas multinacionales entraron al país convirtiéndolo en el segundo destino mundial del capital productivo (solamente detrás de EE.UU.) (Arrighi, 2007, p.353). Todo esto ocurrió en medio de una dura represión de la oposición política y de un marcado incremento de la desigualdad⁶³.

China devaluó fuertemente el yuan en 1994 y esto provocó un mayor aumento de sus exportaciones. Evidenciando la importancia que venía cobrando la presencia comercial china, este hecho fue un factor de peso en los trastornos de las balanzas comerciales de las potencias emergentes de la región, que contribuyó al estallido de la crisis asiática en 1997 (Panitch y Gindin, 2012, p.292).

Deng cayó enfermo en 1994 y falleció en 1997, después de haber transferido el poder a Jiang Zemin (presidente de 1993 a 2003), quien representaba a una tercera generación de líderes comunistas (a continuación de las dos primeras generaciones, de Mao y Deng respectivamente). En poco menos de dos décadas el liderazgo de Deng había introducido el mercado en la economía china y la había proyectado al mundo, convirtiendo al país en la primera potencia emergente del Asia.

Cuando Deng inició las reformas, en 1978, se estimó que había unos 150.000 hogares involucrados en negocios privados; en 1992, pocos años antes de su desaparición, el sector privado había crecido a catorce millones y medio de empresas (Sklair, 1995, p.230).

El mismo año de la muerte de Deng, el presidente Jiang Zemin abrió una nueva etapa de reformas al anunciar el inicio de un proceso de privatización de empresas estatales. Dos años más tarde (1999), la constitución fue enmendada reconociendo la legitimidad del sector privado.

En el plano político externo, los sucesos de Tiananmén y posteriormente la caída de la URSS (1991) señalaron aparentemente el término de la estrategia china de alinearse con EE.UU. de cara a la rivalidad soviética. En su lugar, se habría difundido en los líderes comunistas la percepción de una amenaza a la subsistencia del régimen del lado del coloso estadounidense. Esta percepción se acentuaría entre 1996 y 1998, cuando ocurrieron, primero, la movilización de barcos de guerra de EE.UU. en el contexto de una crisis de China con Taiwán y, luego, el bombardeo por la OTAN de la embajada china en Belgrado (Yu, 2015, p.1053).

La reorientación de la estrategia china de ascenso, intentando disminuir la gravitación en las potencias occidentales, apuntó crecientemente a la cooperación Sur-Sur, buscando fortalecer las relaciones con el resto de Asia, África y América Latina con

⁶³ Elevándose el coeficiente de Gini de 0,34 en 1988 a 0,43 en 1995 (Rosser y Rosser, 2004, p.438).

objetivos tanto políticos como económicos, estos últimos en la forma de procurar recursos y mercados (Yu, 2015, p.1054).

5.3. El ingreso a la Organización Mundial de Comercio (OMC)

En 2000 China, culminando años de laboriosas negociaciones, suscribió un acuerdo para realizar su ingreso a la OMC, el cual se concretaría al año siguiente. La adhesión de China a la OMC significaba la consolidación de la ruptura con la economía del pasado y el compromiso de adaptar su mercado a normas internacionales de liberalización.

En esta coyuntura se produjo un gran incremento de la inversión externa en Hong Kong (que había vuelto a China en 1997), aparentemente a la espera de la plena incorporación china al comercio mundial. En 2002, con Hu Jintao como nuevo secretario general, el Partido Comunista dio el histórico paso de permitir el acceso de empresarios a sus niveles más altos (Rosser y Rosser, 2004, p.430). La nueva constitución de 2003 estableció el derecho a la propiedad privada. Este mismo año, Jiang Zemin dejó la presidencia de la república a Hu Jintao (presidente de 2003 a 2013), transfiriendo el liderazgo supremo a una cuarta generación de líderes comunistas.

No era solamente el hecho que los empresarios ganaban acceso a los altos niveles del Partido Comunista. Familiares cercanos de la más alta dirigencia del partido incursionaban con éxito en el ámbito empresarial. Jiang Mianheng, hijo de Jiang Zemin, ingeniero eléctrico graduado en EE.UU., fue vicepresidente de la Academia de Ciencias y como empresario fundó varias compañías, entre ellas, aprovechando préstamos oficiales, la más importante productora de circuitos integrados del país. Por su parte, Hu Haifeng, hijo de Hu Jintao, aprovechó su labor académica en la Universidad Tsinghua para crear una empresa de escáneres de seguridad, Nutech, que lograría un cuasi monopolio de equipamientos aeroportuarios y tendría una vasta red de exportación (Bergere, 2011, p.126).

Después de la admisión a la OMC y en particular a partir del 2004 se generó un nuevo salto en la inversión externa en China, el cual le permitió superar a EE.UU. como primer país receptor de inversión en el mundo (Jacques, 2009, p.159). Los principales inversionistas fueron en este momento las grandes potencias industriales, lideradas por EE.UU. que era también el principal proveedor de tecnología. En esta situación, China adoptó la política de acumular masivas reservas que eventualmente le pudieran permitir capear una crisis financiera de la envergadura de la crisis asiática de 1997-98 (Panitch y Gindin, 2012, pp.292 y 296). En 2009 las reservas chinas superaron los 3.200 millones de dólares, de los cuales 1.200 millones estaban invertidos en bonos del Tesoro de EE.UU., apareciendo como el país con la mayor tenencia de bonos estadounidenses (Dammert y García Carpio, 2013, p.98). A partir de 2003 comenzó también a aumentar consistentemente el stock de inversión china en el extranjero (Shambaugh, 2013, p.177).

Muchas de las empresas que ingresaron a China en ese momento lo hicieron interesadas en el volumen y potencial de su mercado interno. Y otras, como en el caso en la industria automotriz, lo hicieron atraídas por las nuevas obligaciones que asumía China en la OMC, tales como las de respetar los derechos de propiedad y dar un trato no

discriminatorio a los inversionistas, así como permitir la repatriación de utilidades. En este contexto, a fines de la primera década de este siglo, China superó la producción de automóviles de EE.UU. (Panitch y Gindin, 2012, p.294).

Pero quizás el mayor cambio que se dio en este momento fue la transformación de China, dentro de la división internacional del trabajo, en productora y exportadora de bienes de alta tecnología. En 2003, las exportaciones chinas de maquinarias y equipos de alta tecnología, especialmente electrónicos y de telecomunicaciones, representaban 27% de su exportación de manufacturas, muy por encima del promedio de los países de la OCDE, de 18%. Sin embargo, los sectores de alta tecnología estaban dominados en China por empresas mixtas y extranjeras (Panitch y Gindin, 2012, p.297). Por otro lado, ese mismo año, la agricultura había declinado su participación a 16% del producto nacional, aunque todavía ocupaba a la mayor parte de la población activa (51%)⁶⁴.

Como consecuencia de su ingreso a la OMC, China vio aumentar la participación del comercio exterior en su producto nacional de 43% a 68% (al 2007) (Panitch y Gindin, 2012, p. 293). Sus flujos comerciales, que en 1980 representaban 1% del comercio mundial, llegan al 8% del mismo en 2011 y sus exportaciones desplazaron del primer lugar a las de Alemania (2009). De esta manera, tal como ya lo proclamaba *The Economist* en octubre de 2003, la provincia de Guangdong pasó a ocupar las funciones de “taller del mundo”, que en siglos anteriores habían ocupado Sheffield y Birmingham en Inglaterra y luego Pennsylvania en EE.UU. (Sieff, 2009, p.64).

La activa promoción de las exportaciones que realiza el gobierno chino jugó un importante papel en esta expansión. En 1995, China tenía un solo banco para el financiamiento de exportaciones, el cual prestaba una quinta parte (4 mil millones de dólares) de lo que financiaba el Eximbank estadounidense a nivel mundial. Al 2009, el Eximbank mantenía el mismo nivel de financiamiento que en 1995, en tanto que China, con cinco instituciones de crédito, manejaba un monto veinte veces mayor que el de EE.UU. (250 mil millones de dólares) (Moyo, 2012, p.77).

En 2010, en particular, China aumentó marcadamente su comercio con varias regiones: 51% con América Latina, 37% con los países del ASEAN (que eran sus principales socios), y 33% con el África, donde superó a EE.UU. como primer socio comercial de la región (Shambaugh 2013, p. 158).

La imagen de China como potencia exportadora comenzó a cambiar dramáticamente. Por un lado, ya no se trataba solamente de la producción y exportación de bienes de bajo contenido tecnológico; y por otro —mostrando la importancia de su mercado interno— China aparecería, en el siglo XXI, como el tercer país importador, así como el tercer consumidor de productos de lujo del mundo (Lampton, 2007).

⁶⁴ En 1952, al comienzo de las reformas de Mao, la agricultura representaba el 60% del PBI (Jacques, 2009, p.159).

5.4. Las inversiones mundiales de China

China cambió rápidamente su rol predominante de anfitriona del capital extranjero en el siglo XXI. En 1996, Jiang Zemin había comenzado a anunciar una nueva política del gobierno de globalizar las empresas chinas, como parte central del “ascenso pacífico” del gigante asiático. En 2001, en vísperas del ingreso a la OMC, el primer ministro Zhu Rongji lanzó esta política a través de una serie de normas para regular e incentivar la inversión externa china. Esta se multiplicó seis veces ese año, a 6900 millones de dólares. Hubo una breve caída al año siguiente, pero en 2003 se inició un consistente incremento de la misma.

El gobierno designó a 120 empresas estatales “campeonas nacionales” y les confió la tarea de liderar la internacionalización de las empresas chinas. En 2004, publicó una serie de directivas para la inversión externa china, así como sendas listas de sectores industriales y países prioritarios. Al mismo tiempo, fue suscribiendo acuerdos bilaterales de inversión con diversos Estados (Shambaugh, 2013, pp.174-177)⁶⁵.

El principal propósito de las empresas chinas en el mundo es el de adquirir materias primas y energía (como veremos en la siguiente sección), pero también obtener tecnología avanzadas, adquirir empresas de renombre y superar barreras comerciales. En este sentido, representó un hito histórico la adquisición en 2005 de la división de computadoras personales de IBM por la compañía china Lenovo (Dammert y García Carpio, 2013, p.98; Moyo, 2012, p.78).

En 2010 el gobierno reportaba una inversión externa china de unos 70.000 millones; en el 2014 por primera vez el capital saliente del país (126.000 millones) superaba al ingresante (118.000 millones de dólares), convirtiendo a China en un exportador neto de capital, que al mismo tiempo mantenía el primer lugar mundial como anfitrión de la inversión extranjera (Anderlini, 2014).

La inversión externa china ha comenzado a desplegarse bastante tarde en comparación con las inversiones externas de otras potencias industriales. Por ello, en 2010, las inversiones de EE.UU. y Japón, por ejemplo, le llevaban una considerable ventaja. Así, en ese año, las empresas estadounidenses invirtieron cinco veces más que las empresas chinas en el mundo. El mismo año, el stock acumulado de inversión japonesa era tres veces más elevado. Pero se estimaba que la apetencia china de fuentes de energía y minerales y que una mayor inversión en producción manufacturera y en servicios conexos en distintas regiones harían incrementar significativamente la inversión china (en 800 mil millones de dólares al 2016) (Shambaugh, 2013, pp.178-179)⁶⁶.

Sin contar el lugar prominente de los paraísos fiscales como receptores de la inversión china⁶⁷, Australia y EE.UU. fueron los principales destinos de la misma entre 2005 y 2012. En ese mismo período, es digno de destacar que América Latina atrajo mayor inversión china que los socios tradicionales de China en Asia del Este (Shambaugh,

⁶⁵ A julio de 2011 sumaban 127 los acuerdos bilaterales de inversión suscritos por el gobierno chino.

⁶⁶ Shambaugh cita las estimaciones de Neil Gough en el *International Herald Tribune*, 8 de junio de 2012.

⁶⁷ Tales como Hong Kong, Gran Caimán, Luxemburgo y las Islas Vírgenes Británicas, desde donde se dirige a distintos Estados.

2013, p.181; Moyo, 2012, p.79). En 2014, por regiones, la inversión china se repartió principalmente entre Asia, 76.000 millones, América Latina 14.400 millones, Europa 6.000 millones y América del Norte 4.900 millones de dólares (García Herrero, 2015).

Las inversiones chinas en regiones de países emergentes, como América Latina y África, iban en un 70% a los sectores de minerales y energía, aunque en algunos casos, como Brasil, se enrubaban también al sector automotor y al de artefactos domésticos (Shambaugh, 2013, p.181).

Las empresas multinacionales chinas saltaron al primer plano mundial en el siglo XXI. En 2001 solamente 12 compañías chinas figuraban entre las 500 de la revista Fortune, diez años después, estas se multiplicaron a 61, de las cuales 49 eran estatales. Por su número de grandes empresas multinacionales, China ocupaba el tercer puesto en la lista, detrás de EE.UU. y Japón.

Sin embargo, en este último año, entre las compañías chinas únicamente podían considerarse globales por su ámbito de operaciones, Huawei, Haier y las compañías petroleras SINOPEC, CNOOC y CNPC. En cuanto a reconocimiento mundial de marca, solamente ocho compañías chinas habían logrado este nivel, a saber: Haier en línea blanca; Geely en automóviles (por su adquisición de Volvo); Lenovo en computadoras; Huawei en telecomunicaciones; Hisense en televisores; Lineng en ropa deportiva; la cerveza Tsingtao y la aerolínea Air China (Shambaugh, 2013, pp.184-187).

En un nivel más alto, entre las que Peter Nolan considera empresas “integradoras de sistemas” —poseedoras de marcas dominantes y tecnologías superiores y que suman alrededor de un centenar en el mundo—, China solo cuenta con una empresa, Huawei, demostrando un relativo rezago tecnológico (Wolf, 2013).

5.5. La búsqueda de materias primas y energía

Un rasgo singular del ascenso de China como contendora por la hegemonía económica mundial es su fuerte déficit de energía, materias primas y alimentos de cara a las crecientes necesidades de su aparato productivo y fuerza laboral.

Este rasgo de la economía China contrasta poderosamente con las características del ascenso y predominio de la de EE.UU., generosamente dotado de recursos y con una baja densidad poblacional. A diferencia de EE.UU., cuyo crecimiento se ha ido potenciando con los aportes de la inmigración, China debe sumar a los recursos requeridos para sostener el crecimiento, aquellos necesarios para el consumo ascendente de una enorme población.

La deficiencia de recursos de China puede también contrastarse históricamente con el caso de la Inglaterra hegemónica del siglo XIX, que contaba en su territorio con los recursos básicos para el desarrollo industrial y podía disponer de las materias primas de sus posesiones imperiales. El caso chino presenta alguna analogía con el ascenso japonés desde 1950, aunque este involucró una escala de producción y una población bastante menores.

Desde fines del siglo XX, China se ha visto obligada a emprender una gigantesca búsqueda de recursos en una economía mundial poseedora de redes y estructuras de explotación y distribución que estaban dirigidas a satisfacer las demandas de las economías de la Tríada (EE.UU., Europa y Japón). China realiza vigorosos esfuerzos económicos y políticos por desarrollar nuevas fuentes de explotación y estructuras de distribución, así como reorientar los arreglos existentes a la satisfacción de sus necesidades.

En la búsqueda china de recursos puede distinguirse básicamente tres rubros: energía; metales y minerales; y maderas, granos y alimentos en general. También hay que considerar la infraestructura que facilita la explotación y transporte de los recursos, como carreteras, líneas férreas y puertos.

En efecto, la estrategia china de procuramiento de recursos incluye la concreción de la infraestructura que asegure que estos puedan ser llevados de la manera más rápida y segura al territorio nacional. La inversión en infraestructura en el exterior tiene su contraparte en la inversión que realiza China en su propio territorio. Más de la mitad de los primeros diez puertos de contenedores en el mundo hoy son chinos, con Shanghái en el primer puesto (Moyo, 2012, p.80).

La ayuda y el crédito, el comercio, y la inversión son los grandes medios que utiliza China en estos tres rubros. Lo hace a través de una gran estrategia de capitalismo de Estado cuyos intereses están representados por diferentes agencias gubernamentales, compañías, individuos y el mismo Partido Comunista (Moyo, 2012, pp.5-6).

De manera más concreta, China muestra principalmente tres formas de adquirir recursos en el ámbito internacional:

- 1) inversión directa en compras o concesiones de tierras, yacimientos o minas;
- 2) comercio, a través de transacciones *swap*, en las cuales compra la producción, pero no el activo, concertando suministros a largo plazo;
- 3) inversión de cartera, ganando acceso indirecto a compañías través de los mercados de capital, comprando acciones que en algunos casos le permiten un grado de control corporativo (Moyo, 2012, pp.82-83).

Además, las agencias chinas ofrecen ayuda y financiamiento para proyectos de infraestructura conectados a sus intereses, sobre todo en países en desarrollo, comprando bonos de gobiernos u ofreciendo préstamos a estos que están sujetos a condiciones formales menos rigurosas que los otorgados por los principales organismos multilaterales.

En el terreno del comercio, China es el mayor comprador de energía y recursos en el mundo, ejerciendo —en el caso de estos últimos— una clara influencia en la demanda y precios, así como en el crecimiento de los países productores (tal como se está comprobando, de manera negativa, con la disminución de la demanda china en los últimos años).

Entre 1990 y 2008, China impulsó un aumento del 41% en la demanda mundial de energía, del 87% en el caso del carbón y del 31% en el de petróleo. Entre 2000 y 2010 provocó una expansión de 89% en la demanda mundial de hierro y de 75% de la del cobre. En la actualidad cubre el 58% de las importaciones mundiales de soya (Dammert y García Carpio, 2013, pp.98-99; Zanabria, 2015, p.88).

En 2009, China se convirtió en el más grande consumidor y el segundo importador (detrás de EE.UU.) de energía del mundo, sobre todo por las necesidades del desarrollo de su industria pesada. La demanda internacional china es especialmente de petróleo, en el que más de la mitad de su consumo se abastece del exterior.

Para satisfacer esta demanda, China cuenta con tres grandes conglomerados estatales: China National Petroleum Corporation (CNPC), China National Offshore Oil Corporation (CNOOC) y China Petrochemical Corporation (SINOPEC). Una cuarta compañía, China Chemical Corporation (SINOCHEM), se halla en proceso de crecimiento. En 2010, SINOPEC y CNPC ocupaban por sus ingresos el quinto y sexto lugar entre las empresas multinacionales en el mundo, según Fortune (claramente detrás de Shell, Exxon y BP).

La mayor parte de las importaciones de petróleo de China provienen del Medio Oriente (con Arabia Saudí, Irak e Irán a la cabeza). En segundo lugar, están las importaciones del África del Norte y Sub-Sahariana (principalmente Angola y Sudán). En tercer lugar, se encuentran los flujos de América Latina, sobre todo de Venezuela y Brasil.

Una gran mayoría de las importaciones chinas de petróleo llega por la vía marítima y un 77% pasa por el vulnerable estrecho de Malaca. Esta situación provoca un fuerte interés de Beijing por establecer rutas alternativas, conectándose con una red de oleoductos que atraviesan Asia Central y el Cáucaso (Shambaugh, 2013, p.63).

A diferencia del comercio de petróleo, en el que múltiples factores y actores condicionan los precios y las tendencias del mercado, hemos visto que China por sí sola ejerce una apreciable influencia en las tendencias mundiales del comercio de metales y minerales. Además de las compras de hierro y cobre, destaca el hecho que China es el primer productor e importador de oro del mundo y controla el 95% de la producción global de tierras raras (utilizadas en aplicaciones de alta tecnología).

En contraste también con el caso del petróleo, las empresas chinas del sector minero son numerosas, incluyendo algunas del sector privado. China Minmetals es la más grande de todas, siendo la sexta empresa de metales del mundo, con operaciones en 26 países. Las empresas chinas controlan un número relativamente pequeño de minas a nivel internacional y no se distinguen por una buena gestión laboral ni ambiental. Pese a que 24% de la inversión externa china corresponde a minería, ella solo representaba un 6% de la inversión mundial en el sector en 2010 (Shambaugh, 2013, pp.171-173).

En el caso de los alimentos, al mismo tiempo que la ingesta de calorías de la población, gracias a la bonanza, se ha elevado a niveles similares a los de EE.UU. (Alden, 2012, p.26), tanto las Naciones Unidas como la Academia China de Ciencias han advertido acerca de la pérdida de tierras cultivables y de un descenso de la producción de granos

que llevarían al país a la inseguridad alimentaria en pocas décadas. Esto ha impulsado a la Corporación China de Inversiones a realizar importantes inversiones en la compra de tierras agrícolas en países en desarrollo (Shambaugh, 2013, p.75).

5.6. Presencia en Asia y reacción estadounidense

Quizás el aspecto más destacado del ascenso de China ha sido la forma como ha conseguido reconectarse con el Asia. Hasta fines de los años setenta China estaba virtualmente excluida del Asia, pero hoy en día es el motor del desarrollo de la región, goza de una imagen favorable y es un protagonista central en su accionar multilateral (Westad, 2012, pp.405-406).

Cuando China comenzó a abrir su economía, Deng pensó que un acercamiento con el Sudeste asiático, poblado por importantes minorías chinas, sería menos problemático, desde el punto de vista político, que una aproximación a EE.UU., Japón o Corea del Sur. En este sentido, la primera salida de Deng fue una visita oficial a Singapur en 1978.

El ataque de China a Vietnam en 1979, con el que apareció como defensora de los gobiernos conservadores que temían el control del Sudeste Asiático por la URSS y Vietnam, ayudó considerablemente a debilitar la percepción que había de China como una amenaza subregional (Westad, 2012, pp.418-419). Por otro lado, el capital de la diáspora china, en gran parte proveniente del Sudeste asiático, se encargó efectivamente de impulsar el crecimiento de China en los años ochenta.

En 1989 se notó un cambio del clima político regional, cuando muchos países del Asia se abstuvieron de condenar los sucesos de Tiananmén. Solo Japón lo hizo de manera explícita (pero dejó de participar en las sanciones del G7 en 1990), mientras que Corea del Sur los consideró un "incidente lamentable". Malasia y Tailandia estimaron que era un asunto interno y otros países del Sudeste asiático permanecieron en silencio (Shambaugh, 2004, p.67).

Como parte de la reorientación de su estrategia de ascenso global a partir de Tiananmén, China modificó su actitud negativa hacia el multilateralismo asiático en 1996, y expresó su interés por incorporarse al proceso de ASEAN. En 2000 se mostró mucho más activa en las instituciones regionales, incluso en el Foro Regional de ASEAN, un grupo de países regionales y extrarregionales que abordan temas de seguridad regional (Christensen, 2015, p.22).

Podemos encontrar que la nueva postura que China asume en el Asia se asienta en cinco pilares: 1. Participación y creación de organizaciones regionales; 2. Establecimiento de asociaciones estratégicas y profundización de las relaciones bilaterales con varios países; 3. Expansión de los lazos económicos regionales; 4. Financiación de proyectos de infraestructura que conecten a China con la región y a esta con el resto del mundo; y 5. Disminución de la desconfianza y la incertidumbre en la esfera de seguridad (esta enumeración es adaptada de Shambaugh, 2004, p.72)

En Asia central, China creó junto con Rusia y tres Estados de la región la asociación Los Cinco de Shanghái, que luego se convertiría en la Organización de Cooperación de

Shanghái (2001), con fines de seguridad y cooperación económica. En poco tiempo desplazó a Rusia como principal socio comercial de los Estados centroasiáticos, hasta volverse indispensable para ellos, a través de la compra de energía, la construcción de oleoductos y gasoductos hacia su propio territorio y la venta de manufacturas baratas y de aceptable calidad (Christensen, 2015, p.18).

China participa en varias organizaciones y foros regionales: ASEAN más Uno (ASEAN y China), ASEAN más Tres (con Japón y Corea del Sur); el Foro Regional de ASEAN; el Grupo de Vision de ASEAN; la Reunión de Altos Funcionarios de ASEAN; la Organización de Cooperación de Shanghái; el Consejo Económico de la Cuenca del Pacífico; la Cumbre de Asia del Este; y el APEC. En 1997, China estableció el ASEAN más Tres, junto con Japón y Corea del Sur. Suscribió luego un acuerdo de libre comercio con ASEAN (2002) (que crea el área de libre comercio CAFTA), el cual fue implementado en 2010.

La mayor participación multilateral de China, como vemos, se da en ASEAN (especialmente en ASEAN más Tres); asimismo, en la Organización de Cooperación de Shanghái. Con ASEAN desarrolla proyectos de cooperación, tales como formación de recursos humanos, tecnologías de información, transporte, ayuda al desarrollo, medio ambiente y aprovechamiento conjunto de la cuenca del Río Mekong, en el Sudeste asiático.

Además, China ha creado, independientemente y con los BRICS, dos nuevas instituciones multilaterales de financiamiento en Asia, el Banco Asiático de inversión en Infraestructura (BAII) y el Nuevo Banco de Desarrollo, de los BRICS.

El Banco de los BRICS fue formalmente propuesto por Xi Jinping en 2013 y su sede central inaugurada en Shanghái en 2015, contando con un capital inicial de cien mil millones de dólares y asignando igual poder de votación a los cinco países de los BRICS. Otorga préstamos a países en desarrollo de todo el mundo, incorporando los valores de estos y utilizando procedimientos rápidos y flexibles, según se afirma.

Culminando un significativo triunfo de China en la región, el BAII vio sus estatutos aprobados a mediados del 2015 con miras a empezar sus funciones a fin de año. Es un organismo, con 37 miembros asiáticos y 20 de otras partes del mundo, en el que China cuenta con el mayor poder de votación (26%). Contra las objeciones de Washington, por ser una entidad que rivalizará con el Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo (BAD), el Reino Unido, Alemania, Francia e Italia, así como Arabia Saudí y Qatar, decidieron integrarlo.

Además de EE.UU., ha quedado fuera de la nueva institución Japón, que es el mayor accionista del BAD. Aunque ni el Banco Mundial ni el Banco Asiático de Desarrollo poseen la capacidad para financiar las necesidades de infraestructura de la región, EE.UU. ve la creación del BAII como una medida de Beijing orientada primordialmente a conseguir un mayor acercamiento y poder con relación a los países del Sudeste Asiático (Kalha, 2014).

A nivel bilateral, China sostiene cumbres anuales con casi todos sus vecinos. Con Japón comenzó una nueva relación al mismo tiempo que se acercó a EE.UU. en 1971. Bajo Deng, la década de 1980 vio el punto más alto de la cooperación sino-japonesa, hasta que las relaciones se deterioraron por las muertes en Tiananmén. Durante los noventa, al mismo tiempo que la inversión de Japón crecía considerablemente en China, a nivel político las relaciones se volvieron inestables y sujetas a cambiantes actitudes de ambos gobiernos. El telón de fondo estaba compuesto por el temor japonés al aumento de la estatura china, el resentimiento chino por las atrocidades japonesas durante la guerra sino-japonesa (1937-1945), y la disputa bilateral por las islas Diaoyu o Senkaku.

Se afirma que desde los noventa China desempeña un rol central en la formación de una red de crecimiento industrial en Asia del Este, en la cual se integran capital, tecnología y componentes (Christensen, 2015, p.44). Por ser China el último punto de ensamblaje de cadenas transnacionales con los países de ASEAN, estos exportan a China materias primas y manufacturas y acumulan superávits de comercio con ella (aunque son firmas multinacionales de países industrializados las que obtienen las mayores ganancias). Esta situación incentiva a países como Vietnam a mantener buenas relaciones diplomáticas con China pese a las disputas por límites marítimos.

De hecho, puede hablarse de un área de producción multinacional en Asia del Este y el Sudeste que tiene a China como núcleo. En este escenario, China ha superado a EE.UU. como principal socio comercial de varias economías, como las de Corea del Sur, Japón, Taiwán y los países de ASEAN (Christensen, 2015, p.45). El comercio intrarregional de Asia del Este y el Sudeste se ha incrementado gracias al rol de China, habiendo superado al comercio extrarregional en el siglo XXI, lo cual da al conjunto de Estados una mayor estabilidad y cohesión.

China se ha convertido en el socio comercial más importante de Corea del Sur y el primer receptor de su inversión externa. Además, medio millón de coreanos trabajan en China (siendo los trabajadores extranjeros de mayor número en China). Como consecuencia de esto y de los lazos culturales e históricos entre ambos, los coreanos miran con la misma simpatía a China que a EE.UU.⁶⁸

Con la India, el comercio se ha elevado de 2.000 millones de dólares en 2.000 a 74.000 millones en 2011, convirtiendo a China en el primer socio comercial de la India (Christensen, 2015, p.19), pese a que ambas mantienen irresueltas disputas de límites.

Con Indonesia, la economía más grande y la primera potencia militar de ASEAN, no obstante que las relaciones bilaterales y en el marco de ASEAN transcurren sin problemas mayores, existe un recelo de Yakarta, intensificado por las disputas de delimitación en el mar del Sur de la China, que la inclina a alinearse con EE.UU.

En el terreno de la infraestructura regional, sobresale el papel de China en el desarrollo del gran proyecto intercontinental de la Ruta de la Seda, con una versión terrestre y otra marítima.

⁶⁸ Según encuestas de opinión realizadas en 2005 (Westad, 2012, p. 406).

La versión terrestre, la Franja Económica de la Ruta de la Seda, financiada por el BAI, es una red de proyectos que en su primer tramo unirá a la provincia china de Xinkiang con Uzbekistán, Kirguistán y Kazajstán. Luego se planea extenderla a Irán, Irak, Siria y Turquía, para ingresar a Europa por Bulgaria y llegar a Alemania, desde donde seguiría, en dos ramales, a Rotterdam y a Venecia, conectándose en esta última con la Ruta Marítima de la Seda. Al mismo tiempo, ya funciona una conexión ferroviaria desde la ciudad china de Chengdu, a través del Asia Central, hasta Lodz en Polonia, que finaliza en Madrid.

La Ruta Marítima de la Seda comienza en la pujante provincia meridional china de Fujian, para seguir al estrecho de Malaca, llegar a Kolkata en la India y atravesar el océano Índico a Nairobi (Kenia); de allí enrumba al Cuerno de África, el mar Rojo, el Canal de Suez y acaba en Venecia.

La Ruta de la Seda en sus dos modalidades busca fomentar la complementariedad y cooperación entre las regiones y Estados que conecta, así como la construcción de infraestructura que permita el desarrollo económico y comercial de estos y su integración. En particular, facilita la extracción de recursos naturales para China, así como la colocación de sus productos a lo largo de la Ruta.

Finalmente, en el plano de la seguridad regional, la diplomacia china ha logrado progresos, pero encuentra una importante barrera en la disputa en torno a las islas del mar del Sur de la China, en una zona rica en minerales e hidrocarburos, donde los reclamos territoriales chinos chocan con los de Filipinas, Indonesia y Vietnam.

Washington no permaneció impasible ante los avances de China en el Asia, que permitían a Beijing ganar cercanía con algunos aliados clave de EE.UU. y la convertían en motor del desarrollo industrial, así como pieza clave de la cooperación e integración de la región.

A poco de asumir el presidente Barack Obama, en 2009, su secretaria de Estado, Hillary Clinton, afirmó que EE.UU. estaba “de regreso en el Asia”, aludiendo a la concentración que habían tenido las acciones externas de su país en Irak y Afganistán durante los gobiernos de Bush. Posteriormente en un artículo en la revista *Foreign Affairs* (2011), Clinton usó la frase del *pivote* o eje hacia Asia en el sentido de una reorientación de la política exterior estadounidense hacia el Asia-Pacífico (Christensen, 2015, p.248).

En 2009, EE.UU. se adhirió al Tratado de Amistad y Cooperación de ASEAN y empezó a participar en las Cumbres de Asia del Este. Otras medidas atribuidas a la nueva política del “pivote”, tales como el acuerdo de libre comercio con Corea del Sur y el Acuerdo Transpacífico, aunque durante el gobierno de Obama fueron ratificados (el primero) o avanzaron (el TPP), en realidad se iniciaron bajo la administración Bush (Christensen, 2015, p.248).

En el terreno diplomático, fue notable la presión que ejercieron Hillary Clinton y Obama en el Foro Regional de ASEAN y en las Cumbres de jefes de gobierno en 2010 y 2011 por la adopción de medidas de seguridad y de fomento de la confianza que evitaran

demonstraciones de fuerza de China en las disputas de límites con sus vecinos. Al mismo tiempo, EE.UU. intervino con mayor intensidad en Myanmar procurando que la Junta Militar (tradicionalmente cercana a China) permitiera una mayor participación en el gobierno a las fuerzas de la oposición (cercanas a Occidente).

En el terreno militar, EE.UU. estacionó marines en Darwin (Australia) y ubicó dos barcos de guerra en Singapur, haciendo merecer a estas acciones el calificativo de “provocadoras” por parte de China. En realidad, la retórica y las medidas del “pivote” provocaron percepciones chinas de un esfuerzo de contención practicado por Washington.

Las percepciones chinas han venido acompañadas, a partir de 2009, de algunas acciones y reacciones fuertes de sus diplomáticos y militares frente a sus vecinos y a EE.UU.⁶⁹. En un intento por conseguir atenuar la postura china, Washington cambió en 2012 la denominación de su política, de “pivote hacia Asia” por “reequilibrio en Asia” (Christensen, 2015, p.251).

En todo caso, la nueva política estadounidense refleja el temor de Washington de que el avance de China ponga en peligro sus intereses fundamentales y su estatus de primer actor en una región que se ha convertido económicamente en la más importante del mundo y cuya reconfiguración política será decisiva para el orden internacional que se consolide en el siglo XXI.

Al mismo tiempo, EE.UU. busca demostrar a sus aliados su compromiso de una presencia de largo plazo en la región. En esta perspectiva, Washington apunta a colocar al 2020 en Asia-Pacífico un 60% de sus fuerzas navales y a convertirla en el área principal de su estrategia global (Muni y Chadha, 2014).

5.7. Relaciones con Rusia y Alemania

Estratégicamente vinculadas con la política china en el Asia y particularmente sus relaciones con EE.UU., se encuentran las relaciones de Beijing con Moscú⁷⁰. Como hemos señalado en el capítulo 3, la distensión en las relaciones China –URSS, después de veinte años de dificultades, empezó en 1989 con la visita de Gorbachov a Beijing. Posteriormente, los dos gobiernos suscribieron varios acuerdos de cooperación en los años noventa.

En 1994 iniciaron la cooperación en el Asia Central, con el propósito de frenar los avances estadounidenses, creando una zona *de* estabilidad, la cual llevó luego al acuerdo de *los Cinco de Shanghái* con los Estados de la región y finalmente al establecimiento de la Organización de Cooperación de Shanghái.

⁶⁹ Medidas tales como el acoso a barcos estadounidenses, intervenciones airadas en el Foro Regional de ASEAN en respuesta a EE.UU. y reacciones belicosas frente al arresto por Japón de un barco pesquero chino (Christensen, 2015, pp. 257-258).

⁷⁰ Véase los antecedentes de las relaciones bilaterales, así como un tratamiento más extenso de las mismas hasta el presente, en la sección correspondiente del capítulo 3: El siglo corto soviético y el resurgimiento de Rusia.

Al mismo tiempo, Rusia y China suscribieron un acuerdo de *asociación constructiva*, que en 1996 se convirtió en el primer acuerdo de *asociación estratégica amplia* suscrito por China. La coronación de los arreglos de cooperación se dio en 2001 con la suscripción de un *Tratado de Buena Vecindad y Cooperación Amistosa*, el cual incluyó algunas cláusulas características de un acuerdo de alianza militar.

En 2009, se concluyó la construcción de un oleoducto transfronterizo de mil kilómetros y se suscribió un acuerdo de crédito chino por el equivalente a 25 mil millones de dólares a ser pagado con 300 millones de toneladas de petróleo ruso. Este mismo año, el presidente Medvedev declaró que las relaciones bilaterales habían llegado a “su punto más alto en la historia”. En 2011 China se convirtió en el mayor socio comercial de Rusia.

Finalmente, en diciembre de 2014, Moscú y Beijing concretaron un acuerdo de canje de moneda, en virtud del cual China proporcionó a Rusia 24 mil millones de dólares para aliviar sus problemas derivados de las sanciones occidentales y la baja del precio del petróleo.

Todos estos acuerdos revelan su mayor importancia cuando se les ubica en la perspectiva del progreso de la cooperación ruso-china y en la actual actitud desafiante frente a EE.UU. de las políticas de Rusia y China en sus áreas privilegiadas de acción, Europa oriental y el Asia oriental, respectivamente.

En el plano diplomático, Rusia y China son aliados de primer orden y coordinan posiciones en una serie de temas globales, oponiéndose a las iniciativas estadounidenses, invocando un común propósito de avanzar hacia un orden multipolar.

Rusia y China se oponen a la expansión de la OTAN. El caso más visible es el de Rusia, que —como hemos visto— percibe a la OTAN como una alianza adversaria que pretende absorber a sus antiguos satélites europeos. Pero también en China muchos consideran a la OTAN como parte de una estrategia amplia de EE.UU. de contener a sus rivales a través de alianzas, asociándose, por ejemplo, con Corea del Sur y Japón y tratando de ganar a la India, frente al ascenso de China.

Beijing y Moscú rechazan las críticas a sus acciones en materia de derechos humanos, considerándolas injerencias en sus asuntos internos. También defienden el derecho soberano de los Estados a determinar el estatus y trato concedido a grupos étnicos y minorías dentro de sus territorios. China no critica las acciones rusas en Chechenia y Rusia no se pronuncia sobre las acciones chinas frente a las minorías tibetana y uigur.

No puede concluirse, sin embargo, que las relaciones ruso-chinas sean óptimas ni que vayan a estar libres de percances en el futuro. En particular, sus diferencias en peso demográfico y económico y el recuerdo chino de las ganancias territoriales rusas a sus expensas resultan problemáticas. Del lado ruso, hay temores en cuanto a la presión demográfica china en la vasta zona limítrofe del Extremo Oriente, donde existe un amplio desequilibrio favorable a China. En el caso chino, la interdependencia económica

con EE.UU. es mucho mayor que con Rusia y este hecho marcaría límites para la cooperación con esta.

Pero en el momento presente sucede que tanto Rusia como China necesitan fortalecer y privilegiar su entendimiento como un importante respaldo para las nuevas políticas que han emprendido en sus zonas naturales de influencia, reclamándolas frente a la presencia de EE.UU. o de la OTAN.

Rusia, como hemos visto, volvió en 2008 a comportarse como una gran potencia y a reafirmar su injerencia en el Cáucaso. Mantuvo luego una posición firme defendiendo su influencia y apoyando al régimen de Assad en Siria y cosechó triunfos con el inicio de negociaciones de paz en el conflicto y con una decisiva intervención militar. Moscú continúa la disputa por el control de otro de sus baluartes de la Guerra Fría, Ucrania, que estuvo a punto de ser ganado por la Unión Europea y la OTAN.

China, por su parte, busca consolidar en Asia del Este y el Sudeste una plataforma firme que le permita sostener su proyección de gran potencia de alcance mundial. Para ello ha entrado a una nueva fase de afirmar su posición dominante en la región sin importarle la irritación que pueda causar en sus vecinos ni en EE.UU.

A decir del presidente Xi Jinping, China busca un nuevo modelo de relaciones entre grandes potencias. En el caso de las relaciones con EE.UU. en el Este asiático, interpretamos que lo hace a través de relativamente pequeños incidentes o provocaciones que protagoniza con Estados como Japón, Vietnam y Filipinas, a sabiendas de que EE.UU. no está interesado en el estallido de un gran conflicto en la región. Beijing intentaría de esta manera socavar el *statu quo* regional, quebrando la preferencia de sus vecinos de hacer pasar los diferendos por la intermediación estadounidense (Alcalde, 2014a).

Aunque revela una naturaleza distinta, es también digna de destacar la mejora de las relaciones de China con Alemania en el siglo XXI, cuando las exportaciones alemanas pasaron a depender crecientemente de la demanda de los países emergentes, encabezados por China.

En 2004, ambas potencias establecieron una asociación estratégica y con el estallido de la crisis de 2008, convertidas en las dos más grandes exportadoras mundiales, sostenían una posición similar en cuanto a la solución de la crisis. En el seno del G20 se negaban a asumir una responsabilidad especial en la coyuntura. Ejercían presiones deflacionarias y se resistían a corregir sus superávits comerciales, tal como lo planteaba Washington. También expresaban conjuntamente el deseo de reformar los mercados financieros mundiales y la gobernanza económica global.

Las estrechas relaciones de China con Alemania hicieron pensar a varios analistas en la posibilidad de que Berlín y Beijing pudieran desarrollar una estrategia de acercamiento al margen de las políticas de la Unión Europea (Kundnani, 2015, pp.93-95).

5.8. Presencia en América Latina. ¿Una ofensiva estratégica China?

Como hemos señalado, en los años noventa, la reorientación de la estrategia china de ascenso internacional apuntó crecientemente al Sur, buscando fortalecer las relaciones no solo con el resto de Asia, sino también con África y América Latina, con objetivos tanto políticos como económicos. Particularmente, América Latina pasó a la cabeza de los objetivos estratégicos chinos (Yu, 2015, pp.1054 y 1057).

Con África, las relaciones económicas se fortalecieron de manera notable, contribuyendo a provocar acusaciones de un neocolonialismo de China y a hacer ganar prominencia a esta región para los negocios internacionales, por la competencia que la ofensiva china suscitó. El comercio China-África creció de 10.000 millones de dólares en 2000 a 166.000 millones en 2011, superando China a EE.UU. como primer socio comercial de la región. Más de un millón de trabajadores chinos se instalaron en el continente, así como numerosas pequeñas y medianas empresas chinas, creando una dosis de malestar y controversia a nivel local. También China desplazó a Rusia como principal proveedor de armas de la región (Shambaugh, 2013, p.75).

Sin embargo, en un período similar, el comercio de China con América latina tuvo un incremento mayor y alcanzó más altos niveles que con África, subiendo de 15 mil millones en 2001 a 260 mil millones en 2014 (Yu, 2015, p.1049). En 2013, China superó a EE.UU. como el primer mercado de las exportaciones latinoamericanas.

La mayor parte de las exportaciones de América Latina a China provinieron de cuatro países ricos en recursos naturales: Brasil, Chile, Perú y Argentina. China se convirtió el primer socio comercial de los tres primeros y en el segundo socio comercial de Colombia, Uruguay y Venezuela.

Brasil se encuentra entre los diez mayores socios comerciales de China en el mundo, siendo el primer exportador y el segundo importador de la región con relación a la potencia asiática. Sin embargo, el comercio entre ambos se halla un tanto restringido por la infraestructura de transporte terrestre brasileña (Ellis, 2009, p.55).

Las exportaciones de China a América Latina son primordialmente manufacturas, sobre todo aparatos electrónicos y vehículos. Por su parte, las exportaciones latinoamericanas a China están fuertemente concentradas en materias primas. Más de la mitad de ellas se encuentran en los rubros de cobre, hierro y soya. Para ilustrar la asimetría existente, podemos apreciar que en 2013 China compró 15% de la exportación de productos primarios de América Latina, pero solo 2% de su exportación de manufacturas (Ray y Gallagher, 2015). Debido a esta situación, se puede observar que las exportaciones de América Latina a China, si bien son una importante fuente de crecimiento, sostienen menos empleos y tienen un mayor impacto ambiental en la región que las exportaciones a otros destinos.

La inversión directa china en América Latina, bastante menor que el comercio, muestra una tendencia al aumento, pero se mantiene como un porcentaje bajo del total de la inversión externa en la región, estando concentrada en alimentos, tabaco, automóviles, energía y comunicaciones. En 2012, de 174.500 millones de dólares de inversión

externa en la región China invirtió 9,200 millones (5.3% del total) (Ray y Gallagher, 2013). El mayor stock de inversión directa china se encuentra en Brasil, Perú y Argentina. La inversión de cartera china participa en la compra de tierras para cultivo de alimentos en Argentina, Brasil y Uruguay (Shambaugh, 2013, p.76), la cual es un tema sensible que genera críticas en estos países.

En cambio, los bancos estatales de China se han convertido en los principales financiadores de los gobiernos latinoamericanos, habiendo incrementado sus flujos marcadamente desde 2013 para llegar a 22.000 millones de dólares en 2014, cifra que es superior a la suma de lo prestado por el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo a la región. El grueso de los préstamos chinos ha sido para Venezuela, Brasil, Argentina y Ecuador y ha estado vinculado a proyectos de infraestructura y de extracción de recursos (Ray y Gallagher, 2015).

En general, puede observarse que el comercio, la inversión y el financiamiento chinos tienen vinculación con actividades económicas que generan controversia en países de la región por razones ambientales, políticas o sociales (Ray y Gallagher, 2015).

En 2008 el gobierno chino publicó por primera vez un lineamiento de políticas hacia América Latina⁷¹. Al año siguiente, difundió una estrategia diplomática que consideraba a las relaciones con los países en desarrollo como la base de las relaciones exteriores de China y que planteaba hacer causa común con sus aspiraciones internacionales para tenerlos como aliados⁷².

Asimismo, la crisis financiera de 2008 afectó a China de dos maneras que la movieron acentuar aún más su interés por el mundo en desarrollo: hizo bajar sus exportaciones a los países industrializados y la convirtió en el país con la mayor acumulación de capital del mundo (por el monto de sus reservas).

La implementación de este interés, en el caso de América Latina, vino después del lanzamiento del “pivote hacia Asia” por EE.UU., con la asunción de Xi Jinping (2013) y marcó un cambio decisivo en las relaciones con la región, intentando trascender la cooperación económica y comercial.

En 2013 y 2014 Xi visitó América Latina y propuso la idea de crear una “comunidad China-América Latina con un destino común”. Como primer paso en esta dirección, el mandatario chino planteó el establecimiento de un Foro China-CELAC y la celebración regular de cumbres China-América Latina. La primera cumbre se celebró en 2014.

La primera conferencia ministerial del Foro China-CELAC (enero de 2015) produjo la Declaración de Beijing, en la cual las partes expresaron el compromiso de encaminar su asociación a la promoción de “un mundo multipolar y a la democratización de las relaciones internacionales” (Yu, 2015, p.1048). En mayo de 2015, el primer ministro

⁷¹ Ministerio de Relaciones Exteriores de China, *China's policy paper on Latin America and the Caribbean*, 2008.

⁷² El texto es un análisis de los aspectos diplomáticos de los informes políticos presentados al Congreso Nacional del Partido Comunista Chino en los últimos sesenta años (Yu, 2015, p.1).

chino, Li Keqiang acordó con sus contrapartes de Brasil y Perú realizar el estudio de factibilidad del ferrocarril que unirá las costas de estos dos países.

Algunos académicos chinos ven, al igual que Beijing, la política estadounidense de “reequilibrio en el Asia” como una iniciativa de contención del ascenso de China y, en esta perspectiva, consideran que el reciente acercamiento de Beijing a Latinoamérica es una retaliación frente a esta política. Afirman que China muestra actualmente no solo el deseo de intensificar la cooperación económica y el comercio con América Latina sino un designio de crear una esfera de influencia propia en una región que muchos consideran el “patio trasero” de EE.UU. (Yu, 2015, p.1048).

En respaldo de esta perspectiva, se señala varios hechos recientes. Entre 2005 y 2010 Beijing ha suscrito tratados de libre comercio con Chile, Perú y Costa Rica; ha concretado asociaciones estratégicas con Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, México, Perú y Venezuela; desarrolla cooperación militar con Bolivia, Venezuela y Argentina; y ha despertado en otros países, como Brasil y Perú, interés por establecerla.

En particular, Argentina la segunda economía de Sudamérica y miembro del G20, durante 2015, ha suscrito un acuerdo para aumentar la cooperación militar con China, incluyendo el encargo de barcos de guerra para la Armada argentina, y ha sostenido conversaciones para la coproducción del caza supersónico chino FC-1 (Yu, 2015, pp.1059-1060). Igualmente, el régimen de Cristina Fernández negoció proyectos conjuntos con Beijing para la construcción de centrales nucleares en Argentina.

Para algunos países con gobiernos poco cercanos a EE.UU. y ricos en hidrocarburos, como Ecuador y Venezuela, los préstamos oficiales chinos han significado una inapreciable alternativa ante los cierres que sufrieron del financiamiento del mercado internacional de capitales. En ambos casos, el gobierno chino ha permitido que sus préstamos sean utilizados para proyectos sociales y aun para financiar el déficit fiscal (Ecuador).

En ambos casos el financiamiento ha creado situaciones de dependencia que se traducen en la atadura de parte de la producción petrolera al mercado chino (90% en el caso de Ecuador; 16% en el caso de Venezuela, en 2012, disminuyendo la dependencia de EE.UU.). En Venezuela, se ha generado además una deuda con China que equivale a más del 25% del PBI nacional (Rooney, 2016).

Observadores chinos subrayan la existencia de una competencia entre China y EE.UU. por la primacía en América Latina, que puede ser de largo plazo, y expresan su temor de un escalamiento de la misma debido a la yuxtaposición de los intereses y objetivos estratégicos de Beijing y Washington en la región. Señalan que China pretende en esta competencia asegurar mercados, recursos y aliados en América Latina, que le sirvan como palanca en su ascenso mundial; reconocen al mismo tiempo las dificultades que encontrará Beijing por los fuertes lazos de EE.UU. con gobiernos y grupos de la región (Yu, 2015, pp. 1064-1065).

Si asumimos este escenario de América Latina prominentemente involucrada en una pugna transpacífica por el poder mundial, sucesos actuales como la encendida lucha por el poder en Venezuela al igual que los espectaculares vuelcos de la situación política en Brasil y en Argentina⁷³ adquieren una dramática dimensión internacional. Se trata de los Estados de la región donde ha sido mayor el acercamiento con China. En Brasil, por ejemplo, al mismo tiempo que la Cámara de Diputados decidía sobre la destitución de Dilma Rousseff, la primera mandataria suscribía diversos acuerdos con China por un valor de 53 mil millones de dólares.

5.9. Las perspectivas de una hegemonía china

A nivel global, ¿cuáles son las posibilidades de que la cultura y las ideas chinas adquieran una influencia que se sume al poder económico y militar de Beijing para darle una presencia de carácter hegemónico?

La cultura china posee raíces milenarias y muestra una riqueza de primer orden en el mundo, pero nunca ha sido proactivamente proyectada con la idea de transformar a la humanidad, como ha sido el caso de las culturas occidentales y particularmente de la cultura estadounidense.

Por el contrario, hasta 1978, China negó y atacó su propio pasado cultural, en el empeño revolucionario de transformar sus estructuras sociales. Invocó e invoca un concepto de seguridad cultural para neutralizar las fuerzas externas que estima persiguen su occidentalización y división. Esta preocupación se inscribe en una impresión generalizada de que muchas potencias en el pasado tuvieron un comportamiento condenable frente a China a través de intervenciones profundamente vejatorias.

Sin embargo, la realidad es que hoy China brilla en el mundo como un polo deslumbrante de crecimiento económico, riqueza y financiamiento. Simplemente a través de sus redes de relaciones económicas, China ha hecho disminuir la influencia de las agendas liberales de EE.UU. y la Unión Europea. La difundida expresión “Consenso de Beijing” condensa la percepción de que la política autoritaria de China y su modelo de economía mixta o capitalismo de Estado constituyen una atractiva alternativa al capitalismo occidental y al “Consenso de Washington” (Halper, 2010).

Por otro lado, de manera más deliberada, China se opone a nivel global a la existencia de principios y regímenes fuertes en los campos de los derechos humanos, la democracia y la no proliferación nuclear, que puedan propiciar la interferencia en sus asuntos internos o mantener una distribución internacional de poder ampliamente favorable a Occidente.

En el caso de los derechos humanos, señala que más que los derechos políticos en el contexto nacional, deben ser prioritarios los derechos económicos y sociales en el plano

⁷³ En Brasil, el descrédito del Partido de los Trabajadores y el controversial proceso de destitución de Dilma Rousseff, vinculados con el caso de corrupción *Lava Jato*, divulgado por la National Security Agency de EE.UU. En Argentina, el ascenso de Macri, su aproximación a la potencia estadounidense y su fuerte confrontación con el peronismo por las acusaciones contra Cristina Fernández.

internacional (Jacques, 2009, p.397). El impacto de este argumento se reflejaría en el hecho que entre 1995 y 2005, el apoyo dado a EE.UU. en la Asamblea General de la ONU en temas de derechos humanos bajó a menos de la mitad (Halper, 2010, p.116).

China atrae el apoyo de muchos países de la periferia defendiendo activamente los principios de soberanía, autodeterminación, no intervención y desarrollo económico autónomo, los cuales han sido cuestionados internacionalmente desde los años ochenta, con el auge del neoliberalismo y la globalización.

En este escenario, parece muy difícil pensar que China esté en camino de asimilarse a las actuales ideas y principios hegemónicos, tal como afirman muchos analistas occidentales.

Beijing viene empleando una red de instituciones para la diplomacia pública que, por el momento, intentan, sobre todo, embellecer la cara negativa de la potencia frente al mundo (como negadora de la libertad y otros valores esenciales de Occidente). Los mensajes clave de China son los de un ascenso y desarrollo pacíficos en procura de un mundo armonioso, los cuales resultan todavía un tanto vagos.

En cuanto a la cultura de las elites, las universidades chinas vienen mejorando notablemente su posición internacional desde 2007, asimilándose en este caso a las pautas occidentales⁷⁴. En el campo de la cultura de masas, el cine y la TV chinos compiten con Hollywood por el tamaño de sus audiencias, pero todavía no en ingresos. El Partido Comunista expresó su propósito de convertir las industrias culturales en un pilar industrial al 2009.

Pese a que, en productos y tecnología, como hemos visto, solamente ocho empresas multinacionales chinas ostentan un reconocimiento mundial⁷⁵, podemos considerar que el crecimiento económico es el núcleo del poder blando de China. Este activo chino estimamos que podría ser mucho más aprovechado, pues el país no publicita suficientemente las perspectivas sociales de su crecimiento (tales como la meta de abolir la pobreza al 2020) y, sobre todo, no vincula los logros actuales con los éxitos del desarrollo en la era de Mao (dejando así, además, libre el campo para la demonización del líder chino por la academia y los medios occidentales).

El desarrollo en la era de Mao ocurrió, singularmente, sin inflación, sin deuda y sin dependencia externas y consiguió satisfacer las necesidades básicas de la población, en gran medida a base de tecnologías apropiadas. En este sentido, la importancia de la medicina tradicional china ha sido recientemente reconocida con el otorgamiento del premio Nobel de Medicina 2015 a Tu Youyou, investigadora china líder en este campo.

⁷⁴ El *Times Higher Education Ranking* de 2015 coloca a tres universidades chinas entre las 250 universidades líderes en el mundo (Beijing, Tsinghua y Fudan). Por otro lado, la universidad Jiao Tong de Shanghai viene elaborando y publicando anualmente un reputado *Academic Ranking of World Universities*.

⁷⁵ Las marcas chinas de reconocimiento mundial corresponden a las empresas Haier, Geely, Lenovo, Huawei, Hisense, Lineng, Tsingtao y Air China.

5.10. A manera de conclusión

Sin ánimo de negar la espectacularidad ni los poderosos efectos internos e internacionales del ascenso chino, podemos señalar que existen una serie de factores que ayudan a explicar y un tanto a desmitificar este proceso. Desde un punto de vista económico, hay que precisar que un ingrediente importante en el extraordinario desarrollo industrial de China ha sido el papel de una moneda subvaluada que abarató sus exportaciones. También ha sido importante que China haya conseguido atraer a una gran cantidad de empresas extranjeras, que aportaron tecnologías y *know how*, interesadas en producir para mercados externos, especialmente el mercado estadounidense. Por otro lado, la producción china ha consistido en gran medida en un ensamblaje de componentes provenientes de otros países asiáticos, aunque con un creciente valor agregado chino (Cohen y De Long, 2010, pp. 77, 96-97).

Políticamente, el “milagro” chino, hasta 2008, se debió a la capacidad del Partido Comunista, el gobierno central y los gobiernos locales de promover consistentemente el crecimiento económico aprovechando las condiciones óptimas del país (una mano de obra abundante, eficiente, barata y disciplinada, así como una adecuada infraestructura). La mano de obra provenía mayormente de un medio rural con remuneraciones muy bajas la cual se beneficiaba por el traslado a trabajos industriales con mucho mayor valor agregado.

Después de una fase inicial, el milagro chino se explica en buena medida por la capacidad del Partido Comunista y de los gobiernos, central y locales, de controlar las demandas de mejoras materiales de los trabajadores⁷⁶, quienes ya habían ganado destrezas y aumentado sus expectativas. Las autoridades evitaron así realizar procesos de redistribución, los cuales hubieran requerido a su vez de mejoras salariales y aumento de impuestos. Esta situación se reflejó en un deterioro de la igualdad y en una declinación del consumo de los hogares desde el comienzo de las reformas⁷⁷. En este período, el consumo dependió de mercados externos, especialmente el estadounidense.

En 2005, sin embargo, China dejó el sistema de cambios de tasa fija del yuan frente al dólar, apreciando su moneda y aplacando las críticas al beneficio que recibían sus exportaciones de una moneda subvaluada. Posteriormente, la crisis mundial de 2008, a pesar de que afectó a China menos que a otras economías, hizo que disminuyeran las exportaciones del país y determinó un trascendental nuevo propósito de la dirigencia política, de transformar una economía de exportación e inversión en una economía apoyada en el consumo interno. En consecuencia, la participación del comercio en el PBI chino bajó de 68% (2007) a 50% (2011). Seguidamente, se ha pasado a buscar decrecer el peso de las industrias basadas en recursos naturales y aumentar el peso de los servicios (Christensen, 2015, p. 17).

⁷⁶ De manera análoga al autoritarismo de los despegues industriales de Japón y la URSS y del milagro brasileño (1967-1973).

⁷⁷ A comienzos de los 80 la tasa de participación del consumo de los hogares en el producto nacional chino era aproximadamente de 50%. En 2007 era de 36%, muy por debajo de otros países en desarrollo, inclusive los de la región e India (Panitch y Gindin, 2012, p.299).

En los últimos años el crecimiento económico de China ha declinado un tanto, generando cierta preocupación en Beijing y aún más en el resto del mundo, particularmente en las potencias emergentes más vinculadas al mercado chino. La situación dio un significativo viraje con una devaluación del yuan en 2015, avivando temores de que pudiera producir una guerra de divisas.

La medida cambiaria reflejó un intento chino de lograr la transformación del modelo de su economía sin perder su buen ritmo de crecimiento. Esta variación en la política cambiaria al lado de los problemas bursátiles del coloso asiático y las medidas que provocan revela que las autoridades chinas se hallan todavía en una activa búsqueda de una nueva estrategia de crecimiento que pueda suceder exitosamente a la estrategia precedente, que estuvo acompañada por la estabilidad cambiaria⁷⁸.

Las alternativas de política económica que China ensaye en los próximos años tendrán repercusiones globales, no solo coyunturales sino también de mediano plazo. Sin embargo, no parece que la economía china se esté aproximando a una crisis que pueda revertir los grandes avances de las últimas décadas.

En el ámbito de las relaciones internacionales, los sucesos de Tiananmén marcaron el fin de un período de buenas relaciones políticas de China con Occidente y el inicio de un acercamiento económico y político de Beijing a los países en desarrollo. Esta tendencia se fortaleció por la disminución de las exportaciones chinas a las potencias industriales desde la crisis del 2008.

China ha tenido bastante éxito en su reinsertión en Asia, en detrimento de la influencia de EE.UU. y ha aumentado notablemente sus relaciones económicas con África y América Latina. Los intentos de EE.UU., a través del “pivote hacia Asia” (2009), de contener el ascenso chino en esta región, parecen haber suscitado una respuesta de Beijing de acentuar su presencia económica y política en América Latina, desafiando a Washington en una región que ha sido tradicionalmente una aliada subordinada.

A nivel global, parece improbable que se dé una transición de la hegemonía estadounidense a una hegemonía china en las próximas décadas, debido sobre todo a la limitada capacidad de Beijing de ejercer influencia sobre las ideas y principios que guían el orden internacional. China logrará sin embargo la capacidad de operar bajo estas reglas y principios y alcanzar una buena medida de satisfacción de sus intereses nacionales.

⁷⁸ Recordemos que en 1994 China inició esta política con una significativa devaluación del yuan.

CONCLUSIONES

LAS POTENCIAS DEL CAMBIO

6.1. Rusia

De las tres potencias de nuestro estudio, Rusia fue la primera en ascender, reconocida por sus habilidades militares como una gran potencia europea en 1721. Durante el siglo XIX realizó sus primeras tentativas hegemónicas, incrementando su poderío militar, mejorando sus capacidades económicas y aumentando su influencia en el plano de las ideas.

El despliegue de la capacidad militar de Rusia mantuvo a Europa en ascuas después de la caída de Napoleón. Francia e Inglaterra consiguieron consistentemente frustrar las aspiraciones rusas de acceso a un mar abierto de aguas tibias y su conversión en una potencia marítima, que la hubiera tornado prácticamente invencible.

Desde 1860, Rusia disputó palmo a palmo el estratégico control del Asia Central con la potencia hegemónica, Inglaterra; por las habilidades diplomáticas y militares que exhibió dio origen a una leyenda geopolítica que aún eriza a Londres y a Washington.

Después de convertirse al socialismo, en 1917 y tras la Segunda Guerra Mundial, al frente de la Unión Soviética, llegó a posicionarse como potencia co-hegemónica, aunque en una situación asimétrica con EE.UU. y en oposición a la democracia liberal y al capitalismo de Occidente.

En uno de los más sorprendentes episodios de la historia moderna, la Unión Soviética implosionó en 1991. Rusia se debatió por una década, próxima al fracaso como Estado nación, pero pudo retomar con fuerza su senda de gran potencia gracias al surgimiento de un liderazgo férreo y popular y haciendo uso intensivo de su riqueza en hidrocarburos.

Rusia intenta hoy consolidar nuevamente su estatus de gran potencia en un escenario que le plantea mucho más retos y dificultades que el de la Guerra Fría y en el cual, en el mediano plazo, no se vislumbra que pueda volver a compartir la hegemonía.

La actual potencia hegemónica, que ve en el repunte ruso una amenaza capital, consiguió ganar muchas ventajas en los años que disfrutó de la unipolaridad por *default* y se opone tenazmente a los avances de Moscú. Por otro lado, ha surgido un nuevo coloso, China, frente a cuya economía y población Rusia empalidece. Y hay varias economías emergentes, encabezadas por la India, cuyo dinamismo tecnológico e industrial la han descolocado.

Concretamente, Moscú busca recuperar su influencia en lo que fuera el área de la Unión Soviética (para lo cual promueve la idea de Eurasia) y transformarse en una economía industrial avanzada. Cuenta para lograr ambos objetivos con un excepcional liderazgo, una dotación privilegiada de recursos naturales, una base científico-tecnológica de nivel

superior y su tradicional poderío militar. La impulsa una poderosa voluntad de revancha y facilita sus acciones un bajo nivel de ganancias con la globalización, que no le plantea mayores restricciones (a diferencia de lo que sucede con EE.UU., China y la India).

Además de la oposición estadounidense, las limitaciones de su economía y su bajo potencial demográfico constituyen los mayores obstáculos en el ascenso ruso. Pero nos atrevemos a afirmar que, en un mediano plazo, a diferencia de las aspiraciones de China e India, cuya satisfacción depende en gran medida del crecimiento económico, solo será posible lograr un orden internacional estable a través de un mínimo acomodo a las aspiraciones de Moscú o derrotando estas.

El acoso de un rival común, EE.UU., que hoy aprieta la marcha, así como una coyuntura favorable para la complementación económica son las razones por las que se da un importante acercamiento de Rusia a China; sin embargo, Moscú no anticipa un largo futuro a este romance, por la desigualdad de las partes. En cambio, las posibilidades de acercarse a Alemania y profundizar una complementación económica, que a Rusia le reportaría decisivos capitales y tecnologías, parecen verse con más comodidad en Moscú y se hacen cada vez menos distantes, debido a los serios problemas de la Unión Europea.

Por supuesto, EE.UU. ha intensificado sus acciones frente a los renovados impulsos rusos en Eurasia. Sin ninguna duda, se esforzaría aún más ante la perspectiva de un acercamiento de Moscú con Berlín, aumentando el componente de conflicto en el presente período de transición. Anticipando estos escenarios, no se puede descartar tampoco un cambio de actitud de Rusia, adoptando posturas más duras, siguiendo las preferencias de los sectores más radicales de su sistema político.

6.2. India y China

Las otras dos potencias de nuestro análisis, la India y China, emergieron durante el orden internacional que denominamos de la Guerra Fría (1945-1990), una dejando atrás una situación colonial, la otra una casi continua guerra civil y una intervención japonesa desde la caída del imperio (1912).

Resurgieron o ascendieron también otras potencias en este período, tales como Japón, Alemania, Francia y el Reino Unido (las tres últimas integradas dentro de la Comunidad Europea), así como Brasil, Canadá, México y Corea del Sur. Todas estas potencias se desarrollaron vinculadas de manera importante con EE.UU., a diferencia de la India y China que tuvieron avances más independientes. Particularmente, las potencias que, en lo económico, desempeñaron un rol sub-hegemónico, esto es, Alemania en los años setenta y Japón en los años ochenta, eran parte de arreglos de seguridad liderados por EE.UU.

China, al igual que la India, tuvo que construir un Estado moderno, desarrollar la industria y al mismo tiempo aliviar la gran pobreza de las masas en este período. En tanto que la India aprovechó las bases dejadas por Inglaterra, China en su primera década contó con el apoyo de la Unión Soviética. En ambos casos, el Estado desempeñó

un rol fundamental en el desarrollo, pero mientras que la India tuvo una orientación socialista en un marco democrático, China estuvo guiada por la dictadura del partido comunista y su gran timonel, Mao Zedong.

Nehru (1947-1964) fue el gran líder, promotor y conductor del modelo indio de desarrollo, inspirado en los planes quinquenales de la Unión Soviética. Fue sucedido por su hija Indira Gandhi (1966-1984) quien continuó el modelo estatista, aunque comenzó a liberalizarlo.

Mao (1949-1976) dirigió de manera personal el desarrollo de China, realizando radicales reformas e imprimiéndole grandes cambios, de profundo contenido político, como el Gran Salto para Adelante (1958-1960), que le significó romper con el modelo soviético y la Revolución Cultural (1966-1969), que buscó reavivar el espíritu revolucionario.

En la mayor parte de la literatura se destaca los saldos negativos para el desarrollo de estos dos episodios, pero no se menciona que entre 1952 y 1970 China creció a un promedio de 6% anual y que en los años setenta ocupaba ya el sexto lugar mundial en producción industrial. Las tasas de crecimiento de ese sector fueron mayores que las de otros célebres casos de industrialización tardía como Alemania, Japón y Rusia. Y esto se logró al mismo tiempo que la población conseguía satisfacer sus necesidades básicas.

Por su parte, la India se convirtió en la séptima potencia industrial del mundo a mediados de los años sesenta y en los años setenta se volvió autosuficiente en la producción de alimentos. La peyorativamente llamada “tasa de crecimiento hindú”, hasta antes de la liberalización de 1991 fue en realidad un nada desdeñable 4% anual.

Habiendo sido ambos procesos excepcionalmente exitosos en el mundo, si se compara los logros del desarrollo en China y la India sale favorecida la primera. Las razones para esta ventaja sin duda están en la capacidad de control de la que disfrutó el gobierno totalitario de Beijing, frente a las restricciones impuestas por una democracia federal a la India; y, en particular, en la planificación de la natalidad en China, frente a un crecimiento económico en la India que año a año debía superar el fuerte aumento de la población.

La India ganó considerable autonomía y prestigio internacional con Nehru y su liderazgo de los Países No Alineados. China, en cambio, relativamente aislada por su régimen comunista, tuvo pocos logros diplomáticos de gran visibilidad hasta 1971 (cuando ingresó por la puerta grande a Naciones Unidas), pero consiguió opacar el liderazgo indio del no alineamiento con su aplastante victoria sobre Delhi en la guerra de 1962. Las relaciones bilaterales recién comenzaron a mejorar a fines de los años ochenta.

Derrotando concluyentemente a Pakistán y ayudando a la secesión de Bangladés, la India se volvió potencia regional en Asia del Sur en 1971; en 1974, diez años después de China, obtuvo una aproximación decisiva al estatus de potencia nuclear al realizar una prueba atómica.

China mantuvo estrechas relaciones con Rusia hasta 1958, cuando comenzaron discrepancias ideológicas dentro del comunismo, que a fines de la década de 1960 se complicaron con reclamos de límites y las pusieron al borde de la guerra. Las dos potencias se enfrentaron en la invasión china de Vietnam en 1979. Su relación solo se distendió en 1989 con el repliegue global de la URSS.

En cambio, la India mejoró sus relaciones con Rusia a partir de 1966 convirtiéndola en su primera proveedora de armas y llegando a suscribir en 1971 un acuerdo de cooperación militar que incluía la promesa rusa de neutralizar a la China en caso de que esta decidiera intervenir en la guerra de secesión de Bangladés. La relación económica y militar continuó en los lustros siguientes. En este sentido, la caída de la URSS planteó a la India la necesidad de repensar su política exterior.

En la evolución política internacional de las dos potencias podemos apreciar la escasa permanencia de los acercamientos a otras potencias y la secundaria importancia de la ideología.

6.3. China e India después de la Guerra Fría

En el campo económico, en 1990, cuando llegaba a su fin el orden de la Guerra Fría, la denominada Triada, es decir América del Norte, Europa occidental y Japón y sus economías conectadas representaban más de dos tercios de la economía mundial. China e India no aparecían en el cuadro.

Empero, a comienzos del siglo XXI se comenzó a hacer realidad una premonitoria apreciación que formuló Arthur Organski (Organski, 1958, p.211): cuando haya avanzado la industrialización en el mundo, China e India serán las primeras naciones industriales.

También vino el resurgimiento de Rusia y la recuperación del crecimiento en Brasil. BRICS se volvió una sigla que representaba el cambio a nivel internacional. Por otro lado, la crisis del 2008 golpeó fuertemente a EE.UU. y Europa. El G20 marcó la entrada formal de las potencias emergentes a las estructuras de la jerarquía internacional.

Al mismo tiempo, sin embargo, era muy difícil reconciliar los sólidos datos de la realidad con las nociones teóricas de la economía del desarrollo y los estereotipos de académicos, formuladores de políticas y periodistas occidentales, particularmente con referencia a China e India, las mayores exponentes del mundo en desarrollo.

Así, por ejemplo, en 1993, en pleno proceso de reforma de la economía india, los autores estadounidenses de uno de los más leídos textos sobre el desarrollo de la India afirmaban que este país “sostiene una frágil estabilidad y enfrenta un futuro indeterminado – un futuro dominado por la escasez” (Hardgrave y Kochanek, 1993, p.1).

Una década más tarde, el Instituto para la Economía Internacional, de Washington, sostenía que la China, “no obstante su progreso y dinamismo es todavía una economía

subdesarrollada [...] y por lo tanto todavía no [está] en la posición de ser una participante cabal en la economía mundial” (Boyer y Truman, 2005, p.143).

Es que China y especialmente la India, en sus avances, han conservado varios rasgos de la situación socioeconómica que todavía muchos denominan “subdesarrollo”. De esta manera, las dos potencias han puesto en entredicho, con los contrastes y contradicciones de su situación, la convencional —y trasnochada— clasificación de los países de acuerdo con su grado de desarrollo. De acuerdo con esta clasificación, China e India serían países subdesarrollados y a la vez una especie de grandes potencias económicas. Evidentemente, la transformación del orden internacional demanda una urgente revisión de algunas representaciones de la realidad de las ciencias sociales.

En realidad, el orden internacional, después de la declinación de la unipolaridad estadounidense tiende hoy a la bipolaridad. Puede verse como un orden transitorio dominado por la emergencia de China, de cuyo crecimiento depende el vigor de la economía mundial y cuyo ascenso y las reacciones que suscita marcan el paso en las esferas de la alta política.

Podría quizás contemplarse a China como un cuasi co-hegemón, pero de ninguna manera como un sub-hegemón, como lo fueron Alemania y Japón unas décadas atrás, porque China no está de ningún modo subordinada a EE.UU. y solo coordina con él, en lo económico y cuando es absolutamente indispensable para mantener un juego de mutuo beneficio. Las relaciones políticas entre China y EE.UU. se deterioraron a partir de los sucesos de Tiananmén y no han vuelto a componerse.

El extraordinario crecimiento de China se ha traducido hasta hace poco en una enorme demanda externa de recursos y alimentos para sustentar sus industrias de exportación y satisfacer las demandas de su población. En tanto que el peso de las industrias de exportación puede variar en el futuro, mantener la mejora material de la población resulta imperativo para el régimen debido a su ideología socialista y a su necesidad de legitimación.

En otro aspecto, la emergencia de China en las últimas décadas ha sido un proceso fundamentalmente económico y acompañado de una retórica de pacifismo (un “ascenso pacífico”). Sin embargo, en años recientes han ganado prominencia algunas sombras de conflicto, tales como las controversias de límites marítimos con países del Sudeste Asiático y Japón, en las cuales China rechaza la participación de instancias extrarregionales. Aparentemente, Beijing confiaría en prevalecer en estos diferendos a base de su superior capacidad militar y acallar las protestas otorgando beneficios económicos.

En una escala mayor, los avances de China como motor de la cooperación en Asia del Este y el Sudeste han provocado una fuerte movilización de EE.UU., temeroso de perder su sitio de privilegio en la región. Aparentemente, Beijing estaría respondiendo recientemente a Washington lanzando una ofensiva de penetración económica en América Latina, tradicional bastión de la influencia estadounidense.

Volviendo a la India, después del fin de la Guerra Fría Delhi trató de mejorar las relaciones con Washington. Bajo el gobierno del nacionalismo hinduista, al mismo tiempo que cultivaba también sus relaciones con Moscú y Beijing, la India detonó en 1998 una bomba atómica, que constituyó la prueba definitiva de su capacidad nuclear.

El poco efecto sobre la economía india de las sanciones estadounidenses por este hecho, persuadió a Washington de seguir la vía de un acercamiento estratégico a Delhi, el cual culminó con el arreglo de cooperación nuclear de 2006 entre ambos, que abrió a la India las puertas del club nuclear sin necesidad de suscribir el Tratado de No Proliferación.

Posicionada como la sexta potencia nuclear y la tercera economía del mundo, la India se perfiló nítidamente como un contrapeso de China. Debe quedar en claro, sin embargo, que no es una aliada de EE.UU. ni se halla predestinada a ser enemiga de la China. Digamos escuetamente que, por el momento, la posibilidad de una estrecha cooperación de la India con China no resulta probable —la complementación económica, *Chindia*, a la que *Business Week* dedicó un libro⁷⁹— y que el potencial de conflicto entre ambos colosos asiáticos, parece ser mayor.

Más bien Pakistán sí es una suerte de enemigo natural de la India y, aunque de menor poderío militar, por su capacidad nuclear resulta un escollo considerable para el ascenso final y la consolidación de la India como gran potencia. Podemos además suponer que China seguirá utilizando a Pakistán contra Delhi, como lo ha venido haciendo desde los años 1960. Los beneficios económicos que recibiría Pakistán dentro del proyecto chino de la Franja Económica de la Ruta de la Seda constituyen el más reciente motivo de incomodidad para Delhi.

Aunque durante tres décadas la expansión de la economía china ha avanzado a un ritmo superior al de la India y tiene un tamaño bastante mayor, actualmente, con el cambio de modelo de China, la India la supera en crecimiento y en el monto de recepción de inversión extranjera. La concentración de la India en tecnologías de información y el bono demográfico que beneficiará a este país en los próximos años harían pensar que la balanza comenzará a inclinarse a su favor.

Por otro lado, la India posee también la ventaja, debido a sus todavía rígidas estructuras sociales en el campo y a su sistema democrático (que no se sustenta en los resultados económicos), de una mayor capacidad que la China para dosificar el ritmo de las mejoras materiales de su población. Sin embargo, no puede asumirse que la India no enfrente amenazas potenciales a su estabilidad política, dada su heterogeneidad, el designio hinduista de transformarla en un Estado religioso y su demostrada vulnerabilidad a la agitación externa (que ha sido evidente en estados como Assam, Cachemira y Punjab).

No resulta aventurado pensar que se pueda dar una confrontación entre la India y China, tal vez nuevamente precipitada por la segunda, pero esta probablemente

⁷⁹ Engardio, P. *Chindia. How China and India are revolutionizing global business*. Business Week, 2006.

ocurriría más tarde que temprano, cuando China haya consolidado en mayor medida su ascenso y la India se profile con mayor nitidez y urgencia como una potencia rival. Y, siendo aún más aventurados en nuestro razonamiento, podemos pensar que EE.UU. y sus aliados no se perjudicarían con esta confrontación.

6.4. Avances y perspectivas de las tres potencias

Si queremos apreciar el ascenso reciente de las tres potencias del cambio, recordemos que, en 1990, detrás de EE.UU., en un segundo nivel de la jerarquía mundial, se podía distinguir a Alemania, el Reino Unido y Francia, como líderes de la integración europea, delante de una Rusia declinante, Japón y China.

Hoy, un cuarto de siglo después, en medio de una tendencia a la concentración del poder mundial que privilegia a unas pocas entidades de gran envergadura, el despliegue de la jerarquía parece ser el siguiente: en un primer plano, EE.UU., China y Rusia; detrás de ellas un grupo de potencias, momentáneamente parejas, pero con un subgrupo en declinación o estancamiento (Reino Unido, Francia y Japón) y otro en ascenso moderado o acelerado (Alemania y la India). La posibilidad de la Unión Europea de consolidarse como un actor unitario de peso parece haberse desvanecido por las desavenencias internas.

Solamente EE.UU., China e India poseen por sí solas la envergadura de base necesaria para situarse en el primer nivel. Rusia necesitaría hacerse de una unión euroasiática subordinada. Las demás potencias, para lograr este requisito, tendrían que formar alianzas o bloques, donde las fricciones entre las soberanías serían un permanente escollo.

Contemplando las perspectivas de influencia hegemónica de cada una de las tres potencias, podemos encontrar que China posee una proyección de esta naturaleza claramente en el plano regional del Sudeste asiático, con ramificaciones al resto de Asia y que, además, quizás con la excepción del terreno de las ideas, parece estar emprendiendo una larga marcha hacia una hegemonía mundial.

Rusia, por su parte, aspira a forjar una región, Eurasia, en la cual consolidaría su hegemonía y a partir de ella intentaría promover la remodelación del mapa geopolítico del globo.

Con los avances de sus tentativas hegemónicas en Asia y Eurasia, China y Rusia debilitarían significativamente la capacidad de EE.UU. de operar estratégicamente en distintas regiones del mundo, la cual ha sido, como hemos visto en el capítulo 1, un componente importante de su juego hegemónico global. Esta situación motivará el incremento de los conflictos y pugnas regionales, impulsados por la potencia hegemónica y las potencias retadoras, no solamente en Asia y Eurasia sino también, como estamos presenciando, en otras regiones como Sudamérica y el Medio Oriente⁸⁰.

⁸⁰ Por ejemplo, en los recientes intentos de golpe en Brasil y Turquía (2016).

La India es la potencia dominante en Asia del Sur desde hace varias décadas, pero no alcanza la hegemonía regional por su insoluble conflicto con Pakistán y por la asociada “fractura civilizacional” (siguiendo a Samuel Huntington) que existe en la región entre el islam y el hinduismo.

En realidad, debemos precisar en este punto que la manera como vemos que el ascenso de la India augura un cambio importante en el orden internacional, más que buscando activamente una influencia hegemónica, como lo hacen China y Rusia, es consiguiendo atraer el apoyo de Occidente y sus aliados al mismo tiempo que es capaz de mantener o acentuar su diferente identidad.

Nuestra creencia es que la India podría llegar en esta forma a la cúpula de potencias y que una vez en ella no sería posible cooptar completamente las expresiones de su ascendiente espíritu nacionalista e hinduista. Ayudaría así a plantear en el orden internacional elementos ajenos a Occidente, como lo haría China, en su caso a través de una amplia tentativa hegemónica.

Abordando la faceta del poder militar, encontramos a EE.UU. en un primer nivel por ahora indiscutible en materia de armamento y equipos. Rusia es tecnológicamente la segunda potencia mundial, delante de China, aunque esta la supera ampliamente en el número de efectivos militares. La India, por su parte, siendo una potencia nuclear, en un intenso proceso de modernización militar y por el tamaño de sus fuerzas armadas, parece estar posicionándose en un nivel similar al de las grandes potencias europeas y Japón. En cuanto a la vulnerabilidad a procesos de desestabilización de inspiración externa, la India es la más expuesta de las tres potencias, no solamente por las fracturas de su sociedad sino también por las ventajas que gozan frente a ella en este aspecto los regímenes autoritarios de China y Rusia.

En lo económico, China es la segunda economía del globo y la India, a cierta distancia, la tercera, de acuerdo con el criterio de paridad de poder adquisitivo. Sin embargo, la India ha comenzado a superar a China en sus tasas anuales de crecimiento y en el monto de recepción de inversión extranjera. Rusia, por su parte, ocupa el sexto puesto, siguiendo el mismo criterio, pero es el Estado más rico del mundo en recursos minerales y energéticos, por los que hay una incrementada competencia global.

En cuanto al poder en el plano de las ideas, hemos visto que China no está todavía preparada en este terreno para asumir un papel hegemónico. Podemos también reflexionar que, siendo una entidad milenariamente autocentrada, China encontraría serias dificultades si intentara interactuar hoy a base de sus ideas y principios tradicionales (ya sean estos imperiales o de la época comunista) con los demás Estados.

Este tipo de dificultad tal vez fue la que tuvo Japón en los años ochenta, otra entidad autocentrada, aunque de menores dimensiones, que pese a haberse convertido en el mayor proveedor de ayuda a nivel mundial no consiguió llegar a ser un paradigma en el extranjero, excepto, brevemente en escuelas de administración de empresas.

En el caso chino, por ejemplo, hallamos la experiencia exitosa del Maoísmo, como paradigma revolucionario y de desarrollo, entre los años 1960 y 1980, que se presentó como una solución a los problemas que enfrentaban los países en desarrollo. Pero el Maoísmo era una propuesta anti-sistema y esta fue una razón importante para su impacto; no creemos que China desee ni esté en condiciones actualmente de hacer este tipo de propuestas, siendo el caso que su ascenso se ha basado en el aprovechamiento de tendencias centrales del sistema como la globalización y el consumo conspicuo.

Podemos pensar, en contraste con el autocentramiento chino, en el caso de EE.UU., al cual caracterizó Richard La Piere (1954) como portador de un “etnoexpansionismo”, singular aun entre las culturas occidentales⁸¹, que lo llevaría a perseguir la proyección de sus ideas y principios, con la convicción de que el resto del mundo está en capacidad inminente de adoptarlos para transformar positivamente sus maneras de vivir.

Por otro lado, creemos que, si bien la Unión Soviética tuvo cierto éxito en difundir paradigmas comunistas durante la Guerra Fría, Rusia adolece también de esta dificultad de proyectar su poder blando a nivel mundial. Sin embargo, trabajando por la vía de proponer una nueva región y entidad de trascendencia planetaria (Eurasia), Rusia podría hacer avanzar gradualmente el atractivo de sus ideas y designios al mundo.

Por último, la India, sin habérselo realmente propuesto, parece ser la que cuenta, entre las tres potencias de este estudio, con las condiciones más auspiciosas para explotar eventualmente a escala planetaria su poder blando. Ya en los años cincuenta, Nehru consiguió hacer de ciertos principios del hinduismo estandartes de los movimientos Afro-Asiático, del no alineamiento, y el desarme⁸². Hoy en día, doctrinas y prácticas de corte espiritual derivadas del hinduismo hallan una gran acogida en el mundo, aunque de cierta manera han sido apropiadas por movimientos y grupos particulares. En este sentido, influyentes grupos relacionados con el BJP tienen el propósito de fortalecer el hinduismo como religión universal de manera que pueda competir con el islam y el cristianismo.

Si quisiera capitalizar estos elementos de poder blando, en su momento, la India debería desarrollar la habilidad de relacionar sus logros y avances como potencia con estos y otros elementos de su tradición cultural y al mismo tiempo destacar los componentes universales de los mismos.

⁸¹ En contraposición con el etnocentrismo, por ejemplo, de la Francia y la Inglaterra imperiales, que no creían que sus culturas pudieran transmitirse eficazmente sino a las elites de sus colonias.

⁸² Los principios de coexistencia pacífica (Panschila) que, por ejemplo, se acordó seguir en el tratado comercial de la India con la China sobre el Tíbet (1954).

Referencias y bibliografía

ABDELAL, R. y A. SEGAL

2007 "Has globalization passed its peak?" *Foreign Affairs*, Vol. 86, No.1 (enero-febrero), pp. 103-114.

ALCALDE CARDOZA, J.

2015a *De Pedro el de India Grande a Putin: Un ensayo sobre la búsqueda rusa de dominio y hegemonía*. Lima: Escuela de Gobierno de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

2015b *La omisión de la hegemonía francesa en la visión de un orden liberal internacional de John Ikenberry*. Ponencia presentada en la Conferencia ALACIP, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, julio.

2015c "El orden internacional: antecedentes, situación, prospectiva". En NOVAK F. y J. GARCÍA. *La Política Exterior Peruana en el Siglo XXI*. Lima, Instituto de Estudios Internacionales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

2014a "Rusia y China fortalecen su desafío a la hegemonía norteamericana". *Panorama Mundial*, boletín electrónico del IDEI, año 6, número 22, mayo-junio.

2014b *Después de la Guerra Fría: introducción a la dinámica del orden internacional (1815-2013)*. Lima: Escuela de Gobierno de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

2009 *La pugna por un nuevo orden internacional*. Lima: Escuela de Gobierno y Políticas Públicas, Pontificia Universidad Católica del Perú.

ALDEN, C.

2012 "China y África: un espejo distante para América Latina". *Colombia Internacional*, 75.

ANDERLIINI, J.

2014 *China's outbound investment set to eclipse inbound investment for the first time*. October 22. Disponible en: www.ft.com.

ARBIX, G.

2009 *BRICs, the Chinese engine, and the humbling of market fundamentalism*. En MOSCARDO, J. y C. CARDIM. *O Brasil no mundo que vem ai*. Brasilia: Fundacao Alexandre de Gusmao.

ARON, R.

1966 *Peace and war. A theory of international relations*. Nueva York: Praeger.

1960 *France: steadfast and changing*. Boston: Harvard University Press.

ARRIGHI, G.

2007 *Adam Smith in Beijing: Lineages of the Twenty-First century*. Londres: Verso.

BASSIN, M.

2008 "Eurasianism "Classical" and "Neo"". En Morizuki, T. (Editor). *Beyond the empire*. Sapporo: Slavic Research Centre.

BEARDSON, T.

2013 *Stumbling giant: The threats to China's future*. New Haven: Yale University Press.

BERGERE, M.

2011 "China, un capitalismo sin capitalistas". En *La gran historia del capitalismo*. Madrid: Editorial Globus.

BLAINEY, G.

1973 *The causes of war*. Nueva York: the Free Press.

BOZEMAN, A.

1994 *Politics and culture in international history*. New Brunswick: Transaction Publishers.

BOBBITT, P.

2003 *The shield of Achilles: war, peace and the course of history*. Nueva York: Anchor Books.

BOSE, S. y S. JALAL

2014 *Modern South Asia*. Nueva Delhi: Oxford University Press.

BOYER, J. y E. TRUMAN

2005 "The United States and the large emerging-market economies". En BERGSTEN, F. *The United States and the world economy*. Washington D.C.: Institute for International Economics.

BREMMER, I.

2010 *The end of the free market*. Nueva York: Portfolio.

BRZEZINSKI, Z.

1998 *El gran tablero mundial*. Buenos Aires: Paidós.

BULL, H.

1977 *The anarchical society*. Nueva York: Columbia University Press.

BUZAN, B. y O. WAEVER

2003 *Regions and Powers. The structure of international security.* Cambridge: Cambridge University Press.

CIA-CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY

2015 *World Factbook 2014-15.* Washington D.C.: NTIS.

CLARK, I.

1989 *The hierarchy of states.* Cambridge: Cambridge University Press.

COHEN, S. y J.B. DE LONG

2010 *The End of Influence: what happens when other countries have the money.* Nueva York: Basic Books.

COOPER, A.

2011 *The oil kings.* Nueva York: Simon and Schuster.

CHADDA, M.

2015 *Why India Matters.* Nueva Delhi: Viva Books.

CHAKRABARTY, M.

2015 *Post Nehruvian Politics in India.* Calcuta: Levant Books.

CHAKRABORTY, B.

2016 "Indian foreign policy: philosophical, theoretical and strategic outlines". En CHAKRABORTY, B. y D. NANDY (Editores). *An Outline of Indian Foreign Policy and Relations.* Calcuta: Mitram.

CHASE-DUNN, C., P. TAYLOR, G. ARRIGHI, R. COX, H. OVERBEEK, B. GILLS, A. GUNDER FRANK, G. MODELSKI, D. WILKINSON

1994 "Hegemony and Social Change". En *Mershon International Studies Review*, Vol. 38, No. 2, pp. 361-376.

CHRISTENSEN, T.

2015 *The China Challenge: Shaping the choices of a rising power.* Nueva York: W. W. Norton.

DAMMERT, A. y R. GARCÍA CARPIO

2013 *La Economía Mundial ¿Hacia dónde vamos?* Lima: Fondo Editorial PUCP.

DAS, D.

2015 *India from Curzon to Nehru and after.* Nueva Delhi: Rupa.

DHUME, S.

2016 Narendra Modi is losing India's free market liberals. *Wall Street Journal*, 31 January.

DIRO, D.

2010 *After Empire: The Birth of a Multipolar World*. Nueva York: Nation Books.

ELLIS, R.

2009 *China in Latin America: The whats and wherefores*. Boulder: Lynne Rienner.

FABIAN, K.P.

2014 Ukraine: where is it going? *IDS Comment*, 25 de agosto. Disponible en: http://www.idsa.in/idsacomments/Ukrainewhereisitgoing_kpfabian_250814

FERCHEN, M.

2011 China-Latin America Relations: Long-term boon or short-term boom? *The Chinese Journal of International Relations*, 4 (1):55-86.

FLAVONI, F.D.

2003 *Historia de la India*. Madrid: A. Machado.

FRIEDBERG, A.

2011 *A Contest for Supremacy. China, America, and the struggle for mastery in Asia*. Nueva York: W.W. Norton.

GARCÍA HERRERO, A.

2015 *China's Outward Foreign Direct Investment*, 28 de junio. Disponible en: www.bruegel.org.

GILBERT, M.

2002 *The Routledge Atlas of Russian History*. Londres: Routledge.

GOLDSTEIN, J.

2004 *International Relations*. (Quinta edición). Nueva York: Longman.

GOLUB, P.

2010 *Power, Profit & Prestige*. Londres: Pluto Press.

GONZÁLEZ VILLA, C.

2012 "Empiezan las Revoluciones de Colores". En VEIGA, F. y A. MOURENZA. *El retorno de Eurasia, 1991-2011*. Barcelona: Península.

GRIFFIN, K.

1999 *Alternative Strategies for Economic Development*. Houndmills: Palgrave.

GROSSER, A.

1965 *French foreign policy under De Gaulle*. Boston: Little, Brown.

GUHA, R.

2007 *India after Gandhi: The history of the world's largest democracy*. Nueva Delhi: Picador.

HALPER, S.

2010 *The Beijing Consensus: How China's authoritarian model will dominate the twenty-first century.* Nueva York: Basic Books.

HARDGRAVE, R. y S. KOCHANEK

1993 *India. Government and Politics in a Developing Nation.* Fort Worth: Harcourt, Brace, Jovanovich.

HARRIS, N.D.

1926 *Europe and the East.* Boston: Houghton Mifflin.

HAYES, C.J.H. y P.T. MOON

1940 *Modern history.* Nueva York: Macmillan.

HUDSON, G.F.

1960 The Far East. En *The New Cambridge Modern History.* Vol. X: The Zenith of European Power, 1830-1870. Cambridge: Cambridge University Press.

HUTTON, W.

2006 *The Writing on the Wall. Why we must embrace China as a partner or face it as an enemy.* Nueva York: Free Press.

IKENBERRY, J.

2011 *Liberal Leviathan: the origins, crisis, and transformation of the American world order.* Princeton: Princeton University Press.

KUNDNANI, H.

2015 *The paradox of German power.* Nueva York: Oxford University Press.

LAPIERE, R.

1954 *A Theory of Social Control.* Nueva York: McGrawHill.

LITTLE, I.M.D.

1982 *Economic Development: Theory, Policy and International Relations.* Nueva York: Basic Books.

LÓPEZ VILLAFAÑE, V.

2012 *La modernidad de China. Fin del socialismo y desafíos de la sociedad de mercado.* Ciudad de México: Siglo XXI Editores.

JACQUES, M.

2009 *When China rules the world.* Nueva York: Penguin books.

JOFFE, J.

2014 *The myth of America's Decline.* Nueva York: Liveright.

JOHNSON, L.R.

2002 *Central Europe. Enemies, Neighbors, Friends.* Nueva York: Oxford University Press.

KAGARLITSKY, B.

2008 *Empire of the periphery. Russia and the world system.* Londres: Pluto Press.

KALHA, R.

2014 Geo-strategic implications of the Asian Infrastructure Investment Bank. *IDSA Comment*, 31 de octubre. Disponible en: www.idsa.in.

KATZENSTEIN, P.

2005 *A world of Regions: Asia and Europe in the American Imperium.* Ithaca: Cornell University Press.

KEMP, T.

1989 *Industrialization in the non-Western world.* Londres: Longman.

KENNEDY, P.

1987 *The rise and fall of the great powers.* Nueva York: Vintage Books.

KISSINGER, H.

2014 *World order.* Nueva York: Penguin Press.

KOHN, H.

1966 *Political ideologies of the twentieth century.* Nueva York: Harper and Row.

KUCHINS, A. y I. ZEVELEV

2012 Russian foreign policy: continuity in change. *The Washington Quarterly*, invierno.

LAMPTON, D.

2007 The Faces of Chinese Power. *Foreign Affairs*, enero-febrero.

LANDERS, B.

2008 *Empires Apart: A History of American and Russian Imperialism.* Nueva York: Pegasus Books.

LIEVEN, D.

2000 *Empire. The Russian Empire and its Rivals.* New Haven: Yale University Press.

LUKIN, A.

2014 What the Kremlin is thinking. *Foreign Affairs*, July-August.

LYNCH, M.

1998 *The People's Republic of China since 1949.* Bedford: Hodder & Stoughton.

- MCLEOD, J.
2002 *The history of India*. Westport: Greenwood Press.
- MEARSHEIMER, J.
2001 *The Tragedy of Great Power Politics*. Chicago: Norton.
- MEISNER, M.
1999 *Mao's China and After*. Nueva York: The Free Press.
- MEYER, K.E. y S.B. BRYSAK
1999 *Tournament of shadows: The great game and the race for empire in Central Asia*. Washington D.C: Counterpoint.
- MORSE, E.
2014 "Welcome to the revolution: Why shale is the next shale". *Foreign Affairs*, mayo-junio.
- MOYO, D.
2012 *Winner take all: China's race for resources and what it means for us*. Londres: Penguin Books.
- MUNI, V. y S.D. CHADHA
2014 *Asian strategic review 2014: U.S. pivot and Asian Security*. Delhi: IDSA.
- NORMAN, J.R.
2008 *The Oil Card: Global Economic Warfare in the 21st century*. Walterville: Trine Day.
- O'NEILL, J.
2008 *The Growth Map: Economic opportunity in the BRICs and beyond*. Nueva York: Portfolio.
- ORGANSKI, A.
1958 *World Politics*. Nueva York: Alfred Knopf.
- ORTIZ, E.
2010 India entre las grandes reformas y la actualidad. *Diplomacia*, 122, enero-marzo.
- PANITCH, L. y GINDIN, S.
2012 *The Making of Global Capitalism*. Londres: Verso.
- PIPES, R.
1995 *Russia under the old regime*. Londres: Penguin books.
- PIRENNE, H.
1961 *Historia Universal. Las Grandes Corrientes de la Historia*. Barcelona: Ed. Éxito. Tomo V.

PRYCE, P.

2013 "Putin's third term: the triumph of Eurasianism?" *Romanian journal of European Affairs*, marzo.

PURICELLI, G.

2008 "El extraño ascenso de la India". *Res Diplomatica*, N°3, junio.

PYLE, K.

2007 *Japan rising*. Nueva York: Public Affairs.

RACHMAN, G.

2011 *Zero sum Future in an Age of Anxiety*. Nueva York: Simon and Schuster.

RAY, R. y K. GALLAGHER

2015 *Boletín Económico China-América Latina 2015*. Londres: Global Economic Governance Initiative.

2013 *Boletín Económico China-América Latina 2013*. Londres: Global Economic Governance Initiative.

RENOUVIN, P. y J.B. DUROSELLE

1967 *Introduction to the History of International Relations*. Nueva York: Praeger.

RIASANOVSKY, N.V. y M.D. STEINBERG

2005 *A history of Russia to 1855*. Nueva York: Oxford University Press.

RICH, N.

2003 *Great power diplomacy since 1914*. Boston: McGraw Hill.

ROBERTS, J.M.

1996 *A History of Europe*. Londres: Allen Lane.

ROONEY PALACIOS, M.

2016 *China en Sudamérica: el componente financiero de una relación en ascenso. Ponencia presentada en el Seminario Internacional La Conexión China en la Política Exterior del Perú en el Siglo XXI*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú y London School of Economics and Political Science.

ROSE, L.

1976 "The foreign policy of India". En Rosenau, J., K. THOMPSON y G. BOYD. *World Politics*. Nueva York: The Free Press.

ROSSER, J. y M. ROSSER

2005 *Comparative Economics in a Transforming World Economy*. Nueva Delhi: Prentice-Hall of India.

ROTHERMUND, D.

2008 *India: The Rise of an Asian Giant*. New Haven: Yale University Press.

ROY, R.

2015 "Russia's new military doctrine: an overview". *IDSA Comment*, 16 de abril.

RUSTOW, D.

1967 *A World of Nations*. Washington D.C.: The Brookings Institution.

SANYAL, S.

2008 *The Indian Renaissance: India's Rise After a Thousand Years of Decline*. Nueva Delhi: Penguin.

SCHIROKAUER C.

1982 *Modern China and Japan: A brief history*. San Diego: Harcourt Brace.

SEIFF, M.

2009 *Shifting Superpowers: the new and emerging relationship between the United States, China, and India*. Washington D.C.: Cato Institute.

SHAMBAUGH, D.

2013 *China Goes Global: the Partial Power*. Nueva York: Oxford University Press.

SIMES, D.

2007 "Losing Russia". *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre.

SKLAIR L.

1995 *Sociology of the Global System*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

SNYDER, L.L.

1960 *The war: A Concise History, 1939-1945*. Nueva York: Dell Publishing.

STEGER, M.

2002 *Globalism, the new market ideology*. Boston: Rowman and Littlefield.

THOMSON, D.

1966 *Europe since Napoleon*. Londres: Penguin Books.

TODD, E.

2003 *After Empire*. Nueva York: Columbia University Press.

TREITSCHKE, H. von

1961 *Politics*. Nueva York: Harcourt, Brace.

TRENIN, D.

2006 "Russia leaves the West". *Foreign Affairs*, julio-agosto.

PNUD-PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO

2015 *Human Development Report 2015*. Nueva York: ONU.

WATSON, A.

1984 "Russia and the European states system". En: BULL, H. y A. WATSON. *The Expansion of International Society*. Oxford: Clarendon University Press.

WESTAD, O. A.

2012 *Restless empire. China and the world since 1750*. Londres: The Bodley Head.

WHEATON, H.

1864 *Historia de los progresos del derecho de gentes en Europa y en América*. Besanzon: Imprenta de Jose Jacquin.

WHITE, S. y I. MCALLISTER

2008 "The Putin phenomenon". *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, diciembre.

WIGHT, M.

1978 *Power Politics*. Londres: Continuum.

WOLPERT, S.

1997 *A new history of India*. 5ª edición. Nueva York: Oxford University Press.

WOLF, M.

2013 "¿Por qué China no comprará el mundo?" Portafolio, *El Comercio*, Lima, 14 julio.

WORLD BANK

2015 *World Development Indicators*. Washington D.C: World Bank.

YU, L.

2015 China's Strategic Partnership with Latin America: A fulcrum in China's rise. *International Affairs*, 91: 5.

ZANABRIA, L.

2015 "Las Relaciones entre Perú y China". En NOVAK, F. y J. GARCÍA. *La Política Exterior Peruana en el Siglo XXI*. Lima: Instituto de Estudios Internacionales de la PUCP.

